



ORTÍ Y LARA

MADRE BARAT

5

DAD AUTÓNOMA DE NUE  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

ESMÉRISO, E. REVISTA

ORTI

DE LARA

MADRID

BARCELONA

BX4705

N. B3

07

1902

C. 1

45661

009094





1080021245

ALERE FLAMMAM  
LIBRARIIS  
EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis





MADRE BARAT.

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







Barro. Sup. y. D.  
la Sov. Du. S. Cant  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

1079<sup>®</sup>  
30 MAY

45661

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



VIDA COMPENDIADA

DE LA VENERABLE

# MADRE BARAT,

FUNDADORA DE LA SOCIEDAD DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS.

OBRA PUBLICADA POR

D. JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA,  
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.

APROBADA Y RECOMENDADA POR EL EMO. SEÑOR CARDENAL-ARZOBISPO  
DE VALLADOLID, LOS EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES ARZOBISPOS Y OBISPOS  
DE BOGOTÁ, BUENOS AIRES, MADRID-ALCALÁ, TARRAGONA Y TEHUAN-  
TEPEC, HONRADA CON UNA CARTA DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR  
NUNCIO APOSTÓLICO, ARZOBISPO DE CATANIA.

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA  
Y ENRIQUECIDA CON UNA BREVE HISTORIA DE LA SOCIEDAD  
DESDE LA MUERTE DE LA FUNDADORA HASTA LA FECHA.

ADORNADA CON EL FIEL RETRATO DE LA VENERABLE

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA). 1902.

B. HERDER,

LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.

VIENA, ESTRASBURGO, MUNICH Y SAN LUIS.

45661

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

V BX4705.B3  
922 .07  
B 1912



FONDO ENTERRIO  
VALVERDE Y TENEZ

Tipografía de B. HERDER en Friburgo de Brisgovia.

## PREFACIO.

ENTRE los sucesos que más han consolado á la Iglesia nuestra madre en el siglo XIX, debe ciertamente contarse la fundación de la Sociedad de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, las cuales están llamadas á infundir en todas las clases sociales la piedad y las demás virtudes cristianas mediante la educación de la mujer durante el período de la vida en que el corazón recibe fácilmente la forma que se le imprime. Ahora bien, Dios Nuestro Señor se dignó sin duda elegir á Magdalena Sofía Barat para que fundase y por espacio de más de medio siglo dirigiese ese sagrado instituto; y con este adorable intento se dignó de otorgar á esa humilde y religiosa doncella los dones más excelentes del orden natural, los cuales fueron cultivados por modo singularmente providencial, y vivificados sobrenaturalmente por el divino sople de la gracia. Viéronse, pues, hermanados en ella el talento y las letras humanas con la fe y la piedad más acendrada, como en quien había de ser el instrumento de que quiso servirse la Providencia divina para la restauración de la vida cristiana en el seno de las familias y de la sociedad civil.

Es sobre manera interesante la conexión, que sin duda alguna advertirá el que leyere la vida de esta

009094



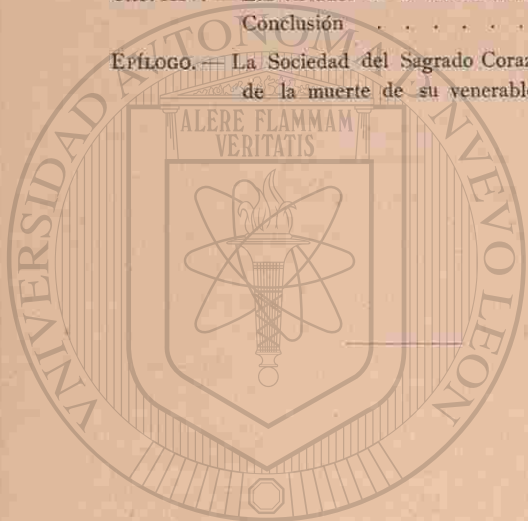
insigne fundadora, entre los sucesos que en ella se refieren sobre el origen, propagación é incremento de esta institución, con los hechos más notables de la historia contemporánea. ¡Cosa verdaderamente admirable! En un siglo como el nuestro, tan violentamente agitado por el vendaval de las revoluciones, aunque perseguida constantemente del espíritu que á todas ellas las engendra, la Iglesia se parece adornada y como remozada por rica variedad de instituciones religiosas, florecientes apenas nacidas, de las cuales procede un influjo sobrenatural que santifica las almas y rejuvenece á los pueblos.

Un libro, pues, en que se refieren las maravillas obradas por Dios en la venerable fundadora de la Sociedad de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, de esperar es que ceda en honor de este sagrado instituto, y que promueva su creciente aumento y propagación, ya que en sus páginas se echa claramente de ver el espíritu que presidió en su fundación, y que sigue felizmente animándole, gracias al impulso y dirección que acertó á imprimirle la venerable Madre Barat. Esperamos asimismo que los que leyeren esta *Vida*, han de recrearse y edificarse al ver revivir en cierto modo ante sus ojos á la que fué espejo y modelo de santidad y perfección, pues estuvo abrasada de aquel divino fuego que el Hijo de Dios trajo consigo al mundo.

## ÍNDICE.

	Págs.
CAP. I. — Nacimiento y educación . . . . .	1
CAP. II. — En París . . . . .	9
CAP. III. — Institución de la Sociedad del Sagrado Corazón . . . . .	17
CAP. IV. — Contienda para lograr los estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón . . . . .	36
CAP. V. — Los estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús . . . . .	50
CAP. VI. — La educación de la juventud en la Sociedad del Sagrado Corazón . . . . .	64
CAP. VII. — La Sociedad del Sagrado Corazón es aprobada por la suprema Autoridad Pontificia. — Una fundación de ella en Roma . . . . .	81
CAP. VIII. — La fecundidad del instituto. — Viaje primero á Roma . . . . .	91
CAP. IX. — Contradicciones dentro y fuera . . . . .	111
CAP. X. — Breve historia del aumento y extensión de la Sociedad. — Las Misiones . . . . .	138
APÉNDICE Á ESTE CAPÍTULO. — Nuevas fundaciones en España . . . . .	174
CAP. XI. — Últimos trabajos y penas de la Madre Barat . . . . .	184

	Págs.
CAP. XII. — De como se había la Rev. Madre Barat en el gobierno de la congregación . . .	203
CAP. XIII. — El tránsito . . . . .	235
CAP. XIV. — Las virtudes de la venerable Madre Barat. Conclusión . . . . .	244
Epílogo. — La Sociedad del Sagrado Corazón después de la muerte de su venerable fundadora	272



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPÍTULO PRIMERO.

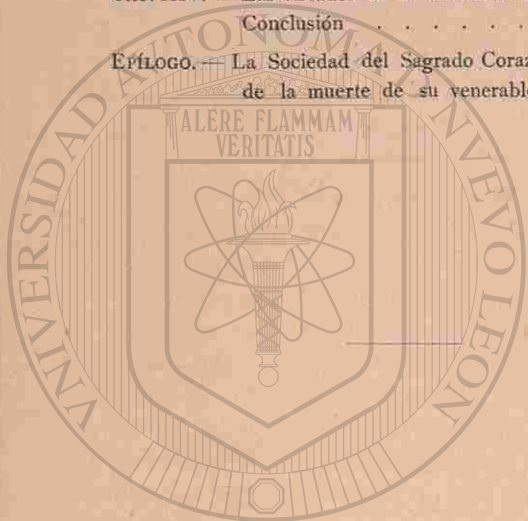
NACIMIENTO Y EDUCACIÓN.

1779.

LA noche del 12 al 13 de diciembre de 1779 nació en Joigny, provincia de Borgoña en Francia, Magdalena Luisa Sofia, hija de Santiago Barat, cosechero de vinos, y fué bautizada la mañana del día siguiente. Como ordinariamente ha acontecido en todos los varones y hembras llamados á obrar grandes cosas ó á adelantarse singularmente en santidad para edificación de la Iglesia, Sofia Barat vino al mundo acompañada de circunstancias muy extraordinarias, que imprimieron, por decirlo así, en ella el sello de su futuro destino.

Esta niña, en cuyo corazón había de arder constantemente en abrasadora llama durante el largo curso de su vida el fuego del divino amor, desprendiéndose de él los rayos de calor y de luz de que habían de participar los que comunicaran con ella, dió en su más tierna edad una respuesta verdaderamente maravillosa á esta pregunta: “¿Quién te ha dado el ser?” — “El fuego”, respondió Sofia. Y era verdad, pues que habiendo ocurrido por la noche un incendio pavoroso en la casa inmediata

	Págs.
CAP. XII. — De como se había la Rev. Madre Barat en el gobierno de la congregación . . .	203
CAP. XIII. — El tránsito . . . . .	235
CAP. XIV. — Las virtudes de la venerable Madre Barat. Conclusión . . . . .	244
Epílogo. — La Sociedad del Sagrado Corazón después de la muerte de su venerable fundadora	272



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO PRIMERO.

NACIMIENTO Y EDUCACIÓN.

1779.

LA noche del 12 al 13 de diciembre de 1779 nació en Joigny, provincia de Borgoña en Francia, Magdalena Luisa Sofia, hija de Santiago Barat, cosechero de vinos, y fué bautizada la mañana del día siguiente. Como ordinariamente ha acontecido en todos los varones y hembras llamados á obrar grandes cosas ó á adelantarse singularmente en santidad para edificación de la Iglesia, Sofia Barat vino al mundo acompañada de circunstancias muy extraordinarias, que imprimieron, por decirlo así, en ella el sello de su futuro destino.

Esta niña, en cuyo corazón había de arder constantemente en abrasadora llama durante el largo curso de su vida el fuego del divino amor, desprendiéndose de él los rayos de calor y de luz de que habían de participar los que comunicaran con ella, dió en su más tierna edad una respuesta verdaderamente maravillosa á esta pregunta: “¿Quién te ha dado el ser?” — “El fuego”, respondió Sofia. Y era verdad, pues que habiendo ocurrido por la noche un incendio pavoroso en la casa inmediata



á la suya, su madre, sobrecogida del susto, dió antes de tiempo á luz ante los resplandores de un fuego devorador á la criatura que llevaba en su seno.

En todo el ser de la niña se veía en efecto la semejanza del fuego. "No parece", dice Baunard, "sino que el fuego había dado en efecto la vida á Magdalena, pues tan grandes eran el calor y la viveza impresos en su ser, y tan excesiva la plenitud de vida que se revelaba en su continente, en sus movimientos, en sus ojos, en sus palabras. Por los juegos infantiles tenía pasión, en los cuales hacía ella siempre de directora; á sus compañeras les contaba luego los sueños que había tenido, en los cuales se parecía como "gran reina". Algún tiempo después les manifestó que ya en la cuna había conocido á Dios, por lo cual le daba gracias de lo íntimo de su corazón.

Las primeras instrucciones tocantes á las santas verdades de nuestra fe las recibió Sofía de su misma madre y de su piadoso abuelito; y cuando se iba adelantando en edad de suerte que ya podía oír en la iglesia parroquial la enseñanza religiosa, no tardó en hacerse notar por sus respuestas. Era ella tan pequeña de cuerpo, y era tan débil su voz, que para que la vieran y entendieran, tenían que subirla á un taburete. "Poco antes de la Pascua de Resurrección el cura párroco reunía en torno suyo á los niños y les exhortaba á pedir á Dios con íntimo dolor de sus pecados, que se los perdonara, asegurándoles que les serían en efecto perdonados si su arrepentimiento fuera perfecto. Sofía entonces se puso de pie y comenzó

á declarar sus pecados. Maravillado el sacerdote, le mandó al punto que no prosiguiera; pero en aquella espontánea acusación se reveló á sus ojos un alma favorecida de Dios."<sup>1</sup> No vaciló pues en conceder á Sofía, á los diez años de su edad, después de haber explorado su interior y edificádose á vista de la pureza de su corazón, que recibiera en aquella Pascua por vez primera la sagrada comunión. Fué esto el año nefasto de 1789, año en cuyo seno se contentían virtualmente todos los horrores que se han visto y que todavía vemos, ya que en sus falsos principios no ha dejado de existir.

Un carácter tan vivo, un alma así prevenida de la gracia como la de Sofía, había menester desde luego la mano vigorosa de un guía inteligente y amorosamente solícito para no tomar algún rumbo falso á impulso de las impresiones juveniles y de la vehemencia de su corazón. Dichosamente la bondad de Dios le deparó este guía en la persona de su hermano Luis. Éste, no bien cumplidos diez y siete años de su edad, había dado término á sus estudios en el colegio de Joigny, y quería ser sacerdote; resolución que si en todos tiempos es señal de alma elevada y de noble amor de Dios, por aquellos días nada menos significaba que un espíritu de sacrificio heroico. La ordenación sólo ofrecía entonces trabajos, desprecios, privaciones y aún el martirio. No obstante, Luis Barat, insistiendo en su santo propósito, entró en el seminario eclesiástico de Sens, y después de haber dedicado cinco

<sup>1</sup> Notas de la Madre Mailluchau.

años al estudio, recibió allí mismo el subdiaconado. No teniendo á la sazón la edad que se requiere para las órdenes superiores, enviéronle á Joigny, su patria, en calidad de profesor de matemáticas de aquel colegio. Ahora con el trato y conversación que naturalmente había de haber entre hermanos, el joven levita no pudo menos de echar de ver los excelentes dones y talentos con que había sido favorecida Sofía. Luego sintió en sí el deseo de ganar su alma para Dios, en cuanto le fuera posible, y de dirigirla é instruir-la de suerte que cuando llegara la hora en el plan de la divina Providencia, ella estuviera dispuesta para todo lo bueno y para todo lo grande.

Luis era todavía joven, y se dió á esta obra con todo aquel celo impetuoso que es propio de la juventud.

Ante todo Luis le puso por escrito para cada día un plan de vida que no dejaba de apartarse del que hasta entonces ella había seguido. En lugar de ayudar á su madre en las ocupaciones domésticas y de ejercitarse en las faenas ordinarias de la mujer dentro de casa, Sofía había de tener el estudio por su principal negocio todos los días. Levantábase temprano, oía una misa y en seguida se retiraba en su gabinete para estudiar, y no interrumpía su estudio sino durante algunas horas de recreación dando un pequeño paseo por las viñas, etc. Era preciso traducir á Homero y Virgilio, y la hija del viñador se hallaba tan engolfada en la antigüedad en su reducida estancia, que más tarde hubo de decir, chanceándose: "Yo

entonces era más virgiliana que cristiana." La heroica antigüedad le agradaba; parecíale que "da extensión y amplitud al ánimo"; lo cual prueba que había recibido grande, cuasi varonil entendimiento. Conservaba sin embargo en medio de esto su condición de niña, que más que de los días de trabajo gustaba del día de fiesta, y sentía mayor deleite ante las escenas de la naturaleza que ante los libros doctos. Si por ausencia de su hermano interrumpía semanas enteras el duro trabajo, luego que volvía de improviso el riguroso maestro, no dejaba ella alguna vez de suspirar. "Entonces todo lo tenía que dejar: y tomaba de nuevo los libros y procuraba consolarme con aquello de que *sin padecer no hay gozar*."

Con las lenguas antiguas alternaban en los estudios de Sofía las ciencias físicas y naturales, especialmente la botánica y la astronomía. Habiendo incluido la discípula espontáneamente en su programa de estudios las lenguas vivas, no se opuso á esto su hermano, habiéndolas ella de estudiar en las horas de recreación. Así aprendió en parte Sofía la lengua española, y mejor el italiano, que llegó á serle familiar.

Á qué fin se encaminaban propiamente estos estudios, ni Luis ni su hermana lo sabían. Luis creía en general ser de mucha gloria de Dios que los indisputables talentos de la niña se desenvolvesen naturalmente; y, aunque vagamente, entendió que en esto se cumplía un designio especial del cielo. La opinión de los padres acerca de este punto estaba dividida: la madre sólo á medias veía con gusto



aquella docta educación; su deseo era que formada en la verdadera piedad, su hija se casase bien y no se separase de ella. Por el contrario, el orgullo del padre se sentía halagado con los singulares progresos de la niña, aunque tampoco sabía adónde iría aquello á parar.

No dejó por esto Luis de cuidar con singular estima de la vida interior de su hermana ni de encaminarla al cielo. Los estudios serios, así como los sentimientos que se despiertan en el corazón así dirigido, la hicieron indiferente á lo que en otro caso ocupa á las niñas de su edad. Su vestido liso y sencillo fué ocasión para que la censuraran de exagerada; censura que la indujo á ponerse algún adorno, de lo cual hubo de arrepentirse después amargamente como de reprehensible vanidad.

La inclinación á conservar su estado virginal y servir á Dios en la vida del claustro, se despertó muy pronto en su corazón. No acertaba ella á señalar á punto fijo el momento en que sintió por vez primera este deseo; mas con ocasión del casamiento de su hermana María Luisa, de más edad que ella, el año de 1792, hubo de participar á sus padres que no quería pertenecer á otro esposo que á Jesús. Esta resolución debió de parecer en aquella sazón irrealizable. La revolución francesa había hecho en poco tiempo espantosos progresos. Los claustros eran saqueados, prócritos y convertidos en ruinas. Ahora le tocaba su turno al clero secular; y con esto la desolación general entró por vez primera en la familia Barat hasta entonces feliz.

Fué ordenado Luis de diácono en 1790, y de improviso quiso el Gobierno que todos los ministros de la Iglesia jurasen la Constitución civil, que era como exigirles con poco disimulo un acto de apostasía de Roma y de la Iglesia. Como muchos otros, ofuscado Luis por la aflicción de sus padres, se dejó deslumbrar y juró. Pero no bien había acabado de jurar, cuando advirtió, poseído de temblor, todo lo abominable de su acción. Al punto protestó contra ella públicamente y por escrito; mas por espacio de dos años dejáronle tranquilo en el cargo que desempeñaba en su colegio. Pero la tiranía arrojó después del todo la careta, y no hubo medio para Luis: ¡ó juramento civil ó la muerte! Ante esta alternativa creyó lo mejor dejar á Joigny y partir para París donde fácilmente podría ocultarse y aguardar á que pasase la tormenta. Al despedirse de sus padres y de su hermana, ¡qué amargura la suya! Porque en aquellos tiempos los que se separaban, no imaginaban siquiera que habían de volverse á ver.

No gozó mucho tiempo en París de la libertad. Un antiguo condiscípulo de Luis fué el Judas que le entregó, y en mayo de 1793 penetró en la cárcel, cuyas puertas no se abrían de nuevo á los que entraban, sino para que tomaran el camino del suplicio. Cuando la familia en Joigny tuvo noticia de esta prisión, su aflicción fué grande; en la madre llegó hasta el extremo de negarse á tomar alimento. Sofia entonces, viendo que todos los ruegos para disuadirla de semejante extremo eran inútiles, dijo que ella tampoco tomaría sustento alguno mientras que su



madre no comiera, y que así ambas morirán juntas. Esta determinación hizo su efecto, y la madre cobró nuevo valor. Acordóse entonces de las imágenes de los Sagrados Corazones de Jesús y de María que Luis les había enviado de París poco antes de haber sido preso. Ante estas imágenes practicaba aquella familia ejercicios devotos, y Sofía recibió las primeras impresiones y estímulos que más tarde habían de tener tanto influjo en el curso de su vida.

Entretanto Luis era llevado de cárcel en cárcel, esperando todos los días ser condenado á muerte, de la cual á la verdad no podía librarse sin una providencia especial de Dios. Sucedió, pues, que un antiguo maestro de Luis vino á parar en la misma prisión que él; allí en consideración á su buena letra le destinaron á escribir la lista de los presos que cada día habían de salir para el patíbulo. Entre éstos encontró un día aquel buen maestro el nombre de Barat, y acordándose entonces de un discípulo suyo de este apellido, aunque no se le ocultó el peligro á que él se exponía, dejó de incluirlo en la lista. El caso permaneció felizmente inadvertido: Barat fué tenido por guillotinado y continuó incólume en la cárcel hasta el 9 termidor (27 de julio de 1794), día en que perdió Robespierre su sangriento poder. Luis sin embargo no salió de la cárcel hasta febrero; y luego al punto que se vió libre, fué al obispo de Troyes, quien le ordenó secretamente de sacerdote.

En medio de estas pruebas generales y personales Sofía cumplió la edad de diez y seis años, mostrándose en ella tanta hermosura y tal aire de persona

distinguida, que junto con la cultura interior y con la transparente nobleza de su alma le comunicaban algo verdaderamente eminente, como se reconoció después por todos. De aquí que su aspecto causase en cuantos la veían, una impresión particular, y que en medio de la admiración, no bastante disimulada, que causaba, su vocación y su virtud no estuviesen seguras. Fué pues especial providencia de Dios que el que la había de preservar, no estuviese lejos. Pronto se presentó en la persona de su hermano Luis.



#### CAPÍTULO SEGUNDO.

#### EN PARÍS.

1796.

UNA sola cosa pretendía el joven sacerdote, consagrar enteramente al servicio de su Dios y Señor la vida que le había sido conservada por especial protección suya: ora se le ofrecía al pensamiento ir á lejanas tierras de gentiles; ora la Compañía de Jesús, la cual había encontrado un asilo en Rusia, en otro tiempo enemiga del catolicismo, cuando la revolución la hubo lanzado de Europa. Pero ¿á qué andar errante con el pensamiento y el deseo por lejanas tierras? ¿Acaso el mismo París y el reino de Francia no le brindaban harto con misiones entre gentiles y palmas de martirio? Determinó, pues, quedarse en París y tomar consigo á su hermana, en

parte para atender á su educación literaria, y en parte para servirse de ella en las obras que le sugiriese el celo de que estaba abrasada su alma.

Trabajo empero había de costarle poner por obra este plan, al cual oponían resistencia, al parecer insuperable, así su madre como su hermana Sofía, tanto que por la primera vez tuvo que partir á París sin la última. Pero otra vez que volvió á residir en la casa paterna, habiendo dado su fruto las muchas cartas que se cruzaron, el padre se puso de parte de Luis, no ocultándosele que en Joigny Sofía perdía el tiempo y decaían sus fuerzas, y en todo caso no se le ofrecía un porvenir tan brillante como en París. Al fin vino en ello la madre, y Sofía se despidió por vez primera y no sin negro pesar de la casa paterna para lanzarse al tempestuoso mar de la capital, famoso por sus escollos y peligros, bajo la dirección de su hermano. Acompañada de una amiga suya y de Luis, emprendió el viaje, en el cual le hizo sentir luego su hermano toda su severidad, empezando por decirle que sin duda para abreviar el camino quería ella proseguir un constante diálogo con su amiga. Una doncella cristiana, pensaba el austero guía, no debe hacer su camino, yendo á una ciudad empapada en sangre de mártires, ocupada en tales distracciones.

En París encontraron los dos hermanos en una piadosa doncella, que vivía en la calle de Turenna, por nombre Duval, hospitalaria acogida y manutención conveniente. Una de las habitaciones de la casa fué destinada á capilla, y Luis solía celebrar allí secreta-

mente el santo sacrificio de la misa, pues aun estaba prohibido el ejercicio público del culto. Además de los que vivían en aquella casa, algunas señoras de la vecindad venían á formar una tranquila y cotidiana sociedad reunida en torno del altar. Luis buscaba á estas mujeres para promover en su círculo una acción apostólica, sabiendo muy bien que un simple seglar, á veces una mujer, puede obrar el bien sin que sea advertido, y facilitar extraordinariamente á los sacerdotes, aun cuando sean pocos, el trabajo. Una joven, llamada Loriquet, dirigía una escuela de niñas, y ésta era buena ocasión para confirmar en la fe á aquellas almas. Sofía misma se sintió atraída por la señorita Bailly, que por cierto tenía diez años más que ella, pero entre todas las amiguitas era reputada por la mejor.

Con clara inteligencia conoció Luis que la instrucción es el mejor medio por donde sus alumnas podían disponerse para la obra de la edificación, y así procuraba que adquiriesen la capacidad conveniente mediante una cultura fundamental. Empezó pues un curso doctrinal sobre diferentes ramos del saber, inclusa la lengua latina. Pero como Sofía ya estaba adelantada en todo esto y aun había penetrado en la vida interior, gracias á la dirección de su hermano, dedicóse en sus horas de estudio á los autores cristianos, y tradujo á los Padres de la Iglesia, y escritos relativos á la vida espiritual. Hallaba singulares delicias y grande consuelo en penetrar con su hermano en la Sagrada Escritura.



En todo lo demás, la vida de los hermanos, pobre y rigurosamente oculta, estaba repartida entre la oración y el trabajo. El hermano para ganar el sustento de los dos, tenía que emplear horas enteras fuera de casa; y Sofía tenía á su cargo, en obsequio de Luis y de la señorita Dúval, el gobierno de la casa y á la vez dirigía la educación de una niña. Además con la ayuda de sus amiguitas reunía á muchos niños del barrio y les enseñaba el catecismo.

Por confesor eligió Sofía primeramente á un amigo de su hermano, el Señor Filiberto de Bruillard, que fué después obispo de Grenoble. Este piadoso sacerdote hubo de conocer la responsabilidad inherente á la dirección de un alma tan privilegiada, y así no tardó mucho tiempo en aconsejar al hermano de Sofía que él mismo tomase sobre sí el cuidado de dirigirla.

Este cambio no fué á gusto de la naturaleza. Porque no se limitó la dirección de Luis á lo que rigurosamente se pretende en el tribunal de la penitencia, sino abarcó del modo más sensible y prolijo la vida diaria, de suerte que hubo menester Sofía de toda su buena voluntad y energía varonil para no desmayar bajo aquel peso. Inclinado naturalmente al rigor, Luis fué confirmado en él durante su noviciado en la cárcel, y con la decisión propia de su experta juventud, se esforzaba por conseguir la santificación de su hermana. No dejaba pasar ocasión alguna de contrariarla, para quebrantar en ella la propia voluntad, y oponerse á los estímulos de la vanidad y sensualidad. Como ella se hubiese aderezado un

vestido que desdecía del traje ordinario de una mujer de aldea, Luis lo cogió en sus manos y lo arrojó al fuego. Cuando notaba que leía en algún libro con afán, la llamaba para darle á su antojo algo que hacer. "Penosa era á la verdad para ella tanta dureza," dice Madama Maillucheau, "pareciéndole que á ella sola trataba Luis con tal rigor, y que con sus compañeras y aun con todos era todo bondad é indulgencia; pero no por esto decaía la confianza que había puesto en su director, mayormente cuando veía que él sólo obraba en consideración al bien de ella, y que por su parte era modelo de abnegación." Habiéndose acostumbrado á este nuevo género de vida, llegó á experimentar con ella un consuelo hasta entonces desconocido, y le cobró tanto gusto á la vida mortificada, que comenzó á tener por único objeto de sus ansias el entrar como hermana lega en un convento cualquiera de religiosas carmelitas.

Otras consecuencias menos buenas tuvieron las exageraciones de su hermano, las cuales permitió Dios para provecho de ambos. Con el fin de purificar siempre más el alma de su hermana, obligóla á hacer frecuentes confesiones generales, que naturalmente no habían de tener otro resultado que turbar é intranquilizar su alma, inclinada naturalmente á los escrúpulos. Así, á menudo con pretextos fútiles, dejaba ella de llegarse á la sagrada mesa, y no raras veces aconteció que el hermano le mandase desde el altar que se acercase á ella y comulgase. Aun los ejercicios exteriores de penitencia á que él la exhortaba, y que ella con el tiempo llegó á proseguir con fervor, fueron



exagerados, y en razón de su duración hubieron de alterar su salud, sin esto ya delicada. Pero convino que experimentase en sí tales cosas antes de ser llamada á conducir á otras en calidad de superiora.

Con su parentela de Joigny mantenía Sofía activa correspondencia epistolar. Su primera carta fué para su hermana Luisa, que estaba enferma; por donde se vió que en la escuela de su hermano no se extinguía el amor fraterno, sino antes se ennoblecía. "Siento en el alma, querida hermana," le decía, "lo mucho que padeces, tanto más, cuanto que sé que es harto débil tu constitución. Ese mal tuyo espero que no tenga consecuencias; pero entretanto debes tú pensar en aprovecharte de esta prueba. Procura con este motivo tratar más con Dios. Si te pones en sus manos confiando siquiera un poquito en él, bien puedes contar ciertamente con su auxilio; así verás que con algún esfuerzo todo viene á parar en bien. ¡Ah, hermana mía! Descúbreme el fondo de tu corazón. No sabes bien cuán sensibles son para mí tus penas, ni cuán íntimamente deseo poder llevar sobre mí la mitad siquiera de tus cuitas. . . . No estás á la verdad sola para lo que pide tu maternal solicitud, porque Dios, que ve tu necesidad, te enviará oportunamente personas amigas que te acompañen. Dios no viene desde luego en tu auxilio porque quiere que por algún tiempo lleves sola ese peso, para que así te hagas digna de que se cumplan en ti sus misericordiosos designios. Esfuérzate por grabar profundamente nuestra santa fe en el corazón de los niños que él te ha dado: esos niños no te pertenecen,

pues son un bien que se te ha dado en depósito, del cual has de dar cuenta en su día."

Un día, por el tiempo de la vendimia, en vez de carta, al cabo de cerca de medio año de ausencia, se presentó la misma Sofía. Ya su madre, entre las condiciones con que había consentido que fuese á París, puso ésta, que todos los años en ese tiempo había de venir á Joigny. Momento de alegría fué en verdad aquel en que se volvieron á ver; pero ya se notaba en todas las acciones, palabras y actitud de Sofía, que era muy otra, que su espíritu se había pronunciado con mayor decisión que antes por las cosas de arriba.

El tiempo que residió en Joigny, lo consagró á los niños. El hijo mayor de su hermana, de edad de cinco años, era ya capaz de impresiones duraderas y saludables. Siendo éste ya anciano, describía en estos términos la impresión que hizo en su ánimo infantil Sofía: "Su modestia y amable bondad, y aun el dulce sonido de su voz, causaban en mí cierto como verdadero encanto. En tiempo de vacaciones subía yo muchas veces con ella hasta lo alto de la montaña que hay en derredor; y allí, ante el delicioso valle del Yonne, volvíase hacia mí, me hablaba de Dios, que es todo bondad; me refería rasgos y ejemplos de virtud acomodados á la edad infantil, y me cantaba cantares edificantes. Acuérdomes especialmente de un hermoso día de otoño. Sentámonos á la sombra de una corpulenta encina y contemplábamos el curso del río. Entonces comenzó á recitar mi tía un fragmento de la tragedia de Racine *Atalia*.

Cierto maravilloso fuego se vislumbraba en su alma y brillaba en sus ojos haciendo de sus palabras otros tantos encendidos dardos. Por vez primera se ofreció la belleza ante mis ojos."

Á la verdad, ¿no era sobremanera poético y hermoso ver á una doncella, á quien estaba reservado tal porvenir, y con ella al niño que en su día había de ser ordenado de sacerdote, en presencia de las maravillas naturales de aquel rico país en el pleno esplendor del otoño, y oír los inspirados y melódicos versos de la tragedia más bella que hay escrita en lengua francesa? ¡Qué admirablemente convienen estas palabras con la pobre Francia, asolada por la revolución y regada con sangre! ¿Acaso no vino esta revolución, semejante á la reina Atalia, á destruir hasta la última reliquia de la casa de David? ¿Y no fué llamada en parte Sofía á cooperar á la restauración del reino de Jesucristo, á que este Señor, como el niño rey Joás, saliendo de su escondido retiro, volviese al profanado santuario con la pompa y solemnidad debida?

Para que llegara pronto esta bendita hora, Sofía en el ardor de su celo hubiera querido ser hombre. "¡Dichoso tú," decía á su sobrinito, "que eres hombre; en esto te tengo envidia, porque los hombres pueden hacer muchas cosas y grandes por la gloria de Dios!" — Terminadas aquellas vacaciones volvió á París para continuar con su hermano su vida tranquila y solitaria de trabajo y abnegación. En qué habían de parar todos aquellos preliminares, ni ella ni su hermano lo supieron durante mucho tiempo. Ambos

hacían el bien que cada día se presentaba abundantemente ante sus ojos, esperando de la bondad de Dios que claramente les diese á entender lo que en particular quería de ellos. Tres veces volvió después Sofía á Joigny por la vendimia, hasta que sonó la hora de la Providencia. De un modo apenas presentado de los que fueron llamados, se mostraron el fin y el camino ordenados á realizar en honor de Dios sublimes empresas.



CAPÍTULO TERCERO.

INSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN.

1798.

EL año de 1797, á la edad de treinta años no cumplidos, murió en Viena (Austria) un sacerdote de gran virtud, por nombre Leonor de Tournely. Ya desde algunos años atrás este sacerdote había reunido en torno suyo á amigos de su mismo espíritu é intención, y con ellos trataba de restablecer plenamente la Compañía de Jesús, que á la sazón únicamente subsistía en Rusia. Por lo pronto estos piadosos sacerdotes vivían según la regla de San Ignacio, y se denominaban: "Compañía del Sacratísimo Corazón".

Era además su intento proveer á otra necesidad urgente de la época, y en esto á la verdad el éxito no respondía á sus deseos. Querían restaurar la sociedad doméstica, que gracias á las llamadas "luces" y á la frivolidad de las costumbres—sobre todo en



Cierto maravilloso fuego se vislumbraba en su alma y brillaba en sus ojos haciendo de sus palabras otros tantos encendidos dardos. Por vez primera se ofreció la belleza ante mis ojos."

Á la verdad, ¿no era sobremanera poético y hermoso ver á una doncella, á quien estaba reservado tal porvenir, y con ella al niño que en su día había de ser ordenado de sacerdote, en presencia de las maravillas naturales de aquel rico país en el pleno esplendor del otoño, y oír los inspirados y melódicos versos de la tragedia más bella que hay escrita en lengua francesa? ¡Qué admirablemente convienen estas palabras con la pobre Francia, asolada por la revolución y regada con sangre! ¿Acaso no vino esta revolución, semejante á la reina Atalia, á destruir hasta la última reliquia de la casa de David? ¿Y no fué llamada en parte Sofía á cooperar á la restauración del reino de Jesucristo, á que este Señor, como el niño rey Joas, saliendo de su escondido retiro, volviese al profanado santuario con la pompa y solemnidad debida?

Para que llegara pronto esta bendita hora, Sofía en el ardor de su celo hubiera querido ser hombre. "¡Dichoso tú," decía á su sobrinito, "que eres hombre; en esto te tengo envidia, porque los hombres pueden hacer muchas cosas y grandes por la gloria de Dios!" — Terminadas aquellas vacaciones volvió á París para continuar con su hermano su vida tranquila y solitaria de trabajo y abnegación. En qué habían de parar todos aquellos preliminares, ni ella ni su hermano lo supieron durante mucho tiempo. Ambos

hacían el bien que cada día se presentaba abundantemente ante sus ojos, esperando de la bondad de Dios que claramente les diese á entender lo que en particular quería de ellos. Tres veces volvió después Sofía á Joigny por la vendimia, hasta que sonó la hora de la Providencia. De un modo apenas presentado de los que fueron llamados, se mostraron el fin y el camino ordenados á realizar en honor de Dios sublimes empresas.



CAPÍTULO TERCERO.

INSTITUCIÓN DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN.

1798.

EL año de 1797, á la edad de treinta años no cumplidos, murió en Viena (Austria) un sacerdote de gran virtud, por nombre Leonor de Tournely. Ya desde algunos años atrás este sacerdote había reunido en torno suyo á amigos de su mismo espíritu é intención, y con ellos trataba de restablecer plenamente la Compañía de Jesús, que á la sazón únicamente subsistía en Rusia. Por lo pronto estos piadosos sacerdotes vivían según la regla de San Ignacio, y se denominaban: "Compañía del Sacratísimo Corazón".

Era además su intento proveer á otra necesidad urgente de la época, y en esto á la verdad el éxito no respondía á sus deseos. Querían restaurar la sociedad doméstica, que gracias á las llamadas "luces" y á la frivolidad de las costumbres—sobre todo en



las altas clases de la sociedad de aquel tiempo—había decaído tanto, y que gracias también á la tormenta revolucionaria y á la emigración se veía enteramente disuelta y sin vida; y trataban de despertar principalmente en la mujer y en la madre el antiguo espíritu cristiano.

Así se fué produciendo en el ánimo del piadoso Padre Tournely el concepto de una orden religiosa de mujeres, que tomase asimismo el nombre del Corazón de Jesús, y se consagrarse á la educación, no sólo de niñas pobres sino también de las que pertenecen á las clases elevadas de la sociedad. Como base de esta institución estableció en estos ú otros términos parecidos la siguiente: "Los miembros de esta Sociedad han de consagrarse sin reserva alguna al Corazón de Jesús, á infundir su amor en el corazón de los hombres y á procurar que conviertan su espíritu á la luz de las doctrinas celestiales de nuestra adorable religión. Así deberán mirar principalmente á copiar ante todo en sí mismas las virtudes y el espíritu del Sagrado Corazón para imprimirlos después, mediante la educación, en el corazón de la juventud, capaz de todo bien."

Durante mucho tiempo pareció que la realidad iba á coronar felizmente los santos deseos del inspirado sacerdote, pues que tan buena acogida hallaron en la piadosa princesa Luisa Adelaida de Borbón-Condé, alma ya probada en muchos trabajos; pero esta esperanza se desvaneció en un instante: la princesa prefirió un género de vida más contemplativa y se encerró en un claustro de religiosas trapenses.

No fué más feliz el Padre Varín, quien desde el principio de aquella Sociedad sacerdotal fué uno de sus miembros principales y el más íntimo consejero del fundador. Habiendo éste fallecido, como el Padre Varín le hubiera sucedido en el oficio de superior, y se sintiera acosado sin cesar de aquella misma idea, creyó haber hallado el instrumento de que había menester su ejecución, en la archiduquesa Mariana. Pero entonces precisamente las cosas tomaron para él y para sus colegas un rumbo nuevo y decisivo.

Un sacerdote, llamado Paccanari, había fundado en Italia una Sociedad cuyos miembros tomaron el nombre de "Padres de la fe", con el mismo intento que el del Padre Tournely. El Papa manifestó el deseo de que ambas congregaciones se juntasen en una, que se denominara de "los Padres de la fe", para que trabajasen así unidas en la viña del padre de familias. Así se hizo al punto: Paccanari fué constituido en cabeza, y la archiduquesa Mariana se puso bajo su dirección fundando más tarde en Roma un modesto instituto religioso. Pero esta fundación no respondía á la idea concebida por los Padres Tournely y Varín; y por esta razón todos los conatos del último eran á dar con la piedra viva sobre la cual fuese el Señor servido de establecer la "Compañía del Sagrado Corazón".

El día de San José del año de 1800 el Padre Varín partió de Viena en dirección á Francia para preparar con algunos "Padres de la fe" un terreno conveniente á su acción. En París toparon luego con Luis Barat, y en él con un compañero celoso, que estaba esperando el divino llamamiento.

Aconteció un día, según después lo ha referido el Padre Varín, que éste interrogara al Padre Barat "acerca de su familia para probar á ver lo que todavía le tuviese encadenado en el mundo. Él me contestó que tenía consigo una hermana más joven que él. Yo entonces quise saber por él la edad y las aptitudes de ella; á lo cual me contestó diciendo que tenía veinte años, y había aprendido latín y griego...; que ella pensaba entrar en algún convento de religiosas carmelitas, aunque en aquel momento se hallaba entre los suyos".

Al Padre Varín se le ocurrió entonces si sería esta joven la destinada por Dios en primer lugar para la nueva obra... y en este pensamiento se confirmó más y más cuando conoció á aquella doncella extraordinariamente modesta y pudorosa. Luego comunicó su plan al Padre Barat: lleno éste de alegría se mostró por su parte conforme, y comprendió entonces las trazas de que había usado Dios para preparar á su querida hermana por modo á la verdad nada común. Su primer paso fué dejar la dirección espiritual de su hermana y suplicar al Padre Varín que la tomase sobre sí, en lo cual convinieron ambos.

El Padre Varín juntaba con su energía el arte de esperar y de adelantarse suavemente, según había acontecido con el Padre Barat. Observó pues á Sofía, oró mucho, lo consideró todo dentro de sí mismo y en presencia de Dios, singularmente después de haberse encargado de su dirección espiritual; finalmente le preguntó qué juicio había formado de su vocación; á lo cual contestó ella que su deseo

era hacerse religiosa carmelita. Hombre de corazón magnánimo, el Padre Varín hizo el debido aprecio de esta inclinación, pero también veía que Sofía había recibido de Dios aptitud singular para ejercer *inmediato* influjo en compañía con otras del mismo espíritu combatiendo las miserias intelectuales y morales de su época. Pintóle pues, como sólo un sacerdote tan celoso puede hacerlo, la creciente descristianización en todas las clases, y principalmente los gérmenes de corrupción que transmiten á todos los miembros de las respectivas familias aquellas mujeres que no han sido educadas en el amor de Dios; exhortóla por último á que considerara si no era ésta la misión que debía cumplir, y con este motivo le descubrió su designio tal como había nacido del ardentísimo celo por las almas en el ánimo del Padre Tournely, aunque hasta entonces estaba por ejecutar. Sofía pidió tiempo para reflexionar; pero á poco, negándose á sí misma y llena de confianza en Dios, se adhirió á las intenciones de su director.

Octavia Bailly y la señorita Loriguet, que hasta entonces había estado al frente de un colegio, se agregaron á ella, y la criada de la señorita Duval, Margarita, fué la primera hermana lega entre las piadosas compañeras que, poseídas de mucho amor, no tenían otro pensamiento sino consagrarse á Dios y conocer con luz cada vez mayor su santa voluntad. El Padre Varín les dió el plan de vida diaria, les prescribió la tarea en que habían de ocuparse, así como sus ejercicios de oración; y fué tan grande el celo de Sofía por ganar almas, que ya desde



entonces estuvo pronta para seguir la invitación de un misionero y dedicarse enteramente á la conversión de los gentiles. Realmente tenía que someterse á la voluntad de su director, que le mandó permanecer en París; pero como después lo ha manifestado, pedía "con viva instancia á Dios que enviase algún día otra compañera en lugar de ella y mejor que ella, que pudiera llevar adelante aquella obra".

Bajo la dirección del Padre Varín, hombre de corazón verdaderamente apostólico, cuya vida en su juventud se parece á la de San Ignacio, — porque como éste dió pruebas repetidas de heroico valor y desprecio de la muerte en el campo de batalla, y después, tocado de la divina gracia, trocó el uniforme de guerrero por la sotana de religioso — no sólo se puso la piedra angular de la nueva Sociedad, sino también fué puesto en las almas de las postulantes el fundamento que debe formar el espíritu de esta religión, conviene á saber: *fortaleza, magnanimidad y dulzura*. Después de una plática del director, llena de fuego y entusiasmo, en la fiesta de San Estanislao de Kostka (13 de noviembre), aquella pequeña grey, animadas todas del mismo entusiasmo, anhelaba con impaciencia consagrarse solemnemente al divino Corazón de Jesús. El Padre Varín se agradó en tan santo anhelo; dió á las hermanas los ejercicios de San Ignacio, y por conclusión de ellos en la fiesta de la Presentación de María profirieron el acto de su consagración después de la que tiene lugar en el sacrificio de la misa, y mientras les repartía el Padre Varín el manjar eucarístico. Sucedió esto el día 21 de noviembre de 1800.

Algún tiempo después, por el mes de mayo siguiente, estando en una misión en Amiéns el Padre Varín, hubo de conocer á dos piadosas señoritas, á Genoveva Deshayes y Enriqueta Grosier, las cuales le parecieron muy buenas para aumentar el número de la pequeña compañía. Enriqueta dirigía con una tía suya un pensionado, que á pesar de los esfuerzos de entrambas caminaba á su ruina. El Padre Varín las persuadió á ceder esta institución á la Sociedad del Sagrado Corazón. El 15 de octubre de 1801 se formalizó el contrato; y de esta suerte se vió fundada propiamente la primera casa de la Sociedad. Las compañeras de París se trasladaron luego á Amiéns; antes sin embargo que dieran principio á sus nuevas funciones quiso el Padre Varín que hiciesen otra vez ejercicios espirituales, y después, que cada una de las hermanas le dijese si estaba seriamente resuelta á seguir la nueva vocación. Octavia Bailly creyó que no podría cumplir este voto, porque su inclinación dominante era á ser religiosa carmelita. En Sofía Barat causó vivo dolor esta resolución de su amiga; pero habiéndola considerado según el espíritu de sumisión á la voluntad de Dios, dijo tranquilamente al Padre Varín: "El humano respeto á personas queridas no tiene poder sobre mi determinación: no quiero otro contento sino únicamente el beneplácito de Dios. Creo hacer su voluntad, y esto me basta; y así quiero seguir aquí y obrar según la medida de mis fuerzas."

En la distribución que luego se hizo de los oficios entre las hermanas, la señorita Loriquet fué nombrada superiora, y á Sofía se le encomendó el de

enseñar en las clases superiores é instruir en el catecismo á las parvulitas. Desde entonces comenzó en Amiéns la vida activa de estas mujeres, no menos dada á las prácticas de la piedad que á la privación de contentos sensibles. El pueblo las llamaba, ora "hermanas de la fe", ora "hermanas de la doctrina cristiana"; todavía no querían ellas que sonase su verdadero nombre "del Sagrado Corazón", porque el Gobierno de entonces, harto suspicaz, se figuraba ver en este nombre un recuerdo, cuando menos, de los héroes de la Vendée, ya que no un signo de secreta rebelión.

Á las hermanas fueron una veintena de niñas: el local era muy estrecho: dos piezas para escuela en piso bajo, y subiendo una escalera una pieza para dormitorio. Todavía se aprovechó en el desván espacio para una capilla — la primera capilla de la Sociedad del Sagrado Corazón — ciñendo con tablas el oportuno recinto. El divino Salvador allí escondido en el Santísimo Sacramento era el centro del amor y concordia que reinaban en aquel humilde claustro y dulcificaba las penas todas y sacrificios de las hermanas.

Soffa particularmente se adelantaba día por día en la vida espiritual: "Todas sus delicias y su más dulce descanso los hallaba en estar unida con su celestial Esposo." Y en el humilde sentir de sí misma iba presurosa delante de sus hermanas, tanto que el Padre Varín tuvo que prevenirla contra un exceso que hubiera podido engendrar escrúpulos innumerables y melancolía. "Cuando sintáis", le dijo, "que

vuestra alma se dilata, y que vuestro pecho respira libremente animado de la esperanza, del amor y de la confianza, decid con plena certidumbre: ¡Cerca de mí está el Esposo! Así se anuncia su presencia. Por el contrario, cuando vuestra alma se sienta envuelta en las sombras de la duda, de la ansiedad y de la confusión, sin ánimo para el bien, entonces, no lo dudéis, el enemigo de vuestra salud maquina en vos. Guardaos de prestarle oído ni un solo instante; no le respondáis; despreciadlo á él y á todos sus artificios."

El domingo de Pascua de Pentecostés, 7 de junio de 1802, dispuso que así ella como Genoveva Deshayes pronunciaran sus votos. Por la mañana, como buscaran á Soffa Barat, que no parecía en la capilla, halláronla sentada en el patio, debajo de un avellano, inmóvil y como en éxtasis. De allí hubieron de llevarla al pie del altar.

Dios en tanto bendecía las obras de su pequeña grey; el pensionado creció también visiblemente, y así hubo necesidad de trasladar la institución á un lugar más espacioso. Para niñas pobres abrieron las hermanas una escuela, á que luego acudieron muchas. Pero más importante que esta traslación fué la dimisión que hizo la superiora de su oficio, para el cual no parecía haber sido formada. La señorita Loriquet volvió á dedicarse en París á la enseñanza. Decía la Madre Deshayes: "Podrá acaso haber cometido sus faltas nuestra superiora, pero siempre deberemos estarle muy agradecidas, pues nos obligaba á seguir adelante con ciega simplicidad



y á ponernos, desnudas de voluntad propia, en las manos de Dios." Esta expresión formula admirablemente el espíritu de amor, de obediencia ciega y de confianza ilimitada en Dios que reinaban en la nueva Sociedad.

Aunque la pequeña comunidad se había aumentado con nuevas hermanas, fué común entre ellas la opinión, que Sofia Barat era quien únicamente podía encargarse del oficio de superiora. Muy lejos estaba ella de pensar en semejante elección, y aun había razones para creer que haría cuanto fuese de su parte para librarse de esa dignidad; pero el Padre Varín discurrió un medio con que prevenir las dificultades que opusiera Sofia para admitirla. Dispuso cierto día que se reuniesen las hermanas como para oír de sus labios una plática espiritual, y dirigiéndose á Sofia Barat, le dijo: "Hermana, puesto que sois la más joven de todas, á vos es razón que os haga esta sencilla pregunta: ¿Para qué nos ha criado Dios Nuestro Señor?"

— "Para conocerle, amarle y servirle", fué la respuesta.

— "¿Y qué es servir á Dios?" preguntó en seguida el Padre Varín.

— "Servir á Dios", respondió la hermana, "es hacer su santa voluntad."

— "Perfectamente", dijo el Padre en tono de autoridad; "pues su voluntad es que vos seáis desde este momento superiora."

Cual si hubiera sido herida de un rayo, la hermana Sofia cayó de rodillas en tierra, y levanta-

tando las manos al cielo en ademán suplicante, puestos los ojos en el sacerdote, pidió que hubieran de ella piedad. Pero el Padre Varín se mantuvo inflexible. "Estaba conmovido", dijo él mismo después á las hermanas, "al ver el dolor de la pobre Madre. Durante diez largos años me ha instado incesantemente para dejar este peso, aunque en vano; por dicha vuestra, nunca me ha ocurrido darle gusto, pues nunca he visto en ella otra dificultad para el oficio de superiora que su profunda humildad."

Este nombramiento, ratificado por todas las hermanas, fué hecho el 21 de diciembre de 1802; la hermana Sofia, ó como desde entonces se le llamó, la Madre Barat, apenas contaba veintitrés años de edad. Pocos días después, á presencia de toda aquella familia religiosa reunida, la joven superiora manifestó con palabras que le salían del corazón, que cuanto era más sensible su falta de capacidad, tanto era mayor su deseo de servir las á todas, y arrodillada humildemente fué besándoles una por una á todas ellas los pies. Y en este amor, en que así se olvida el que ama de sí, y en esta humildad, así inclinada á servir á los demás en el oficio de superiora, se mantuvo fiel hasta el fin durante el espacio de más de cincuenta años.

Con amor y confianza, según la constante recomendación del Padre Varín, puso manos á la obra. En los "Padres de la fe" halló el más eficaz apoyo. Con su ayuda y dirección fueron ordenados los estudios, y la regla doméstica recibió forma y determinación más precisa. Nuevos miembros se iban constante-

mente incorporando á la Sociedad; de ellas jóvenes de las más antiguas é ilustres familias de la nobleza de Francia. El Padre Varín envió entre otras á Amiéns como postulanta á la señorita María du Terrail, recomendándola en razón de su "gran talento y aptitud para enseñar y educar". Algún tiempo después llamó á las puertas del claustro Catalina de Charbonnel de Jussac, joven educada con exquisito cuidado por sus abuelos, de quienes había heredado con la más tierna piedad ánimo generoso para todas las cosas de Dios. Su abuelo murió en los días de la revolución en un calabozo, adonde le había arrojado el odio revolucionario; su padre perdió la vida defendiendo á su rey en los campos de batalla; y su hermano, que pudo vivir oculto largo tiempo, como al fin fuera descubierto, murió fusilado por los jacobinos. Á pesar de tan rudos golpes no cayó el ánimo de Catalina; tenía el cuidado de sus hermanas, y en medio de la pobreza á que vino, halló modo y camino de ayudar á la Iglesia en sus ministros, los sacerdotes disfrazados y perseguidos, confeccionando secretamente para ellos vestiduras sagradas y llevándoles ornamentos y otros objetos para el culto, sin temer el peligro á que exponía su libertad y hasta su vida en los días del terror. Con razón se alegró la Madre Barat del bien que recibía su pequeña comunidad con esta postulanta, á quien sin embargo no se perdonó cosa alguna de lo que pedía su probación.

Los trabajos y acaso también las rigurosas privaciones de aquella nueva vida acabaron con las fuerzas de muchas hermanas y las redujeron á guardar cama.

La Madre Barat enfermó también, habiendo venido á tal estado de debilidad, que para poder atender al cuidado de la comunidad le pareció bien no descuidar del remedio. Demás de esto aconteció que una de las religiosas hubo de sufrir síntomas de enajenación mental, accidente que en toda la ciudad de Amiéns dió ocasión á juicios los más desapiadados é injustos contra el nuevo instituto. Por último, la obra de las hermanas pareció sospechosa al Gobierno civil á causa de sus relaciones con los conocidos "Padres de la fe", cuyo celo por todo lo que pertenece á la fe, se había atravesado, como espina en los ojos, á la incrédula burocracia.

El Padre Varín, amante fiel de la nueva Sociedad, no cesaba de consolarla y darle buen ánimo. "Por medio de una serie de pruebas", escribía á la Madre Barat en 20 de octubre de 1803, "ha grabado el Señor en vuestra casa, como en prenda de su amor, la señal de la salud; ya abrirá su mano para enriquecerla con inestimables bendiciones. Así, de nuevo os digo hoy: ¡Confiad siempre en él!" Y quince días después: "¿Habéis olvidado acaso, querida hermana, que nuestro divino Salvador cayó, cierto, abrumado del peso de la cruz, pero no se quejó de él? Firme estuvo sin apartarse de ella. Así se cumplió su intento, y es eternamente glorioso y bienaventurado, *et regni eius non erit finis*. Jesucristo es vuestro Rey, vuestro Esposo, vuestro Modelo, y á la verdad no le fué á él tan bien como á vos, pues cuando cayó en tierra, todos fueron golpes y vituperios de sus enemigos, que de nuevo le levantaron en alto, y sólo hubo



uno de fuera que le ayudara á llevar la cruz; mientras que si vos dáis en tierra, luego se apresuran á socorreros millares de ángeles y santos con la Reina de todos ellos y aún con el mismo Jesús vuestro divino Esposo. ¿Seréis pues osada á quejaros?"

Estas palabras eran tanto más expresivas cuanto más se había agravado el mal de la Madre Barat, que se temía fuese cáncer y tisis. Ella misma no creía recobrar la salud; mas en medio de sus padecimientos siempre se la veía serena, apacible y resignada. Á uno que le habló de lo que perdería el instituto si ella faltase de entre los vivos, "¿Qué somos nosotros," le dijo, "para poder siquiera imaginar que Dios necesite de nuestro concurso? ¿Acaso no puede hacer de las piedras hijos de Abrahán? Yo os aseguro que el pensamiento de mi muerte próxima me consuela sobremanera."

Pero el Señor le devolvió la salud, y al cabo de una ausencia de muchas semanas pudo estar de vuelta en Amiéns. Pronto le fué dado adquirir el convento que fué de los Padres del Oratorio, é instalar en él la institución.

Entretanto el Padre Varín, que recorría los pueblos como celoso misionero, hizo conocimiento en Grenoble con Filipina Duchesne, natural de aquella ciudad. Esta Filipina, antes de la revolución francesa, perteneció como novicia á la orden de la Visitación, y desde hacía algunos años había procurado, aunque en vano, reconstruir el convento de su patria, reducido á ruinas; ahora se ofrecía á sí misma y ofrecía sus poquitas compañeras y todo el edificio que estaba

en construcción, al instituto del Sagrado Corazón. El Padre Varín aconsejó á la Madre Barat que fuese á Grenoble para entender por sí misma en este negocio y ver si era posible admitir tan buen ofrecimiento; entretanto la dirección de la casa de Amiéns quedó en manos de la Madre Baudemont.

Así comenzó en la Madre Barat la serie de privaciones, sacrificios y trabajos que por espacio de cincuenta años de apostólicos viajes habían de pesar sobre su alma, inclinada de suyo á la vida de soledad y piadoso retiro. El 13 de diciembre, después de largo y penoso viaje, llegó á la ciudad de Grenoble, donde se olvidó de todos sus cuidados. Halló en efecto almas tan bien dispuestas, que ningún sacrificio se les hacía difícil; su único deseo era darse enteramente y sin reserva alguna al Sacratísimo Corazón de Jesús y consumir la propia vida en su servicio.

La Madre Barat puso á estas nuevas hermanas, que por tanto tiempo habían estado esperando la hora de la gracia, en los ejercicios de la casa de Amiéns, y les dió á conocer las prácticas del instituto. Mas por su parte el enemigo de todo bien no se daba punto de reposo. En la ciudad se levantó en muchos contra la nueva obra grandísima oposición. "¿Qué saben ni entienden", decían, "estas maestrillas? ¿qué monjas son éstas? ¿qué pretenden con sus rigurosas penitencias? etc. etc." La buena hermana Filipina sentía mucho que á la Madre Barat, á quien tanto ella veneraba, la ofendiesen con tan amargas críticas; pero la serena calma con que ésta lo escuchaba todo, la persuadía á ella misma á no hacer caso de ellas.

Por abril de 1805 tuvo que partir la Madre Barat para Lyon. En esta ciudad le cupo la dicha de ver al Papa Pío VII, que pasaba por allí para volver á Roma después de la coronación de Napoleón Bonaparte. Oyó la misa que dijo el Padre Santo, recibió de sus manos la sagrada comunión y fué recibida en audiencia por él. Ésta fué la vez primera que el Padre Santo tuvo noticia de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, habiendo concedido, lleno de bondad, á la fundadora su santa bendición. El mes siguiente (mayo de 1805) volvió la Madre Barat á Grenoble, y se ocupó, como antes, con sus novicias de allí, á las que procuró infundir el espíritu de amor, de sencillez y alegría que dilata los corazones y los dispone para servir al Salvador crucificado con generosidad y espíritu fiel de sacrificio.

Como ya fuera llegando el tiempo en que habían de profesar las hermanas, el obispo de Grenoble, Monseñor Sinón, antes de otorgarles la oportuna licencia, quiso conocer las reglas de la nueva Sociedad. La Madre Barat tuvo pues que componer un primer bosquejo de la misma á lo menos sobre los puntos esenciales. Hasta entonces las reglas de la orden se habían venido conociendo por vía de tradición oral ó más bien por las prácticas diarias del instituto.

Después de algunas breves noticias históricas y otros datos preliminares sobre el origen y el fin del instituto, la Madre Barat explica el porqué hasta entonces no se había escrito libro alguno de las reglas de la orden: así ella como los directores espirituales

habían aguardado en este punto el resultado de la experiencia antes de ponerse nada por escrito como ley. Después añadía:

“En la esperanza de poder presentar oportunamente á vuestra solicitud episcopal nuestras constituciones, me permito comunicar á V. R. provisionalmente una breve idea del género de vida que practican las hermanas que pertenecen á la Sociedad del Sagrado Corazón.

“Fin de nuestra Sociedad es trabajar en la propia perfección y para la salud espiritual del prójimo.

“Debemos pues, en espíritu de abnegación, despreciar al mundo y á nosotras mismas y procurar únicamente la honra y gloria de Dios; debemos habernos con el prójimo blanda y humildemente y obedecer alegremente á las superiores.”

En seguida declara el modo cómo debe la Sociedad cumplir ese doble intento, conviene á saber: Primero, cuanto á la *propia* perfección (de las hermanas), el noviciado y la fiel observancia de los deberes cristianos. Y respecto á la acción en pro de la salud espiritual *del prójimo*, la educación de las niñas, y la instrucción gratuita de los pobres, así como la proporción que ofrece á las que, viviendo en el siglo, quieren dedicar algunos días á hacer ejercicios espirituales, para lo cual les abre el instituto sus puertas. ®

Acerca de la organización interior dice:

“1º: Las diferentes casas de nuestra Sociedad estarán bajo el régimen de la superiora general.

“2º: Todo es común en nuestro instituto, y el tenor de vida sencillo y en nada ajeno de lo ordinario.



En punto á penitencia y ayuno, fuera de lo ordenado por la Iglesia, nada está prescrito en nuestra regla.

“3º Todos los días por la mañana una hora de meditación, y media al anochecer; lectura espiritual, y dos veces examen de conciencia.”

Estas líneas fueron estimadas por suficientes y aprobadas verbalmente por el obispo de Grenoble.

El día 21 de noviembre recibió el Padre Varín los votos de tres hermanas, y la Madre Barat pudo volverse á Amiéns.

Para mantener la unidad de espíritu y de corazón en la Sociedad, se hacían necesarias dos cosas: tener una superiora general, y que fuesen escritas las reglas. Y así se hizo. El día en que se celebró la Cátedra de San Pedro, 19 de enero de 1806, reunidas todas las profesas de Amiéns, fué elegida por superiora general, muy contra su expectación y deseo, la Madre Barat. Las palabras siguientes de la Madre Deshayes expresan muy bien el pensamiento de las hermanas electoras: “La íntima unión de la Madre Barat con el divino Salvador, su dulzura y prudencia, su amor á las hermanas, por cuyo bien estaba siempre pronta á hacer sacrificios, su sabiduría y su prudencia en los negocios, y esto en una edad en que otras sólo hacen concebir esperanzas de sí, todo nos dió á entender que ella era la madre y guía que en su amor nos había Dios deparado. No pensaba ciertamente así la Madre Barat, sino antes creía que el Señor la ponía en este cargo á causa de sus pecados.”

Sin despegar sus labios aceptó la Madre Barat la divina ordenación, porque á la obediencia no oponía

ninguna dificultad, si bien interiormente se sentía como oprimida y anonadada con el peso que nuevamente se le imponía.

Elegida la Madre Barat, pensóse en trazar y establecer la regla; pero luego se echó de ver que muchas de las hermanas no veían con claridad este punto; y así el Padre Varín juzgó que había que aguardar aún; y habiéndose dado al convento de Amiéns, como se dió al de Grenoble, una breve suma de los estatutos y del fin de la nueva Sociedad, que fué benévolamente recibida, el Padre Varín renunció al título de superior del nuevo instituto, el cual comenzó entonces á tener vida propia y á verse representado en la persona que, elegida por superiora general, tanto derecho tenía á la más entera confianza. No cesaron por esto sin embargo los cuidados, auxilios y consejos del Padre Varín, sino en todo el resto de su vida, ya él presente, ya ausente, influyó sobremanera en la Sociedad del Sagrado Corazón. Dejó á Amiéns poco tiempo después de haber sido elegida por superiora general la Madre Barat.

Cuán agradable hubo de ser esta obra al divino Salvador, se echa de ver en haberse manifestado desde muchas partes el deseo de conseguir respectivamente una fundación, ofreciéndose casas para el intento y habiéndose extendido rápida é inopinadamente el nuevo instituto. Tan inesperado incremento tuvo por consecuencia, no ya sólo el aumento de trabajo en la superiora general, sino también que fuera conmovido con un sacudimiento peligroso el fundamento de un edificio que apenas podía tenerse por construído.

CAPÍTULO CUARTO.

CONTIENDA PARA LOGRAR LOS ESTATUTOS DE  
LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN.

MIENTRAS que la Madre Barat estuvo en Grenoble y más aún en los siguientes años, en que dirigía y visitaba los conventos de Poitiers, Niort, Gante y Guignières, llegó á adquirir mucho ascendiente en el de Amiéns un cierto abate de Sambucy, conocido comúnmente bajo el nombre de abate de Saint-Estève. Era este sacerdote confesor de las religiosas y de las alumnas, sujeto piadoso y de costumbres intachables, pero de genio inquieto; y esto fué también propiamente la causa de haberse hecho imposible, en la junta que se tuvo el año de 1806 en Amiéns, la formación de los estatutos. Sin ponerlo en conocimiento de la Madre Barat había determinado hacer modificaciones en el traje de las religiosas, en el método de la educación, y principalmente en la regla ya incoada. Á las alumnas lo mismo que á las hermanas y aun á la superiora, que era la Madre Baudemont, las dominaba él completamente, y de esta suerte fué esparcida la semilla peligrosa de la discordia en aquel campo tan reciente.

Los amigos de la superiora general le aconsejaron muchas veces, que se revistiera del derecho que le daba su carácter de tal; mas ella se inclinó á esperar en paciencia y haciendo oración el auxilio de Dios, con que habían de allanarse aquellas dificultades. Tal temperamento no solamente era el que más se conformaba con los sentimientos del Corazón de Jesús,

sino el que más juicioso y prudente parecía, dada la incertidumbre que á la sazón reinaba en el curso y suceso de las cosas. Muy expresiva es por cierto, tratándose de sus disposiciones interiores, una carta que después escribió desde París (16 de diciembre de 1810) á la Madre Duchesne. "Mi resolución", decía en ella la Madre Barat, "es categórica: cierto, quiero cumplir fielmente el precepto de Nuestro Señor y Maestro. . . Nada quiero rehusarle; aunque esto es poco: alegre y determinada quiero anticiparme á todos los deseos é insinuaciones de su amabilísimo Corazón, sea la que fuere su voluntad. Venid, ¡oh Dios mío! en auxilio de mi flaqueza; y vos, querida Filipina, rogad por vuestra madre."

Por este tiempo su salud hubo de sufrir recios golpes; una tos seguida de esputos de sangre la obligaba á menudo á guardar cama. En aquellos tiempos difíciles se retiró á la escondida casa de Sainte-Marie d'en-Haut, de Grenoble, donde era tan querida, y donde la Madre Duchesne, que sabía muy bien lo que le convenía, le había dispuesto una silenciosa celdita. Allí la Madre Barat, enferma y oprimida de cuidados, permanecía á menudo y durante largas horas en oración, entregada á la piedad de su corazón, á solas con Aquel que por entonces la probaba y traía á sí por medio de las penas, y que, á su tiempo, oyó sus plegarias.

Por aquel tiempo la Madre Barat tuvo el sentimiento de perder á su amado padre; su madre murió también de allí á pocos años.

Cuando la Madre Barat volvió á Amiéns, por mayo de 1811, encontró á Saint-Estève ocupado en



la composición de nuevos estatutos. Era este un asunto que ciertamente tocaba sólo al Padre Varín y á la rev. superiora, quienes efectivamente ya hacía tiempo que se ocupaban en él. Pero Saint-Estève, que públicamente se hacía llamar fundador de esta Sociedad, se creyó llamado á darle leyes y reglamentos. Sin haber penetrado el espíritu ni comprendido el fin de la Sociedad del Sagrado Corazón, no vaciló en poner manos á la obra. A diestro y siniestro reunía y entresacaba de las diferentes reglas de las órdenes religiosas lo que le parecía bien; entre muchas otras, de las reglas de las ursulinas, á que antes había pertenecido una de las hermanas, y de las de las clarisas, cuyo hábito vistió antes de la revolución Madama Baudemont, teniendo esta combinación por base la regla de San Basilio. La Madre Barat se enteró muy detenidamente de este peregrino engendro, del cual dió noticia á los Padres Varín y Barat. El Padre Varín, como no podía menos de suceder, lo desaprobó y rechazó.

Como en junio de 1812 el abate Saint-Estève tuviera que ir á París por causas políticas y por disposición de la policía, y durante algún tiempo se viese privado de su libertad, aprovechó las horas de aquel ocio forzado para completar sus "constituciones", las cuales fueron después enviadas á Amiéns y desde allí á todas las casas de la nueva orden. Pero la Madre Baudemont no podía menos de observar que en ninguna parte hallaban gracia, ni aun en la casa de Gante, que era también una fundación de su comunidad. La superiora de Gante, la Madre de

Peñaranda, habló en este punto sin rodeos, diciendo que antes que aceptar tales estatutos dejaría la Sociedad, y que siempre había aspirado á que la regla fuese igual á la de San Ignacio ó tomada de ella.

Entre tanto la nueva Sociedad cno recía. Aunque así dentro como fuera de Francia se pedían nuevas fundaciones, no se pensaba en satisfacer este deseo, porque sobre ser el nuevo instituto sospechoso á los gobernantes de entonces, las discordias intestinas ganaban terreno, y la R. Madre y el Padre Varín se aprestaban á proponer finalmente unas constituciones que concordasen con el designio concebido desde el principio.

Pero como el Padre Varín entonces — ya desde 1807 — por decreto de Napoleón hubiera sido confinado al castillo de Chevroz en Besançon, la Madre Barat partió hacia allá á fines de septiembre de 1813. En aquella expedición sufrió una pena incesante al encontrarse á cada paso pequeñas bandas de la *grande armée*, que atravesaban á Francia, cubiertos los soldados de andrajos, hambrientos y plagados de heridas y miserias, después de la horrible campaña de invierno que hicieron en Rusia, extenuados en medio de los campos y tendidos en los caminos reales ó arrastrándose penosamente. Cuando llegó nuestra Madre á Besançon, toda la ciudad estaba llena de heridos.

En el castillo de Chevroz fué afectuosamente recibida por la hermana del Padre Varín, Madame de Chevroz, y su cristiana familia. "Todas las mañanas," habla el Padre Jeantier, que era á la sazón niño,

“después de misa, veía yo al Padre Varín con la Madre recorriendo pensativo las espaciosas calles de tilos del jardín. El Padre iba despacio, tomaba aquí y allí algunas notas, después permanecía inmóvil, escribía y borraba.” La Madre Barat pasaba largas horas en la iglesia, que está cerca del castillo, y el Padre Jeantier era mandado allí muchas veces á la caída de la tarde para repetirle que era ya hora de comer: tan engolfada estaba en la oración.

La Madre volvió á París en noviembre con la esperanza que Dios había bendecido aquel trabajo. En París hizo sus ejercicios anuales, se ocupó en hacer algunas visitas de inspección, y á principios de enero de 1814 la vemos nuevamente en Amiéns. Siempre se forjaba la esperanza de ganarse á Saint-Estève á fuerza de dulzura y condescendencia para restituir á la Sociedad del Corazón de Jesús su alterada paz.

Pero el hombre propone y Dios dispone: los extraordinarios sucesos que estaban ya próximos, trastornaron por entonces los planes de la Madre Barat. Cayó Napoleón; los Padres de la fe, desterrados por él, volvieron á sus casas, pero su hostil competidor, el abate de Saint-Estève, que en el nuevo régimen recobró también su libertad, hubo de oponerse ahora más que antes al nuevo instituto, gracias al nombramiento que obtuvo de secretario de la embajada francesa en Roma.

El 7 de julio de 1814 partió con el nuevo embajador, el obispo Pressigny, y no habían pasado apenas tres semanas desde su llegada á Roma, cuando ya hizo saber que había presentado en lugar competente,

para ser aprobadas, las constituciones del instituto del Sagrado Corazón; que el nombre “Orden de religiosas del Sagrado Corazón” no agradaba, y parecía visiblemente mejor el de “Apóstoles”, con que ya él había querido denominarlas en Amiéns; y que él mismo se ocupaba ya en “proporcionarles una casa en Roma”. Júzuese cuál no sería la sorpresa de la Madre Barat. Pero todavía fué mayor su perplejidad, porque ahora precisamente, cuando el Papa Pío VII en su bula *Solicitud omnium* llamó de nuevo á la vida solemnemente, para que se extendiera por el mundo universo, á la Compañía de Jesús (7 de agosto de 1814), el Padre Varín con la mayoría de los otros Padres de la fe entró en el noviciado de la misma Compañía, y tenía por consiguiente que recibir una orden terminante de sus superiores antes de ocuparse en los estatutos de las hermanas del Sagrado Corazón.

La Madre Barat contestó á Saint-Estève, — que ahora gozaba de tanto poder y libertad — dirigiéndole una carta atenta y respetuosa, en la cual sin embargo le decía, que ella estimaba prudente, “examinar todavía más los estatutos antes de someterlos á la aprobación de la Santa Sede, y aguardar á que en una asamblea general de la Sociedad se tomase una resolución definitiva”. Manifestóle ingenuamente que “exceptuada la de Amiéns, en todas las demás casas era unánime el deseo de acercarse á la Compañía de Jesús tanto como lo sufriera una comunidad de mujeres . . .” y que “así como al instituto religioso le toca someter sus estatutos al Padre Santo, así es también razón elija ella su propio nombre al solicitar la



aprobación del Vicario de Jesucristo". La carta se terminaba con el deseo más cordial, expresado en los términos más benévolos, de mutua amistosa y plena inteligencia.

De ese modo señaló la Madre Barat el camino recto y el derecho que le asistía; pero no pensaba así Saint-Estève. No pasó mucho tiempo sin que escribiera diciendo, que "su trabajo parecía en Roma bueno y aún excelente; que se le habían ofrecido muchas fundaciones en Roma y en toda Italia, y que muchas pretendientes francesas é italianas se le habían mostrado dispuestas para ello. La contradicción sólo conducía á aumentar el celo que le animaba en favor de la nueva Sociedad. . . . Que al cabo de catorce años de estar esperando, ya era tiempo de dar fin á una desconsoladora incertidumbre y de ponerse el instituto debajo de una regla; de no hacerlo así se daría ocasión á que se propalase que las casas de religiosas, ó están mal gobernadas, ó mal aconsejadas." Indudablemente así ésta como otras cartas de Saint-Estève debían de hacer penosa impresión en la Madre Barat; mas como verdaderamente humilde que era, alegrábase en estas personales reconvenções y escribía á la Madre Duchesné, con quien tenía íntima confianza: "Por lo menos éste me trata como merezco."

Pero no se detuvo ahí el abate Saint-Estève: en una carta que escribió á 17 de noviembre de 1814 al Padre Clorivière, anciano de ochenta años, y á la sazón provincial de los jesuitas en Francia, trató de persuadirle á que prohibiera al Padre Varín que se

mezclara en dicho asunto. Decía al Padre provincial, que "debía hacer pensar á las hermanas que en sus manos (las de Saint-Estève) se hallaba enteramente todo el poder"; que el Padre Santo, los cardenales, el embajador francés, todos estaban de su parte, y creían que "en caso de haber discordia el culpante de ella era el Padre Varín". Pero el Padre provincial, que fué en su tiempo oficial de marina, no conocía el miedo, y á la audacia inverosímil de Saint-Estève dió por única respuesta mandar inmediatamente al Padre Varín, que tomase de nuevo la dirección espiritual de la Madre Barat, y que sin dilación alguna pusiese manos en la terminación de los estatutos, obra en que debía ayudarle con sus consejos el insigne Padre Druilhét.

Verdaderamente este auxilio llegó á tiempo. "*¡Pax Christi!*" escribía el Padre Varín en su primera carta (23 de noviembre de 1814), escrita como suya con caracteres de fuego, á la Madre Barat, "*¡Pax Christi!*" Por fin se ha deshecho la tormenta que desde hace tiempo vi que se formaba sobre vos y sobre mi propia cabeza. ¡Ánimo pues, valor y confianza! Quien como vos pide junto á la cruz . . . bien debe considerar que la cruz se extiende en dirección á todos los lugares del cielo. . . . Digamos siempre y clamemos: ¡Viva Jesús y su santa cruz! Yo la saludo como vos, y la llevo con vos. ¡Bendito y alabado sea pues mil veces Nuestro Señor y Maestro!"

Por aquel tiempo en efecto vino una cruz después de otra. En la casa establecida en Gante (Bélgica) la confianza en el gobierno y proceder de la supe-

riora general llegó á decaer así en el ánimo de la superiora de allí, la Madre de Peñaranda, como en los sacerdotes que la aconsejaban, á lo cual habían dado sin duda ocasión los malhadados estatutos de Saint-Estève. Con esto se juntó el temer que el galicanismo, que en todas partes mostraba inquieto su espíritu de intriga, llegase á maquinarse algo contra el nuevo instituto. Ni el Padre Varín ni las cartas de la Madre general podían tranquilizar el ánimo ni disipar las punzantes dudas de la Madre Peñaranda. Las cosas tomaban cada vez peor aspecto, hasta el punto de haber sido disuelta la comunidad por decreto episcopal. Sólo seis religiosas fueron á Amiéns á la Madre Barat, que las recibió con los brazos abiertos (21 de diciembre de 1814). Grande fué asimismo el consuelo que recibió en enero de 1823 admitiendo de nuevo á la Madre Peñaranda, que siempre tuvo recta intención y siempre se aconsejó de hombres muy respetables; después vinieron otras religiosas procedentes de la casa de Gante, que volvían también á los brazos de la superiora general<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Nota. Todo el que tenga siquiera alguna noticia de la oposición sistemática contra la Santa Sede que por entonces — y aun ahora dura en parte — tenía viciado el ánimo de muchos, seculares y sacerdotes, sentirá con la Madre Barat las desdichas de aquellos días de confusión y división, y habrá de tener por buenos los motivos y la actitud de la Madre de Peñaranda. Habiendo temido esta digna religiosa que la pureza ó el fervor del espíritu católico padeciesen disminución en la Sociedad — todavía no aprobada entonces por el Papa — del Sagrado Corazón, esta consideración debió pesar

El día 22 de diciembre la Madre Barat fué invadida de una fiebre mucosa tan pesada, que tuvo en gran peligro su vida por espacio de veinte días. Pero la confianza del Padre Varín era todavía mayor. Suyas fueron estas palabras, escritas de su mano en aquellos días, y que respiran ánimo y confianza: “Males, penas, contradicciones, abatimientos, tribulaciones, desamparos de Dios, trabajos y aflicciones por doquiera, y carecer de todo auxilio sensible, propio es de aquellas almas que se consagran al Corazón de Jesús y anhelan por dilatar el reino de su amor sobre la tierra. No es el discípulo sobre el maestro. Jesucristo ha sufrido todos estos trabajos y con los ojos puestos en la muerte dijo á sus discípulos: Yo he vencido al mundo. — Pongamos nosotros en él toda nuestra confianza: la obra que es de Dios, no perecerá.”

No se había restablecido aún de su enfermedad la Madre Barat cuando he aquí que á principios del año de 1815 llegó de Roma una carta de Saint-Estève con la extraña nueva de haberse fundado en Roma una casa, denominada de San Dionisio, destinada á ser la casa matriz de la Sociedad del Sagrado Corazón. Llegar esta carta á Amiéns y desaparecer allí de entre las religiosas la paz externa, todo fué uno. Las hermanas del Sr. Saint-Estève, la Madre

en su ánimo sobre cualquiera otra. Que ni sombra de ambición ó de otra pasión semejante influyó en su ánimo, pruébalo el haber ella vuelto más tarde al seno de la Sociedad, cuando ésta fué mejor conocida por ella.



de Sambucy y la Madre Copina salieron para Roma, y la Madre Baudemont no tardó en juntarse con ellas en San Dionisio. Otras hermanas dejaron la Sociedad, al paso que algunas, entre las mejores, se sentían intranquilas y llenas de confusión. Sola la Madre Barat conservó inalterablemente la paz: horas enteras se estaba meditando la amarga tristeza del Señor; á menudo se recogía en un pequeño oratorio, vecino á su celda, y junto al altar mayor de la iglesia de las religiosas del Sagrado Corazón en Amiéns, ante un fresco que representa el acto de la crucifixión, reanimaba su devoción. Su conciencia le decía que sólo había pretendido el bien sin mirar al propio interés; que si se había engañado, la culpa no era suya, ante todo le daba á entender que iba el camino derecho, aun cuando las contradicciones se aumentaban. Firme en su espíritu de sacrificio buscaba la fortaleza en Aquel que da á todas las cosas virtud mediante su cruz y su amor.

En esto llegó el estío sin que, dadas las circunstancias afflictivas de la casa de Amiéns, se mejorase su salud. Vinole muy bien que el médico le prescribiera mudar de aires, pues así pudo ir á restablecerse á la pobre sosegada casa de Cuignières, donde reinaban la paz y el amor.

Ya hacía más de medio año que la Madre Barat, hallándose en tan difícil situación, había escrito al que era entonces Provincial de la Compañía de Jesús en Italia, el Padre Panizzoni, pidiéndole consejo; y ahora, finalmente, llegó á tener respuesta, escrita, no á la verdad del mismo Padre Panizzoni, que había cesado

en el oficio, sino, como ella al menos lo suponía, en virtud de legítima sustitución, acaso de su sucesor, aunque el nombre de Stefanelli, que la suscribía, le era enteramente desconocido. Esta carta, fechada en Roma á 3 de agosto de 1815, participaba á la Madre Barat, que ya el Papa había aprobado las reglas y el instituto del abate Saint-Estève y reconocido á él por único superior del mismo. Que si la Madre Barat y sus "cómplices" no aceptaban su mando y jurisdicción, y no querían someterse con todas sus hermanas francesas al convento erigido en Roma, incurrirían en excomunión. Que ya había significado el Papa que aboliría una comunidad que daba muestras de obstinada indocilidad. Demás de esto el que suscribía la carta, exhortaba á la Madre Barat á someterse, y se ofrecía á poner en manos de la superiora de Roma el escrito en que se consignara ese acto, que sería bien recibido.

Admirablemente se condujeron, como verdaderas hijas de la Iglesia, la Madre Barat y sus buenos amigos. El 10 y el 15 de septiembre el Padre Varín le escribía: "El abate Montaigne ha hablado conmigo sobre lo que á vos y á vuestra Sociedad interesa. ¿Será acaso preciso repetiros que en nosotros tenéis amigos fieles? Después de Nuestro Señor y Salvador, que es el primero y el mejor entre todos los amigos, no creo yo que nadie os sea más devoto que nosotros, ni que más sienta vuestra aflicción y esté más dispuesto á consolaros en ella. El abate Montaigne estima que debéis volver á Amiéns y dejar en libertad á las hermanas que quieran seguir la dirección de

Saint-Estève. Ya comprenderéis, cara hermana, cuánto trabajo me cuesta remachar los clavos que os tienen adherida á la cruz. Pero cuento con no desmayar tampoco ahora. Todo lo que hagamos, será recompensado si procedemos imitando el Corazón y movidos del espíritu de nuestro divino Salvador."

La Madre Barat por su parte estaba pronta á someterse: "Habiendo hablado Roma, decía, la causa está decidida." Pero todavía esperaba contra toda razón humana de esperar: "Yo espero confiadamente," escribía á una superiora devota de ella, "que la Sociedad del Sagrado Corazón ha de renacer de sus cenizas. Como el grano de mostaza, ha de ser antes destruído todo aquello que después ha de levantarse y dar fruto" (26 de septiembre de 1815).

Pero las cosas no fueron más allá: el abate Perreau, secretario de la Cancillería de Estado, llegó á descubrir que la respuesta á la Madre Barat fechada en Roma y suscrita al parecer por *Stefanelli*, no era en todas sus partes sino una horrible falsificación, un tejido de mentiras y enredos; y ¡cosa notable! el autor de la funesta carta que tales falsedades contenía, no era otro sino el abate Saint-Estève.

La Madre Barat se esforzó cuanto pudo á guardar reserva sobre el proceder de este sacerdote, cegado por la pasión, si es que no padecía de algún desorden mental, ya que por otra parte era un eclesiástico celoso; y de tal modo se previno á sí misma contra todo sentimiento de rencor, que en los ocho años que duró esta laboriosa contienda, no se le deslizó en ninguna de sus cartas ni una sola palabra de cen-

sura á su contradictor. Pero si en ella decía bien este heroico silencio, á otros les corría el sagrado deber de hablar. El abate Perreau, el obispo de Amiéns y otros, v. gr. el embajador francés, obispo Pressigny, descubrieron la trama urdida por el original secretario de la embajada. Monseñor Pressigny escribió á Francia á un personaje eclesiástico, á propósito de lo que se gloriaba de haber conseguido el abate en Roma, que "en Roma no se corre tanto, sino se examinan los institutos antes de aprobarlos". Hasta un sacerdote hermano de Saint-Estève desaprobó su conducta. El mismo Saint-Estève no pudo continuar en Roma, pues sus antiguos protectores le volvían ahora naturalmente las espaldas; y cuando regresó á Francia, pudo observar que allí también se había eclipsado su estrella.

La Madre Barat y sus amigos vieron por propia experiencia cuán bueno es poner humildemente en Dios toda nuestra confianza, y cuán verdadera es aquella palabra de la Escritura: *Universi, qui te expectant, non confundentur* (Ps. 24).

En medio de la tormenta de afuera, en aquel inminente peligro de excisión y discordia se sintió más claramente la necesidad de una base más firme y de una unidad en que se juntaran desde luego las que se habían mantenido fieles. Sonó pues la hora de la Providencia en la que, al cabo de prolijas investigaciones y pruebas, se había de establecer la regla y definir autorizadamente con palabras terminantes la esencia y carácter distintivo, el principio vital de la nueva Sociedad. Á este intento se habían



ordenado en el plan divino las dificultades referidas, á que la nueva regla expresase y declarase con la mayor claridad y energía todo lo que según los planes de la Providencia había de formar el espíritu de esta Sociedad.



CAPÍTULO QUINTO.

LOS ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

PARA el día de Todos los Santos de 1815 la Madre Barat convocó á junta de hermanas en París á dos de cada convento, para deliberar acerca de las constituciones de la orden. Antes de haberse reunido, las hermanas oyeron misa en la pequeña capilla de los Padres jesuitas (rue des Postes). El antiguo Padre Provincial les dirigió palabras edificantes acerca del divino Corazón de Nuestro Salvador, objeto de su amor é imitación, á quien debían referir todas sus obras de amor del prójimo.

Las deliberaciones tuvieron lugar en el convento de las hermanas de Santo Tomás de Villanueva bajo la presidencia de la Madre Barat en calidad de superiora. Los Padres Varín y Druilhet asistieron también allí, y pusieron de manifiesto ante las hermanas la regla y estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón tales como ellos los habían bosquejado por encargo del Padre Provincial (véase el capítulo IV). En esta obra ambos autores se completaban uno á otro, armonizándose el vivo entusiasmo y los tonos enérgicos del Padre Varín con la clara penetración,

el reposado juicio y la gran benignidad del Padre Druilhet. Las hermanas creyeron ver revivir en él el espíritu del bienaventurado Padre Tournely.

Estos estatutos no hay necesidad de decir que eran en un todo diferentes de aquellos otros que de la casa de Amiéns fueron remitidos á las demás casas. Acerca de estos escribió la Madre Barat estas palabras, en las que no se hace mención del autor de aquéllos, el abate Saint-Estève: "La obra compaginada en Amiéns adolecía harto de falta de unidad para que no fuera preciso comenzar enteramente de nuevo y volver á la idea primera que dió el ser á nuestra Sociedad. Nosotras ante todo estamos consagradas á dar gloria al Sagrado Corazón de Jesús" (carta de diciembre de 1815).

Este fin de la nueva Sociedad, el primero y el más deseado, halló también ahora en la primera parte del "Ensayo ó bosquejo de la regla" su más calurosa expresión. He aquí cómo principia:

*"En el nombre y para gloria de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.*

"Dios, cuya providencia dispone todas las cosas con sabiduría para bien de la Iglesia, en todos tiempos le ha otorgado socorros proporcionados á sus necesidades. Pero en este último principalmente es en el que ha mostrado más espléndidamente su bondad y generosidad para con ella descubriéndole los tesoros inmensos de gracia escondidos en el Corazón de su Hijo. Con lo cual no sólo ha querido que sea dado á este divino Corazón el culto de amor y adoración á que tiene derecho por tantos títulos, sino

ordenado en el plan divino las dificultades referidas, á que la nueva regla expresase y declarase con la mayor claridad y energía todo lo que según los planes de la Providencia había de formar el espíritu de esta Sociedad.



CAPÍTULO QUINTO.

LOS ESTATUTOS DE LA SOCIEDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

PARA el día de Todos los Santos de 1815 la Madre Barat convocó á junta de hermanas en París á dos de cada convento, para deliberar acerca de las constituciones de la orden. Antes de haberse reunido, las hermanas oyeron misa en la pequeña capilla de los Padres jesuitas (rue des Postes). El antiguo Padre Provincial les dirigió palabras edificantes acerca del divino Corazón de Nuestro Salvador, objeto de su amor é imitación, á quien debían referir todas sus obras de amor del prójimo.

Las deliberaciones tuvieron lugar en el convento de las hermanas de Santo Tomás de Villanueva bajo la presidencia de la Madre Barat en calidad de superiora. Los Padres Varín y Druilhet asistieron también allí, y pusieron de manifiesto ante las hermanas la regla y estatutos de la Sociedad del Sagrado Corazón tales como ellos los habían bosquejado por encargo del Padre Provincial (véase el capítulo IV). En esta obra ambos autores se completaban uno á otro, armonizándose el vivo entusiasmo y los tonos enérgicos del Padre Varín con la clara penetración,

el reposado juicio y la gran benignidad del Padre Druilhet. Las hermanas creyeron ver revivir en él el espíritu del bienaventurado Padre Tournely.

Estos estatutos no hay necesidad de decir que eran en un todo diferentes de aquellos otros que de la casa de Amiéns fueron remitidos á las demás casas. Acerca de estos escribió la Madre Barat estas palabras, en las que no se hace mención del autor de aquéllos, el abate Saint-Estève: "La obra compaginada en Amiéns adolecía harto de falta de unidad para que no fuera preciso comenzar enteramente de nuevo y volver á la idea primera que dió el ser á nuestra Sociedad. Nosotras ante todo estamos consagradas á dar gloria al Sagrado Corazón de Jesús" (carta de diciembre de 1815).

Este fin de la nueva Sociedad, el primero y el más deseado, halló también ahora en la primera parte del "Ensayo ó bosquejo de la regla" su más calurosa expresión. He aquí cómo principia:

*"En el nombre y para gloria de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.*

"Dios, cuya providencia dispone todas las cosas con sabiduría para bien de la Iglesia, en todos tiempos le ha otorgado socorros proporcionados á sus necesidades. Pero en este último principalmente es en el que ha mostrado más espléndidamente su bondad y generosidad para con ella descubriéndole los tesoros inmensos de gracia escondidos en el Corazón de su Hijo. Con lo cual no sólo ha querido que sea dado á este divino Corazón el culto de amor y adoración á que tiene derecho por tantos títulos, sino



también que resplandezca y se avive la antorcha de la fe y el fuego sagrado de la caridad, que el espíritu de la impiedad se esforzaba á extinguir en todos los corazones.

“Son tales los caracteres que resplandecen en la devoción al Sagrado Corazón, que se hace imposible no ver en ella el dedo de Dios. La celeridad con que se difundió por todo el orbe cristiano; la decisión de los fieles en ejercitar sus santas prácticas; el celo con que los soberanos Pontífices y los obispos han promovido sus aumentos; los frutos de gracia que ha producido en tantas partes, pero sobre todo en Francia, que fué su cuna; y por último la naturaleza de esta devoción, tan á propósito para compungir el corazón de los pecadores y reanimar el fervor de los justos: todo concurre á probar cuán agradable es á Dios esta devoción, y que ha sido inspirada de él.

“Con el fin de cooperar en el cumplimiento de estos designios, que se han hecho tan patentes en nuestros días, esta mínima Sociedad, autorizada por los obispos, y que anhela á ser solemnemente aprobada del Romano Pontífice, está consagrada al divino Corazón de Jesús y á la propagación de su culto.

“El fin, pues, de esta Sociedad es glorificar al Sagrado Corazón, lo primero trabajando por la salud y perfección de sus miembros mediante la imitación de las virtudes que reconocen por centro y por modelo á este divino Corazón; y en segundo lugar consagrándose, según que lo permita la condición del sexo débil, á la santificación del prójimo como á obra

la más agradable al Corazón de Jesús. Propónese también honrar con especial culto el santísimo Corazón de María, el cual conforma absolutamente con el Corazón adorable de su divino Hijo Jesús.”

En razón de esta manera de vida, parte activa y parte contemplativa, las hermanas no están sujetas á rigurosa clausura—es decir, no se presentan detrás de una reja cubiertas con un velo, etc.—, aunque no salen del claustro sino en cumplimiento de su oficio con especial licencia. De este modo pueden trabajar de una parte en las obras de caridad que les impone su vocación, y de otra pueden y deben recogerse siempre á la tranquila soledad del claustro.

Así como en otros muchos institutos, distribúyense las religiosas del Sagrado Corazón en hermanas de coro y hermanas coadjutoras. Á las primeras se les encomienda el rezo de la comunidad en el coro, no á la verdad según el breviario romano, pues se reduce al oficio de la Virgen Nuestra Señora con tres lecciones; ocúpense además en la educación de las niñas y en la inspección del menaje de la casa. Á las hermanas legas se encomienda principalmente el trabajo doméstico y manual. Todas pronuncian los tres votos ordinarios llamados evangélicos, á que añaden las hermanas de coro el cuarto voto: consagrarse á la educación de las niñas. Una superiora general está á la cabeza de la Sociedad confiada á su dirección, con tres ó cuatro asistentes y varias hermanas consejeras. Además de la obediencia y sujeción al Papa, la Sociedad reconoce la autoridad de los obispos en cuyas diócesis se halla establecida,

y á quienes presta de buen grado los servicios que pertenecen á su vocación.

Siguen ahora algunos capítulos sobre las reglas más propias de la Sociedad, y primeramente sobre la admisión é instrucción de las novicias.

Á la que desea ser admitida, se le exige que pertenezca "á una familia honesta y sin mancilla; que goce de buena reputación y de salud suficiente, y que muestre decoro en lo exterior de su persona. Demás de esto han de tener buen entendimiento, juicio recto y sólido, voluntad dócil y el don de enseñar, ó al menos aptitud y disposición para adquirirlo." Pero todavía se atiende más principalmente "á la pura y recta intención de glorificar al Sagrado Corazón de su Dios y al generoso deseo de ser toda para él en espíritu de simplicidad y obediencia".

Después trata la regla "de la formación en las virtudes del instituto". La que es recibida en él, tiene que comenzar y recorrer el *postulantado*. Durante este tiempo es enteramente libre; debe aprender lo que pertenece á los deberes de su futuro estado, y examinar si realmente tiene fuerzas y aliento para tomar sobre sí este yugo. Después del *postulantado*—que en las religiosas de coro es de tres meses, y de seis en las hermanas coadjutoras—, si persevera en su propósito y la superiora general, oído el juicio de tres hermanas profesas diputadas al intento, lo determina, puede tomar el santo hábito, el cual es recibido solemnemente después de una plática y antes de celebrarse una misa en el altar mayor.

Con el santo hábito comienza otro período de preparación, una segunda probación, que dura dos años: *el noviciado*. En él, "el más sagrado de sus deberes y su más dulce ocupación es procurar conocer el espíritu del Corazón de Jesús para el intento de imitarlo". Para esto es necesario que la novicia trate de conocer á fondo la divina enseñanza del Salvador, según se manifestó á los hombres; por lo cual en los ejercicios diarios se da el primer lugar á la instrucción en el dogma y en la moral. Muy especialmente ha de fomentar la devoción al Santísimo Sacramento del altar; por esto quiere la regla que "en cuanto sea posible sea puesta en el noviciado la adoración perpetua".

Concluído felizmente el tiempo del noviciado, son pronunciados los votos simples ó primeros, de pobreza, castidad y obediencia. Desde el capítulo general habido el año de 1826 estos votos obligan de por vida; antes eran sólo temporales. Con todo, la misma Sociedad está facultada por su regla, aprobada de la Santa Sede, para relajar estos primeros votos de suerte que sea dado á quien los ha pronunciado, volver al siglo cuando los superiores crean con razón suficiente que tal hermana no es de las llamadas á la vida religiosa.

Pero todavía va más allá la previsión. Antes que el instituto admita definitivamente á una hermana, debe ésta sujetarse, una vez pronunciados sus primeros votos, á un nuevo examen de su vocación, que deberá durar cinco años por lo menos. Á este período se le da el nombre de *aspirantado*, el cual concluye con



seis meses de retiro. La hermana, cuyo juicio está ya maduro é ilustrado por la experiencia, y que conoce la vida que se vive en las casas del instituto, ahora, durante este retiro, se abstrae de todas las cosas que pueden ocupar su ánimo ó distraer su pensamiento de la consideración de su propia alma, del estudio v. gr., de las clases, del trato con las alumnas, etc. Oración, meditación, conversación sosegada con Dios, he aquí en lo que se invierte la mayor parte del día. Con esta última preparación renuévase el espíritu y cobra nuevas fuerzas para adelantarse más y más en la senda de la perfección: los Padres Varín y Druilhet la tomaron de la regla de San Ignacio para dársela á la sociedad del Sagrado Corazón, si bien se reduce en ésta á seis meses el año de probación de los jesuitas.

Luego que es admitida la profesora al *último*, al "gran" voto, pónenle en sus dedos en "solemne alegría" el anillo de la fidelidad al celestial Esposo, y le es presentada la cruz de plata, signo del amor hasta la muerte, todo en medio de las oraciones de la Iglesia; entonces comienza la misa durante la cual la hermana pronuncia sus votos.

Desde ese instante la Sociedad queda obligada respecto de ella por modo tan constante é irrevocable, que sólo el Papa puede desatar ó romper este vínculo; y cuando el acto interior del alma que se da enteramente á Dios, conforma con el acto externo del voto, entonces tiene lugar lo que el Papa San Gregorio Magno llama *holocausto*, en que el alma "se entrega á Dios con todo lo que tiene, con

todo lo que es, con todo lo que ama" (S. Greg. Magno in Ezequiel hom. VIII, 15). ¡Dichosa ella si guarda su "primer amor"! ¡Dichosa aunque después le sobrevengan aficciones, que "muchas aguas no pudieron extinguir su amor y anegar sus llamas!" (Cant. de los Cant.)

Este amor y alegría en los trabajos y privaciones la regla los recomienda á las hermanas. No contenta con haber renunciado á "lo superfluo", la verdadera religiosa se alegrará asimismo de su pobreza cuando "encuentre ocasión de carecer aún de lo necesario, porque de este modo se asemejará á su divino Esposo, que siendo Señor del cielo y de la tierra quiso sin embargo vivir en extrema privación de todas las cosas". Y aun deberá ella alegrarse en "ser tratada como la última de la casa: dulce contento que ella saca del Corazón del Salvador, que por amor á ella quiso ser tenido por el último de los hombres y por desecho del pueblo." "La religiosa que con tal fidelidad responde á su vocación, ejercita la perfección de la obediencia y recibe de buen grado y con alegría y sumisión las órdenes, los avisos y aún las reprensiones de su superiora, dando así á entender que está íntimamente unido su corazón con el Corazón de Jesús."

La frecuencia de la sagrada comunión, los ejercicios de la meditación cotidiana y los santos ejercicios anuales, he ahí las fuentes de donde las hermanas han de tomar siempre fuerzas vivas conforme al espíritu de la regla, "adelantándose de esta suerte en el camino de la perfección y pre-

parándose á la unión sempiterna con el divino Esposo". Dice San Agustín: "La vida entera del cristiano es un anhelo al sumo bien; aplazando el cumplir este afán, Dios le hace crecer; y con él dilata al alma, y dilatándola la hace capaz de poseer el objeto de sus ansias."

Hasta cuando padezca el mal de las enfermedades y en la misma hora de la muerte ha de estarse la hermana en el Sacratísimo Corazón. Deberá aceptarlas de buena gana, "porque en este estado humilde y paciente se le ofrece ocasión para unirse con este Sacratísimo Corazón". Y en aproximándose la muerte, cuanto más se va acercando, "tanto más ha de esforzarse la hermana mediante la conformidad de su espíritu con el del Salvador agonizante, para no perder nada del mérito de este último sacrificio tan agradable á Dios y de tanto valor para ella. Ofrecerá su vida al Señor, y con toda humildad, confianza y amor al Salvador expirando en la cruz, repetirá las palabras: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum*. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

En cambio el Padre Varín y su colega recomendaban con todo empeño en los estatutos, que en obsequio de las que estuvieren enfermas, redoblasen, así la superiora como las otras hermanas, su amor y solicitud. Como una madre, así debe la superiora tomar á pechos el cuidado y alivio de las enfermas y pensar en procurarles por todos los medios que estén á su alcance, el consuelo de conversaciones edificantes, de condescendencias amo-

rosas etc.; y sobre todo debe mirar la superiora por las necesidades espirituales de las enfermas. Á ellas deben ser aplicadas las oraciones de la comunidad, y se les debe asimismo proporcionar, á juicio del confesor, los sacramentos con frecuencia y los demás consuelos de la Iglesia, para que la última batalla las encuentre provistas plenamente de armas.

La *tercera sección* de los estatutos trata extensamente de la acción de las hermanas con relación á las personas de fuera y ante todo de la educación de la juventud. De este asunto hablaremos más de propósito en el capítulo siguiente, porque en el año de 1820, en el inmediato capítulo general, había de ser plena y definitivamente ultimado. Ahora empero, 1815, con relación á la "forma del gobierno", fueron adoptadas muchas resoluciones importantes, las cuales son objeto de la

*Cuarta y última sección.* La primera resolución es el empleo vitalicio de la superiora general. Sus facultades son tan intensivas como extensas: ella nombra las superiores locales y las depone; ella distribuye los oficios más importantes; da licencia para las admisiones, tomas de hábito y profesiones; determina y emprende nuevas fundaciones y retiene la ordenada visita de las casas; llama á las hermanas á consejo general; vela sobre la observancia de las reglas y estatutos; y en sus manos se halla finalmente la dirección superior de los recursos y negocios de la Sociedad. La superiora general debe empero, en cuanto sea posible, comunicar con las demás her-



manas, y es por tanto concedido á cada una de estas comunicarse con ella.

Para que este gran poder de la superiora general no cediera en perjuicio de la Sociedad, ó porque la superiora no tomara sobre sí todo su peso ó no fuera oprimida de él, deben dársele tres ó cuatro hermanas asistentas, las cuales, elegidas por la comunidad, tienen voto consultivo. Demás de esto tiene consigo algunas consejeras, conviene á saber, una procuradora general, una secretaria general y una monitora. El oficio de ésta es "hacer á la superiora general, con la oportunidad y discreción debidas, las reflexiones y darle los avisos concernientes al bien de la Sociedad ó á su perfección personal" (Constit., parte IV, cap. 1).

La *última parte* de los estatutos está consagrada á que se conserven la unidad y el espíritu religioso en la Sociedad. Medio eficaz para la consecución de este intento es el "consejo general" ó "congregación de la orden", que se ha de efectuar cada seis años, en el cual deben conferir sobre las cosas tocantes al instituto, la superiora general, las superiores locales y las otras hermanas capitulares etc. También son necesarios para dicho fin medios interiores — estos principalmente — para guardar el buen espíritu, y así son aquí registrados é inculcados. Pero en ninguno de ellos pone la regla tanta virtud, ninguno recomienda con tanto encarecimiento como el signo de los verdaderos discípulos de Jesucristo, áquel signo que dió á los suyos dándole pleno valor el mismo Jesucristo, es á saber, el amor mutuo, sincero, verdadero, abne-

gado del prójimo. Esto, junto con el celo, la perseverancia y la consagración de todas las buenas obras, han de buscarlo siempre las hermanas en el amor al divino Corazón de Jesús: este divino Corazón, así como es el foco, así es el supremo dechado del amor á Dios y á los hombres; el que á él "se llega, ése será iluminado"; el que siempre está con él, jamás se tornará frío. Por esto el culto á este divino Corazón es el punto de partida de los estatutos; por esto se refieren siempre á él; por esto mismo se les pone digno remate con aquellas palabras de la oración de Cristo, sumo sacerdote, en la que con tan amorosa vehemencia suplicaba á su eterno Padre, "para que todos sean una misma cosa: y que, como tú ¡oh Padre! estás en mí, y yo en ti *por identidad de naturaleza*, así sean ellos una misma cosa en nosotros *por unión de amor*. . . . Yo estoy en ellos y tú estás *siempre* en mí: á fin de que sean consumados en la caridad" (Juan XVII, 21-23).

Tales son en suma las constituciones de la nueva Sociedad, decretadas conforme al proyecto de los Padres Varin y Druilhet en la sesión celebrada el día de la octava de Todos los Santos del año de 1815. De ellas dijo el cardenal Recanati, quien por razón de su oficio tenía conocimiento de las reglas así de las órdenes antiguas como de las nuevas, que las del instituto del Sagrado Corazón eran en su sentir las más excelentes, porque han sido concebidas en el espíritu del Evangelio, y son "una obra maestra de

unidad" mediante la devoción al Corazón del divino Salvador, que todo en ella lo anima.

El día 15 de diciembre de 1815, después de una novena á Nuestra Señora, la asamblea general dió fin á sus tareas eligiendo tres asistentas y tres consejeras de la superiora general. Fué elegida también una procuradora general y una monitora, y designóse para auxiliar á la Madre Barat, en calidad de secretaria, á la Madre Duchesne. Esta madre no acertaba á poner tasa en el gozo que le causaba el verse al lado de la Madre Barat, consagrándole tan de cerca su tiempo y sus servicios.

Al día siguiente renovaron sus votos las hermanas. Todas ellas se tenían por dichosas al ver en la letra misma de los nuevos estatutos tan claramente expresada la consagración de la Sociedad al Sagrado Corazón de Jesús. En la circular de 18 de noviembre la Madre Barat puso en esta consagración la diferencia esencial entre la nueva regla y el anterior ensayo; y ahora, cuando las hermanas volvieron á las respectivas casas del instituto, dieron las más alegres noticias tocantes á la plena conformidad con los nuevos ordenamientos. La casa de Amiéns únicamente era de quien podía temerse que no se conformase; y allá fué la Madre Barat para conseguir viniesen al mejor acuerdo. Ante todo contaba ella con la divina asistencia y con que "el Señor se aparece fuerte en los débiles"; pues escribía diciendo: "Me considero á mí misma como instrumento en las manos de Dios; cuanto una tiene

menos de suyo para alguna obra, tanto es más apta para ella, supuesto que el Señor quiere hacerlo todo él mismo, y á nosotros toca solamente dejarle ejercitar su soberano dominio." Ella invitó á las hermanas á que la visitaran individualmente una por una; y en la primera entrevista, después de haberles encarecido con palabras que le salían del corazón, el amor del Señor y sus bondades para con la Sociedad, les leyó los nuevos estatutos, y celebrada que fué una novena al Corazón de Jesús, tuvo el suspirado consuelo de que todas las hermanas fueron poco á poco manifestándose dispuestas á aceptarlos. Esta feliz nueva llenó de intenso gozo á los amigos de la Sociedad; la misma casa de Amiéns renació con mutua cordial confianza en el alegre servicio de Dios, en celo ardiente, no sólo en orden á la propia santificación, sino también á la instrucción de las educandas y hasta á la economía interior del convento. Aun pudo tener lugar la ceremonia de una toma de hábito: esto fué el 29 de febrero; y el 27 de abril á la Madre Barat le fué concedido el consuelo de dejar restituida la casa de Amiéns al orden más perfecto, lo cual le permitió acudir á las otras casas, adonde la llamaban los deberes de su oficio.

Con la aceptación de los estatutos ordenados por los Padres Varín y Druilhet dió principio una dirección bonancible en la nueva familia religiosa. El rígido é improductivo invierno era pasado; ahora se parecía una dichosa primavera, en que el joven y durante tanto tiempo combatido árbol á la voz del supremo Pastor fué madurando sus frutos así



dentro como fuera de Francia y aun más allá de los mares en regiones lejanas, mientras que la erección de un noviciado para toda la Sociedad había de ser un vínculo interior de unidad, y el abate Perraud (como delegado del arzobispo de Reims, que había aceptado el título de Superior general de la orden) desde su elevada posición tomaba bajo su protección la incolumidad de los estatutos en el fuero externo hasta que llegara el día de ser aprobados por la Santa Sede.

•••••  
CAPÍTULO SEXTO.

LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA  
SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN.

**H**ABIÉNDOSE propagado rápidamente la Sociedad del Sagrado Corazón, fué cosa de sumo interés é importancia fijar los principios según los cuales las religiosas de esta orden habían de consagrarse á la educación de la juventud. Esto se hizo el año 1820, en la tercera sesión del consejo general, en la cual fueron establecidas como leyes obligatorias las constituciones relativas á este punto acordadas en la anterior reunión el año de 1815.

Después de tres días de oración y recogimiento, empezaron las sesiones de la asamblea el 18 de agosto de 1820 en la casa de la Sociedad en París, y duraron hasta el 13 de octubre, día en que se celebró la última reunión, en la cual fueron nombradas tres asistentas generales y seis consultoras.

El fin principal de tantas y tan prolongadas reuniones de las superiores de la Sociedad y de otras hermanas especialmente competentes fué establecer un plan de enseñanza y de educación, el cual había de ser necesariamente muy vario, pues las circunstancias y la confianza cada vez mayor que los padres de familia tenían de estas religiosas, poblaban hacía ya años las diferentes casas de las hermanas de jóvenes educandas pertenecientes á todas las clases sociales, incluso las más elevadas. Fué paternal disposición de la Providencia en la resolución de este problema, que entre las hermanas consejeras hubiera muchas muy distinguidas por su prudencia y piedad, y que procedían de las más elevadas esferas de la sociedad. Por ejemplo, la anciana superiora, que había sido condesa de Gramont de Aster, y que en su viudez, siguiendo el ejemplo de sus dos hijas, entró en la Sociedad del Sagrado Corazón. Esta hermana fué en su juventud dama de María Antonieta. Otra—que después fué una de las principales maestras de la Congregación—pertenecía á la antigua nobleza; muchas otras procedían de familias muy acomodadas de la clase media; y la Madre de Lanne durante su matrimonio se había dedicado al ejercicio de toda suerte de obras de caridad, especialmente á la visita de los hospitales y á la educación de las niñas pobres, antes de tomar el velo de religiosa después de la muerte de su esposo.

Presidía las reuniones el abate Perreaud como superior general de la Congregación, y con él asistían en calidad de consejeros otros sacerdotes, entre ellos

dentro como fuera de Francia y aun más allá de los mares en regiones lejanas, mientras que la erección de un noviciado para toda la Sociedad había de ser un vínculo interior de unidad, y el abate Perraud (como delegado del arzobispo de Reims, que había aceptado el título de Superior general de la orden) desde su elevada posición tomaba bajo su protección la incolumidad de los estatutos en el fuero externo hasta que llegara el día de ser aprobados por la Santa Sede.

•••••  
CAPÍTULO SEXTO.

LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA  
SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN.

**H**ABIÉNDOSE propagado rápidamente la Sociedad del Sagrado Corazón, fué cosa de sumo interés é importancia fijar los principios según los cuales las religiosas de esta orden habían de consagrarse á la educación de la juventud. Esto se hizo el año 1820, en la tercera sesión del consejo general, en la cual fueron establecidas como leyes obligatorias las constituciones relativas á este punto acordadas en la anterior reunión el año de 1815.

Después de tres días de oración y recogimiento, empezaron las sesiones de la asamblea el 18 de agosto de 1820 en la casa de la Sociedad en París, y duraron hasta el 13 de octubre, día en que se celebró la última reunión, en la cual fueron nombradas tres asistentas generales y seis consultoras.

El fin principal de tantas y tan prolongadas reuniones de las superiores de la Sociedad y de otras hermanas especialmente competentes fué establecer un plan de enseñanza y de educación, el cual había de ser necesariamente muy vario, pues las circunstancias y la confianza cada vez mayor que los padres de familia tenían de estas religiosas, poblaban hacía ya años las diferentes casas de las hermanas de jóvenes educandas pertenecientes á todas las clases sociales, incluso las más elevadas. Fué paternal disposición de la Providencia en la resolución de este problema, que entre las hermanas consejeras hubiera muchas muy distinguidas por su prudencia y piedad, y que procedían de las más elevadas esferas de la sociedad. Por ejemplo, la anciana superiora, que había sido condesa de Gramont de Aster, y que en su viudez, siguiendo el ejemplo de sus dos hijas, entró en la Sociedad del Sagrado Corazón. Esta hermana fué en su juventud dama de María Antonieta. Otra—que después fué una de las principales maestras de la Congregación—pertenecía á la antigua nobleza; muchas otras procedían de familias muy acomodadas de la clase media; y la Madre de Lanne durante su matrimonio se había dedicado al ejercicio de toda suerte de obras de caridad, especialmente á la visita de los hospitales y á la educación de las niñas pobres, antes de tomar el velo de religiosa después de la muerte de su esposo.

Presidía las reuniones el abate Perreaud como superior general de la Congregación, y con él asistían en calidad de consejeros otros sacerdotes, entre ellos



el conocido Padre Lorient, S. J., que desde Amiens había venido á París para contribuir con su larga experiencia en las escuelas á que se formase recto concepto del plan que debía presidir en la enseñanza. Claro es que no podía faltar en aquel lugar el Padre Varin, el mejor y más antiguo amigo de la Sociedad. Este padre cuidó sobre todo de asegurar la preeminencia debida al objeto primero y principal de la Sociedad. "Os engañáis", decía á las consultoras, "si tenéis por fin principal de vuestra Sociedad la educación de la juventud. No: su fin principal es la adoración al Sacratísimo Corazón de Jesús."

Esta es la idea dominante de toda la regla y el fundamento de la parte de los estatutos que trata de la educación de la juventud. Modelo constante de la religiosa fiel debe ser también en este punto el Corazón del divino amigo de los niños; y ella por su parte debe amar y adorar á Jesús, su modelo, en el alma de las niñas. Así "su amor á las niñas ha de ser tierno, pero sin flaqueza ni excesiva confianza ni consideración á las personas: vivo, noble y desinteresado". Por amor á la pobreza en que quiso vivir y morir el Salvador, las hermanas amarán con predilección á las niñas pobres, y se alegrarán de todos los trabajos y fatigas que su vocación les impone, considerando "que son instrumentos de la misericordia de Dios para con las almas por quienes el Señor quiso morir en la cruz, á las cuales ha escogido y señalado como la parte más cara de su rebaño".

Animadas de este espíritu, las hermanas se pondrán también como fin de sus esfuerzos en la

educación la confirmación y extensión del reino de Dios sobre la tierra y la renovación de la familia cristiana. "Las religiosas de la orden", dice la regla, "deberán tener presente que según el orden regular de la Providencia estas jóvenes están destinadas á ser algún día esposas y madres de familia. ¡Cuánto bien puede hacer una esposa verdaderamente cristiana, una madre de familia virtuosa y fiel en el cumplimiento de su deber! ¡Cuántos hombres, que vivían alejados de Dios, han vuelto al camino de la virtud, gracias al ejemplo, á la prudencia, á la mansedumbre, y á las oraciones de sus cristianas esposas! ¡Cuántas futuras generaciones no deberán acaso su salud eterna á una madre temerosa de Dios!"

Claro es que la enseñanza y la práctica de la religión excede á todas las demás doctrinas que pueden ser enseñadas y practicadas. Sobre este punto se nota con gran sabiduría en las constituciones, que es necesario huir de un concepto sentimental de la llamada religiosidad, contraria á la verdadera religión, que es fuerza y virtud del alma; concepto desgraciadamente harto extendido en nuestros tiempos. "Se observa", dicen sus mismas palabras, "que muchas jóvenes que en los años de su educación dan muestras de tierna piedad, pronto son arrastradas por los placeres mundanos. La razón es porque sus almas han sido alimentadas con tiernos afectos de devoción en vez de haber sido confirmadas en la fe y fundadas en el temor de Dios y en el aborrecimiento al pecado, que causa la eterna separación de Dios y todas las demás penas del infierno." Procurarán pues las her-

manas, que las educandas reciban del sacerdote sólida instrucción religiosa, y ellas mismas no omitirán medio alguno de inspirarles mediante su influjo y trato continuo con ellas la piedad verdadera y sólida: deberán persuadir á la juventud que el verdadero amor de Dios consiste en luchar contra las propias faltas y en cumplir fielmente los deberes del propio estado, y que devoción sentimental, la cual no procura conseguir este fin, es vana, hueca y peligrosa, y no puede agradar á Dios. Con este intento deberán recordar con frecuencia á las niñas los pasos de la pasión y la muerte del Salvador, para que aprendan á vencerse á sí mismas por amor á Jesús, y lleguen á adquirir el espíritu de abnegación y de sacrificio.

Tocante á las otras materias de la enseñanza disponen los estatutos que en contraposición á los programas confusos y abigarrados de las escuelas al uso las hermanas sólo enseñen á leer, escribir y contar, la gramática, la historia y la geografía; pero como regla más general dan este excelente precepto: "Se debe enseñar á las niñas todo cuanto pueda serles después necesario ó conveniente en la vida social." Este precepto tiene su complemento en el siguiente concepto de Fenelón, tomado de su obra acerca de la educación de las jóvenes: "El saber", dice, "así en las mujeres como en los hombres debe ser conforme á su vocación. La diferente vocación de cada sujeto debe determinar el objeto y medida de su ciencia."

El plan de enseñanza prohíbe las exhibiciones, los actos públicos y otras escenas semejantes que casi

infaliblemente despiertan en las jóvenes la vanidad y el deseo de agradar; y tiene por cosa de suma importancia que las jóvenes sean enseñadas á hacer labores de mano útiles y á desempeñar los oficios de la casa, inspirándoles gusto á estos oficios. Estos conocimientos, sea cual fuere la futura condición de las jóvenes, son útiles á todas, y necesarios á muchas, y en todo caso constituyen un noble adorno. Las hermanas no dejarán de tener presentes cuando enseñen á sus discípulas, aquellas palabras con que la Sagrada Escritura, hablando de la mujer fuerte, nos dice que no sólo pone su mano en cosas grandes, sino también que "sus dedos manejan el huso", que "busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos", que "teje finísimas telas", y "no come ociosa el pan" (Prov. c. 31).

Tal es el plan de educación de la Sociedad del Sagrado Corazón.

Mas la persona que haya de dar esta educación, deberá haber sido formada convenientemente. En el Sagrado Corazón, lo mismo que en otras congregaciones semejantes, se preparan con este fin las religiosas siguiendo un curso de estudios que dura años. Empiezan á seguir estos estudios las hermanas destinadas por las superiores á la enseñanza después de hacer los primeros votos. Aquí nota la regla que es preciso no olvidar ni mirar nunca con negligencia entre otros puntos interesantes el siguiente: que por causa del estudio no se deje la oración en lugar secundario; que el afán por instruirse no sea con daño de la sencillez ni disipe el candor infantil que alabó



Nuestro Señor cuando sus discípulos le preguntaron que quién es el mayor en el reino de los cielos.

Recomienda asimismo la regla á las maestras, que usen de recta medida en el ejercicio de sus fuerzas corporales, de las cuales tanto necesitan para instruir y educar á sus discípulas, como quiera que esta es obra que comprende á todo el hombre. "Comed y dormid por amor al divino Salvador," escribía la Madre Barat ya en el año de 1818 á la Madre Prevost, "pues son muchas las niñas que habéis de sustentar, y habéis menester de fuerzas así corporales como espirituales." Á propósito de este punto se nos vienen á la memoria las enérgicas palabras de Madama de Maintenón á las religiosas del monasterio de Saint-Cyr: "La solicitud y el trabajo que ejercitáis en favor de las niñas, han de reemplazar ahí al jergón de paja, y al pan negro y á los cilicios." "Por esta razón", dice la regla, "se ha de introducir en la Sociedad un género de vida que no se diferencie de la vida ordinaria en grandes rigores; los manjares han de ser nutritivos y suficientes; de las horas de recreación participen todas, y la duración del sueño sea de siete horas y media. Esta regla no prescribe ningún ayuno fuera de los ordinarios. Las hermanas pueden hacer obras voluntarias de penitencia, pero no á su arbitrio sino con licencia de las superiores ó por obediencia, cuando alguna se sienta especialmente movida, ya á padecer alguna cosa extraordinaria por amor al Crucificado, ya á satisfacer por algo con espíritu de penitencia, ya á obtener más fácilmente la gracia de la conversión de algún pecador, según

la palabra de Jesucristo que recomienda "la oración con el ayuno". Además, las hermanas no sólo deben ser maestras, sino también—y esto se refiere especialmente á la prefecta general—deben hacer con las niñas el oficio de madres, así en orden al cuidado y educación de ellas, como sobre todo y según la medida de sus fuerzas en orden á su bien espiritual. ¿Qué madre cristiana hay que en viendo que su hijo es insensible á los testimonios de su amor y á sus exhortaciones, y que no hacen mella en él las reprensiones ni los castigos ni su tierna solicitud, no se sienta movida á acudir á Dios en su corazón en favor del que ama, no sólo con oraciones sino también con mortificaciones, obras de penitencia y todo género de sacrificios? Las hermanas que se hallen en ese caso, no dejarán de aplicarse á sí mismas, viendo en ellas una intimación á la penitencia particular, aquellas palabras de su regla: "Aunque á ninguna es dado hacer penitencias extraordinarias sin licencia, pero sí es laudable sujetarse á ellas con anuencia de la superiora, que conoce bien la carga, la salud y las fuerzas corporales de cada una de las religiosas, y que les dejará hacer aquello que convenga á su bien espiritual, y que pueda hacerse sin perjuicio de sus otros deberes."

\* \* \*

Conocido el espíritu de la regla y de los estatutos con respecto á la educación de las niñas y á la consagración de las hermanas en obsequio de ellas, veamos ahora, por las cartas de la Madre Barat á las pre-

fectas generales y maestras, cuán vivamente reinaba en ella este mismo espíritu. Estas cartas son el desarrollo constante de una palabra que el Padre Varín no se cansaba de repetir en el consejo general. "En viviendo las hermanas de la vida de Cristo, también la conservarán y desenvolverán en las almas de las niñas; ante todo deben ellas santificarse á sí mismas." Escribía pues á la Madre Giraud (noviembre de 1826) diciéndole: "Así pudiera yo, querida hermana, declararos bien cuán eficazmente influyen en las almas juveniles la oración y la mortificación interior de las maestras." Ya en febrero de 1825 había dirigido á la misma superiora estas palabras: "¡Cuán eficazmente ayudaríamos á las educandas, si mediante el recogimiento y la abnegación interior estuviéramos unidas con nuestro divino Salvador! El Señor, que es todo bondad, no dejará de concedernos el fruto de nuestros sacrificios, si por él solo los hacemos en realidad."

Cuan desinteresado debe ser este sacrificio, descúbrelo y pónelo como un sello en el corazón de las hermanas por estas palabras: "No tomen apego á nada, ni aun á las niñas que se les encomiendan para que las eduquen. Contemplan en estos inocentes corazones la imagen de Dios, y sólo miren á ganarlos para el Señor. El corazón de las niñas, queridas hermanas, no os pertenece, ni es tampoco de ellas. . . . Buscad únicamente á Dios, y él bendecirá vuestros afanes. Su luz y su gracia las tenéis siempre á la mano. Dios quiere dar incremento, para que fructifique á la semilla que vosotras arrojáis, y con el sol de

la gracia del divino Corazón madurará la mies. Si algún día en la embriaguez de los placeres del siglo se acuerdan las jóvenes de sus maestras, no dejarán de pensar que viviendo vida de sacrificio eran verdaderamente felices." El fin sublime de la educación dirigía todo lo que ella quería que se hiciera en bien de la juventud. Su gusto era que las alumnas de más edad estudiasen y conociesen los argumentos que prueban la verdad de nuestra santa fe, y la refutación de las objeciones que ordinariamente se oponen á estas verdades y á la divina ley. El Padre Barat, hermano de la superiora general, y el Padre Roger, tuvieron á su cargo en el pensionado de París la instrucción religiosa.

Júzguese por aquí cuán sensible hubo de serle la noticia que tuvo de un pensionado floreciente de América cuya superiora prestaba excesiva atención á cosas accesorias con perjuicio de la principal. "Si estas noticias, querida hermana," escribió á aquella superiora, "fuesen ciertas, me llenarían de pena. Con una educación meramente profana, que cierto no merece tantos cuidados y molestias, ¿qué sería de las almas de las niñas? ¿Sabéis bien lo que exigen las necesidades de nuestro siglo? Los principios religiosos los debemos grabar, tan profundamente como nos sea posible, en el corazón de las niñas, é ilustrar su entendimiento que va ya despertándose, con la exposición sólida y luminosa de las verdades de nuestra santa fe. ¡Ah, querida hermana! Vos á quien el Señor ha hecho la gracia de conocer las ilusiones y vanidades del mundo, ¿es posible que á las almas que



os han sido encomendadas, por las cuales habéis ya hecho tan grande sacrificio, queráis darles una educación del todo superficial? ¡No! Yo no puedo creerlo. Tranquilizadme pues y escribidme acerca de esto." (Á la Madre Audé, 1832.)

Más que de todos los sistemas pedagógicos y de una brillante inteligencia y de aptitudes multiformes, la Madre Barat se prometía de una verdadera piedad y de un trato cordial entre las educandas y las hermanas, el fruto de la educación. Todas las alumnas deben ser abrazadas con el mayor afecto por las hermanas, sin exceptuar á las más imperfectas y levantiscas. "Vuestras niñas", escribía á la Madre Giraud (1825), "suelen caer en muchas faltas, pero quiere el divino Maestro que vos encaminéis estas pequeñuelas á él; esto es ciertamente difícil, pero no debéis olvidar que la gracia que el Señor nos distribuye todos los días, para las necesidades de las almas nos son también dadas." Y á la Madre A. Michel le había dado mucho antes este consejo: "Prevenid con afecto cordial á vuestras niñas; mostradles que reconocéis en ellas buena voluntad, que no queréis emplear desde luego el rigor, pues las niñas deben amor á sus maestras." Ella misma manifestaba esta maternal simpatía de tantos modos, que las niñas oyéndola llegar, luego se arremolinaban en torno suyo. Complacíase, por ejemplo, en presenciar sus juegos. "La venerable Madre", escribía algún tiempo después una de las alumnas, "nos permitía entrar en su cuarto, y allí nos mostraba el afecto que sentía á todo lo que nos es más caro, á nuestros padres

y á nuestras hermanas; no parece sino que cada una de nuestras familias era también la suya." Por esta razón quería que en todo lo que concierne al bien de las niñas, aun al que pertenece al cuerpo, se viese la maternal solícitud de las hermanas. "Aunque hayáis de reduciros todavía más," escribía á una superiora que luchaba con grandes dificultades económicas, "no perdonéis nada en el gasto de las niñas; cuidádmelas bien; así lo pide su edad, y esto lo pretenden los padres con razón" (julio de 1821). Á una prefecta general le recuerda, que "nosotras hemos de dar cuenta de lo que pertenece, no solamente al bien de las almas, sino también al bien corporal de las niñas". (Á la Madre Eugenia de Gramont, 1825.)

Muchas veces iba la Madre Barat á esta ó aquella niña que estaba enferma, y allí jugaba con ella ó procuraba entretenerla alegremente. Negligencias respecto de niñas enfermas no sólo las veía con disgusto sino las castigaba; de lo que hay todavía algunas hermanas que se acuerdan. En esta materia era donde en su sentir podían faltar más gravemente las hermanas.

Tocante al vestido y aspecto exterior de las alumnas, declarónos lo que pensaba, algunas cartas que escribió en diferentes años. "Nada dice en las niñas tan bien como llevar el cabello sin adorno alguno, peinado sencillamente; por desgracia los padres raras veces se muestran en esto razonables." — "Tener á las niñas vestidas sencillamente sin ofender con esto á los padres, es siempre lo mejor. Harto sé yo que piedad y vanidad no pueden estar juntas."

— En otra carta, sin embargo, la Madre Barat reprendió á una hermana porque ésta daba poca importancia á tales cosas de lo exterior.

La Madre Barat exigía de las hermanas suma igualdad con relación á las niñas; no podía sufrir que fuesen unas favorecidas á costa de otras; pero veía con gusto la predilección con que eran admitidas algunas niñas atendiendo á la situación angustiosa de sus padres ó á alguna otra necesidad de ellos que reclamaba auxilio. Alegróle pues que las dos primeras alumnas del pensionado en París fueran hijas de dos criollas que habian venido á pobreza; y á la prefecta general del pensionado en Niort escribió en mayo de 1826: “No, querida hermana: yo no reprenderé jamás ninguna obra de caridad que se haga salva la prudencia. Hacéis bien en admitir á esa joven doncella, muy probada en la tribulación (pobre huérfana) . . . y he comprendido que cedáis al placer de tomar de fuera una enferma, ya que no la tenéis dentro: esta obra de caridad ha de protegeros en otras circunstancias críticas. Dios no la dejará sin recompensa.”

Aun con las niñas más pequeñas y con las que son verdaderas salvajitas, y con la clase entera de las “niñas mimadas”, con las cuales casi nadie acaba cosa de provecho, la Madre Barat mostró hasta el fin una predilección decidida. Á las primeras las había preferido nuestro amabilísimo Salvador, y en las últimas entendía ella por lo general, que ninguna absolutamente era entre ellas mala, sino sólo eran niñas indisciplinadas, y así tenía de ellas especialísimo amor y solicitud; ya les hablaba afectuosamente al

corazón, ya reprimía enérgicamente sus transgresiones, ya les concedía algunas excepciones cuando aun no eran aptas para incorporarse á las que seguían el orden general. Cuando á alguna de estas niñas mimadas quebraban el gusto, la Madre Barat la hacía venir á ella, y la tranquilizaba á fuerza de bondad y aun seguía ayudándola, á veces durante mucho tiempo. Las tales niñas conocían su favorable situación, y solían decir con orgullo: “Yo soy de la Madre Barat.” — “Esta es una de las niñas mimadas; pero ya es una buena niña.” Y en efecto, comprendían las hermanas por los resultados, que la Madre Barat veía antes y más íntimamente que las demás cuando anunciaba verdaderos frutos allí donde nadie podía entrever ni un solo germen de esperanza.

Un punto había sin embargo desconsolador para la Madre Barat, es á saber: la corrupción, el vicio. Cuando éste parecía, no descansaba ella mientras no fuese lanzada de la casa la niña perjudicial; y no se dejaba conmover de falsa compasión, pues comprendía cuál era su deber para con las demás niñas y para con sus padres, que se las habían encomendado. “Á la oveja roñosa”, escribía á la Madre Giraud en un caso semejante, “se la debe apartar del rebaño.” Y á la Madre Gramont: “Esa niña está pesando sobre mi corazón; antes de mandarla á sus padres debéis tenerla aislada de las demás niñas; y si, para purificar el pensionado, fuese preciso despedir á algunas niñas más, no dejéis de tener energía.”

Contra el orgullo y altivez de ciertas niñas era tal la fuerza que desplegaba, que siempre habrá memoria



de la disposición de su ánimo en este punto. Un rasgo de esta especie se vió en París, y merece ser aquí referido. Constaba aquel pensionado de niñas de familias nobles y opulentas, muchas de las cuales eran tomadas, como de mal crónico, de un orgullo de alcurnia tan excesivo, que la Madre Barat llegó á entender que habían señalado como objeto de menosprecio á una religiosa recientemente recibida como maestra, porque no era noble. Justamente indignada, la superiora general penetra en el pensionado, ordena que vengan y se junten las niñas á su presencia, y les recuerda con graves palabras ser voluntad de Dios que le obedezcan sólo á él en los que hacen sus veces, y concluye su breve plática diciéndoles: "¡Esta es la ley de Dios! Pero pues que vosotras queréis por maestras á las religiosas solamente de noble alcurnia, á mí que no soy noble, no me queda otro partido sino el despedirme de vosotras. ¡Quedaos pues con Dios, que ya no nos volveremos á ver!"

En oyendo que oyeron estas palabras las instigadoras de las demás rebeldes, espantadas y confusas, se echaron á los pies de la venerada Madre, y con lágrimas en los ojos le rogaron que las perdonase y echase aquella falta en olvido.

Era principal objeto de la vigilancia de la Madre Barat, que el frío espíritu del siglo no penetrase en sus establecimientos; á la lectura ante todo, después á las visitas de afuera, á la instrucción por medio de maestras especiales, á todo, hasta á lo que toca á la música y elección de las piezas, se extendía su

vigilancia. Si á pesar de ella se disipaba el buen espíritu de las niñas, éstas habían de hacer los ejercicios, durante los cuales las hermanas hacían oración y ofrecían generosa y alegremente actos de mortificación por las alumnas.

No era sin embargo estrecha ni exclusiva esta sollicitud en la Madre Barat; su espíritu había experimentado harto cuan noble es y cuanto vale una educación intelectual superior para no atender á ella en pro de las alumnas de su instituto; educación que debe despertar en ellas principalmente el gusto y afición á la bella y sana literatura, sin perjuicio de aplicarse las niñas á las labores de manos propias de su sexo, á lo cual daba la Madre Barat justa importancia, y harto solía premiar en ellas el celo con concederles que prepararan vestidos para los pobres ó se ocuparan en elaborar ricos tejidos destinados al culto de Cristo Señor Nuestro.

Ponía la Madre Barat en sus pláticas especial cuidado en inculcar los deberes de los amos con sus criados. El error que hoy en día hace tan horrible contraste con la antigua concepción cristiana, según la cual no se cree haber hecho todo lo que se debe, cuando se paga á los criados su salario, sino cuando se provee á su salud y á sus necesidades religiosas y se dan pruebas de tener corazón para con todo lo que les interesa, y el día de mañana para su ancianidad, considerándoseles, cuando son fieles, como á miembros de la propia familia, conforme al espíritu de las sagradas Letras; ese error, decimos, de la vida moderna, la Madre Barat lo ponía de mani-

fiesto, mostrando asimismo su malicia con ejemplos tomados en parte del Antiguo Testamento, y en parte de la historia profana. Quería que los deberes de las personas de clases elevadas para con sus domésticos se vieran religiosamente cumplidos siempre y en todas las cosas en el tono de la voz y en las palabras, en el trato y comunicación con ellos, á solas y en presencia de los demás, en casa y fuera de casa, en los viajes; y cuando veía que las alumnas, animadas de este espíritu, mostraban á sus sirvientes una bondad sincera y delicada, se alegraba muy de corazón. "Verdaderamente sois mis hijas", les decía entonces, y ellas se reputaban felices al oírlo.

Pero lo que sobre todo procuraba la Madre Barat en las niñas, era despertar y fomentar el espíritu de la verdadera piedad, la necesidad de una unión íntima y estrecha con Nuestro Señor y Salvador, induciéndolas al mismo tiempo á oír misa todos los días, á hacer su oración y meditación, á leer las vidas de los santos y á examinar con regularidad la propia conciencia. Pero su mayor conato era infundirles el espíritu de veneración y de amor al adorable Corazón del Salvador como medio de la propia santificación, ya que el mismo Señor lo ha presentado á la bienaventurada Margarita María como tal medio de salvación y santificación en estos últimos tiempos. La devoción de la Madre Barat á este Santísimo Corazón, y su afán por ver encenderse en las niñas el amor á Jesús, no se mostraba nunca con más eficacia que cuando se las preparaba para la primera comunión. Entonces salían de sus labios, estando en medio de

ellas, palabras enteramente inspiradas, que despedían llamas de un fuego abrasador, y que en muchas almas quedaban indeleblemente grabadas.

El amor de la superiora general á la Madre de Dios la movió á pedir al Padre Druilhet por el año de 1831, que ordenase unos estatutos para la congregación mariana de las alumnas en Lyon. Estos estatutos fueron, después confirmados por el Padre Santo. En todas las casas de la Sociedad nacen y viven congregaciones análogas, y aun después allá en el mundo son para las que hacen parte de ellas, diques poderosos y áncoras de salvación.



#### CAPÍTULO SÉPTIMO.

#### LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN ES APROBADA POR LA SUPREMA AUTORIDAD PONTIFICIA. — UNA FUNDACIÓN DE ELLA EN ROMA.

LA aprobación ó confirmación de un nuevo instituto, de sus reglas y ejercicios, es en él un verdadero acontecimiento; porque de una parte lo vigoriza y afirma interiormente, ya que la palabra del que es cabeza de la Iglesia, infunde en los miembros de la Sociedad mayor y más segura confianza en los medios especiales de santificación que les son propuestos, y en los especiales fines de su vocación y en todo lo que ella exige, y le procura el reconocimiento y firmeza apetecible en orden á lo exterior. Con tan augusta confirmación recibe la nueva Sociedad el sello de las obras católicas, es decir, la unidad de su forma



fiesto, mostrando asimismo su malicia con ejemplos tomados en parte del Antiguo Testamento, y en parte de la historia profana. Quería que los deberes de las personas de clases elevadas para con sus domésticos se vieran religiosamente cumplidos siempre y en todas las cosas en el tono de la voz y en las palabras, en el trato y comunicación con ellos, á solas y en presencia de los demás, en casa y fuera de casa, en los viajes; y cuando veía que las alumnas, animadas de este espíritu, mostraban á sus sirvientes una bondad sincera y delicada, se alegraba muy de corazón. "Verdaderamente sois mis hijas", les decía entonces, y ellas se reputaban felices al oírlo.

Pero lo que sobre todo procuraba la Madre Barat en las niñas, era despertar y fomentar el espíritu de la verdadera piedad, la necesidad de una unión íntima y estrecha con Nuestro Señor y Salvador, induciéndolas al mismo tiempo á oír misa todos los días, á hacer su oración y meditación, á leer las vidas de los santos y á examinar con regularidad la propia conciencia. Pero su mayor conato era infundirles el espíritu de veneración y de amor al adorable Corazón del Salvador como medio de la propia santificación, ya que el mismo Señor lo ha presentado á la bienaventurada Margarita María como tal medio de salvación y santificación en estos últimos tiempos. La devoción de la Madre Barat á este Santísimo Corazón, y su afán por ver encenderse en las niñas el amor á Jesús, no se mostraba nunca con más eficacia que cuando se las preparaba para la primera comunión. Entonces salían de sus labios, estando en medio de

ellas, palabras enteramente inspiradas, que despedían llamas de un fuego abrasador, y que en muchas almas quedaban indeleblemente grabadas.

El amor de la superiora general á la Madre de Dios la movió á pedir al Padre Druilhet por el año de 1831, que ordenase unos estatutos para la congregación mariana de las alumnas en Lyon. Estos estatutos fueron, después confirmados por el Padre Santo. En todas las casas de la Sociedad nacen y viven congregaciones análogas, y aun después allá en el mundo son para las que hacen parte de ellas, diques poderosos y áncoras de salvación.



#### CAPÍTULO SÉPTIMO.

#### LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN ES APROBADA POR LA SUPREMA AUTORIDAD PONTIFICIA. — UNA FUNDACIÓN DE ELLA EN ROMA.

LA aprobación ó confirmación de un nuevo instituto, de sus reglas y ejercicios, es en él un verdadero acontecimiento; porque de una parte lo vigoriza y afirma interiormente, ya que la palabra del que es cabeza de la Iglesia, infunde en los miembros de la Sociedad mayor y más segura confianza en los medios especiales de santificación que les son propuestos, y en los especiales fines de su vocación y en todo lo que ella exige, y le procura el reconocimiento y firmeza apetecible en orden á lo exterior. Con tan augusta confirmación recibe la nueva Sociedad el sello de las obras católicas, es decir, la unidad de su forma

en todo el mundo, pues que donde el Papa ha impreso el sello de su autoridad, á nadie, por alto que sea su rango, es dado introducir modificaciones ó novedades.

Desde el día que la Sociedad del Sacratísimo Corazón celebra como el de su nacimiento, por haberse consagrado en él las primeras hermanas al divino Corazón, ó sea desde 21 de noviembre de 1800, habían ya transcurrido cerca de veinticinco años. La Sociedad se había multiplicado constantemente y podía gozarse en el Señor por la abundancia de gracias que había recibido. Del lado allá como del lado acá del océano dirigía floridas instituciones docentes, y llegaban á ella doncellas de todas las clases sociales para incorporarse á la orden. La Madre Barat deseaba muy de veras que al Padre Santo le pareciese bien otorgar su aprobación solemne á la Sociedad y á sus estatutos. Ya los cardenales Consalvi y Pacca se habían interesado en este negocio, patrocinado asimismo por el célebre Padre Rozaven y por otros insignes varones; y el mismo Papa (septiembre de 1825) había declarado ser la Sociedad digna de pública "alabanza" — primer grado de la aprobación, después del cual deben transcurrir otros diez años. Así aconsejóse á la Madre Barat que promoviese su demanda según el uso ordinario por medio de un postulador acreditado por ella. El conde de Mercy-Argenteau, que poco antes había sido elevado á la dignidad de las sagradas órdenes, se prestó de buen grado á hacer este servicio, pero solicitó que para el mismo fin fuera enviada á Roma una hermana de

toda la confianza de la superiora general. Esta hermana — la Madre Bigeu, de la casa de Turín — llegó á Roma, acompañada de otras dos religiosas, en diciembre de 1825.

Todavía aconsejaron los amigos del nuevo instituto á la Madre Barat, que se moviera este asunto con mayor diligencia, pues no se les ocultaba que el Papa León XII era afecto á la Sociedad del Sagrado Corazón. No necesitó más la Madre Barat para dirigirse en un *Memorandum* al Padre Santo, el cual, precisamente el mismo día que leyó este escrito, nombró una comisión de tres cardenales, que con el arzobispo Marchetti, secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, recibieron el encargo de examinar las constituciones de la Sociedad.

Corrió empero después cerca de medio año; en fin, llegó el mes de mayo de 1826. La Madre Bigeu tenía puesta su confianza en la Madre de Dios, á quien en este trance invocaba muy especialmente, y sentía vivo gozo al saber que las principales dudas que se habían ocurrido á algunos de los venerables miembros de la comisión, se iban disipando. El mismo arzobispo Marchetti, que fué quien más difícilmente llegó á convencerse en este caso, confesó al fin "ser ésta una obra de la divina Providencia en estos tiempos". Y como la comisión comunicara al Padre Santo su conformidad — lo cual tuvo lugar el día precisamente de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús —, el Papa la acogió favorablemente, tanto que en 22 de julio el postulador de la Sociedad Monseñor de Mercy-Argenteau (quien por este tiempo



fué nombrado arzobispo de Tiro i. p. i.), lleno de alegría vino á la Madre Bigeu á darle la buena nueva diciéndole: “*¡Gaudeamus*, querida Madre! El Papa ha ordenado que sea extendido el breve.” Por su parte la Madre Bigeu se apresuró á comunicar tan grata noticia á la Madre Barat con estas palabras: “Llevamos ya el sello de San Pedro.”

Después, el día de San Ignacio (31 de julio), en la sacristía de la casa profesa de los jesuitas, en el *Gesù*, aquella Madre, con las hermanas que la acompañaban, tuvo el honor de ser presentada á Su Santidad, que había ido á aquella iglesia la tarde de aquel día. La bondad con que el Vicario de Jesucristo se dignó mostrar que deseaba mucho que el nuevo instituto fuese enriquecido con bendiciones celestiales, y que diese abundantes frutos, de tal modo embargó de alegría el ánimo de la Madre Bigeu, que apenas acertaba á manifestar su agradecimiento. Aquella misma tarde dejó la ciudad santa, pues se había logrado el intento de su viaje, y se volvió á Turín.

Júzguese ahora del contento de la Madre Barat. En la circular que con fecha 10 de agosto dirigió á las superiores, decía: “Ya están señalados nuestros estatutos con el sello del Espíritu Santo. . . . Cada una de nosotras debemos considerarlos con espíritu de celo y excitarnos á su exacta observancia repitiéndonos á nosotras mismas: Ahora tengo perfecta certidumbre de estar obedeciendo á la Santa Iglesia y de hacer la voluntad de Dios.”—En aquella misma circular fueron convocadas las superiores para la cuarta asamblea general que había de celebrarse en

París con el fin de ponerse de acuerdo sobre las modificaciones que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares deseaba que se hicieran en los estatutos. La Madre Barat participó este deseo á las hermanas reunidas en capítulo el día primero de la reunión (29 de septiembre de 1826) y los días subsiguientes.

La primera modificación era que el Padre Santo daba por protector de la Sociedad en vez del abate Perreau, superior general de ella hasta entonces, á un cardenal, que lo fué desde luego Su Eminencia el cardenal Pedicini, en cuya especial benevolencia se gozaban sobre manera las hermanas del Sagrado Corazón.

Fué ordenado asimismo que además de sus tres votos ordinarios las hermanas habían de pronunciar un cuarto voto, el de estabilidad, siendo la razón de él, que por no tener perfecta clausura, incompatible con su oficio, no podían ser admitidas á los votos solemnes, que la Iglesia concede únicamente á las religiosas que observan perfecta clausura. De este voto de perseverancia sólo el Papa puede dispensar. Comunicados estos dos puntos pasóse á los asuntos que eran objeto del consejo. Hablóse primero de la clausura. Éste fué precisamente el punto que á la Madre Bigeu le dió más que hacer cuando se discutió entre los cardenales de la comisión, porque en Italia tales Sociedades, como las de San Vicente de Paúl y otras, eran menos conocidas, y apenas se las tenía por verdaderos institutos religiosos á causa precisamente de no pronunciarse en ellos, por la razón

antes referida, votos solemnes. Así que ahora en París se resolvió poner todos los límites posibles á la mayor libertad que hasta entonces había habido; no permitir á las personas seglares de uno y otro sexo la entrada en el claustro ni en los patios y jardines de las hermanas; aun la enfermería y el locutorio habían de estar lo más distantes que fuera posible, de las piezas interiores. Finalmente, ninguna hermana lega había de salir de la casa para comprar ni hacer recados, y aun toda otra salida se prohibió que no se ordenara á los fines de la orden. No se permitía v. gr. volver á sus casas aprovechándose de la ocasión de algún viaje, ni aun visitar á sus parientes enfermos. Cierta ofrecense en esto sacrificios que hacer á menudo por amor á Jesús crucificado y considerando que su Santísima Madre le ofreció como víctima sangrienta por nosotros pecadores y le vió expirar con sus propios ojos; pero ¿qué sacrificio fué jamás estéril yendo unido con el que ofrecieron Jesús y María en la cima del Calvario?

Todavía fueron prescritas muchas menudas privaciones conforme al espíritu de extrema pobreza: ni cubiertos ni otros útiles de plata en la mesa; las cucharas, de cuerno ó de madera; las celdas no mayores que lo que exige la estricta necesidad; el funeral pobre, el sepulcro más pobre, y todavía más el sencillo hábito de la orden; el cabello especialmente desaparecía debajo del cendal.

Es consolador observar cómo la Sociedad, por efecto de la bendición recibida y del honor cada vez mayor que se siguió á ella, se dilató con vivo celo por de

fuera, é interiormente se fundó más íntimamente en humildad y demás sólidas virtudes. Este espíritu logró su más tierna expresión en la última determinación del consejo, según la cual había de establecerse en París, al lado del pensionado principal, una escuela de niñas pobres.

Las hermanas consultoras ó hermanas del consejo juntas hicieron los ejercicios de San Ignacio antes de la fiesta de la Presentación de María (21 de noviembre) bajo la dirección del Padre Varín, y después todavía continuaron reunidas esperando el anhelado breve de confirmación pontificia. Entretanto fueron aconsejadas muchas fundaciones en Lila, Lyon y América, y las hermanas se ocuparon en reunir datos para la futura historia del instituto.

En febrero de 1827 llegó por fin el breve, firmado de Su Santidad el 22 de diciembre de 1826. No es fácil dar una idea del gozo y gratitud de la corporación y de sus amigos. La Madre Barat ordenó que se hicieran oraciones de acción de gracias, y se ordenó además que diariamente se pidiera al Sagrado Corazón de Jesús por el Papa en toda la sucesión de los tiempos.

Deliberóse si debería ó no pedirse el reconocimiento formal del real gobierno existente á la sazón en Francia. Atendiendo á las múltiples dificultades que surgían respecto de un instituto, "aceptado si oficialmente", pero no "reconocido por el Estado", en virtud de la ley de 1825, muchos aconsejaban este paso, entre ellos el Padre Varín. El abate Perreau pensaba lo contrario. Las consultoras por su parte accedieron al deseo de la Madre Barat, y el



rey Carlos X, por decreto de 22 de abril de 1827, ordenó que la Sociedad de señoras del Sagrado Corazón de Jesús gozaran también de *estado legal*.

El lunes de Pascua (17 de abril) habían hecho las hermanas el nuevo voto de perseverancia, al cual anunció el Padre Varín en una plática fervorosa, el éxito más feliz con las bendiciones del cielo.

Alterado estaba por entonces, principalmente en Francia, el semblante de las cosas públicas. La Madre Barat discurría en su interior sobre el modo y tiempo en que poder hallar un asilo á su Sociedad contra la persecución que parecía cercana; en Roma principalmente deseaba fundar una colonia.

Por aquel tiempo el Papa León XII alimentaba el deseo de fundar en la ciudad eterna en beneficio de la nobleza romana una institución docente. El obispo Lambruschini, nuncio apostólico en París, llamó felizmente la atención de Su Santidad sobre la Sociedad del Sagrado Corazón. Este prelado, que tenía en alta estima á la Madre Barat, hubo de entenderse con ella, y dió así una prueba de cuanto querían decir estas palabras que le escribió en fin de diciembre de 1827: "Seguid rogando por mí . . . suplicad con instancia al Corazón de Jesús, que venga á nos el reino de su amor. Esto lo deseo también á esa Sociedad, que tanto estimo y amo, y cuya extensión es uno de mis ardientes deseos."

León XII logró del gobierno francés un acuerdo mediante el cual el convento de Trinità dei Monti

sobre el Pincio, fundado por Carlos VIII, y en otro tiempo cedido por él á la orden de los mínimos, se destinara ahora á las hermanas del Sagrado Corazón, pues de aquella comunidad no había quedado sino un solo religioso. Luego que la Madre Barat tuvo noticia de la promesa del gobierno francés, se apresuró á manifestar por escrito al Representante de Cristo el deseo que la animaba de que sus hermanas respondieran á sus intentos, y recibió del Padre Santo esta bondadosa respuesta: "Como vehementemente deseamos que las hijas de las familias nobles de Nuestros Estados sean educadas conforme á su clase, y tu Sociedad tenga especial aptitud para cumplir este deseo, hemos resuelto en la presencia del Señor invitar á algunas religiosas de tu orden á venir aquí. Con el más vivo anhelo esperamos su llegada, persuadidos de que formaran á las jóvenes alumnas en la piedad, las letras y las artes, cual conviene á su estado, pero especialmente habrán de educarlas con el ejemplo de sus virtudes. Nos congratulamos contigo, amada hija, por el mucho bien que estás haciendo en tu patria, y esperamos que con la gracia de Dios habemos de gozar de iguales frutos en Nuestros Estados" (breve de 26 de marzo de 1828).

La Madre Barat, oído el consejo del obispo Lambruschini y del Padre Rozaven, eligió por superiora de la fundación de Roma á la Madre Causans, de Turín, y en 20 de mayo de 1828 entró esta Madre en la casa de Trinità. Aquel edificio había menester de mucha obra, pero los grandes jardines con sus magníficas vistas á toda la ciudad santa le daban

extraordinario valor. Las hermanas estuvieron alojadas en las franciscanas de San Silvestre hasta que pudieron entrar en su propia casa; y el Padre Rozaven se hubo constante y fielmente con ellas ayudándolas con sus atinados consejos.

Muy de buena gana hubiera estado en Roma la Madre Barat para concurrir personalmente en esta fundación, más á consecuencia de enfermedades varias, especialmente de fiebres intermitentes, estuvo postrada mucho tiempo en cama. Su alma y su corazón estaban empero allá, haciendo gracias á Dios por sus dones y humillándose en su presencia á vista de su propia miseria. En una carta á la Madre Duchesne expresó una vez estos afectos de la siguiente manera: "Nos tienen estos grandes siervos de Dios (el Padre Santo y el nuncio de Su Santidad) por aptas para promover el honor de Dios; mas ¿para qué servimos nosotras? Los muchos, muchísimos beneficios que el divino Corazón nos otorga, pesan gravemente sobre mi alma y me oprimen contra la tierra."

Á la Madre de Rozeville le escribía en el mes de agosto: "He escrito precisamente al Padre Santo, pero con esto no he dado al olvido la vaca que me prometéis de nuevo. Si á mí me hubieran dejado en mi lugar, no hubiera yo tenido en mi vida ningún otro empleo. Y ahora si nuestro instituto no se viene á tierra por mi culpa, agradezcámoslo á nuestro divino Salvador, que todo lo endereza y compone. Razón tenéis vos también para fiaros de él, ya que por más débil que sea el instrumento, está en las manos de Dios todopoderoso. Esta consideración me infunde

ánimo y alegría."—No hay duda sino que los tormentos que humilde y pacientemente sufrió la Madre Barat, hubieron de atraer á esta fundación de Roma, que tan á pechos había tomado, muchas gracias particulares.

Cuando llegó la hora de abrirse el pensionado, la Madre Barat envió á Roma doce hermanas más, bajo la dirección de la Madre Charbonnel. Entre ellas había muchas muy hábiles en el magisterio. Ella misma no dejó un punto de estimular el celo de aquella comunidad; á la superiora, la Madre Caussans, le escribió en estos términos: "El convento de Roma será sin duda el primero del instituto; pero esto mismo os obliga á ir delante de las hermanas con vuestro ejemplo."

En esto consistió precisamente la cristiana ambición: en señalarse uno en la sólida virtud—en ser el primero en la presencia de Dios y el último ante los hombres.



CAPÍTULO OCTAVO.

LA FECUNDIDAD DEL INSTITUTO.  
VIAJE PRIMERO Á ROMA.

LA larga enfermedad de la venerable Madre Barat, que no le dejó ocupar lugar ni puesto alguno en la fundación de Roma, vino á parar en una debilidad general, la cual tomó tales proporciones—París, mayo de 1829—que se le torció un pie de una caída, y en él recibió lesiones cuyo peligroso carácter sólo cedía á medios muy enérgicos. El pie se negó



extraordinario valor. Las hermanas estuvieron alojadas en las franciscanas de San Silvestre hasta que pudieron entrar en su propia casa; y el Padre Rozaven se hubo constante y fielmente con ellas ayudándolas con sus atinados consejos.

Muy de buena gana hubiera estado en Roma la Madre Barat para concurrir personalmente en esta fundación, más á consecuencia de enfermedades varias, especialmente de fiebres intermitentes, estuvo postrada mucho tiempo en cama. Su alma y su corazón estaban empero allá, haciendo gracias á Dios por sus dones y humillándose en su presencia á vista de su propia miseria. En una carta á la Madre Duchesne expresó una vez estos afectos de la siguiente manera: "Nos tienen estos grandes siervos de Dios (el Padre Santo y el nuncio de Su Santidad) por aptas para promover el honor de Dios; mas ¿para qué servimos nosotras? Los muchos, muchísimos beneficios que el divino Corazón nos otorga, pesan gravemente sobre mi alma y me oprimen contra la tierra."

Á la Madre de Rozeville le escribía en el mes de agosto: "He escrito precisamente al Padre Santo, pero con esto no he dado al olvido la vaca que me prometéis de nuevo. Si á mí me hubieran dejado en mi lugar, no hubiera yo tenido en mi vida ningún otro empleo. Y ahora si nuestro instituto no se viene á tierra por mi culpa, agradezcámoslo á nuestro divino Salvador, que todo lo endereza y compone. Razón tenéis vos también para fiaros de él, ya que por más débil que sea el instrumento, está en las manos de Dios todopoderoso. Esta consideración me infunde

ánimo y alegría."—No hay duda sino que los tormentos que humilde y pacientemente sufrió la Madre Barat, hubieron de atraer á esta fundación de Roma, que tan á pechos había tomado, muchas gracias particulares.

Cuando llegó la hora de abrirse el pensionado, la Madre Barat envió á Roma doce hermanas más, bajo la dirección de la Madre Charbonnel. Entre ellas había muchas muy hábiles en el magisterio. Ella misma no dejó un punto de estimular el celo de aquella comunidad; á la superiora, la Madre Causans, le escribió en estos términos: "El convento de Roma será sin duda el primero del instituto; pero esto mismo os obliga á ir delante de las hermanas con vuestro ejemplo."

En esto consistió precisamente la cristiana ambición: en señalarse uno en la sólida virtud—en ser el primero en la presencia de Dios y el último ante los hombres.



CAPÍTULO OCTAVO.

LA FECUNDIDAD DEL INSTITUTO.  
VIAJE PRIMERO Á ROMA.

LA larga enfermedad de la venerable Madre Barat, que no le dejó ocupar lugar ni puesto alguno en la fundación de Roma, vino á parar en una debilidad general, la cual tomó tales proporciones—París, mayo de 1829—que se le torció un pie de una caída, y en él recibió lesiones cuyo peligroso carácter sólo cedía á medios muy enérgicos. El pie se negó

á servir, y el espíritu de la enferma, tan vivo y activo, tuvo ahora que aprender prácticamente cuál sea la decadencia y forzado reposo de un estado en que el cuerpo no ayuda nada. Pero con alegre y serena resignación y con ánimo, como de costumbre, generoso, la Madre Barat sufrió con entereza también esta prueba; y acontecía que, en siendo su presencia necesaria en alguna parte de la casa, allá se hacía llevar en una banasta, muchas veces para enfervorizar en el servicio de Dios con una plática á las hermanas reunidas.

Así llegó el estío de 1830 con el alegre día de la gloriosa patrona de la enferma, el 22 de julio. La Madre Barat no podía ocultar su tristeza, porque la agitación política que reinaba en París, hacía temerlo todo. El Padre Varin procuraba por su parte alentar oportunamente á las novicias para que estuviesen preparadas á sufrir por el amor de Dios todos los trabajos que hubieran de sobrevenir.

Ya cinco días después, el 27 de julio, comenzó la alarma en las calles; á la mayor parte de las colegialas sus padres se las llevaron á sus casas: el 29 comenzó el combate. Por nada del mundo hubiera dejado la Madre Barat la casa de París, donde á la sazón residía; pero enferma y tullida como estaba, hubo de considerar que su presencia allí había de imponer á las hermanas mayor cuidado, y así se retiró con algunas de ellas á Conflans, no lejos de París, donde el arzobispo de París, Monseñor de Quélen, había puesto entretanto á su disposición una casa que allí mismo poseía. En aquel lugar retirado

la Madre Barat en compañía de una hermana pasó toda la noche en fervorosa oración, pidiendo en alta voz por la Iglesia y los servidores de ella. En esto se llevó á efecto rápidamente la célebre y funesta "revolución de julio"; el rey de Francia Carlos X tuvo que huir, mientras que su primo Luis Felipe, duque de Orleans, subía como "rey de los franceses" á un trono tantas veces conmovido.—Ya el 31 de julio, aunque todo estuviera aún en intranquilidad y excitación, tornóse la Madre Barat á la casa de París, que Dios había protegido en la contienda civil de aquellos últimos días, y allí procuró sostener el valor de las hermanas en aquella crisis temerosa. "Cierto," decía en una plática que les hizo algunos días después, "la monarquía ha caído, pero la Iglesia permanece en pie, y permanecerá eternamente. En ella estamos nosotras, queridas hermanas; ¡tengamos pues confianza! El bienestar terreno es para nosotras peligroso; por el contrario, las persecuciones y la tribulación yo no las he temido jamás."<sup>1</sup>

Pero no por esto olvidó la Madre Barat las reglas de la prudencia, que Dios le obligaba á guardar para con sus hermanas; el día 10 de agosto dejó á la comunidad de París para buscar con Madama Gramont en país extranjero una casa á propósito para el noviciado, la cual encontró en efecto no lejos de Stabayer, á cuatro leguas de Friburgo, en Suiza, en la reducida estancia señorial de Montét, edificio hallado ya antes felizmente por la Madre Charbonnel.

<sup>1</sup> Instrucción de 8 de agosto de 1830.



No bien hubo llamado la Madre Barat á sus novicias á Suiza, cuando parecieron señales de alarma en muchos de aquellos cantones; allí como en Francia el "partido radical" quería proceder contra las órdenes religiosas principalmente; y el caso pareció tan grave al obispo de Friburgo, que instó á tomar el camino de Saboya y del Piamonte (Chamberí y Turín), donde había casas de la orden, para seguridad propia y de sus hermanas. La Madre Barat en efecto, oído este aviso, se puso en camino el 19 de diciembre.

No bien hubo pasado el lago de Ginebra, cuando se cayó sobre el pie malo, y su estado se agravó tanto que el médico, cuando á duras penas llegó ella á Chamberí, juzgó preciso que guardara perfecto reposo. Recio fué este caso para ella en momentos precisamente de tan grande angustia, cuando hubiera debido servir con todas sus fuerzas á la Sociedad; pero la voluntad de Dios es siempre lo mejor. "Dios quiere que suframos," escribía el 2 de enero de 1831; "su divino Corazón ha sido abrevado en la amargura; ¿no será pues razón que gustemos nosotras alguna parte de ella?"

Fué aquel un tiempo sombrío, de dolor y angustia y política turbación. El pensionado de París fué preciso trasladarlo á Versalles; muchas otras casas fueron devastadas ó corrieron gran peligro, y la Madre Barat al abrir la correspondencia debió muchas veces pensar en las dolorosas sorpresas y exclamaciones de Job; su misma solicitud no la dejaba dormir. Pero se mantuvo entera y tranquila, y á pesar de las molestias de su estado—pues tenía que escribir

tendida y con el pie entablillado—evacuaba su pesada correspondencia y dirigía palabras vigorosas á sus hermanas animándolas al amor generoso y expiatorio de la cruz. Así á la Madre Giraud, superiora de Niort, escribía en 10 de enero: "El horrible crimen cometido en Niort, en la cima del calvario, ha inundado mi alma de aficción. . . . Esa cruz hecha pedazos, esa imagen de Cristo mutilada, las tengo siempre sobre mi corazón. Mas pues el divino Salvador ha permitido que el pie izquierdo de ese crucifijo haya caído en nuestro jardín, veneradle humildemente y hacédle secretamente piadosas novenas para desagrar al Señor por tamaño sacrilegio. . . . ¡Ah, qué castigos vendrán aún sobre nosotras!"—Á la Madre de Kersaint, en ocasión de ir á bordo en dirección á América: "¡Id ahí, querida hermana, bajo las velas de la santa obediencia! Jesús es vuestro piloto. . . . La inmensidad del mar va á separaros de todo lo que vos amáis. ¿Y qué vais á encontraros del lado allá del océano? Cruces, privaciones, pobreza, un calor abrasador, seguido de un frío glacial, hermanas de condición diferente de la vuestra, alumnas que difícilmente adquirirán los hábitos del orden y de la obediencia. Pero ¿qué hallaréis además de esto? El Santísimo Corazón de nuestro divino Redentor en que descansar. . . . Un Dios hecho hombre. . . . Pero en este punto prefiero callar. Vos, querida hija, lo habéis de tocar, y habéis de exclamar diciendo con San Francisco Javier: Más, Señor, más!"

En aquel tiempo, tan poco risueño, de su estancia en Chamberí, fué para la Madre Barat un verdadero

recreo el admirar la sublime belleza de los Alpes; complacíase también en que vinieran á ella con frecuencia pobres niños, singularmente el que ayudaba á misa en el convento, á quien reprendió alguna vez por haberle hallado en leves faltas respecto á los árboles frutales, mas á quien ahora daba todos los días de su desayuno, no sin que causase agradable sorpresa á las hermanas el creer notar que á su amada superiora se le había abierto el apetito.

Poco á poco se fué mejorando el estado de la Rev. Madre; y así en septiembre pudo regresar á Suiza para acompañar á sus novicias, que se trasladaban de su mansión provisional á la casa de Montet, la cual había menester de obra. Ocupaba esta casa una situación magnífica con vistas á tres lagos. La Madre Barat dejó á las Madres Charbonnel y de Coppens al frente del noviciado, y diez días después volvió finalmente á París (17 de octubre de 1831).

La incansable actividad que por aquel tiempo desplegó, fué y debe parecer maravillosa, sobre todo si se repara en la constante enfermedad que padecía. Apenas se vió en París, cuando después de prolijas discusiones, que ella misma había entablado, adoptó á una pequeña comunidad de catorce hermanas dedicadas á la enseñanza elemental, enviando á Annonay (departamento de Ardèche), donde vivían, á la Madre Prevost como á su representante. Estas doncellas hacía treinta años que vivían tranquila y santamente; se habían consagrado al Corazón de Jesús, y luego que tuvieron noticia de la Sociedad, procuraron ser incorporadas en ella.

El 10 de noviembre dejó de nuevo á París con el fin de visitar las casas del Mediodía, después de haber dirigido aquel mismo día una fervorosa circular á todas las casas sobre la necesidad de excitar y promover el celo del amor de Dios y del prójimo y de confirmar á las niñas en las verdades de la religión por medio principalmente de sólidas instrucciones. Aun no había llegado á Lyon, cuando cayó por tercera vez. Esta caída fué mucho más dolorosa que las dos anteriores, mas no por esto se abstuvo la Madre de viajar, y en carta á una de sus hermanas le decía medio chanceándose, que “acaso el demonio le daba aquí y allí algún empujón”.—En Lyon entró en medio de “somatenes, cañonazos y fuego de fusiles”, pues todavía se veían 40.000 obreros en insurrección no enteramente dominada.

Tal estado de cosas, combinado con una multitud de supuestas “profecías”, tenía en constante agitación á la mayoría de las gentes; pero la Madre Barat no se dejaba seducir de ellas; he aquí lo que escribía en 22 de diciembre de 1831: “Os reiríais de lástima si yo tuviera tiempo para referiros todas las bobadas que por aquí corren. . . . Las predicciones habían puesto los ánimos en expectación ante lo que había de acontecer los días 15, 16 y 17; pero sólo son engañadas personas que todo se lo creen; no así vuestra Madre, que está firme en el *Credo*, y al fin y al cabo el atenerse á él es lo más razonable.”

En Lyon fué donde la Madre Barat dió á las “hijas de María”, de que ya hicimos mención en el capítulo sexto, una organización estable. La moción para que



se formara esta congregación, vino de la Madre Lhuillier en Lyon, quien ya la había formado hacía años con las alumnas de las hermanas. La Madre Barat se alegró mucho de ver los primeros lineamientos, aunque débiles aún, de esta asociación, y á su instancia trazó el Padre Druilhet las constituciones de las hijas de María. "El fin de esta institución", dice el Padre Druilhet, "es ayudar con medios especiales á las mujeres y doncellas cristianas á perseverar en la fe, en la piedad, en las obras de caridad y en el cumplimiento de los deberes de su estado. Deben pues las hijas de María ser puestas en las prácticas de la oración y de oír la palabra de Dios, de recibir con regularidad y frecuencia los santos sacramentos y socorrer á los pobres con recursos comunes. La congregación está bajo la protección especial de la Inmaculada Virgen María, y se obliga á propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. . . . En el consejo directivo, elegido por ella, habrá un director ó prefecto espiritual." El Padre Druilhet puso ante los ojos de las hijas de María, como norma de su conducta en medio del mundo, las palabras del apóstol Santiago (1, 27): "La religión pura é inmaculada delante de Dios Padre es ésta: socorrer á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción del mundo." El 11 de febrero de 1832 el Padre Druilhet en una fervorosa plática á las hijas de María les puso de manifiesto el fin de su institución.

Todas las casas de las hermanas del Sagrado Corazón siguieron el ejemplo de las de Lyon; la nueva

congregación se extendió rápidamente, y no transcurrió largo tiempo sin que se viera favorecida y alentada por la aprobación pontificia.

La Madre Barat daba vueltas por entonces á otro pensamiento, en que se contenía un intento superior al cual no parece tener ningún otro la Sociedad del Corazón de Jesús, á saber: los ejercicios espirituales para señoras. No era ya bastante ofrecer las hermanas proporción de vez en cuando á esta ó aquella señora particular para renovar su espíritu. La Madre Barat escribía á la Madre de Limminghe, superiora en Turín (Aviñón, 28 de febrero de 1832): "Desde hace largo tiempo deseo que todos los años haya en nuestras casas ejercicios para mujeres, dirigidos respectivamente de un sacerdote. Este pensamiento viene ciertamente de Dios, y Dios le ha de bendecir. Páreceme que este medio es muy bueno para renovar á las clases altas en el espíritu de la fe. Haced todo lo que podáis; no perdonéis sacrificio alguno en obsequio de esta obra. El mundo discurre y pone en movimiento todas las trazas imaginables para el intento de perder á las almas; ¿pues por qué nosotras hemos de hacer menos para que se salven?" La Madre de Limminghe cumplió desde luego este deseo de la superiora general; su ejemplo fué seguido sucesivamente de las otras casas, y ahora es práctica general en todas las del Sagrado Corazón.

De Lyon partió la Madre Barat para Aviñón, donde tuvo noticia de habérselo manifestado el cólera en París así como en otras muchas ciudades en que había hermanas del Sagrado Corazón. Con este motivo escribió

á la Madre Gramont, superiora de París, para que en la capilla se erigiese un altar á San Roque, y transmitió á todas las casas las instrucciones que se había proporcionado oyendo á los mejores médicos; ante todo no cesaba ella de orar y hacer que se orase con tal motivo, y se asoció al deseo del arzobispo de París, quien en una carta pastoral de 23 de abril procuró despertar la compasión cristiana en favor de los huérfanos que hiciera la epidemia. Así que fué leída la tal carta (27 de abril), escribió á la Madre de Gramont, manifestándole el deseo de que fuesen tomadas doce ó quince huérfanas en la casa de París, y con este deseo expresó la esperanza que “estas pobres niñas serían para el instituto una defensa contra la invasión del mal”.— La Madre Gramont lloraba de alegría leyendo esta carta, y la esperanza de la Madre Barat no resultó fallida, porque en ninguna casa del Sagrado Corazón murió nadie del cólera.

De Aviñón se trasladó pasando por Perpiñán á Aix en la Provenza, y en 4 de mayo escribió á la Madre de Gramont, que en esta ciudad no había podido negarse á admitir una institución de niñas casi salvajes, cargada de deudas, porque las niñas, cuando ella salió de Aix, habían corrido á su carruaje y clamado: “¡No nos desamparéis! ¡Vos habéis de ser nuestra madre!” Y así la buena de la Madre regresó algunos días después á Aix y se hizo cargo de aquella institución.

Los muchos trabajos y cuidados no habían destruido en ella el saludable influjo de la variación de aires y de su estancia en la región del Mediodía; estaba

mejor, aunque el trabajo del pie no cedía á ningún remedio, y como religiosa claustral no podía someterse á un tratamiento médico en ningún establecimiento de baños. Mas como la superiora de la casa de Turín, la Madre de Limminghe, le instaba á que fuese á ella mirando por su salud, la Madre Barat se puso en camino para Turín el día 22 de mayo.

Si en las últimas páginas hemos referido los trabajos y viajes de la sierva de Dios, deteniéndonos más que en las anteriores, donde dejamos en blanco el origen de las casas de Le Mans, Autún, Besanzón, Metz, Chamberí, Turín, Burdeos, Aviñón y otras, así como la institución de la misión en la América del Norte bajo la dirección de la Madre Duchesne, ni mencionamos las dificultades que surgieron en Grenoble bajo el régimen de una superiora piadosa pero poco discreta, porque el reducido cuadro de esta biografía no lo consiente; si aquí, decimos, nos detenemos más, es porque en los cuidados y trabajos de la Madre Barat se muestran de un modo característico su fortaleza y abnegación. En todo lo demás nos remitimos á la vida de la Madre Barat escrita extensamente por el ilustre abate Baurard.

Feliz fué la expedición á Turín de la Madre Barat y de la Madre Limminghe, aunque no exenta de peligros, desde Niza, en la cresta de la montaña llamada Col de Tenda, que la Madre Barat pasó en un trineo y la Madre Limminghe yendo por medio de la nieve apoyada en un bastón de los Alpes.



Muy dichosa se consideraba la Madre Barat en el claustro de Turín. La fisonomía de la gracia en la Madre de Limminghe tenía gran semejanza con las ideas de la Madre Barat, y así entre ellas reinaba la más perfecta inteligencia. Fué la Madre de Limminghe el puente por donde nueve años antes habían tornado de Gante al instituto del Sagrado Corazón la Madre Peñaranda y muchas otras después de la disgregación ocurrida en 1814. Ardiente celo desplegó asimismo la casa de Turín, siguiendo los sabios consejos del Padre Villefort S. J.; y tanto en el pensionado principal como en la escuela de niñas pobres reinó el espíritu de una piedad sólida y sincera. Todas ahora acudían fervorosas á Nuestra Señora de los Dolores, por quien tenía especial devoción la Madre Limminghe, pidiéndole que devolviese la salud á la Madre Barat; y como el célebre D<sup>r</sup> de Rossi se resolviera de repente á hacerle una operación en el pie, á la cual se siguió la salud con tal prontitud que el mismo médico declaró auténticamente y por escrito, que “él había sido en esto mero instrumento de la omnipotencia divina”, la Madre Barat, arrinconadas ya sus muletas, se dirigió al altar de la *Mater dolorosa* para dejar allí su *ex voto*, y llena de gozo escribió á la Madre Giraud: “Alabemos al divino Salvador y á la bienaventurada Virgen María, que tantas maravillas obran en un país que conserva inmaculada su fe, y—si me es lícito decirlo—en una casa en que María es amada sobre todas las cosas. Ella protege nuestro claustro; lo cual se echa de ver en el celo que á todos, grandes y pe-

queños, les anima, y en las gracias que llueven sobre esta casa.”

Habiendo recobrado la salud, la Madre Barat pasó algún tiempo de estío en el Casino, quinta solitaria, situada en medio de un hermoso jardín, donde por ese tiempo resonaba el canto de los ruiseñores; de la cual habían hecho donación á las hermanas el marqués de Barolo y su esposa. En el mes de julio hizo sus ejercicios anuales. Estando en ellos, y después en Turín, se maduró en su ánimo un pensamiento que ya venía revolviendo en la mente hacía muchos meses: tomó la resolución de ponerse bajo la obediencia de la Madre de Limminghe en todo lo que tocase á su persona, cual si esta Madre fuera superiora de ella, de forma que á ella había de acudir la Madre Barat en tales cosas para obtener el mismo permiso que las demás religiosas tenían que pedir á su respectiva superiora.

La casa de Turín no solamente fué testigo de la alta estima en que tenían á la Madre Barat las personas reales, especialmente la princesa María Cristina, que pocos años después, siendo reina de Nápoles, murió en olor de santidad (y cuyo proceso de beatificación sigue su curso), sino además pudo gozarse en el particular amor que profesaba á todas, incluso las más tiernas niñas, la muy celebrada superiora general; amor ajeno de vana zalamería. Sucedió el caso que una de las maestras andaba con sobresalto y pena porque dos niñas de cuatro años habían estado en la iglesia durante los oficios sin el respeto debido. La Madre Barat se sonrió al oír esta queja, y ordenó

que el domingo inmediato fueran las tales niñas á sentarse en la iglesia en un banquillo delante de la silla de coro de la superiora general. Esta manera de penitencia la estimaron ellas por distinción muy honrosa, y su alegre gratitud y su mismo apresuramiento en rezar se hacían manifiestos en el semblante y en los ademanes durante todo aquel tiempo, tanto que indignada dicha hermana habría echado veinte veces á las colegialitas de la iglesia. Pero la bondadosa Madre le dijo amigablemente: “¿Por qué echarlas? Esas dos niñas se me han representado como dos corderos que saltan y brincan delante del Señor; y he pedido al amable Jesús, el grande amigo de los niños, que conserve en ellas la sencillez y la inocencia. Si el Señor usara con nosotras de rigor, ¡cuántas veces nos echaría de su presencia!”

¡Cuánto se hubieran agradado las hermanas y las niñas en tener consigo á la amorosa Madre! Ella también sintió duelo en su corazón al despedirse de ellas cuando en el mes de octubre de 1832 hizo su primera y anhelada excursión á Roma. Allá llegó el 25 de dicho mes en compañía de la Madre de Liminghe, pasando por Loreto, para establecer en la misma Roma un noviciado, cumpliendo los deseos manifestados por Gregorio XVI. El Padre Santo la honró extraordinariamente visitándola en su propia religiosa morada, supuesto que ella por efecto de una quemadura no podía salir. “No puedo expresar lo que sentí á la entrada del Sumo Pastor”, escribió con este motivo; “sentíme dominada de mis propios afectos, los cuales eran empero todo dulzura

y paz, pues sólo oía palabras de bondad é interés.” El Padre Santo la levantó al querer ella arrodillarse en su presencia, y conversó con ella con la mayor complacencia acerca de la Sociedad del Sagrado Corazón, diciendo entre otras cosas, que deseaba muy de veras el aumento de un “instituto tan útil, tan bien formado y tan bien dirigido”.

En los ojos de la Madre Barat y de la congregación fué este juicio tanto más importante cuanto que Gregorio XVI, cuando como simple cardenal Cappellari tuvo que examinar los estatutos, no estuvo por que fuesen aprobados, bastando únicamente en su sentir el decreto en que habían sido alabados. Este austero monje camaldulense, siendo ya Papa, manifestó después lo que sentía en las siguientes palabras dirigidas al Padre Massa: “Mi espíritu rigurosamente monástico no me permite aprobar muchas cosas de este instituto; pero su regla trae su origen de Dios, y no quiero yo alterarla.”

El noviciado debía de ponerse “del lado allá del Tíber”, en la pobre y vetusta “Trastévere”, que era de fidelidad proverbial, y en el antiguo convento de Santa Rufina, que había hecho suya la Sociedad mediante el auxilio de la marquesa Andosilla. Algunas religiosas de una orden dedicada á la enseñanza y ya casi extinguida vivían todavía allí, á quienes se dejó una parte del antiguo edificio, asegurándoseles además una pensión fija con que atender á la precisa subsistencia. Hasta que se halló dispuesto el monasterio de Santa Rufina, estuvieron en Trinità dei Monti las hermanas que habían venido de Montet y Turín; ahora había allí



también postulantas, á diez de las cuales dió el santo hábito la Madre Barat el 27 de diciembre de 1832. De estas primeras novicias romanas la Madre Barat, que admiraba en ellas el pleno vigor de la fe romana, escribía: "Las romanas señaladamente son modelos; no corren sino vuelan en el camino de la perfección. ¡Italia continúa siendo la tierra de los santos!" (17 de enero de 1833). Á este noviciado romano púsole la Madre Barat bajo el patrocinio de Nuestra Señora de los Dolores el día en que la Iglesia celebró aquel año esta fiesta (28 de marzo).

Dispuesta ya la casa claustral en Santa Rufina con su escuela para pobres, y resueltas innumerables dificultades, después de los ejercicios anuales que dió á las novicias el insigne Padre Barelle, prefecto espiritual del Colegio Romano, ya pudo hacerse y se hizo en efecto la traslación del noviciado de Trinitá á Santa Rufina el 6 de mayo de 1833. Con el mayor silencio y en pequeños grupos se trasladaron las hermanas á su nueva morada. Días antes la Madre Barat, en aquel estilo que le era peculiar, les auguraba la dicha de que habían de establecerse en aquella la más pobre porción de la ciudad eterna. "Nada es más pobre", escribía, "que el Trastévere; y son despreciados los hijos de este *poblacho*, como algunos son osados á llamarle. El Señor nos preserve á nosotras de tenerlos por viles. Ya en el orden meramente natural merecen los trasteverinos particular estima como los últimos y genuinos descendientes que son de los antiguos romanos; y hace poco que se han mostrado dignos de tan noble alcurnia

defendiendo al Papa con peligro de su vida. . . . ¡Qué nobleza de alma se echa de ver en su fe proverbial! . . . Entre las niñas de este pueblo hallaréis muchas que pueden llegar á ser grandes santas."

El pueblo romano, el carácter genuinamente romano ejercía verdadero atractivo en la Madre Barat, aunque no en razón de sus clásicos monumentos y bellezas, en que tanto abunda la "ciudad eterna". "En los días de mi juventud", escribía á su sobrino, "todo esto me hubiera entusiasmado, pero todo pasa. . . . Sólo Dios es grande é inmutable; en Roma veo yo más claramente que en ninguna otra parte esta verdad."—En cambio visitó con gran devoción y la más intensa consideración las principales iglesias y monumentos, á lo cual la animó el Padre Santo. En cada una de las gradas de la Escala santa, de rodillas, recomendaba al divino Salvador, mediante los méritos de su dolorosa pasión y muerte, á una de las casas de la Sociedad, y se sintió profundamente conmovida al considerar los inmensos sagrados tesoros que allí hay; aunque "en estas cosas no está la santidad", escribía á una hermana; "sino hemos de padecer y llevar nuestra cruz: éste es el don grande que Dios nos hace."

En el convento de San Dionisio visitó la Madre Barat á la que fué superiora en Amiens, la señora Baudemont, visita que hizo en ella y sus compañeras una impresión favorable; fuera de esto la venerable Madre Barat guardaba el mayor retiro posible sin aceptar ninguna invitación, si bien era visitada, no pudiéndolo ella impedir, por las principales familias

francesas y otras personas de elevada alcurnia, entre ellas muchos cardenales. Gregorio XVI le dió pruebas de especial benevolencia, entre otras la de haberle preparado en el Vaticano un pequeño oratorio desde donde pudiera ver los solemnes oficios pontificios en la semana santa. La escena del lavatorio causó profunda impresión en su ánimo; muchos años después la refería á sus novicias. Y en la audiencia de 1.<sup>o</sup> de febrero fué tal la bondad con que se hubo con ella el Padre Santo, que poco después la misma Madre escribía: "¡Con cuánto agasajó y amor nos ha recibido el Padre Santo, es decir, el Representante de Jesucristo en la tierra! Llenas están aún nuestras almas de santo consuelo."—En esta audiencia la marquesa Andosilla significó el deseo de que la Madre Barat se estuviera como vinculada en Roma; pero Gregorio XVI le replicó: "No, á los generales de las órdenes religiosas no se les sujeta con cadenas." Palabras que tuvieron particular significación después, en el curso de la vida de la sierva de Dios.

Por aquel tiempo se separaron del abate Lamennais muchos de sus grandes admiradores en razón de no haberse querido el sujetar sencillamente al juicio de la Iglesia. Entre ellos andaba el célebre Padre Lacordaire, dominico, á quien la Madre Barat felicitó por haber publicado su "carta sobre la Sede Apostólica". Á la que le escribió esta Madre con esto motivo, el Padre Lacordaire atribuyó extraordinario valor, "pues que venía de una persona muy amiga del Papa".

La morada que hizo en Roma la Madre Barat, tocaba ya á su fin. Antes empero de dejar á la ciudad

santa solicitó y obtuvo (29 de mayo) una audiencia de despedida del Padre Santo, en la cual le manifestó el deseo de recibir algún escrito suyo. El Papa satisfizo este deseo aun más cumplidamente de lo que era de esperar; ¡y cuál no fué el gozo que experimentó la Madre Barat cuando dos días después le fué entregado un breve del Representante de Jesucristo! "Ya Nuestro antecesor León XII, de santa memoria", se dice con encarecimiento en este breve, "fijó su mirada con paternal benevolencia en la Sociedad de las hermanas del Sagrado Corazón de Jesús que con tantos afanes ha logrado fundar y hasta ahora ha gobernado con tanta prudencia Nuestra muy amada hija... Asimismo Pío VIII, de feliz memoria, sucesor de León XII, habló de ella con singular complacencia. Nos, que sin merecimiento alguno de Nuestra parte hemos sido elegidos por consejo de la divina Providencia para continuar el pontificado, no podemos mirar con otros ojos á esta Sociedad. Después de examen prolijo y á vista de nuevos y muy favorables informes que de todas partes llegan á Nos, tenemos razón para esperar de ella bienes siempre mayores. Para que de ellos participe esta ciudad, Nos ha parecido bien abrir una segunda casa de esta Congregación, y dar á la superiora general con ocasión de su estancia en Roma, adonde ha venido para visitar este monasterio, cumpliendo con las reglas de su instituto, por medio del presente escrito una prueba de Nuestra satisfacción. Sea este testimonio para ella y para todos los miembros de su Sociedad un estímulo que las mueva á agradecer siempre más y más



en humildad de corazón al divino Esposo el bien que el Señor se digna de obrar por medio de ellas, y para que todas se afanen á la vez con el auxilio de la divina gracia en proceder por la senda de la virtud y en la obra laboriosa de su vocación. Nos pedimos á Dios que les conceda la abundancia de sus gracias, y Nos encomendamos á sus oraciones. Finalmente les otorgamos de todo corazón, así á ella como á sus hijas y á las alumnas confiadas á su cuidado, Nuestra paternal y apostólica bendición.

“Dado en Roma, en San Pedro, á 1º de junio de 1833, año tercero de Nuestro pontificado.”

Ya en 3 de junio, un día después de haber recibido el breve, la Madre Barat se puso en camino con dirección á Francia pasando por Parma, Turín y Chamberí. En la primera de estas tres ciudades la detuvo mucho tiempo la que fué emperatriz de los franceses, María Luisa, que había determinado fundar una casa del instituto con pensionado para hijas de la nobleza; y pidió á la Madre Barat que emprendiese esta obra, para la cual ofrecía un convento al lado de su palacio. La Madre Barat vino en ello para el año próximo con dos condiciones: que á las antiguas religiosas de aquel decadente monasterio que aun quedaban en él, se les asegurase alguna pensión con que vivir; y que junto al pensionado hubiera una escuela de niñas pobres encomendada asimismo á las hermanas del Sagrado Corazón.

En Chamberí hizo la Madre Barat sus ejercicios bajo la dirección del mortificado sacerdote de la misión señor Favre, el cual se quedó tan prendado

del espíritu de penitencia de la Madre Barat, que la tuvo y reconoció por santa, pues que “le gustaban las obras de penitencia tanto como á otras personas el azúcar”.

Antes que la Madre Barat partiera de Chamberí, notificó á todas las hermanas por medio de circular la apertura del quinto consejo general que había de celebrarse el próximo día 29 de septiembre en París, y juntamente el breve de Su Santidad de 1º de junio, en el cual veía ella nueva ocasión para crecer en celo; en tiempos, decía, tan agitados como los nuestros, este celo es más que nunca necesario á todos los que aman á Dios. “Si hubierais visto”, escribía, “las penas que sufre el Vicario de Jesucristo, sin duda os encenderíais en celo por vuestra propia perfección.”

La Madre Barat visitó asimismo muchas casas en Francia y la de Montet, y el 12 de septiembre regresó á París con gran contento de las hermanas de toda la casa, que dos años antes la habían visto partir enferma y medio coja, y ahora la veían entrar sana y llena de vigor.



#### CAPÍTULO NOVENO.

#### CONTRADICCIONES DENTRO Y FUERA. ®

LOS años que ahora siguen de la vida de la venerable Madre Barat, forman una cadena no interrumpida de trabajos, viajes, fundaciones, etc., cosas todas ellas consiguientes al oficio de superiora general de una Sociedad que en poco tiempo tomó tanto

en humildad de corazón al divino Esposo el bien que el Señor se digna de obrar por medio de ellas, y para que todas se afanen á la vez con el auxilio de la divina gracia en proceder por la senda de la virtud y en la obra laboriosa de su vocación. Nos pedimos á Dios que les conceda la abundancia de sus gracias, y Nos encomendamos á sus oraciones. Finalmente les otorgamos de todo corazón, así á ella como á sus hijas y á las alumnas confiadas á su cuidado, Nuestra paternal y apostólica bendición.

“Dado en Roma, en San Pedro, á 1º de junio de 1833, año tercero de Nuestro pontificado.”

Ya en 3 de junio, un día después de haber recibido el breve, la Madre Barat se puso en camino con dirección á Francia pasando por Parma, Turín y Chamberí. En la primera de estas tres ciudades la detuvo mucho tiempo la que fué emperatriz de los franceses, María Luisa, que había determinado fundar una casa del instituto con pensionado para hijas de la nobleza; y pidió á la Madre Barat que emprendiese esta obra, para la cual ofrecía un convento al lado de su palacio. La Madre Barat vino en ello para el año próximo con dos condiciones: que á las antiguas religiosas de aquel decadente monasterio que aun quedaban en él, se les asegurase alguna pensión con que vivir; y que junto al pensionado hubiera una escuela de niñas pobres encomendada asimismo á las hermanas del Sagrado Corazón.

En Chamberí hizo la Madre Barat sus ejercicios bajo la dirección del mortificado sacerdote de la misión señor Favre, el cual se quedó tan prendado

del espíritu de penitencia de la Madre Barat, que la tuvo y reconoció por santa, pues que “le gustaban las obras de penitencia tanto como á otras personas el azúcar”.

Antes que la Madre Barat partiera de Chamberí, notificó á todas las hermanas por medio de circular la apertura del quinto consejo general que había de celebrarse el próximo día 29 de septiembre en París, y juntamente el breve de Su Santidad de 1º de junio, en el cual veía ella nueva ocasión para crecer en celo; en tiempos, decía, tan agitados como los nuestros, este celo es más que nunca necesario á todos los que aman á Dios. “Si hubierais visto”, escribía, “las penas que sufre el Vicario de Jesucristo, sin duda os encenderíais en celo por vuestra propia perfección.”

La Madre Barat visitó asimismo muchas casas en Francia y la de Montet, y el 12 de septiembre regresó á París con gran contento de las hermanas de toda la casa, que dos años antes la habían visto partir enferma y medio coja, y ahora la veían entrar sana y llena de vigor.



CAPÍTULO NOVENO.

CONTRADICCIONES DENTRO Y FUERA. ®

LOS años que ahora siguen de la vida de la venerable Madre Barat, forman una cadena no interrumpida de trabajos, viajes, fundaciones, etc., cosas todas ellas consiguientes al oficio de superiora general de una Sociedad que en poco tiempo tomó tanto



vuelo dilatándose por toda la redondez de la tierra; cuyos particulares sucesos y circunstancias, aun reducidos á breve compendio, exceden de los límites de nuestra narración. Por nuestra parte, en lugar de seguir á la Madre Barat paso á paso y de casa en casa, queremos referir una época penosa de su vida que coincidió con su actividad en lo exterior tan extendida; después dar una idea sumaria del aumento y extensión de la Sociedad, y por último bosquejar brevemente el modo de gobernar la venerable Madre, los últimos años de su vida y el cuadro interesante de sus virtudes.

\* \* \*

Estamos ahora en la conclusión del invierno, 1838—39, tiempo en que había de celebrarse la sexta asamblea general. La quinta, que se celebró en el otoño de 1833, no introdujo ninguna reforma substancial; únicamente se había tratado en ella de “inquirir los medios de formar á las alumnas en la sencillez, en el orden y en la economía”. Creyóse que no se debía pensar en tocar á la regla aprobada en Roma; en cambio exhortóse á todas con el mayor encarecimiento á su puntual observancia; el plan de la enseñanza fué únicamente lo que, con el auxilio del Padre Loriguet, fué de nuevo estudiado y perfeccionado.

Ahora por el contrario (1839) las consultoras tenían en estudio un tema del todo diferente. Desde el consejo general de 1815, en que se dió á los estatutos su forma determinada y estable, habían ya

transcurrido veinte y cuatro años; entonces sólo contaba seis casas la Sociedad del Sagrado Corazón, y ahora tenía cuarenta. Con esta difusión siempre en aumento, sobre haberse hecho harto penosa la carga que hasta allí había pesado casi únicamente sobre la Madre Barat, para los hombros de una sola persona, debiendo pensarse por tanto en aliviarla, en otros muchos puntos importantes la experiencia había atesorado datos y lecciones que convenía considerar con todo reposo.

Entre las hermanas más celosas y competentes había muchas en quienes era ya antigua la opinión, que se debían rehacer completamente los estatutos conforme á la regla de San Ignacio. Contra esta atrevida opinión dijo ya en 1836 el cardenal-vicario de Roma Odescalchi á la Madre Causans: “Miradlo bien: lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; en el plan primitivo de los fundadores de órdenes religiosas está impreso el sello del Espíritu Santo, y es cosa peligrosa el variarlo.” La misma Madre Barat había dicho con su previsión ordinaria: “Créese generalmente que las mujeres pueden ser dirigidas según las mismas reglas que los hombres: ya nos hablará sobre esto el porvenir.”

Otra cuestión, que mayor calor todavía excitó en las hermanas, dividiéndolas en dos diversos pareceres, fué la de si la superiora general había de tener su residencia fija en Roma, ó si convenía que la tuviera en París, donde hasta entonces la había tenido. Muchas razones militaban por lo primero: París venía siendo desde hacía mucho tiempo el foco más peli-

groso de la revolución; Francia conservaba todavía el fermento del jansenismo y del galicanismo, y todo lo que de Francia procedía, despertaba mucha desconfianza en los demás pueblos católicos; desconfianza que ya se había manifestado con frecuencia en los prelados de la Iglesia cuando se trató de fundar monasterios en el extranjero. Por último, hacia ya algunos años que entre los católicos de todo el orbe se sentía la necesidad de que fuese más íntima la unión de los hijos de la Iglesia con la silla de Pedro. Pretendían pues muchas hermanas con gran empeño, que el asiento de la superiora general y la casa matriz de la Sociedad fuesen trasladados á Roma. De este parecer eran, no sólo muchos obispos, entre ellos el insigne obispo de Langres Monseñor Parisi, sino también muchos de los mejores y más avisados amigos de la Sociedad, incluso el hermano de la superiora general, Padre Barat, los Padres Rozaven, Loriquet, y el más devoto y antiguo amigo del instituto, Padre Varín.

Muchos otros obispos sin embargo, y con ellos muchas hermanas francesas, temían todo género de conflictos con la autoridad temporal y la espiritual en Francia si la superiora general abandonaba el país en que se había formado la Sociedad, donde contaba el mayor número de sus casas, donde su actividad había sido principalmente bendecida, y de donde habían afluído á ella la mayor parte de sus miembros.

Cuanto á la Madre Barat, atraíala á Roma su amor á la Santa Sede, pero ateníase absolutamente al pen-

samiento de Gregorio XVI, y ya antes había respondido á tal consulta diciendo: "El Padre Santo piensa acerca de esto que, dadas las presentes circunstancias, lo mejor es que la superiora general siga de asiento en Francia, y en este dictamen insiste á despecho de todas las objeciones en sentido contrario."

Todos estos puntos tenía que decidir la sexta asamblea general; mas aun después de haber dejado á París en 26 de febrero de 1839, por no ser el lugar conveniente para dictar esta solución, la Madre Barat no sabía adónde convenía que se reunieran las hermanas consultoras. Entretanto sin duda hubo de presentir que se acercaba una época temerosa. "Nuestra Sociedad", decía, "está en vísperas de tomar una grave resolución. ¡Quiera Dios que de esta crisis salga con nueva fuerza, para lo cual hemos de acudir con instancia al Sagrado Corazón de Jesús!"

Primero se encaminó á Montet en Suiza, y allí pensó que tuviera lugar la asamblea; pero siguiendo el consejo del Padre Rozaven, se dirigió á Roma, adonde llegó el 21 de abril y adonde citó á las consultoras para principios de junio. Por las cartas que entonces escribió á las hermanas francesas, se ve cómo procuraba tranquilizarlas respecto de su ausencia de Francia, diciéndoles que la verían con ellas de nuevo, y añadiendo que luego que se arreglaran las cosas de la Sociedad, allí mismo se consagraría sin intermisión á sus fieles antiguas compañeras.

La Madre de Gramont y algunas otras consultoras francesas—éstas por sus muchos años, aquella por las graves circunstancias políticas de París—no fueron



á Roma, sino estuvieron representadas por otras, entre ellas la secretaria general Madre de Galitzín, mujer extraordinaria, de la cual se ha dicho que "tenía un carácter de hierro y un corazón de oro". Ésta con la Madre de Limminghe y la maestra de novicias de Montet, Madre Coppens, figuraba en primera línea entre las que pertenecían al partido de las que estaban por la residencia en Roma.

En 10 de junio de 1839 celebraron las doce consultoras la primera sesión. Las primeras resoluciones fueron acordadas por unanimidad: la Sociedad debía dividirse en provincias, al frente de cada una de las cuales habría una provinciala, que estaría bajo la superiora general. Establecieronse además normas fijas para la renovación del "consejo de las doce", al cual pertenece la elección de esta superiora.

Para todas estas cosas habíanse tenido en cuenta provechosamente en el consejo las constituciones de San Ignacio; pero muchas hermanas, y al frente de ellas las Madres de Galitzín y de Limminghe, querían á toda costa poner estas constituciones, cuanto fuera posible, en lugar de las anteriores, y obtuvieron que cuarenta y seis puntos de la antigua regla puesta por los Padres Varín y Druilhet fueran suprimidos ó variados: ya no había rezo común en coro; el tiempo de probación eran diez años; variación ó reducción del tiempo señalado al oficio de superiora local, etc., etc. La asamblea general no había ya de convocarse por la superiora general conforme á determinada regla, sino según lo exigiera la necesidad. Estas nuevas resoluciones, denominadas *decretos*, ha-

bían de ser sometidas al Padre Santo é incorporadas después á las constituciones en calidad de apéndice.

Tras esto decretóse resueltamente que en Roma había de residir la superiora general. Las observaciones de la Madre Barat, quien, por tratarse de su persona, las hizo con gran recato, fueron poco atendidas. La misma Madre se lamentó después de no haber manifestado con más claridad y denuedo su sentir.

El 5 de julio fueron elegidas las asistentas generales, y el día 8 de septiembre la Madre Barat comunicó oficialmente "los decretos" á la Sociedad.

Al punto sobrevinieron las contradicciones y se hicieron oír las quejas dentro y fuera de la Sociedad. El Padre Varín fué el primero que levantó la voz, y cierto como quien velaba por que se guardase lo que desde el principio fué tenido por fin principal de la Sociedad, es á saber: la glorificación del Sacratísimo Corazón de Jesús. La Madre Galitzín se había permitido borrar en la redacción de los decretos las primeras palabras, que expresaban el respeto al divino Corazón, para poner en lugar de ellas aquella otra fórmula de San Ignacio: "Su fin es consagrarse á la mayor gloria de Dios." El Padre Varín escribió por dos veces á la Madre Barat sobre esta precipitada alteración de la primitiva idea fundamental de la Sociedad, idea inspirada y con solicitud amorosa mantenida por espacio de treinta y nueve años; y esta misma Madre se lamentaba del giro que habían tomado las cosas, aunque sin poder oponer por entonces un dique contra aquella impetuosa corriente.





experiencia podía decir lo que en los decretos se encerraba; entretanto los consejeros habituales guardaban silencio aun en la misma Roma. El cardenal Pedicini, protector oficial de la Sociedad, era favorable á los decretos; en cambio el cardenal Lambruschini, nuncio que había sido en París, y por tanto más conocedor de lo de allá, estaba en contra; el Papa mismo guardaba reserva, y no declararía su sentir mientras los tales decretos no fuesen sometidos á su juicio<sup>1</sup>.

En estos años difíciles la Madre Barat se pareció como dechado de virtud en razón de su festiva y amorosa paciencia, del exquisito espíritu de justicia, que no sufría se atribuyera á nadie la culpa de aquella penosa discusión, antes en cuantos tomaron parte en ella, quería que se reconociera el deseo del mayor bien; en razón también de su imperturbable confianza de que Dios convertiría en salud aquella prueba; y finalmente en razón de la humilde convicción, que la viña del Señor había menester de una dolorosa operación, conviene á saber, de la expiación de las faltas propias y de las ajenas.

<sup>1</sup> Nota. La Madre Barat, atendiendo al buen deseo de la Madre de Gramont y de otras hermanas, resolvió someter los decretos durante tres años á la prueba de la experiencia. Esta sabia providencia pareció debilidad á la Madre Galitzin y á otras, y aun tratóse de disuadir de ella á la superiora general; pero ésta se mantuvo firme, y muchas veces decía: "Si el Señor quiere justificarme, yo lo dejo en sus manos." Y comunicó esta resolución en circular de 19 de noviembre de 1839 á todas las casas de la Sociedad.

Ni aun con el arzobispo de París, que hacía años estaba hospedado en la casa del instituto en París, y que sin previo aviso á la Madre Barat había escrito al Papa y á los obispos franceses varias cartas contra los decretos, descubriéndose de esta suerte la falta de unanimidad en la congregación, tuvo dicha Madre ni una sola palabra amarga, como no la tuvo para la Madre de Gramont, si bien le escribió diciendo que hubiera debido anunciar á aquel venerable prelado el dolor que con eso había ella de experimentar. ¡Cuán sensible fué sin embargo á esa notoriedad! "Hémonos convertido en espectáculo," decía con pena en octubre de 1839; "en estos momentos los ojos del mundo entero están sobre nosotras"; y poco después en otra carta: "Pedid que estos años de aflicción reparen cumplidamente las faltas de mi vida pasada."

El arzobispo de París murió en 31 de diciembre de 1839 piadosamente en Dios. Su sucesor, Monseñor Affre, que nueve años después había de morir como buen pastor en las barricadas de París (1848), dejando memoria inmortal de sí, fué desgraciadamente adicto al galicanismo, y vino á agravar la situación de la Madre Barat y de las hermanas. Esta misma Madre dejó su residencia de la *Villa Lante*, tercera casa del instituto en Roma, sólo para visitar las otras casas del Sagrado Corazón, y junto con esto para apaciguar los ánimos excitados. Con este intento la incitaba el Padre Varin á que fuese principalmente á París, adonde llegó finalmente el 29 de septiembre de 1840. Allí luego al punto dió principio á los ejercicios que se hacían

en el noviciado, y después fué á la otra casa, al frente de la cual estaba la Madre de Gramont, y adonde los decretos no habían sido admitidos todavía.

Su presencia y sobre todo sus oraciones fueron muy provechosas. Á menudo se recogía en un estrecho y obscuro oratorio, y allí, próxima al altar, pasaba largas horas orando y derritiéndose en llanto. Las hermanas deponían poco á poco sus preven- ciones, y aseguraron que no se habrían negado á recibir los decretos si ella misma los hubiera traído consigo. Visitó con feliz éxito las casas del Norte de Francia, de que era cabeza en calidad de provinciala la Madre de Gramont, y en agosto del año siguiente (1841) escribió á Roma condensando el resultado de sus experiencias en estas palabras: "Creedme: con dulzura y paciencia se consigue más que con rigor y violencia."

Esta tranquilidad empero no duró mucho, y aun- que volvió á Roma en noviembre, todavía le aconsejaron muchas personas amigas en el verano de 1842, que tornara á París. Grande era la perplejidad en que estaba, y dificultoso en aquella situación tomar una resolución conveniente, pues sus consultoras y aun los altos dignatarios de la Iglesia podían hacerle presente su obligación á observar los decretos y per- manecer en Roma hasta el próximo consejo general. ¿Qué hacer pues? En aquel trance una palabra de Gregorio XVI vino á darle aliento. El Padre Santo le mandó á decir por medio del cardenal Lambruschini, "que ella debía residir de un modo estable en Francia, sin perjuicio de ir de vez en cuando á Roma á visitar

aquellas casas y para mantenerse unida en relación inmediata con la Santa Sede"<sup>1</sup>.

Transcurridos los tres años de la prueba á que hubieron de ponerse los decretos, era necesario un nuevo consejo general que juzgase de ellos. Siguiendo el deseo del cardenal Lambruschini, la Madre Barat llamó á las consultoras á Lyon, adonde el cardenal arzobispo de aquella diócesis, Monseñor de Bonald, la había invitado á ir, y adonde llegó la Madre Barat el 22 de julio de 1842.

Las hermanas que habían de componer el con- sejo, entre las cuales estaba la Madre Galitzin, que había vuelto de América, se juntaron en él; demás de las asistentas generales habían venido las pro- vincialas y representantes de ellas con otras muchas; faltaba empero la Madre de Gramont, no habién- dose presentado por haberse opuesto el arzobispo de París á que fuera. Pero no se contentó con esto aquel prelado, sino desconfiado como era de ciertas órdenes religiosas, tuvo por ofensa inferida á él, que el consejo no se celebrara en París, y escribió á la Madre Barat, que reputaba "por ilegal y prohibía toda deliberación que se hubiese fuera del convento de París". Todavía escribió á los otros obispos en cuyas diócesis se hallaba establecido el Sagrado Corazón, dándoles noticia de sus quejas y de su actitud, y de ellos veintidós se pusieron de su parte.

La Madre Barat representó al arzobispo, pero in- útilmente; acudió á Roma, aplazando entretanto la

<sup>1</sup> Noticia de la Madre Barat sobre su ida á Roma.



celebración del consejo, y bajo la dirección del Padre Barelle S. J., varón encendido en celo de la gloria del Corazón de Jesús, hizo en unión con las consultoras los ejercicios de San Ignacio. Ricos fueron estos en bendiciones: la necesidad de la paz, de la concordia y del amor para servir juntas en uno á Dios, y para conjurar los engaños y peligros que rodeaban á las hermanas, se vió entonces más claramente que nunca; y la Madre Galitzin, cuya voluntad propia había contribuido á que por dentro hubiera subido tanto la ola, en el ardor de su fe y en su noble generosidad se sintió compelida irresistiblemente á ofrecer á Dios todo lo que le quedaba de vida "para sufrir y morir" en calidad de víctima por el bien de la Sociedad. El Padre Barelle y la misma Madre Barat ratificaron este acto, que ella misma puso por escrito y autorizó con su firma.

Ante la actitud de tantos obispos franceses el mismo cardenal de Lyon manifestó que no podía consentir en que se tuviera allí el consejo general. Y como la respuesta oficial del Papa al arzobispo Affre de París y á la Madre Barat fuese que el ser tal arzobispo no le daba de modo alguno potestad de jurisdicción sobre la Sociedad, este prelado, lastimado sin duda, manifestó por carta á la Madre Barat el temor de que, por efecto de esta resolución, á él y á ella les sobreviniesen contradicciones de parte del gobierno, y puso el suceso en conocimiento del ministro de Cultos (Martín du Nord).

Ya antes la Madre Barat había dejado sin efecto la indicción del consejo, y las consultoras se habían separado unas de otras.

El ministro de Cultos respondió al arzobispo, que con la variación de las reglas aprobadas en 1827 por el Estado, la Sociedad había perdido el beneficio del reconocimiento oficial, y que si no se apresuraba á poner en vigor los estatutos primitivos, llegaría á ser disuelta, sus posesiones vendidas, y dedicado su importe á la beneficencia pública. El arzobispo dispuso que esta respuesta del ministro fuese enviada á la Madre Barat, que á la sazón estaba en Autún.

Ahora la pobre Madre Barat tenía también que haberse con el ministro. "Yo soy", decía, "como el carro tirado de los cuatro animales en direcciones opuestas, de que habla el profeta."

Viéndose privada de consejo, recibió la inesperada visita del arzobispo Mathieu, y siguiendo su parecer se volvió á París en 3 de noviembre. Allí empero, entre los que conocían el instituto, habían corrido voces contra ella, y los juicios adversos que se hacían de su gobierno, la confirmaban más y más en el que ella hacía humildemente de sí misma pensando además que podría conducir á la paz que otra religiosa ocupase su lugar, y que "á semejanza del profeta Jonás debía ella ser echada al mar para que se salvase la nave". Juntábase á esto que sus asistentas no querían seguirla yendo ella á París, y que desconfiando enteramente del ascendiente del arzobispo decían que debían de protestar contra todo lo que se hiciera bajo la presión de este prelado. De otra parte profirióse alguna palabra amarga, incisiva, que debió de lastimar profundamente á la

Madre Barat, que cierto no la había merecido. ¡Pero cuán escabrosa y oscura fué asimismo la situación de sus asistentas, de quienes era harto conocida la mala corriente de la opinión en Francia acerca de este punto, y las cuales debían temer ante todo que la dirección del instituto se fuese con ella! En esto era razón fijarse: para todas aquellas celosas y piadosas hermanas era aquél un tiempo de expiación, por más que la flaqueza humana deje de advertir á menudo las faltas en que suele deslizarse, y todas hubieran podido decir con la Madre Barat: "Nunca hubiera creído que aun á los santos, mientras no han pasado *per ignem*, es decir, por el fuego del amor divino ó por el fuego del purgatorio, les sea tan difícil entenderse."<sup>1</sup>

Monseñor Affre, con el piadoso intento de "salvar á la Sociedad del Sagrado Corazón", no cesaba de apremiar á la Madre Barat á suscribir "el acta de abolición de los decretos". Y finalmente en unión con otros muchos obispos elevó una petición al mismo Gregorio XVI, solicitando que para preservar á la Sociedad de inminente ruina "restituyese su fuerza y vigor á los estatutos primitivos, que habían sido aprobados por León XII". Por su parte el cardinal protector (Pedicini) suplicó al Padre Santo que resolviera directamente la cuestión, y el nuncio anterior así como el internuncio actual de París propusieron al arzobispo Mathieu como la persona que mejor podía

<sup>1</sup> La Madre Barat á la Madre d'Avenas, 8 de septiembre de 1842.

informar de palabra al Padre Santo y á los cardenales acerca de todo aquel negocio. El arzobispo Mathieu partió con tal intento á Roma, y la mañana misma del día de su llegada celebró el santo sacrificio de la misa sobre las reliquias de San Ignacio en el Gesù con la intención de que la petición fuese despachada únicamente para gloria de Dios (18 de enero de 1843).

Los cardenales á quienes fué encomendado el examen de los decretos, entendieron claramente que las circunstancias de los tiempos no permitían la ejecución de ellos, y que el llevar esta prueba adelante traería consigo la ruina de la Sociedad del Sagrado Corazón. Todos los cardenales, incluso el mismo cardenal Pedicini, declararon unánimes que "la Sociedad debía en adelante vivir conforme á la regla aprobada por el Papa León XII". Gregorio XVI dió carácter jurídico á este dictamen, y el arzobispo Mathieu se apresuró á comunicar á la Madre Barat tan importante resolución. ¡Cuál no fué la alegría con que esta Madre dió gracias á Dios y á su representante en la tierra! ¡La seguridad por fuera y la paz dentro iban ahora á suceder á la angustia y dura tensión de las hermanas! La Madre Barat no se cansaba de repetir: "Al Padre Santo debe nuestra Sociedad la vida."

"Ahora, queridas hermanas," decía la Madre Barat en una circular de 6 de abril, "ahora daremos gracias al Señor por las tribulaciones con que su mano paternal nos ha afligido. En la cruz hemos de reconocer siempre el árbol de la vida, de donde nos vienen todos los bienes." Y después de estas inflama-



das y sublimes palabras demandó á todas que ante la voz del Vicario de Jesucristo diesen de mano á sus encontrados pareceres.

Tuvo este inefable consuelo, que todas las hermanas cedieron á su exhortación; la Madre Galitzin, aunque invadida de una fiebre violenta, se ofreció á volver á América para poner allí la regla según su antiguo tenor; la anhelada concordia volvió á reinar en todas partes, y aunque el combate había sido recio, y durado por espacio de cuatro años, la Sociedad no perdió casa ninguna ni de ella se desprendió ninguno de sus miembros.

Cumplióse pues en la Madre Barat y en otras muchas siervas de Dios, que tanto fruto de salud hicieron en aquellos tiempos de dolorosa prueba, la palabra del gran San Vicente de Paúl: "Paciencia, abnegación, alegre aceptación de la cruz, he aquí la doctrina que nos enseñó el divino Salvador. Quien bien la entiende y graba en su corazón, ese está en primera fila en la escuela de Jesucristo."

\* \* \*

Este prolongado combate interior fué en las hermanas preparación á trabajos de otro orden, pues que las había vigorizado; y así como el árbol batido por la tempestad penetra más profunda y tenazmente con sus raíces en la tierra, y después resiste con doble fuerza nuevos asaltos, así podían ellas ahora, unidas en un todo enteramente uno, resistir los embates de la persecución de fuera.

Esta persecución tuvo un doloroso preludio.

El buen Padre Varín visitaba aún de vez en cuando el noviciado en Conflans, donde la Madre Barat en 20 de noviembre de 1842 se había establecido. En una visita que les hizo en 24 de noviembre de 1842, después de haberles dicho, como era su costumbre al despedirse de las hermanas, algunas palabras sobre el *semper gaudete* (alegrarse en todo tiempo), añadió: "Amaos, hijas mías, unas á otras, porque éste es el mandamiento del Señor." Fué ésta una palabra de despedida hasta larga fecha. El arzobispo de París conservaba entre otras preocupaciones antipatía contra los jesuítas, á quienes prohibió de repente curarse, ni aun en lo más mínimo, de la dirección espiritual de las hermanas del Sagrado Corazón ó tomar parte en sus ejercicios.

Esta incomunicación con sus más antiguos y probados padres y consejeros sintióla mucho la Madre Barat, pero nada pudo mover al arzobispo á revocar su prohibición, ni aun las circunstancias siempre alarmantes de aquellos tiempos, especialmente nefastos para la Sociedad del Sagrado Corazón. "No puedo yo declarar",—escribía la Madre Barat en agosto de 1846, refiriéndose á este episodio,— "lo mucho que nos cuesta, pero no queremos quejarnos, que esto sería vileza."

En París la Universidad maquinaba contra la Sociedad; en Alemania y en otras partes, donde se había hablado de llamar á las hermanas, corrieron rumores tales que inducían más y más los ánimos á desconfianza y menosprecio de ellas.

En 26 de octubre de 1846 la Madre Barat escribía así desde Conflans á la Madre de Limminghe: "El

infierno no se da sosiego en parte alguna. . . . Por nuestra parte debemos orar y no cesar de orar . . . porque es inminente una persecución." Algún tiempo después decía á otra hermana: "Pero nuestro Salvador ha dicho: Confad, yo he vencido al mundo; vosotros seréis perseguidos á causa de mi nombre; palabras son éstas que infunden en mi ánimo valor. ¿Qué os parecen á Vos, querida Madre? En todo caso aborrecénnos porque llevamos el dulce nombre de Jesús."

Fué aquél un tiempo en que el liberalismo se esforzaba por obscurecer y combatir en todas partes las verdades religiosas, los sublimes conceptos de derecho y obligación y las tradicionales relaciones entre la Iglesia y el Estado; en que no sólo infundió en los gobernantes un temor tal que les movía á poner bajo su protección al mismo liberalismo para dejar de tener enemigos, sino hasta llegó á concebir la esperanza de hallar en Pío IX, elevado por entonces al trono pontificio (junio de 1846), un instrumento de que poder servirse en defensa de la "libertad". Por aquellos días la Madre Barat manifestó su temor, que bajo aquellas coronas de flores se ocultasen agudas espinas. No había aun transcurrido un año, y he aquí que la revolución, hija del liberalismo, levantó en todas partes la cabeza y paseó su carro triunfal sobre casi todos los Estados de Europa.

La Sociedad del Sacratísimo Corazón hubo de sufrir amargas penas. Como la guerra de la Federación separatista en Suiza hubiese tenido por desgracia un desenlace funesto para el partido católico, los radi-

cales cayeron con furor sobre iglesias y monasterios, y el mismo establecimiento del Sagrado Corazón en Montet acabó por cerrarse. La Madre Barat escribía en 23 de noviembre de 1847: "El país entero, Friburgo especialmente, está invadido por los radicales; los jesuitas han tenido que huir; nuestras hermanas se han visto obligadas á refugiarse en otras casas nuestras . . . es de temer que el pueblo se entregue al saqueo."

Un peligro especial amenazaba á las hermanas en el odio de los enemigos de la Iglesia á los jesuitas, pues sabido es que las hermanas estaban bajo su dirección, y que respecto de ellas se divulgaban casi las mismas fábulas inventadas para desacreditarlos á ellos. "El rey de Prusia",— escribía la Madre Barat en 1845,— "no quiere oír hablar de nosotras, porque le han dicho que somos jesuitillas, que poseemos secretos peligrosos, etc. En Florencia daban los señores casi la misma respuesta: «son jesuitillas». Nuestra situación efectivamente es especial; somos proscritas por ser aliadas de la Compañía de Jesús y no podemos gozar del auxilio que habrían de prestarnos. Por fortuna el Corazón del divino Salvador es nuestro asilo."

Otra causa de desconfianza por parte de las muchedumbres extraviadas en Italia por el delirio de la "Italia una" fué haber circulado como moneda corriente que la Sociedad del Sagrado Corazón en Milán y Venecia era afectá á la aborrecida dominación de Austria, con lo cual corría naturalmente "la patria" un verdadero peligro. Y como en 1.º de marzo de 1847 los jesuitas fueran lanzados de Turín, el pueblo en masa



se agolpó alrededor del colegio del Sagrado Corazón y desahogó allí su ira con burlas y amenazas; el ministro (Borelli) no quiso y el arzobispo Franzoni no pudo acudir en su auxilio, pues acababa de ser invitado oficialmente á alejarse inmediatamente de la ciudad y del país; así que al cabo de pocos días las hermanas se vieron obligadas á dejar, primero á Turín, después la casa de Pignerol, y por último la que tenían en Saluzzo aun antes que las cámaras decretasen su expulsión del Piamonte. El pueblo de Chamberí fué el único que quiso conservar la casa que allí había del Sagrado Corazón, y hasta se opuso al decreto del parlamento.

Semejante fué á esto lo acaecido en Parma y en Génova, con esta diferencia: que aquí el hecho fué precedido de gritos salvajes. En procesiones ignominiosas en que gentes enmascaradas se mofaban de las hermanas profiriendo cánticos obscenos, recorría la multitud amenazadora las calles. “¡Mueran los jesuitas! ¡Abajo los jesuitas!” era el grito que se oía día y noche. Los jesuitas fueron sorprendidos de noche; ya con tiempo habían proveído á la seguridad de sus alumnos, pero las personas de los religiosos casi todas fueron presas y arrojadas al fondo de las galeras con los condenados á ellas por crímenes, y el pueblo se holgaba de ello cantando el *Te Deum laudamus* por las calles. El 8 de marzo se presentaron las turbas ante el colegio de las hermanas, las cuales huyeron el día siguiente disfrazadas, habiéndose recogido de noche en la cabaña de un pobre pescador; sucesivamente se fueron unas á Mar-

sella, otras á Chamberí, en dirección á Francia ó á algunos de los colegios que tenía el instituto en Italia.

La revolución llegó también á París. Luis Felipe cayó el 24 de febrero y huyó disfrazado á Inglaterra, mientras se daba la batalla en las calles. La Madre Barat aprovechó entonces las ocasiones que se le presentaron, de hacer bien á infelices combatientes de uno y otro bando. Así se hubo una vez con un revolucionario gravemente herido: dispuso que viniera el médico; cuidó de él con incansable solicitud, y tuvo el consuelo de verle sano y convertido á Dios. “No hay términos con que referir”,—escribía la que era entonces portera,—“las limosnas que hacía valiéndose de mí . . .” Eran tan considerables especialmente las distribuciones de pan que se hacían á la puerta muchas veces cada semana, que según refiere la misma hermana, la policía después de haber dado gracias por ellas, rogó que se suspendieran, pues no se consentía entonces tanta afluencia y concurso de personas. Estas caridades de la Madre Barat ampararon la casa contra el odio de las turbas, y las hermanas pudieron proseguir sin impedimento su obra.

La serena tranquilidad con que la Madre Barat recibía la noticia de la ruina de tantas casas florecientes de la Sociedad del Sagrado Corazón, infundía ánimo y fortaleza en las hermanas, pues sabían y veían que esa tranquilidad nacía únicamente de su entera sumisión á la voluntad de Dios, sin perjuicio de sentir en lo más íntimo de su alma todas las tribulaciones de la Iglesia y de la Sociedad del Sagrado

Corazón, y de "partirle el corazón", como ella decía, el odio á Dios de donde nacen estas persecuciones.

Llegó junio de 1848, y con él la encarnizada refriega que ensangrentó las calles de París, en las cuales cayó mortalmente herido el arzobispo. Para la Madre Barat y para otras personas fueron verdadero consuelo los sentimientos más afectuosos que les manifestó el prelado en el postrero tiempo de su vida. Ya en noviembre escribió en una de sus cartas la Madre Barat: "El Reverendísimo Señor arzobispo nos restituye el permiso de aprovechar el auxilio de los jesuitas, á lo menos en casos extraordinarios." "¡Ya comprenderéis cuál será mi contento!" Léese en su biografía, que estando á punto de morir por efecto de las heridas, encargó á su secretario, que "diese testimonio de su particular estima y afecto al nuncio de Su Santidad, á los jesuitas, á los sacerdotes de San Sulpicio, á las hermanas del Sagrado Corazón y á algunos amigos".

En Roma é Italia á los gritos de Hosanna en honor del nuevo Pontífice habían sucedido hacía ya tiempo el de la rebelión, el *crucifige eum*. En 9 de octubre de 1848 Pío IX visitó el colegio de las hermanas de Trinità dei Monti; y como viera allí su retrato, dijo á la superiora que le acompañaba: "Este pobre ha sido puesto como signo de contradicción." En noviembre tuvo lugar casi ante sus ojos, en su mismo palacio, el asesinato cometido en la persona del conde de Rossi, al que se siguió aquella salvaje revolución de cuyo furor pudo salvarse el Papa huyendo. Las tropas francesas se dirigieron á Italia para tomar á Roma y

devolvérsela al Papa, pero la Madre Barat temía por sus tres casas de Roma, por más que ya la embajada francesa había designado la casa de la Trinità, en razón de ser propiedad francesa, como asilo para todas las hermanas. Las religiosas de la Villa Lante fueron lanzadas de su domicilio y transportadas á la Trinità en carros descubiertos entre salvajes gritos y sonidos de trompetas, habiendo mostrado ellas tanta serenidad y firmeza, que los jefes de aquella tropa hubieron de exclamar: "Jamás vimos mujeres como éstas; tienen corazón de dragones." Garibaldi y sus famosas bandas asolaron á la Villa Lante y sus jardines, y la casa de Santa Rufina fué también evacuada por las hermanas.

El ejército francés tomó á la ciudad eterna el 5 de junio de 1849. Con esto la Madre Barat se vió libre del penoso cuidado en que estaba por las hermanas que allí había; en cambio no dejaban de intranquilizarla las nuevas que recibía de las casas de Padua y de Loreto, aunque lo que más sentía, era ver inaugurarse una era indefinida de persecución contra todos los hijos de la Iglesia. "Días alegres",— escribía por entonces<sup>1</sup>,—"no los veremos ya. . . . La corrupción se extiende cada vez más en la masa del pueblo."

Fué aquella época para muchos y también para las hermanas del Sagrado Corazón tiempo de prueba bajo diversos conceptos. El cólera había parecido de nuevo, y aunque hubo de perdonar á las hermanas que permanecieron en París, mas de las otras

<sup>1</sup> Á su sobrino Dusaussay. París, 27 de agosto de 1849.



casas todas las semanas recibía la Madre Barat noticia de dos defunciones por lo menos; la sociedad contó aquel año (1849) setenta miembros menos que el anterior.

Dos víctimas escogidas hubo de ofrecer por aquel tiempo al Señor: á la edad de 83 años murió el día 1.<sup>o</sup> de julio la Madre Deshayes. “Esta religiosa”, — escribía la Madre Barat, — “fué mi primera compañera, la más antigua de todas, la única que todavía quedaba de nuestra fundación en Amiéns. Tales vínculos no se rompen sin que el corazón se sienta oprimido de dolor. . . . Hasta el último día conservó el fervor que sintió en el de su primera comunión.”

También perdió entonces la fundadora al excelente Padre Varín. Había cumplido ya este Padre ochenta años, y sólo con trabajo podía andar y hablar; pero cuanto se lo permitían sus fuerzas, visitaba, según su promesa, todos los meses el noviciado en Conflans. En tales ocasiones les hablaba de la confianza, de la alegría en Dios, del amor mutuo: “¡Confianza y siempre confianza! ¡en ella debemos siempre vivir!” Cierta día les dijo: “Hoy celebramos el domingo de *Lactare*: pues alegrémonos á pesar de las tribulaciones presentes. La razón de esta santa alegría la tenéis en tres palabras que todos los días decís: Creo, espero, amo. Cierta yo creo que es Dios mi padre, padre misericordioso y todo dulzura, que ama tiernamente á sus hijos, y por esto *¡lactare!* Yo espero en su divina gracia, que acá en la tierra quiere conducirme á la perfección, y algún día al gozo eterno de la gloria: *¡lactare!* Amo en fin á un Dios, que es todo

bondad, todo hermosura, y sé que le amo, pues todo lo he dejado por él, y á él le he preferido á todo: con que siempre *¡lactare!*”

Pero sus fuerzas decayeron de tal suerte que ya no podía andar sino raras veces. En julio de 1849 escribió á la Madre Barat el día de su santa patrona: “El divino Maestro, que echó una lazada á nuestras almas y nos unió en su Sagrado Corazón, pondrá el sello á nuestra amistad en la vida eterna. Pero hasta ese feliz momento debemos, querida Madre, ser una sola cosa con él en su cruz. ¡Así consigáis por dicha mía que, como vos sabéis llevar dignamente vuestra cruz, así tome yo sobre mí amorosamente la mía! Por desgracia ando yo demasiado lejos de este bien. . . . ¡Pedid por mí pasado mañana, fiesta de Santa María Magdalena! Por mi parte ofreceré ese día el santo sacrificio por vuestra intención, y rogaré al Señor que otorgue á su amada sierva toda la riqueza de sus dones.”

La última vez que el Padre Varín visitó el noviciado en Conflans, fué el 19 de enero de 1850. Al entrar saludó á las hermanas diciendo: “Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad”; y al poner término á su breve plática repitió las palabras del salmo: “Alabad al Señor porque es bueno.” Antes de pasar el umbral de la puerta despidióse diciendo con bondad paternal: “¡Hijas, hijas, valor siempre y confianza!” Se puso malo en abril; la Madre Barat le escribió al punto; entonces dijo él refiriéndose á las hermanas: “Á todas las tengo en mi corazón.” Y cuando el Padre

que le leyó la carta de la Madre Barat, llegó al lugar de ella en que le pedía perdón de todo aquello en que ella misma ó las hermanas le hubieran disgustado, replicó el enfermo: “¡No, no! ¡El Señor Dios siempre las bendiga!” Habiéndole dado el provincial la extremaunción, el Padre Varín derramó lágrimas de alegría. La mañana del viernes 19 de abril (1850) se durmió suavemente en paz.

La Madre Barat en circular á todas las casas del instituto comunicó la noticia de su muerte, con la cual perdieron un amigo verdaderamente paternal y un gran bienhechor. Algunos años después el Padre Guidée envió á la Madre una vida del Padre Varín que él había escrito; y ella, al darle las gracias, le dijo que aquel don le hubiera sido mucho más agradable si en esa vida se hubiera hablado menos de ella, que “no era á la verdad sino un pobre y frágil instrumento”.



#### CAPÍTULO DÉCIMO.

##### BREVE HISTORIA DEL AUMENTO Y EXTENSIÓN DE LA SOCIEDAD.—LAS MISIONES.

LOS días mismos en que sufrió el instituto tan rudos golpes de fuera y tantas tribulaciones por dentro, y más todavía después, creció y se extendió rápidamente, según ahora pondremos de manifiesto en la brevísima relación de las fundaciones que hizo la Madre Barat por sí misma ó por medio de sus hermanas.

En octubre de 1833 la Madre Barat se vió obligada á cerrar, con harto dolor de su alma, la casa de Grenoble, Sainte-Marie d'en-Haut; pues sobre no crecer el pensionado de ella, la ciudad reivindicaba su derecho de propiedad, y la autoridad militar proyectaba construir cuarteles en aquel lugar: estas razones la obligaron á dejar una casa donde se conservaban principalmente preciosos recuerdos, pues había sido donada á la Sociedad del Sagrado Corazón por la Madre Duchesne, á la sazón misionera en América, quien con tanto amor la donó, que se determinó á entrar en ella (1804).

En la primavera de 1834 la Madre Barat creyó necesario fundar en favor de las pobres niñas huérfanas de su casa de París un nuevo establecimiento, puesto que el número de estas niñas se había aumentado mucho. El cual fué erigido en Conflans, es decir, en aquel mismo lugar en que la Madre Barat, enferma y tomada de espanto, pasó los días de la revolución de julio. Fué éste el comienzo de un establecimiento singularmente importante para la Sociedad, es á saber, de la gran casa del noviciado fundado después.

El día de la Asunción de Nuestra Señora del año de 1834 encontramos á la Madre Barat en las Ardenas, en Charleville, donde algunas religiosas consagradas á la enseñanza bajo el nombre de hermanas “de la Providencia”, congregación fundada por una noble doncella, Juana Idelita de Morel, dos siglos hacía, y ahora decaída por injuria de los tiempos, deseaban vivamente incorporarse á la Sociedad del Sagrado Corazón. La Madre Barat las acogió amo-



que le leyó la carta de la Madre Barat, llegó al lugar de ella en que le pedía perdón de todo aquello en que ella misma ó las hermanas le hubieran disgustado, replicó el enfermo: “¡No, no! ¡El Señor Dios siempre las bendiga!” Habiéndole dado el provincial la extremaunción, el Padre Varín derramó lágrimas de alegría. La mañana del viernes 19 de abril (1850) se durmió suavemente en paz.

La Madre Barat en circular á todas las casas del instituto comunicó la noticia de su muerte, con la cual perdieron un amigo verdaderamente paternal y un gran bienhechor. Algunos años después el Padre Guidée envió á la Madre una vida del Padre Varín que él había escrito; y ella, al darle las gracias, le dijo que aquel don le hubiera sido mucho más agradable si en esa vida se hubiera hablado menos de ella, que “no era á la verdad sino un pobre y frágil instrumento”.



#### CAPÍTULO DÉCIMO.

##### BREVE HISTORIA DEL AUMENTO Y EXTENSIÓN DE LA SOCIEDAD.—LAS MISIONES.

LOS días mismos en que sufrió el instituto tan rudos golpes de fuera y tantas tribulaciones por dentro, y más todavía después, creció y se extendió rápidamente, según ahora pondremos de manifiesto en la brevísima relación de las fundaciones que hizo la Madre Barat por sí misma ó por medio de sus hermanas.

En octubre de 1833 la Madre Barat se vió obligada á cerrar, con harto dolor de su alma, la casa de Grenoble, Sainte-Marie d'en-Haut; pues sobre no crecer el pensionado de ella, la ciudad reivindicaba su derecho de propiedad, y la autoridad militar proyectaba construir cuarteles en aquel lugar: estas razones la obligaron á dejar una casa donde se conservaban principalmente preciosos recuerdos, pues había sido donada á la Sociedad del Sagrado Corazón por la Madre Duchesne, á la sazón misionera en América, quien con tanto amor la donó, que se determinó á entrar en ella (1804).

En la primavera de 1834 la Madre Barat creyó necesario fundar en favor de las pobres niñas huérfanas de su casa de París un nuevo establecimiento, puesto que el número de estas niñas se había aumentado mucho. El cual fué erigido en Conflans, es decir, en aquel mismo lugar en que la Madre Barat, enferma y tomada de espanto, pasó los días de la revolución de julio. Fué éste el comienzo de un establecimiento singularmente importante para la Sociedad, es á saber, de la gran casa del noviciado fundado después.

El día de la Asunción de Nuestra Señora del año de 1834 encontramos á la Madre Barat en las Ardenas, en Charleville, donde algunas religiosas consagradas á la enseñanza bajo el nombre de hermanas “de la Providencia”, congregación fundada por una noble doncella, Juana Idelita de Morel, dos siglos hacía, y ahora decaída por injuria de los tiempos, deseaban vivamente incorporarse á la Sociedad del Sagrado Corazón. La Madre Barat las acogió amo-

rosamente, "les recomendó especialmente la oración mental", y dispuso que hicieran su noviciado bajo la dirección de la Madre Prevost.

Por modo semejante, á fines de 1834 y principios de 1835, se incorporó en Marsella otra casa á la Sociedad. Vivía en ella dos años hacía una piadosísima religiosa de una comunidad denominada "hermanas de San Pedro de la enseñanza". Habiendo hecho conocimiento con la Madre Barat y con algunas otras de las más fervorosas del Sagrado Corazón, Luisa Bourcet, que éste era su nombre, suspiraba por unirse, ella y sus compañeras, al instituto del Sagrado Corazón; pero sus deseos no hallaban apenas eco en sus súbditas; murió en 1832, mas no sin haber impreso con palabras de fuego en el corazón de aquellas religiosas su ardiente anhelo; y en efecto, no mucho tiempo después pidieron ellas á la Madre Barat ser admitidas, ofreciéndole su casa "de San José". Esta Madre, que tanto amaba á Luisa de Bourcet, vino en ello, y les mandó por superiora á la Madre Audé, religiosa de raras dotes, muy devota de la superiora general, y bajo cuyo regimen una de las casas de América había llegado á florecer sobre manera. Cuando la Madre Audé llegó á Marsella, se encontró con un cólera fulminante, que ponía espanto. Diariamente morían de ochocientos á mil dociientos invadidos. La Madre Audé se llevó á su celda á una hermana enferma y cuidó de ella hasta que recobró la salud; consagró la casa á la Madre de Dios, y no hubo que lamentar caso alguno mortal ni entre las hermanas ni entre las educandas.

Desde enero hasta mayo de 1835 la Madre Barat fué molestada de fiebre en Lyon, de donde hubiera querido ir á visitar en Marsella á la Madre Audé. Pero ya en junio pudo ir, pasando por París, á Jette-Saint-Pierre en Bruselas, donde el año antes (1834), cediendo á los deseos y contando con el auxilio de la nobleza belga, la Sociedad del Sagrado Corazón había inaugurado, no sólo un pensionado para jóvenes de ilustre prosapia, sino también una escuela aparte para pobres, á donde iban los domingos muchas mujeres de aquellos contornos, las cuales eran instruídas por las hermanas en el catecismo.

En julio de 1835 la Madre Barat trasladó las novicias de la casa "Hotel Byron" en París á una casa de la calle Monsieur, por haber resultado estrecha la primera; allí permaneció cerca de diez meses entre las jóvenes hermanas, como una madre entre sus hijas.—El 26 de mayo de 1836, pasando antes por Lyon, Aviñón, Perpiñán, en una nueva excursión visitó por vez primera el convento de San José de Marsella, magníficamente situado, donde fué recibida con júbilo por la Madre Audé con toda la comunidad; su estancia allí le proporcionó extraordinario consuelo, pues vió el excelente espíritu que reinaba en aquella casa de las antiguas hermanas de San Pedro. De Marsella se dirigió á Montet en Suiza pasando por muchas casas del mediodía de Francia.

En Montet se encontró la Madre Barat un fervoroso noviciado, y entre otras jóvenes hermanas á Josefina Goetz de Estrasburgo. Josefina se determinó á abrazar la vida religiosa siendo de edad de diez y



siete años, y no tardó en entrar en Montet, donde, oponiéndose á las viciosas inclinaciones naturales, que hubieran podido obscurecer las relevantes dotes de su espíritu y de su carácter, llegó á no desear otra cosa sino vivir oculta para Cristo. Veintinueve años después veremos á esta hermana en la cumbre del instituto del Sagrado Corazón como primera sucesora de la Madre Barat. Con ella había tomado el velo una hermana lega, por nombre Isabel, la cual vivió y murió del todo ignorada, pues sólo después de su muerte manifestó la Madre Barat á las otras hermanas haber sentido Isabel en su vocación, siendo como era una señora noble é instruída (Paulina de San Andrés), á pasar el resto de su vida sirviendo y desconocida de todos para ofrecerse á Dios como víctima de expiación por los escándalos que habían sido dados en la casa de sus padres. Fué la hermana Isabel desde el principio hasta el fin un dechado de humildad, sencillez y mortificación.

De Montet pasó la Madre Barat en octubre á Turín; allí proveyó á las dos fundaciones, la de Nantes sobre el lugar llamado "Trinchera", donde los vandeanos, fieles á Dios y al rey, sufrieron la prisión y la muerte, y la de Pignerol en el Piamonte. Aquel mismo año de 1836 vió una pequeña fundación de la Sociedad en la ciudad de Tours.

El 6 de diciembre de 1836 la superiora general partió para Roma, adonde la llamaban asuntos importantes; y llegó á la ciudad eterna después de muchos rodeos el 11 de febrero. Fué recibida por Gregorio XVI de la manera más honrosa. Lo que

principalmente ocupaba su ánimo en aquella expedición, era el noviciado romano, porque la estancia de las jóvenes hermanas en el estrecho recinto de Santa Rufina era harto insalubre. Tuvo la satisfacción de adquirir un edificio excelente, la llamada villa Lante. Desde las alturas del Janículo descubre la mirada del lado allá de los jardines que van descendiendo, á la ciudad eterna, y más allá la Campiña romana. Fué pues esta la tercera de las casas establecidas en Roma: Santa Rufina con escuela de pobres y de niñas pobres acogidas: villa Lante con el noviciado y después con un pensionado, y el primer pensionado de Trinità dei Monti.

Como en Santa Rufina, así procuró también la Madre Barat, cuanto le fué posible, que en todas sus casas, aun antes de inaugurarse el pensionado, fuese instituída una escuela para niñas pobres. Muchas veces instituída también escuelas manuales para jóvenes que hubieran ya recibido la primera comunión, á las cuales atribuía mucha importancia, porque en ellas no olvidasen las niñas lo que les habían enseñado las hermanas. También fundaba á menudo casas para huérfanas, según lo que exigían las necesidades de los lugares y de los tiempos. El ardiente amor que sentía á Irlanda, y que se echaba de ver especialmente en las fundaciones verificadas en ella, tenía por fundamento, no sólo su viva fe, sino también la compasión que le causaban la pobreza de aquella tierra y la opresión que padecían sus hijos. Á las hermanas les recomendaba que tuvieran "predilección por los pobres", aunque por otra parte en obras

y palabras era muy grande su igualdad para con todas las alumnas.

En la villa Lante vivió la Madre Barat por espacio de un año en un cuasi rústico retiro, en mucha oración y en comunicación con las novicias. Del tiempo que allí vivió, aseguró que fué “el más precioso de su vida de religiosa”, aunque los trabajos abundaron, principalmente por efecto del cólera, que diezmó á Roma en el estío de 1837; en sólo una semana se llevó á seis religiosas de Trinità dei Monti. Á la villa Lante y á Santa Rufina las perdonó la epidemia; y la Madre Barat recibió á muchas niñas cuyos padres habían sucumbido al contagio. Su visita á Trinità fué muy triste: siete hermanas, entre ellas verdaderos modelos de celo en el servicio de los pobres, fueron segadas por el cólera; y la Madre Barat vivía temiendo por las otras casas, pues que la epidemia iba tomando incremento. De Aix, de Metz y de París tenía noticias del fallecimiento de algunas hermanas, que por cierto murieron santamente. Por agosto de 1838 tornóse á París.

\* \* \*

Poco tiempo antes de celebrarse el sexto consejo general, que tan imponente y angustioso sesgo llegó á tomar, la Madre Barat mandó á Tolosa á la Madre Prevost para fundar una casa, satisfaciendo el deseo de aquel venerable arzobispo (á principios de 1839). Ella por su parte se dirigió á Montet á fin de enero de 1839, por más que este viaje, por efecto de las densas nieves que en muchos parajes había, era no

sólo molesto sino también peligroso. Durante su estancia en Montet mediaron algunas pláticas con el párroco de Colmar (Alsacia), que deseaba una fundación. La Madre Coppens y la hermana Josefina Goetz fueron á Colmar y compraron en sus inmediaciones la hacienda campestre de Kientzheim. Tal fué el principio de una institución sobre manera conveniente á Alsacia; por desgracia vióse violentamente suprimida por el “Culturkampf”. De Montet salió la Madre Barat en dirección á Roma para asistir al sexto consejo general, que duró hasta julio de 1839.

Al año siguiente fundó la Madre Barat sobre el Monte Real en Loreto, en un antiguo hospicio, á la sazón desierto, un establecimiento para niñas pobres y abandonadas, y lo visitó ya en agosto de 1840 en ocasión de dirigirse á París. Á poco de llegar á esta ciudad se sintió mala; mas luego que convaleció de su enfermedad (febrero de 1841), emprendió de nuevo la obra de las fundaciones, que desde hacía tiempo, y siempre con mayor empeño de “todos los lugares del mundo”, le pedían.

Esto mismo aconteció en Francia, donde la disensión interna de la Sociedad se había extendido más por de fuera. La señora de Beaulieu, madre de una de las religiosas del Sagrado Corazón, dió á la Sociedad una casa en Laval, para que en ella hicieran los ejercicios espirituales las señoras que quisieran recogerse por espacio de algunos días. No pudo idearse ninguna otra cosa más conforme con el espíritu de la Madre Barat. La fundación se vió acabada en el verano de 1841.



Pero de ordinario el impulso á las fundaciones nuevas partía de los obispos. Así nació la fundación de Montpellier aquel mismo año (1841); así también Monseñor Forbin-Janson, antiguo amigo personal de la Madre Barat, la determinó á fundar la casa de Nancy. Las hermanas adquirieron allí la casa que fué noviciado de los jesuitas, y ahora servía de quinta á un general, de la cual se prendó la Madre Barat cuando supo que sobre la puerta se veía, á modo de blasón, en campo azul, la imagen del Corazón de Jesús. Esto acaeció en julio de 1841. — Otro tanto puede decirse de la fundación de Saluzzo en Italia (Piamonte); el obispo de aquella diócesis no cesaba un punto de mover á la fundadora para este intento, y aseguraba ser tanto lo que se detenía en la misa pidiendo que se cumpliese su deseo de ver en Saluzzo hermanas del Sagrado Corazón, que parecía no iba á acabar de decirla. Felizmente, por octubre de 1842 llegaron las primeras religiosas é instalaron su convento, denominado de Nuestra Señora de la Paz.

En junio del mismo año la Madre Barat, en una de sus expediciones, por entonces frecuentes, de Roma á París y viceversa, recibió en la modesta ciudad de San Elpidio, no lejos de Fermo, á "las oblatas de María" con aprobación de la autoridad pontificia. La fundación de Padúa (1843) comenzó de un modo singular. Había allí un establecimiento para jóvenes de clases elevadas, dirigido por maestras seglares conforme al espíritu del mundo, y aquellas cabezas juveniles estaban, por decirlo así, destornilla-

das con las novelas que leían. El obispo instó con tanto empeño á la Madre Barat á que aceptara el ofrecimiento de la emperatriz Mariana de Austria y encomendara aquel pensionado á sus hijas, que, aunque no sin resistencia, se rindió aquella á este deseo. Las alumnas volvieron en sí luego que un Padre misionero les dió los ejercicios espirituales. Y es muy de notar que en esta ciudad del santo taumaturgo Antonio, el convento del Sagrado Corazón se ha mantenido siempre, mientras que las más de las casas de Italia sintieron el efecto de la iniquidad de los tiempos.

Ahora llegó el momento de satisfacer la Madre Barat sus propios deseos haciendo fundaciones en Inglaterra. Para realizar este designio la Providencia amorosa de Dios se valió de una distinguida joven inglesa, llamada Carolina Goold, educada por las hermanas en Amiéns. Como esta joven hubiera al fin triunfado de la oposición de su familia, que no quería oír siquiera hablar de su vocación al instituto, y, cumplidos á la sazón treinta años de su edad, estuviera ya á punto de pronunciar sus votos, la Madre Barat le escribió diciendo: "Estoy persuadida de que Nuestro Señor os quiere en Inglaterra. . . . Debéis pues el día de vuestra profesión pedir al Señor la gracia de poder ofrecer os en santa obediencia por la salud de vuestra patria." Y en efecto, de muchas partes acudieron á la Madre Barat pidiéndole que fundase casas en Inglaterra.

Lo que primero instalaron las hermanas, fué un pobre convento irlandés de religiosas de Santa Brígida (en Roscrea cerca de Dublín), las cuales, así

como otras comunidades religiosas, venían deseando ser incorporadas al instituto del Sagrado Corazón. La Madre Goold medió en el asunto, y la superiora general envió á la experimentada Madre Elisa Croft como primera superiora á Roscrea.

La segunda fundación se hizo en Berrymead, no lejos de Londres; las primeras hermanas llegaron allí el 8 de diciembre de 1842. Como una tercera casa hubiera fenecido en el verano de 1844 por falta de condiciones económicas, y la Madre Barat, que en el mes de junio partió para Inglaterra, hubiese puesto por superiora á la Madre Goold en Berrymead, esta casa, que hasta entonces no había podido prosperar, floreció. “Estas dos casas”, decía la Madre Barat, refiriéndose á Berrymead y á la que ella misma había quitado, “eran como dos pájaros que no tienen más que un ala; mas ahora, Berrymead tiene las dos y puede libremente volar.” La comunidad de Berrymead fué trasladada en 1850 á Roehampton, no lejos de Londres.

Si quisiéramos seguir rigurosamente el orden cronológico, deberíamos hacer mención de las casas fundadas en el imperio austriaco; mas preferimos dar idea en sección aparte de las casas del Sagrado Corazón establecidas en Austria y Alemania, y pasar á los establecimientos de la Sociedad en otras partes del mundo.

Ya por el año de 1839 el obispo de Argel pidió en Roma á la Madre Barat con grande empeño, que se fundase una casa en su ciudad episcopal. Poco tiempo después reprodujo por escrito su petición oral en estos términos: “Páreceme que el Señor indica

á vuestra Sociedad en África una misión fecunda. ¡Qué consuelo tendría el obispo de Argel si vos llenaseis sus deseos!” La Madre Barat, no pudiendo resistirse á las súplicas de tan piadoso pastor, por medio de dos madres y con todo el dinero de que podía disponer, puesta la confianza en Dios, hizo que se comprase un edificio muy en alto, que amenazaba ruina, denominado “Mustafá”, más allá de Argel; y en noviembre de 1843 partieron en dirección á África las seis primeras religiosas, quienes habilitaron aquella antigua morada de un jefe árabe, hoy convento del Sagrado Corazón.

Á todo esto la Sociedad tomaba cada día más vuelo en América. Ya hablamos antes de esto, mas no podemos menos de hablar más difusamente de la que fué piedra angular de la misión de las religiosas en América, de la Madre Duchesne, cuyo nombre es objeto de santa veneración así entre las religiosas mismas como entre muchas otras personas. La acción continuada de los primeros que en aquellas tierras propagaron el evangelio, cualquiera que fuese la orden religiosa á que pertenecieron, mereció durante muchos años el nombre de “misión”; y la vida de celo en orden á la extensión de la fe fué desde su niñez el supremo afán de la Madre Duchesne. Para esto la trajo Dios á la Sociedad poco tiempo después de haber inmolado la Madre Barat ese mismo anhelo en obsequio de la obediencia y de haber pedido á Dios con vivo empeño que en lugar de ella diera esta vocación á otra más digna de recibirla.



Este espíritu de alegre sacrificio, verdaderamente apostólico, es en la Sociedad del Sagrado Corazón un rasgo de familia: ese fué el vigoroso impulso que animaba al mismo Padre Varín, y que éste comunicó á la regla del instituto, el fuego que sabía encender por doquiera y fomentar en las almas, del cual procedía su firme y alegre confianza en Dios, que á su vez le apremiaba sin cesar á ejercitar aquel celo apostólico.

La Madre Duchesne tuvo empero que aguardar á cumplir los cincuenta años de su edad antes de poner finalmente el pie en el suelo de América (29 de mayo de 1818). Desde el año de 1806, en que se sintió animada en orden á la misión en otro tiempo floreciente y ahora abandonada del Misisipi, con la narración de un abad de la Trapa, no había dejado sosegar á la Madre Barat; de palabra y por escrito la importunaba sin cesar, tanto más cuanto era mejor comprendida. "Vuestra carta", le escribió la Madre Barat respondiendo á la primera que le dirigió la Madre Duchesne, "ha tocado la cuerda más sensible de mi alma: ¡sí, nuestro divino Salvador me ha oído! Desde el momento en que fuisteis encomendada por él á mi cuidado, esto es lo que le he pedido con relación á vos, pues estoy íntimamente persuadida de que el Señor quiere que le ofrezcáis con entera devoción este heroico sacrificio." Pero la Sociedad sólo contaba seis años; todo en ella estaba como en germen; los estatutos no confirmados aún: la Madre Barat debía por tanto dar tiempo antes de poner manos á la obra, y la Madre Duchesne aguardar á que sonara la hora anhelada.

Habiendo llegado á Europa el obispo de Nueva Orleáns, Monseñor Dubourg, con el fin de allegar fuerzas para la obra de la misión, como hubiera visitado á la Madre Barat, la Madre Duchesne hubo de entender y esperar que ella sería la primera religiosa que le fuera á aquel prelado otorgada para ese intento; pero las dificultades que se oponían á esto, aun por parte del Padre Varín, no permitían á la Madre Barat prometer lo que se le pedía. Ya desengañado Monseñor Dubourg, se despidió enojado de la Madre Barat, cuando, estando ya el prelado en la puerta, se presenta la Madre Duchesne, se echa á los pies de la Madre Barat, que estaba junto al prelado, y puesta de hinojos le suplica que la deje partir. Sorprendida la Madre Barat, se recoge interiormente en la presencia de Dios, y en el mismo instante se pronuncia en favor de la Madre Duchesne. Cuando después de largos preparativos llegó por fin el día de la partida, dióle por compañeras á dos religiosas de coro dotadas de gran talento y animadas de vivo celo, á saber, Octavia Berthold y Eugenia Audé, y á dos hermanas legas; ¡porción hartó reducida de segadoras para mies tan inmensa!

Por entonces (1818) había desde 1793 el solo obispado de Nueva Orleáns en el inconmensurable espacio del Misisipi, en las bocas del río. El obispo Dubourg estableció su silla en San Luis, que está muy al Norte, por bajo del lugar en que confluyen el Misouri y el Misisipi, y señaló á las religiosas como lugar de su residencia la ciudad de San Carlos, que era entonces propiamente una aldea de quinientos

habitantes, casi todos ellos pobres. Si el obispo de San Luis tenía por catedral una construcción formada por troncos de árboles, ¡cuán pobres no serían la casa y todo el tenor de vida de las hermanas! Faltábales á menudo el pan de cada día. "Aquí ejercitamos", escribía la Madre Duchesne, "los oficios manuales menos acostumbrados: cultivamos el campo, llevamos las vacas á los abrevaderos, transportamos el estiércol, barremos los tinados: todo esto me cuadra muy bien." Lo que más las afligía, era de una parte que la gente de aquel pueblo (en su mayoría forasteros) estaba desmoralizada, no haciendo caso de las exhortaciones de su piadoso párroco, que pugnaba contra su desidia; y de otra los pocos sacerdotes que allí había. La Madre Duchesne y sus hermanas se esforzaban por atraer á los niños, pero sin resultado notable ni duradero en el principio. Sabiendo la Madre Barat por la relación que le enviaban las hermanas, que no obstante su celo y solicitud se adelantaba tan poco, no cesaba de rogar al obispo y de exhortar á las madres á establecerse en otro lugar más conveniente, hasta que al fin Monseñor Dubourg las trasladó en septiembre de 1819 á Florissant, que fué el centro de toda la misión. Allí al menos no faltaba lo necesario para ejercitar su actividad en las niñas así de los pobres como de los ricos, y al cabo de algún tiempo se pudo anunciar el ingreso en la Sociedad de muchas jóvenes, verdaderamente llamadas á ella, y fué por tanto necesario inaugurar un noviciado en Florissant, teniéndose ya por asegurada la empresa de las hermanas, por grandes que todavía fueran las privaciones

á que estaban sujetas. Dos años después, en 1821, se pudo fundar en Grand-Coteau, al Sur de la Luisiana, una segunda casa; en 1825 se fundó otra en San Miguel (no lejos de Nueva Orleans); en 1827 otra en San Luis, y en 1828 se atrevieron las hermanas á poner otra, esta segunda vez con mejor resultado, en San Carlos.

En 1829 la Madre Barat escribió á la Madre Duchesne diciendo que en su sentir no debía hacerse por entonces en la Luisiana ninguna otra fundación, y que más tarde debía pensarse en hacerlas en Nueva York, y por lo general en la parte oriental de los Estados Unidos; idea que doce años después había de realizar la Madre Galitzin. La parte que tomó la Madre Barat en la dirección de su familia religiosa en países tan lejanos, fué no menos solícita que inteligente. Por medio de una correspondencia viva é íntima previno toda tendencia á emanciparse del centro del instituto las nuevas casas, é instaba á que las jóvenes americanas que se considerasen aptas para el gobierno, viniesen á Roma ó á París para hacer su noviciado y pasar los otros años de probación, confirmándose en el espíritu de su instituto.

La Madre Galitzin, nombrada asistente en lugar de la Madre Audé en el capítulo general de 1839, fué autorizada por la Madre Barat para fundar, cumpliendo los deseos del obispo de Nueva York, Monseñor Dubois, un convento en aquella ciudad. Á esta fundación se siguió luego otra en la cercana isla de Long-Island, y después la estación de la misión en la cristiana tribu indiana de los Potowatomós. Á esta



última se sentía atraída la Madre Duchesne con tal vehemencia, después de haber oído las descripciones de aquel país de boca del célebre misionero indiano Padre De Smet S. J., que la Madre Barat hubo de escribir á la Madre Galitzín para que dejara ir allá á esa religiosa dos años más que septuagenaria con las hermanas designadas para empresa tan penosa como sujeta á todo linaje de privaciones. "Tened presente", le decía, "que nuestro principal intento no era fundar casas en la Luisiana, pues la Madre Duchesne se sintió llamada muy especialmente para los salvajes." Poseída de gratitud para con Dios, que al cabo de tantos años había cumplido sus deseos, la venerable Madre Duchesne se vió al fin entre los indios, y con ellos perseveró en gran pobreza y oración casi continua con muchas molestias corporales, venerada de aquellos hombres sencillos é infantiles, hasta que, postradas sus fuerzas, tuvo que volverse á San Carlos (1843). Aquí vivió en la más profunda humildad y desprecio de sí misma, haciendo oración lo más que podía ante el Santísimo Sacramento por "sus queridos é inolvidables salvajes", por el aumento de la Iglesia y por que el nombre de Dios sea santificado. Así daba á todos ejemplo de amor desinteresado y de la más profunda piedad<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Habiendo vendido la tribu de los Potowatomíos al gobierno americano, que cada vez iba avanzando más, sus propios dominios y hundídose más en el yermo, la Madre Barat no quiso dar licencia á las hermanas para que los siguiesen á esta nueva patria; pero fué tanto el empeño con que rogaron

También fué la Madre Galitzín, por orden de la Madre Barat, al Canadá con motivo de haber sido ofrecida allí una casa con cerca de 190 hectáreas de tierra de labor á la Sociedad del Sagrado Corazón por el obispo de Montreal. En fin de diciembre de 1842 se instalaron cuatro religiosas en aquella casa denominada con el nombre del apóstol Santiago. El noviciado pasó en 1843 de Florissant á Nueva York.

La Madre Galitzín desplegó en su empleo de asistente y visitadora una actividad prodigiosa y exenta de todo miedo á los trabajos. Llegó á San Miguel en el otoño de 1843, en ocasión precisamente de hacer víctimas sin cuento la fiebre amarilla; ella se consagró con entera abnegación al cuidado de las enfermas, y fué víctima del contagio. Dios había admitido el sacrificio que ella le había hecho de su vida, cuando el año antes (agosto de 1842) en Lyon, con aprobación del padre confesor y de la Madre Barat, la hubo en efecto ofrecido por que el Señor volviese la paz á su congregación. Murió la Madre Galitzín dando muestras de gran fortaleza de ánimo, y adorando la voluntad de Dios (1843). La Madre Barat expresaba su dolor diciendo: "Era mi mano derecha; ¡con qué pena la echo de menos!"

En lugar de la Madre Galitzín fué nombrada, en razón de ser superiora provincial, la Madre María Cutts, de nación inglesa y convertida á la fe católica. Esta

estos indios que se permitiese ir con ellos á las hermanas, que al fin aceptó dicha Madre, y las hermanas se quedaron entre los indios.

religiosa fué admitida conforme á su deseo (en 1828) en concepto de hermana lega; pero en 1830 la Madre Barat, no obstante la resistencia de ella, la puso entre las religiosas de coro, porque junto con grande humildad había encontrado en ella una disposición nada común; después la mandó de superiora á Grand-Coteau, donde todavía se hallaba cuando fué llamada á suceder á la Madre Galitzin. Como las casas del instituto se iban siempre aumentando en el Nuevo mundo, pareció bien al consejo general habido en Lyon el año de 1851 dividir aquella provincia en dos vicarías, una oriental y otra occidental. Y como algunos años después fueron llamadas las hermanas á la América central y á la del Sur, el consejo general añadió á las anteriores otras dos vicarías.

La Madre Duchesne no llegó á ver la fundación de los conventos en la América del Sur, en que desde largo tiempo ella soñaba; pero cuando con dulce paz y deseo del cielo dejó esta vida el 18 de noviembre de 1852, á la edad de 85 años, ya existían en numerosas y fervorosas casas de la América del Norte más de trescientas religiosas del Sagrado Corazón, parte de ellas indígenas y parte enviadas por la Madre Barat, consagradas al servicio de Dios y del prójimo. La Madre Duchesne murió en San Carlos (Misouri)<sup>1</sup>.

En enero de 1884 contaba la Sociedad del Sagrado Corazón en la América central y en la del Norte

<sup>1</sup> Tres años después de su muerte el obispo quiso que el cadáver se depositase en una capilla, y fué éste hallado tan en buen estado que se le pudo fotografiar.

31 conventos con 1153 hermanas, donde eran instruídas y educadas 3000 niñas en los pensionados, y 4500 en las escuelas gratuitas y casas de huérfanas. Hoy (1896) tiene nueve casas en la América meridional, seis de ellas en Chile.

Bien será dedicar dos palabras siquiera á estas preciosas fundaciones, ya que por el trabajo que costó el hacerlas y por los sazonados frutos que han producido desde su primer origen, han merecido bien del instituto del Sagrado Corazón y coronado de gloria á los que se afanaron por establecerlas.

El Rño. arzobispo de Santiago de Chile, Señor Valdivieso, se dirigió á la Madre Barat con este piadoso intento, la cual destinó á tres religiosas del Sagrado Corazón á formar el colegio de esta orden con que aquel celoso prelado deseaba adornar á su ciudad arzobispal. El gobierno de aquella república cooperó felizmente con el mismo fin dando á las religiosas un edificio que sirviera para escuela normal, que fué la obra primera que allí se llevó á cabo. Poco tiempo después el nuevo colegio, llamado de San Isidoro, contó buen número de alumnas. El 2 de febrero de 1854 las Madres fundadoras se instalaron en él después de haberse despedido con sinceras muestras de cordial agradecimiento de las monjas de Santa Clara, de quienes habían recibido generosa hospitalidad. Fué visible instrumento de la divina Providencia en esta fundación el sacerdote chileno Don Joaquín Larrain, rector del seminario de Santiago y después obispo de Martyriópolis, quien no sólo cumplió con las religiosas los oficios de su sagrado ministerio,



sino que les dispensó, además, los favores de la más fiel amistad.

El año de 1858 la Rev. Madre du Ronsier, cuyo nombre merece verse escrito junto al de la Madre Duchesne, animada y aconsejada del Rño. arzobispo Señor Valdivieso, fundó una casa del Sagrado Corazón en Talca, ciudad situada á ocho leguas de Santiago; y algún tiempo después, en marzo de 1863, fundó otra en Concepción á instancias del obispo de esta ciudad, Señor Salas.

La fundación de Valparaíso, ciudad populosa y principal puerto de Chile, fué inaugurada el día 25 de marzo de 1870 bajo los más felices auspicios, pues le cupo la suerte de recibir impulso y bendición del Papa Pfo IX, de santa memoria, cuyo corazón se henchía de gozo al ver como se aumentaban en la nación chilena, objeto de su especial predilección, las casas de dicho instituto. Tres años después logró el mismo privilegio la ciudad de Chilán, donde las religiosas del Sagrado Corazón inauguraron una escuela normal. Con lo cual quedó constituida la nueva vicaría con su noviciado propio en Santiago de Chile. Sin duda Santa Rosa de Santa María, á quien el mismo Jesucristo dió el nombre de "Rosa de su corazón", escuchó la súplica que le hizo cuando pasó por Lima la Madre du Ronsier, pues en 1870 entraron las religiosas del Sagrado Corazón en la capital del Perú. Diez años después las vemos á orillas de la Plata dirigiendo un orfanato irlandés en Buenos Aires; y gracias también á las bendiciones del Señor fué establecida asimismo otra casa en el centro de

aquella populosa ciudad en mayo de 1884. Por su parte Santiago concurrió con su contingente en la institución de un externado cuyo destino era contrarrestar el maligno influjo de las sectas protestantes en la instrucción de la niñez y de la juventud.

De la casa de San Luis (Misouri) salieron las primeras religiosas para la quinta parte del mundo (12 de diciembre de 1879). Fundaron primero una casa en Timaru en la isla de Nueva Zelandia, donde el obispo les encomendó la escuela parroquial y al mismo tiempo puso la primera piedra de su futuro pensionado. En tierra firme (Nueva Holanda) constituyóse la primera casa en Sidney (mayo de 1882).

Después de haber visitado la Madre Barat, el verano de 1844, sus conventos de Inglaterra, permaneció algunos meses en Francia, y pasándose luego por Génova, donde poco tiempo antes se había instalado un convento de la orden en el antiguo palacio Grimaldi, se restituyó á Roma. No estaba contenta la Madre Barat con la adquisición en Génova de tan hermoso edificio, si bien, como á menudo acaece, las religiosas tomaron para sí las piezas más sencillas é incómodas, destinando la mejor parte del palacio á las alumnas. Cuando llegó á Roma, el 23 de enero de 1845, la Madre Barat encontró en la villa Lante en lugar de la antigua reducida capilla una linda iglesia. Por febrero se fué al convento de Trinità, donde se estuvo cosa de tres meses, casi siempre mala y lo más del tiempo de su mal en cama. En aquel tiempo una postulanta, la señorita Perdrau, pintó sobre un muro en lo interior del con-

vento el fresco que después se ha hecho famoso, llamado *Mater admirabilis*, donde se representa á la bienaventurada Virgen sentada en un pórtico del templo orando y haciendo labor. Habiendo recobrado su salud en mayo, la Madre Barat se dispuso á partir de Roma, y se despidió con pena del Padre Santo Gregorio XVI, pensando que no volvería ya á verle. Pero el Papa le otorgó el inesperado honor de visitarla el día 31 de mayo en la villa Lante para bendecirla una vez más y darle paternales consejos.

En 10 de junio de 1845 la Madre Barat dejó á Roma para tornarse á Francia pasando por Turín. En el mismo Turín supo con profundo dolor la muerte de su hermano el Padre Luis Barat. Á fines de agosto, después de las repetidas interrupciones de su viaje, llegó á Kientzheim, adonde había sido trasladado el noviciado de Montet. Nunca había estado ella en Alsacia; aquel honrado cristiano pueblo, aquella espléndida situación del convento, aquel espíritu que reinaba en el noviciado, todo le hablaba con elocuencia como para moverla á detenerse allí; pero al cabo de ocho días tuvo necesidad de seguir adelante en dirección á Nancy, á Metz y finalmente á Conflans, cerca de París, adonde llegó el 17 de septiembre de 1845.

En esta su primera visita en Kientzheim y desde entonces muchas veces manifestó la Madre Barat su predilección por el buen ánimo y las costumbres de los alemanes, y su especial aspiración á que se extendiera entre ellos la Sociedad del Sagrado Corazón, diciendo: "¡Cuánto dice Alemania á mi corazón!

¡cuánto fruto podría hacer algún día allí nuestro instituto, si nosotras fuéramos lo que Jesús quiere que seamos!"

"¡Oh amada Alemania!" decía, entendiéndolo por Alemania todas las regiones, sin distinción de límites políticos, en donde se habla alemán. No sólo había deseado sino también procurado repetidas veces que su Sociedad penetrase en Viena, que es centro de la monarquía austriaca, pero la Madre Goetz fué quien vió realizado este intento, aunque ya en 1843 á instancia del archiduque Fernando de Este, la Madre Barat había fundado un convento en la parte de Polonia que pertenece al imperio austriaco, ó sea en Lemberg, en Galitzia. Esta casa hubo de pasar por duras pruebas á causa del levantamiento de los polacos en 1846. Los padres de las niñas se las llevaron á sus casas, y las hermanas vivieron durante algunos años en la mayor indigencia, de sólo el trabajo de sus manos; lo cual no les impidió continuar en Lemberg, previa licencia de la Madre Barat, para bien de sus pobres huérfanas. Después de 1850 entraron otras niñas en el pensionado, de las cuales muchas, gracias á los buenos ejemplos que después han dado y al influjo benéfico de sus cristianas virtudes, han rendido el más honroso testimonio á la educación religiosa.

Por junio de 1846 se estableció al fin en tierra alemana, á sea en Gratz (Estiria), la primera casa, que por cierto ha tomado vuelo después de muchas y graves dificultades. Consta esta casa de un pensionado y de una casa de huérfanas; tiene escuelas



para el pueblo, y está al cuidado de las religiosas la dirección de varias congregaciones de señoras de clases elevadas y de mujeres de clases inferiores. Por último, muchas veces al año da un sacerdote los ejercicios espirituales á cientos de mujeres seglares.

La Madre Barat pensaba solícita desde hacía entonces muchos años en una fundación en Prusia, pero topaba en las desconfianzas de aquel gobierno; dichosamente un amigo fiel, el barón de Lomessem, se le ofreció para este intento, y ella pudo aceptar su noble concurso. Este fiel amigo compró cerca de Aquisgrán, aunque en tierra de Holanda, en nombre de la Sociedad del Sagrado Corazón, una modesta hacienda, llamada Blumenthal, y en febrero de 1848 la Madre Barat pudo mandar allá á las primeras hermanas. Por superiora de ellas fué puesta la Madre De Brou. También se manifestó aquí la divina Providencia en favor de las hermanas, pues esta casa se estableció en el Norte precisamente cuando la revolución quería cerrar las del Mediodía. De este modo la naciente comunidad pudo crecer y adquirir nuevas fuerzas juntándose con ella las hermanas expulsadas de Italia. En 1849 el número de las alumnas del pensionado llegó á sesenta; muchas doncellas alemanas de clase social distinguida fueron educadas en él.

En la fundación de este nuevo establecimiento la Madre Barat no perdía de vista las necesidades de la clase pobre. Así, casi al mismo tiempo que el pensionado, aunque en local aparte, fué inaugurada una escuela para las niñas de las familias de aquellos contornos, la cual adquirió tal reputación en poco

tiempo, que llegó á contar ciento cincuenta alumnas. En la fiesta del Rosario de 1853 tuvo principio con siete niñas huérfanas una nueva obra, cuyo fin era sostener y educar á veinticinco niñas pobres hasta la edad en que pueden proveer á su subsistencia mediante el servicio doméstico.

El año de 1854 se acordó la construcción de una iglesia—pues la capilla no era ya bastante capaz, y las más de las que habían sido alumnas en Blumenthal, enviaron para este fin donativos, que fueron como la primera piedra— el día en que celebra la Iglesia el misterio de la Concepción inmaculada, bajo cuya protección había sido puesta la fundación.

Á instancias del obispo de Múnster tomó la Madre Barat (enero de 1852) la dirección de un modesto orfanato en Warendorf, pequeña ciudad de Westfalia, á tres leguas poco más ó menos de Múnster. No le retrajo de esto la gran pobreza de aquella casa, porque sobre ser desde mucho tiempo acá su deseo poner el pie definitivamente en Alemania, la misma pobreza y ninguna apariencia de los principios eran á los ojos de su encendida fe prenda y señal cierta de las bendiciones divinas. Y ordenó la amorosa Providencia de Dios, que fuese nombrada por superiora de aquella humilde casita la Madre Ana de Lomessem, natural de Aquisgrán, cuyo amor á los pobres, aun siendo niña, había pasado á ser refrán en todos los que la conocían. Á esta casa de huérfanas se añadió después, con gran gozo del obispo y general contento de todos, un pensionado, y últimamente se estableció también un novi-

ciado. "Me place", decía la Madre Barat á las novicias de Kientzheim, hablándoles de Warendorf, "que hayamos venido á Alemania en pobreza é indigencia, y que nuestras casas en Irlanda, en América y en todas partes comiencen de esta manera."

Posteriormente el convento de Warendorf se trasladó á Múnster y después á Havixburgo, tomando el nombre de Marienthal (Valle de María); bien que en septiembre de 1873 fué abandonada esta floreciente casa por efecto del "Culturkampf"; cuya suerte, así como la de tantas otras órdenes religiosas, fué también la de las hermanas de Metz, de Kientzheim y Posen. No es poca gloria la que resultó á estas últimas de los considerandos mismos oficiales de su supresión, la cual se fundó según ellos en que "habían trabajado por la deificación del Papa é inspirado en el corazón de la niñez amor y obediencia á la Iglesia católica". Muchas de aquellas hermanas fueron enviadas á América por la superiora.

Como en razón de la hostilidad del partido radical hubiera fracasado el ensayo que se hizo para dirigir una escuela en la Suiza alemana (San Gall) la Sociedad del Sagrado Corazón (en el verano de 1852), la Madre Barat dió encargo de buscar para su intento "otras marcas de la tierra alemana", y la Madre Matilde Garabis, superiora de Kientzheim, halló lugar conveniente dentro de la jurisdicción de Austria en Vorarlberg, cerca de Bregenz en el lago de Constanza. La situación de este lugar es no menos conveniente que magnífica, y la Sociedad adquirió en

diciembre de 1853 el pequeño castillo campesino de Riedenburgo. Por el mes de marzo entraron allí las religiosas, y el día de la fiesta de San José de 1854 se celebró por vez primera en la pequeña capilla el santo sacrificio de la misa.

En un principio aquella fundación no florecía; eran pocas las alumnas, y dudábase mucho de si podría ó no subsistir. La Madre Barat, á pesar de sus setenta y siete años, se decidió á emprender un viaje á Riedenburgo para formar juicio y resolver lo que pareciese mejor. El 21 de julio de 1856 llegó allá, y saludando á las hermanas: "¡Oh cuánto he deseado!", les dijo, "poder conocer esta casa! Ahora que os veo, queridas hijas, ya no me acuerdo de las penas y trabajos de tan largo camino." No tardó en sentir verdadero afecto á aquel lugar con sus hermosísimos contornos, así como á las niñas alemanas, cuyos rostros son sencillos y bondadosos. "¡Ojalá," decía, "pudiera yo permanecer siempre con vosotras, amadas niñas! ¿Á qué no sabéis lo que yo pediría? Le pediría á la superiora que me encargase de la clase más elemental, y en ella, en compañía de mis niñas, yo sería la persona más dichosa de la tierra."— Cuando sentada en su sillón de ruedas, era conducida de un lugar á otro del jardín, exclamaba: "¡Qué hermosa, qué admirable comarca! ¡Cómo se siente el alma atraída aquí á Dios!"

Con grandes instancias rogaba á Dios la Madre Barat que le diera á conocer su divina voluntad en orden á aquella fundación; por último, después de tres horas de oración, decidió exhortar á las hermanas



á que perseveraran confiando en Dios, y les dijo que había pedido á Jesús que enviara sesenta educandas al pensionado. Dos años después estaba ya completo este número, y la fundación prosperaba de día en día. En 1863 fué establecido en Riedenburgo con permiso de la Madre Barat un noviciado para las religiosas de Austria y de Alemania; y por el mismo tiempo se reunieron allí tantas señoras, así de la clase media como del pueblo, para hacer ejercicios dirigidos por sacerdotes, que de aquí surgió un nuevo tema de la vocación de las hermanas, algunas de las cuales se dedicaron especialmente á esta obra.—Refiérese que todos los años íban á Riedenburgo seiscientas ó setecientas señoras y jóvenes para pasar allí algunos días enteramente apartadas del mundo, considerando las verdades eternas y aprendiendo á conocer con mayor claridad que antes sus respectivos deberes.

En 1863 el obispo Fessler de San Pölten puso la primera piedra de la iglesia, ornamento de aquella comarca, que fué solemnemente consagrada y dedicada en julio de 1865 al Sacratísimo Corazón de Jesús.—Todas estas circunstancias confirman las palabras de María Lataste, la cual en 1844 había anunciado á la Madre Matilde Garabis, que había de ser superiora y fundar una casa en un país cuya lengua no conocía, y que allí se erigiría una iglesia en honor del Sagrado Corazón, que sería visitada por numerosos fieles.

Amorosa providencia de Dios fué que la última carta de la superiora general, la Madre Barat, escrita el 21 de mayo de 1865, casi la antevíspera del día

de su muerte, fuese dirigida á la superiora de Riedenburgo. En la postdata de aquella carta se leen las siguientes palabras:

“Pido á Jesús que os bendiga, á vos y á vuestra espiritual familia, á la Madre y á las hijas. Por vuestra parte rogad durante el mes del Sagrado Corazón por vuestras numerosas necesidades; pedidle que envíe operarias, pero tales como nuestra vocación exige, almas generosas que amen á Jesús crucificado, y que quieran salvar con él á las almas por medio de los padecimientos.

Vuestra Madre Barat.”

Tres años después de la muerte de la venerable fundadora, el 23 de mayo de 1868, dejó la Madre Mayer la casa de Riedenburgo para ir á Viena, como la Madre Barat lo había deseado largo tiempo. El barón Maximiliano de Gagern había logrado hallar para la orden del Sagrado Corazón una casa que antes había sido castillo del ministro Kaunitz, en la llamada Landstrasse, en aquella misma calle de la gran capital donde había vivido el bienaventurado Padre Tournely y donde un día había dicho al Padre Varín como iluminado por luz superior: “¡Dios lo quiere! Aun es indudable que será llamada á la existencia la orden del Sacratísimo Corazón!”—Las hermanas de Viena tuvieron además el consuelo de exhumar los restos de aquel Padre, que yacían en la aldea de Klein-Engelsdorf, y de trasladarlos (21 de noviembre de 1870) á una bóveda construída debajo del convento. La casa de Viena, que al principio era muy pequeña,

llegó á ser, mediante las nuevas construcciones que se le agregaron, un gran convento. El pensionado está muy floreciente, y en la iglesia del Sagrado Corazón, solemnemente consagrada en 1877, son dirigidas varias congregaciones: la de las "hijas de María", fundada en 1870 y compuesta de jóvenes de las más elevadas esferas sociales, y la de Santa Ana, formada de señoras de la clase media; en ambas se muestra la bendición del cielo, ya en el gran número de congregantes, ya en el espíritu y conducta de muchas de las asociadas, y especialmente en su devoción á la Santa Sede<sup>1</sup>.

En mayo de 1872 fué fundada una casa de la orden en Praga, en el arrabal Smichow. Esta casa tiene un pensionado, un externado y una escuela de operarias, y como la de Viena, dirige la congregación de Santa Ana. Los domingos por la tarde se reúnen allí más de cien niñas, que son instruídas en la religión por un sacerdote, y después de la instrucción juegan alegremente. También en Praga construyeron las hermanas, bajo la dirección de un benedictino de la abadía de Emmaus, una iglesia del Sagrado Corazón con gran contento de los habitantes de aquel barrio ya muy populoso, que carecen de iglesias.

¡Plegue á Dios que la orden del Sagrado Corazón produzca también pronto sus frutos de bendición en Alemania!

<sup>1</sup> La Madre Mayer dirigió en breve la fundación de Budapest (Hungría), mayo y septiembre de 1883.

En gracia de la brevedad no haremos mención como hasta aquí de las demás fundaciones, y sólo citaremos las que se hicieron durante la vida de la Madre Barat, deteniéndonos únicamente en las más notables.

Á principios del año 1845 fué fundada la primera casa española del Sagrado Corazón en Sarriá, muy cerca de Barcelona.

En marzo de 1846 la de Bourges en Francia, á petición del arzobispo Monseñor Dupont.

En el mismo año volvieron las hermanas á Grenoble y tomaron posesión del monasterio y pensionado de Montfleury, que hasta entonces había pertenecido á las hermanas de San Pedro. Como ya hemos visto, la Madre Barat había cedido contra su gusto el monasterio de Sainte Marie d'en haut, por lo cual aceptó con alegría los propósitos de la superiora de las hermanas de San Pedro en Grenoble, las cuales deseaban unirse con las del Sagrado Corazón.

Próximamente por entonces fué fundada la casa de Rennes.

En enero de 1847 pudo felizmente adquirir la orden la célebre abadía de Marmoutiers cerca de Tours, inhabitada á la sazón, donde el gran obispo San Martín había reunido en torno suyo tantos monjes y donde tantos milagros había obrado. De esta suerte se realizó uno de los más ardientes deseos del Padre Varin, el cual ya en 9 de noviembre de 1839 escribía á la Madre Barat estas palabras: "Gran dicha será para vuestra orden poseer este tesoro que vos conservaríais para la Iglesia católica. ¡Ánimo pues



y confianza!" En el verano de 1848 visitó la Madre Barat esta nueva casa, cuya hermosa soledad y grandes recuerdos la impresionaron extraordinariamente. Muchas veces permanecía en oración en alguna de las numerosas grutas que se ven en las rocas de la abadía, donde tantas veces había sido arrebatado en éxtasis San Martín.

Monseñor Dupanloup, que siempre había mostrado enérgica solicitud por la buena dirección de la educación, solicitó de la Madre Barat el año de 1851 la fundación de un pensionado en Orleans. La Madre aceptó gozosa la proposición y escribió á la ilustre Madre de Avenas diciéndole: "Vos desempeñaréis el oficio de superiora, y además de la educación daréis ejercicios. Me dice el Rev. Señor obispo, que en Orleans las señoras de la clase superior acostumbran desde hace largo tiempo hacer estos santos ejercicios."<sup>1</sup> La fundación se hizo en la llamada "cartuja". Á pesar de sus raros dones naturales, que durante largos años dieron grande esplendor al pensionado de París, y á pesar de su trato, aun como escritora, con muchas personas, no por esto dejó la Madre de Avenas de mirar con gran fidelidad á lo único necesario. "Mi primer negocio, el más importante negocio que tengo en la tierra", así dice su regla de vida, "es la vida interior y oculta en Cristo." Á esta disposición de ánimo había contribuido la Madre Barat, que la tenía en gran estima, con su fiel y amoroso ejemplo.

<sup>1</sup> Carta desde Roma, 20 de enero de 1851.

En agosto de 1851 la Madre Barat envió algunas religiosas á Layrac junto á Agen, donde el obispo había ofrecido en venta á la Sociedad del Sagrado Corazón la antigua abadía de benedictinos.

En el mes de junio de 1853 quedó terminada la fundación de Belle-Croix, vivamente deseada por el prelado de Dreux-Brézé, en la misma capital de la diócesis, en Moulins.—Accediendo á los vivos deseos de los Rev. Señores obispos respectivos fueron fundadas en 1854 y 1855 las casas de Saint-Brieuc en Bretaña y la de Calais. En esta última se estableció una escuela libre para los hijos de los trabajadores pobres.

Como ya hemos visto, las fundaciones se aumentaron este año en Alemania así como también en América, y por doquiera prosperaba y florecía la orden del Sagrado Corazón. Aun en Italia, donde la revolución había lanzado de varios modos á las hermanas, quiso la Madre Barat introducirlas. Del monasterio de Padua salieron para Milán siete religiosas en diciembre de 1854, cuya superiora fué la Madre Limminghe.

Una corta comunidad de Palma, en las islas Baleares, deseó ser incorporada á la orden de la Madre Barat; el ensayo duró dos años, pero no habiendo obtenido el resultado apetecido, la Madre Barat llamó á sí á las religiosas que había enviado á la isla.

Á ruegos del Rev. Señor Cullen, obispo de Armagh y más tarde arzobispo de Dublín, que había conocido en Roma á la Madre Barat, y que había visto su predilección por los irlandeses, las hermanas se encargaron

en 1851, en Armagh, de una escuela libre de niñas pobres, que acudieron á ella en gran número. Concurrían allí además los domingos y días festivos cuatrocientas mujeres pobres, deseosas de ser instruídas por las madres en la religión.

Cuando Monseñor Cullen fué elevado á la silla de la capital, la Madre Barat le manifestó sus vivos deseos de poseer allí una casa, pues estaba convencida de que la orden y sus frutos sólo de este modo prosperarían en Irlanda. El arzobispo llamó entonces á las hermanas á Dublín, las cuales se instalaron el 8 de diciembre de 1854 en una casita con un buen jardín á orillas del mar.

Cuarenta años hacía que la Madre Barat había dicho que vería con gusto á sus hijas en Angulema, cuando las llamadas "hermanas de San Pablo", que poseían en aquella ciudad un pensionado con setenta alumnas, solicitaron ser incorporadas á la Sociedad del Sagrado Corazón. La Madre Barat envió á Angulema á una religiosa muy experimentada, y dos meses después, en noviembre de 1856, las hermanas de San Pablo recibieron de manos del obispo el hábito del Sagrado Corazón. Antes de transcurrir este mismo año recibió la Madre Barat un pensionado y un horfelinato en Saint-Ferreol, junto á Besançon. El horfelinato era fundación de una señora piadosa, y podía recibir hasta cincuenta niñas.

En 1858 el arzobispo de Gnesen y Posen, Monseñor Przulski, llamó á nuestras religiosas á Posen; las cuales se apresuraron á fundar ante todo una escuela de niñas, pues hasta entonces las de familias

humildes se veían precisadas á concurrir á las escuelas protestantes.

Fué por entonces notable la fundación de Chamarín de la Rosa cerca de Madrid. Poseía allí el duque de Pastrana una quinta con árboles y flores, que de ningún modo quería vender. Pero cuando supo que las religiosas del Sagrado Corazón la deseaban, exclamó: "¡Esto ya es otra cosa! Á ellas se la doy de buen grado." Así lo hizo, entregando la hermosa casa enteramente amueblada y toda la posesión á la Sociedad del Sagrado Corazón.

\* \* \*

Es imposible considerar esta propagación relativamente rápida de la Sociedad del Sagrado Corazón en todos los países del mundo, á pesar de la constante lucha contra la incredulidad, sin ver la singular protección de la Providencia y la especial vocación de esta Sociedad. "El dedo de Dios" se manifiesta aquí también. Á la falsa ilustración aun del sexo femenino, al abismo que cada vez más separa á pobres y ricos, debían poner remedio saludable aquellas nobles doncellas que, inflamadas en el amor al Sagrado Corazón, sólo buscaban su gloria en todos los trabajos y circunstancias y en todos los países, y que conocedoras de las vanidades del mundo, las despreciaban por amor de Cristo y exhortaban á sus alumnas á precaverse contra ellas.

La Madre Barat se distinguió como fundadora de muchas casas en países muy varios y remotos, mostrando en todo, junto con una inteligencia vasta



y comprensiva de su obra y una prudencia consumada, ingenio lozano, voluntad pronta para el sacrificio y generosa confianza en Dios. El celo por su gloria la animaba; nunca puso los ojos en sí propia. Como alguno le preguntase en cierta ocasión: “¿Pensasteis por ventura en vuestra juventud, que algún día habfais de mandar en tantas casas como hoy cuenta vuestra orden?” respondió ella sencillamente: “Ni aun ahora pienso yo en semejante cosa.”

APENDICE Á ESTE CAPÍTULO.

NUEVAS FUNDACIONES EN ESPAÑA.

*Fundación de Sevilla.* Después de las fundaciones hechas en España, de que se ha hecho mérito en el capítulo anterior, se han sucedido en nuestra patria algunas otras, cuya noticia ha de ser sin duda muy grata especialmente á cuantos gustan en ella de los excelentes frutos de esta fecunda institución.

La primera fué la de Sevilla, la cual se realizó el año de 1866, y puede gloriarse de haber obtenido el beneplácito y consentimiento de la Madre Barat, que en aquella sazón aun no había dejado esta vida. Debíose al celo y generosidad de una ilustre dama, la condesa de Villanueva. Reducida esta noble señora á la soledad que hizo en torno suyo la muerte arrebatándole á su esposo y á su hijo único, determinó consagrar á buenas obras toda su hacienda; y como pusiera los ojos en la Sociedad del Sagrado Corazón, movióse á procurarle una casa en

Sevilla, donde se estableciera y diera granados frutos. Animada de tan piadoso deseo, adquirió el convento de Santa María del Valle, que había venido á parar en casa de vecindad; en el cual era preciso hacer mucha obra para que cumpliera las condiciones que exigen una comunidad religiosa y un colegio de niñas. Las religiosas que allá fueron en concepto de fundadoras, pudieron á la verdad acomodarse de algún modo en aquel edificio; pero no así las colegialas, cuyo ingreso se hubo de aplazar hasta el 20 de octubre del mismo año (1866).

No otorgó Dios en su bondad á esta insigne bienhechora del instituto del Sagrado Corazón el consuelo de ver concluída su obra, pues paso á mejor vida el 7 de octubre del mismo año en la festividad de Nuestra Señora del Rosario, dejando en pos de sí el suave olor de sus virtudes y un como dechado y ejemplar de la mujer cristiana y piadosa.

Después de su muerte continuó haciendo bien al instituto de las hermanas del Sagrado Corazón, mediante los buenos oficios de su digna amiga, la marquesa de Esquivel, á quien encomendó este cuidado la condesa de Villanueva en una de las cláusulas de su testamento.

El mismo día en que se inauguró el pensionado, se abrió la escuela de niñas pobres y fué instituída la congregación de hijas de María. ®

*Fundación de Zaragoza.* El día 2 de febrero de 1876 fué celebrada la primera misa en la capilla del

y comprensiva de su obra y una prudencia consumada, ingenio lozano, voluntad pronta para el sacrificio y generosa confianza en Dios. El celo por su gloria la animaba; nunca puso los ojos en sí propia. Como alguno le preguntase en cierta ocasión: “¿Pensasteis por ventura en vuestra juventud, que algún día habfais de mandar en tantas casas como hoy cuenta vuestra orden?” respondió ella sencillamente: “Ni aun ahora pienso yo en semejante cosa.”

APENDICE Á ESTE CAPÍTULO.

NUEVAS FUNDACIONES EN ESPAÑA.

*Fundación de Sevilla.* Después de las fundaciones hechas en España, de que se ha hecho mérito en el capítulo anterior, se han sucedido en nuestra patria algunas otras, cuya noticia ha de ser sin duda muy grata especialmente á cuantos gustan en ella de los excelentes frutos de esta fecunda institución.

La primera fué la de Sevilla, la cual se realizó el año de 1866, y puede gloriarse de haber obtenido el beneplácito y consentimiento de la Madre Barat, que en aquella sazón aun no había dejado esta vida. Debíose al celo y generosidad de una ilustre dama, la condesa de Villanueva. Reducida esta noble señora á la soledad que hizo en torno suyo la muerte arrebatándole á su esposo y á su hijo único, determinó consagrar á buenas obras toda su hacienda; y como pusiera los ojos en la Sociedad del Sagrado Corazón, movióse á procurarle una casa en

Sevilla, donde se estableciera y diera granados frutos. Animada de tan piadoso deseo, adquirió el convento de Santa María del Valle, que había venido á parar en casa de vecindad; en el cual era preciso hacer mucha obra para que cumpliera las condiciones que exigen una comunidad religiosa y un colegio de niñas. Las religiosas que allá fueron en concepto de fundadoras, pudieron á la verdad acomodarse de algún modo en aquel edificio; pero no así las colegialas, cuyo ingreso se hubo de aplazar hasta el 20 de octubre del mismo año (1866).

No otorgó Dios en su bondad á esta insigne bienhechora del instituto del Sagrado Corazón el consuelo de ver concluída su obra, pues paso á mejor vida el 7 de octubre del mismo año en la festividad de Nuestra Señora del Rosario, dejando en pos de sí el suave olor de sus virtudes y un como dechado y ejemplar de la mujer cristiana y piadosa.

Después de su muerte continuó haciendo bien al instituto de las hermanas del Sagrado Corazón, mediante los buenos oficios de su digna amiga, la marquesa de Esquivel, á quien encomendó este cuidado la condesa de Villanueva en una de las cláusulas de su testamento.

El mismo día en que se inauguró el pensionado, se abrió la escuela de niñas pobres y fué instituída la congregación de hijas de María. ®

*Fundación de Zaragoza.* El día 2 de febrero de 1876 fué celebrada la primera misa en la capilla del



convento del Sagrado Corazón fundado bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Pilar. No parece sino que Nuestra Señora quiso hacer este singular obsequio á dicha ciudad, que conserva uno de sus más gloriosos recuerdos; pues entre las varias fundaciones que habían sido proyectadas por aquel tiempo, sólo hubo de salir á luz la de Zaragoza. Ya en el primer año de esta fundación contáronse en el pensionado veinticuatro colegialas. No hubieran podido ser admitidas muchas más, porque la casa era muy estrecha; pero pudo habilitarse una sala para la escuela gratuita, y además se instaló la congregación de las hijas de María, las cuales desde el año siguiente de 1877 hicieron los ejercicios espirituales de San Ignacio. Excusado es añadir que no faltó para esta fundación ni la protección de la autoridad eclesiástica, ni el concurso de los Padres jesuitas, ni la cooperación de algunas familias principales de la ciudad. También debe hacerse aquí mención de las Madres carmelitas con quienes nuestras hermanas tuvieron la dicha de comunicar, ligadas unas con otras por vínculos de caridad, y de quien recibieron las del Sagrado Corazón singulares auxilios.

El día 31 de julio de 1877 se comenzaron á echar los cimientos del nuevo edificio que se había proyectado; y el 3 de noviembre del mismo año, día en que son conmemorados los innumerables mártires de Zaragoza, fué colocada la primera piedra del respectivo templo, que hoy es una preciosa capilla de estilo bizantino, donde se viene dando culto á Dios desde el año de 1895.

\* \* \*

*Fundación de Bilbao.* El Rev. Padre Cosme Damián de Laraudo, de la Compañía de Jesús, fué llamado cierto día á dar ejercicios espirituales á la comunidad del Sagrado Corazón en Chamartín. No conocía aquel celoso misionero á nuestro instituto sino por haber oído de él falsas especies; y así no era extraño que estuviese prevenido en contra suya. Mas no bien hubo comunicado con la Rev. Madre Camila Parmentier, religiosa de singular virtud y prudencia, y que poco tiempo antes había sido nombrada superiora de la citada comunidad, cuando se disiparon todas sus prevenciones para dar lugar al más vivo interés por nuestra Sociedad: desde entonces tuvo siempre fijo en su ánimo el deseo de dotar á Bilbao, su ciudad natal, de una casa del Sagrado Corazón. Todos los días el piadoso jesuita, dirigiéndose á Nuestra Señora de Begoña, le decía: "¡Señora, una casa del Sagrado Corazón!" Y juntando la acción á la oración, antes de hacer su profesión solemne en la Compañía de Jesús, en el testamento que otorgó, dejó para la anhelada fundación una propiedad que tenía fuera del recinto de la ciudad. No era por cierto aquella época la más á propósito para fundaciones; y así la de Bilbao hubo de diferirse hasta octubre de 1876. Dijose la primera misa el 17 de aquel mes, día de la Beata Margarita María. Aunque la pobreza y estrechez de aquella casa traían á la memoria la del portal de Belén, no dejaron de acudir á ella algunas niñas mediopensionistas, y aun se estableció la congregación de hijas de María; pero faltaba espacio para la escuela de niñas pobres y para colegialas

pensionistas, y era por consiguiente necesario adquirir nuevos terrenos para satisfacer esta necesidad. Desgraciadamente el incremento de la población por la parte donde estaba el nuevo convento, y la inauguración de la gran vía oponían á aquel intento dificultades insuperables. No desfalleció sin embargo el Rev. Padre Laraudo, sino antes acudió con fiada al recurso de la oración, y con ella alcanzó todo lo que pretendía. Hoy cuenta nuestro instituto con una hermosa casa colegio, donde se educan más de cien niñas, y á donde acuden diariamente sobre trescientas de la clase pobre.

*Primera fundación de Madrid.* Hacía ya tiempo que se echaba de menos una casa del Sagrado Corazón en Madrid. Nuestras Madres la deseaban; muchas familias la pedían con instancia, y la congregación de hijas de María clamaba por ella como por una condición de que absolutamente necesitaba. En efecto, Chamartín, que tanto se presta para ser noviciado, arredraba á algunos padres, que sin querer separarse de sus hijas, deseaban educarlas en el Sagrado Corazón; pero sobre todo la distancia que hay de aquella casa á Madrid, donde residen en su mayor parte las hijas de María, oponía graves dificultades á las juntas mensuales que deben éstas tener, y á su frecuente trato y comunicación con el instituto de las hermanas. Desde el año de 1863 se venían dando pasos para la adquisición de un edificio; pero la hora de Dios no había sonado todavía: hasta catorce años

hubieron de pasar antes que llegara esta hora feliz. El edificio que hoy ocupa la comunidad del Sagrado Corazón en la calle del Caballero de Gracia, parecía por su situación en el centro de Madrid muy bueno para las obras de celo; y no fué difícil adquirirlo, pues su dueño, que conocía á nuestra Sociedad, se prestó de buen grado á vendérselo. Celebróse la primera misa en una capilla provisional el día 6 (primer viernes) del mes de julio de 1877; celebróla D. Vicente Manterola. La nueva casa necesitaba de una capilla bastante capaz para las señoras que anualmente fuesen á hacer los ejercicios; necesitaba asimismo de celdas en donde alojar á las que quisieran quedarse en el convento, y de un salón de actos. Á todo proveyó espléndidamente el Corazón de Jesús, pues se proporcionó la adquisición de un terreno contiguo al primer edificio. Púsose la primera piedra el día de la festividad del Sagrado Corazón, 28 de junio de 1879, día particularmente señalado aquel año, porque en él se llevó Dios al cielo á la joven reina Doña Mercedes de Orleáns, por cuyo eterno descanso rogaban muy especialmente las comunidades religiosas. Presidió aquella ceremonia el nuncio de Su Santidad en Madrid, acompañado del Ilmo. Señor D. Ciriaco Sancha, obispo de Areópolis, coadjutor del arzobispo de Toledo—hoy cardenal de la Santa Iglesia y arzobispo de Toledo—, y del Señor cura párroco de San Luis, y seguido de numeroso clero. Dirigió las obras de la capilla con tanta inteligencia como buen gusto el arquitecto marqués de Cubas, en quien admiraron las hermanas al artista



y reconocieron al bienhechor y al amigo. Otros amigos y bienhechores concurrieron para el ornato de la capilla é hicieron dones en metálico, señalándose entre todos la duquesa de Pastrana, quien no contenta con haber hecho un generoso donativo al comenzarse las obras, dotó á la nueva sacristía con ricos ornamentos. Donaciones fueron también la puerta de plata del sagrario y el bellissimo órgano, cuyos armoniosos acordes pudieron ya oirse el día en que se inauguró la nueva capilla (8 de septiembre de 1880). Celebró la primera misa el cardenal Moreno, de quien siempre recibió la nueva obra testimonios de vivo interés y estímulo y aliento. Desde entonces los ejercicios espirituales de señoras, que antes se habían tenido en más modesto recinto, se han venido dando antualmente en varias tandas, predicando en ellos los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo celo ha sido ampliamente recompensado con abundantes frutos espirituales. Las niñas de la escuela gratuita acuden con puntualidad á la doctrina cristiana, y son instruídas en todo lo que les conviene, especialmente en las labores. Hoy son más de trescientas, y se distinguen por su docilidad y respeto á sus maestras.

\* \* \*

*Segunda fundación en Madrid.* El 9 de octubre de 1883 la Rev. Madre Parmentier, de piadosa memoria, recibió un telegrama de la duquesa de Pastrana, en el cual le comunicaba esta ilustre dama, que hacía donación á la Sociedad de la casa que poseía

en Madrid, calle de Isabel la Católica, nº 12. Cinco días después nuestra insigne bienhechora refirió en una carta el origen de este nuevo don. El duque, su digno esposo, la había llamado á sí la víspera de San Dionisio para significarle su deseo de hacerle al día siguiente un regalo que le agradase y fuese útil; y para acertar en esto consultó con ella su intento diciendo que era su ánimo complacerla acerca de él, excluyendo por de contado las alhajas, pues "he notado", le dijo, "que no te pones las que tienes". "Esa es la verdad", repuso la duquesa; "á mi edad y con mis penas y achaques no tengo gusto en gastar joyas; pero puedes hacerme un regalo que me agradará mucho y ha de ser muy provechoso para tu alma y la mía: hablo de la casa que tienes en Madrid en la calle de Isabel la Católica; la cual quisiera yo para una segunda fundación del Sagrado Corazón." El duque no quiso ser menos generoso que su ilustre compañera; y nuestra querida bienhechora celebró el día de su glorioso patrono con uno de esos actos que los ángeles reproducen en el cielo en rasgos de inmortal belleza. Pero aun no había dicho su última palabra la generosidad de la duquesa de Pastrana. El dar era una necesidad de su noble corazón, un tributo que rendía á Dios; pero el dar hasta el sacrificio de sus más queridos recuerdos, de sus más legítimas inclinaciones, hasta renunciar á las tradiciones de su noble familia, es un género de inmolación que sólo puede hacerse pidiéndolo el Corazón de Jesús, que es quien únicamente puede recompensarlo. Quería la duquesa asegurar á

la segunda fundación de Madrid un número mayor de colegialas del que podía contener la mencionada casa de la calle de Isabel la Católica, y así en lugar de ella dió á la Sociedad del Sagrado Corazón su palacio ducal con su hermoso jardín, y la mencionada casa á los Padres de la Compañía de Jesús. La comunidad se instaló en dicho palacio de la calle de Leganitos el mes de agosto de 1887, celebrándose la primera misa el 4 de septiembre en la capilla provisional, que aun subsiste. Aquella ilustre dama se reservó por algún tiempo sus habitaciones particulares, mas luego dejó toda la casa á disposición de la comunidad. Las niñas de la escuela gratuita acuden en gran número, y Dios sabe á cuantas habrá librado el Sagrado Corazón del contagio del protestantismo, cuyos sectarios tienen hace ya tiempo una escuela en aquel barrio.

\* \* \*

*Fundación en Barcelona.* Barcelona anhelaba también una casa del Sagrado Corazón, y aun con mayor razón que Madrid, pues las antiguas alumnas de las hermanas de Sarriá, ya madres de familia, deseaban tener cerca de sí al instituto, y como amantes entusiastas de su ciudad condal querían verla adornada con este excelente don. Antes de morir la Rev. Madre Parmentier revolvíase en su mente este pensamiento, y para realizarlo había ido ella por última vez á Cataluña: pero estaba reservado á su sucesora en el cargo de vicaria, la Rev. Madre Teresa de Nava, el cumplir aquel piadoso anhelo. En la primavera de 1888 adquirió el instituto una casa pequeña, pero

en buen sitio; y luego que esto lo supieron las antiguas alumnas, prometieron enviar á gran número de niñas, más de las que la nueva casa podía contener. Mediante algunas reformas se pudo adaptar la casa á las condiciones de colegio, y se dijo la primera misa en los primeros días de diciembre del citado año de 1888. No sin trabajo se colocaban las ciento cincuenta niñas mediopensionistas, y luego que éstas dejaban el local, había en él escuela nocturna de jóvenes obreras. Nuestra insigne bienhechora en esta fundación, Doña Dorotea Chopitea, viuda de Serra, estimaba en tanto esta obra de la escuela nocturna, que solía decir á las religiosas fundadoras: "Con ella me pagan." Justo es asimismo pagar tributo de gratitud á Doña Dolores Serra, su hija, que en unión con su madre favoreció á las hermanas, así como á D. Sebastián Pascual, hijo político de esta señora. Con tales valedores y sobre todo con la poderosa protección de la Virgen de las Mercedes, bajo cuyo patrocinio se hizo la nueva fundación el año en que fué coronada la imagen de la patrona de Barcelona, no fué difícil encontrar un hermoso edificio muy bien situado: á él se trasladó la comunidad el otoño de 1892. Cerca de doscientas alumnas mediopensionistas concurren á la misma casa. En aquellas vastas salas había sitio para sus clases y recreos, pero como no cupiesen en la capilla, construyóse una linda iglesia, la cual se abrió en 1894, no con toda la solemnidad que hubieran deseado las religiosas, pues á la sazón acababa de fallecer (29 de marzo) la tercera superiora general del instituto, la Rev. Madre Adela Lehón, de



santa y feliz memoria, y el sentimiento de esta sensible pérdida embargaba sus almas. Florecen en la casa de Barcelona además del colegio y de la institución de las hijas de María un taller en que son recibidas jóvenes obreras, y una escuela dominical consagrada á la instrucción y edificación de ellas.



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

ÚLTIMOS TRABAJOS Y PENAS DE LA  
MADRE BARAT.

EL año de 1850 llegó á ser cada vez más sensible la soledad de la Madre Barat en los últimos tiempos de su vida, pues vió desaparecer una tras otra á las compañeras de su juventud con quienes siempre había vivido. En su avanzada edad de setenta y un años no dejaba de pensar cada vez con más atención en sí misma y en su orden ya muy extendida. Con este motivo determinó ir á Roma á fin de someter personalmente á la aprobación de Su Santidad el Papa Pío IX algunas disposiciones concernientes á su instituto, no sólo porque el cardenal Lambruschini, protector de la Sociedad del Sagrado Corazón, se negaba por completo á introducir en ella novedad alguna, sino por dejar tranquilo á este cardenal, ya muy anciano y atribulado por las turbulentas circunstancias de los tiempos.

Embarcóse la Madre Barat en Marsella el 11 de noviembre, pero vino el tiempo tan contrario que no pudo llegar á Roma antes del 15. Allí le esperaba

un triste espectáculo. “¡En qué lastimoso estado he hallado á la villa Lante, tan floreciente en otros tiempos! Con Garibaldi ha venido aquí el vandalismo . . . Pero no es esto lo peor; el espectáculo de las miserias morales es mucho más doloroso; el mal no conoce límites.”<sup>1</sup>

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María, hacía cincuenta años que la Madre Barat y sus primeras compañeras se habían consagrado en París al Sagrado Corazón, por consejo del Padre Varín, por lo cual siempre fué considerado este día como el verdadero aniversario del nacimiento de la Sociedad. Estas bodas de oro se celebraron solemnemente en la villa Lante, así como en toda la orden; pero no acabó aquel día sin que la Madre Barat recibiera una viva impresión. Cierta predicador, á la sazón muy afamado, cometió la indiscreción de escoger por tema de su sermón á la orden, á la Madre Barat y sus virtudes. La Madre le oyó con disgusto y sin saber qué partido tomar; pero como el predicador no cesaba, ella acabó por salirse de la iglesia. Después encargó á la superiora, la Madre de Limminghe, cuando ésta le dijo cómo se llamaba el predicador, que no volviera á invitarle á predicar.

Naturalmente sentía muy vivo deseo de conocer al nuevo Papa Pío IX; pero una enfermedad que le duró varias semanas, le impidió el verle. Por último pudo escribir refiriéndose á la primera audiencia que

<sup>1</sup> Á su sobrino Estanislao Dusaussay, Roma, 26 de noviembre de 1850.

santa y feliz memoria, y el sentimiento de esta sensible pérdida embargaba sus almas. Florecen en la casa de Barcelona además del colegio y de la institución de las hijas de María un taller en que son recibidas jóvenes obreras, y una escuela dominical consagrada á la instrucción y edificación de ellas.



ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

ÚLTIMOS TRABAJOS Y PENAS DE LA  
MADRE BARAT.

EL año de 1850 llegó á ser cada vez más sensible la soledad de la Madre Barat en los últimos tiempos de su vida, pues vió desaparecer una tras otra á las compañeras de su juventud con quienes siempre había vivido. En su avanzada edad de setenta y un años no dejaba de pensar cada vez con más atención en sí misma y en su orden ya muy extendida. Con este motivo determinó ir á Roma á fin de someter personalmente á la aprobación de Su Santidad el Papa Pío IX algunas disposiciones concernientes á su instituto, no sólo porque el cardenal Lambruschini, protector de la Sociedad del Sagrado Corazón, se negaba por completo á introducir en ella novedad alguna, sino por dejar tranquilo á este cardenal, ya muy anciano y atribulado por las turbulentas circunstancias de los tiempos.

Embarcóse la Madre Barat en Marsella el 11 de noviembre, pero vino el tiempo tan contrario que no pudo llegar á Roma antes del 15. Allí le esperaba

un triste espectáculo. “¡En qué lastimoso estado he hallado á la villa Lante, tan floreciente en otros tiempos! Con Garibaldi ha venido aquí el vandalismo . . . Pero no es esto lo peor; el espectáculo de las miserias morales es mucho más doloroso; el mal no conoce límites.”<sup>1</sup>

El 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María, hacía cincuenta años que la Madre Barat y sus primeras compañeras se habían consagrado en París al Sagrado Corazón, por consejo del Padre Varín, por lo cual siempre fué considerado este día como el verdadero aniversario del nacimiento de la Sociedad. Estas bodas de oro se celebraron solemnemente en la villa Lante, así como en toda la orden; pero no acabó aquel día sin que la Madre Barat recibiera una viva impresión. Cierta predicador, á la sazón muy afamado, cometió la indiscreción de escoger por tema de su sermón á la orden, á la Madre Barat y sus virtudes. La Madre le oyó con disgusto y sin saber qué partido tomar; pero como el predicador no cesaba, ella acabó por salirse de la iglesia. Después encargó á la superiora, la Madre de Limminghe, cuando ésta le dijo cómo se llamaba el predicador, que no volviera á invitarle á predicar.

Naturalmente sentía muy vivo deseo de conocer al nuevo Papa Pío IX; pero una enfermedad que le duró varias semanas, le impidió el verle. Por último pudo escribir refiriéndose á la primera audiencia que

<sup>1</sup> Á su sobrino Estanislao Dusaussay, Roma, 26 de noviembre de 1850.



Pío IX le concedió, que este Papa se le había mostrado “como el soberano más excelso y digno de amor que hay en el mundo, como la imagen viva de Jesucristo, cuyo lugar ocupa sobre la tierra”. “Sus facciones reflejan tranquilidad y paz celestial. Es imposible ver unida mayor dignidad con semejante ternura.” Cuando el Papa dió la bendición á la Madre Barat y á su orden, dijo muy expresivamente, refiriéndose á ella, “que era necesaria una educación fundada en los principios incommovibles de la fe, y que por lo mismo que falta esta educación, crece de un modo tan espantoso la corrupción de los pueblos”. Estas palabras del supremo Pastor de la Iglesia fueron nuevo estímulo al celo de la Madre Barat.

Sintiése además muy animada á exponerle las necesidades de su orden, pues varias resoluciones tomadas en las últimas asambleas debían ser confirmadas, y había necesidad de adoptar otras nuevas. Por lo cual presentó al Papa con plena confianza una súplica dividida en tres puntos:

1.º Á la superiora general debían de agregársele superiores provinciales que la ayudaran en los negocios del gobierno de la orden, y á cada una de éstas debía de asignársele cierto número de casas de la orden bajo la dirección de la superiora general.

2.º Al antiguo consejo, compuesto de doce miembros de la orden, debía reemplazar uno nuevo formado por las asistentas generales, por las superiores provinciales y por una madre profesa de cada provincia.

3.º Debía concederse á la superiora general la facultad de elegir una vicaria general, que por muerte de la superiora general aun gobernara á la orden mientras se hacía nueva elección.

Ya se ha dicho la razón que movió á la Madre Barat á prescindir en esta ocasión del cardenal protector; pero Pío IX quiso que la superiora general siguiera despachando los negocios según el uso ordinario, y enseñó el escrito al cardenal Lambruschini. Transcurridos dos meses, recibió la Madre Barat una respuesta negativa.

Con esta respuesta se vió la Madre Barat en grave apuro, pues á su muerte todo el peso había de recaer sobre la Madre asistente, que estaba ciega y era más anciana que ella. Por otra parte, la orden se propagaba de tal manera que la Madre Barat no podía gobernarla de lejos por sí sola. La afligida superiora acudió entonces á la oración, buscando un refugio en *Mater admirabilis*. Habiendo llegado á noticia de Pío IX la aflicción de la Madre Barat, mandó el 6 de mayo al prelado doméstico Luciandi, que la interrogara acerca de sus deseos en pro de la orden; y cuando se hubo informado, revocó el anterior decreto y entregó la súplica de la Madre Barat al examen de tres cardenales. En 23 de mayo de 1851 se expidió un nuevo decreto, accediendo á todo cuanto había pedido la Madre Barat<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Según los deseos del Papa las denominaciones de superiora provincial y de provincia fueron reemplazadas por las de vicaria y vicaría.

El 14 de junio le fué concedida la última audiencia para que diera las gracias al Sumo Pontífice; después salió de la ciudad santa para no volver más á ella.

En noviembre convocó á las consultoras á la séptima asamblea general en La Ferrandière junto á Lyon. Hallábase á la sazón postrada en cama á consecuencia de una fiebre; pero no quiso que por su causa se dilatase la reunión de la asamblea, á la cual se hizo conducir en un coche, inaugurando las sesiones el día 13 de noviembre. En ella se comunicó oficialmente á toda la orden la reforma aprobada por Su Santidad, en virtud de la cual las sesenta y cinco casas que á la sazón había de la orden, eran distribuidas en diez vicarías, ocho en Europa y dos en América. También fué aprobado un nuevo plan de enseñanza, obra de la Madre de Avenas principalmente. Finalmente, las consultoras todas desestimaron las súplicas de la venerable fundadora, la cual les pidió que, tomando en cuenta su avanzada edad, pusieran sobre hombros más jóvenes la carga que á ella la abrumaba. Sobre este punto la Madre Barat escribió á su cara Madre Duchesne, que estaba en América: "En vano he rogado que me quiten esta carga: hace ya medio siglo que pesa sobre mí; pero todas se han hecho las sordas. La única esperanza que me queda, es Nuestro Salvador. Ayudadme, amada Madre, á alcanzar de él la gracia de acabar mis días libre de este temible encargo."

La Madre Barat dirigió desde La Ferrandière una circular á todas las casas, ordenada principalmente

á excitar en las hermanas el fuego del amor al divino Corazón, y á que confiadas en este mismo Corazón que tanto nos ha amado, hicieran y padecieran todo lo que Dios quisiere de ellas.

"Sin intermisión", así se dice en este documento, "debemos acudir al divino Corazón como á nuestro refugio, pues él es la fuente de nuestra vida. ¿Acaso no va todo á parar al Sagrado Corazón? ¿Acaso no es razonable creer que la Santísima Trinidad se quiere aplacar en estos infaustos tiempos sólo por medio del Corazón de Jesucristo, y que sólo en él quiere salvar y bendecir á los hombres? Sólo mediante este Santísimo Corazón, no lo dudéis, amadas madres y hermanas, lograréis infundir la piedad en las almas. De él procede la fragancia de que se sintió atraída la esposa de los Cantares; del divino Corazón cae gota á gota sobre el corazón de los hombres, pobre y llagado, el óleo que refrigera, sana y fortalece. Sigamos con nuevo celo nuestro camino y difundamos según la medida de nuestras fuerzas por toda la redondez de la tierra el conocimiento, el amor y la gloria del adorable Corazón de nuestro Esposo."

\* \* \*

Uno de los principales cuidados de la Madre Barat era á la sazón el visitar las diferentes casas de la orden, en las cuales recibía mucho consuelo á vista del celo de la mayor parte de las hermanas; pero no por eso dejaban de serle muy penosos estos viajes en su avanzada edad. El año de 1852 celebró sus días en Marmoutiers, donde tanto bien le hizo la soledad



que ella tanto amaba, y donde tanto interés mostró por una escuela de niños que por excepción permitió que dirigieran las Madres; con aquellos tiernos discípulos comunicó después por escrito. En el mes de septiembre visitó á Kientzheim, y el año siguiente á La Ferrandière, cuya casa había sido convertida en noviciado del Mediodía de Francia. Pero la mayor parte del tiempo permanecía en París ó en Conflans. En París pasaba todos los días, aun en la estación más rigurosa, muchas horas delante del Santísimo Sacramento. Habiéndola sorprendido allí su piadoso médico, el célebre D.<sup>o</sup> Recamier, á pesar de habersele prohibido, pues acababa ella de salir de una enfermedad, la reprendió amistosamente diciéndole que se volviese al punto á su habitación, y por la tarde le envió una estufa con buena provisión de leña "para el oratorio de la venerable Madre".

En 1855, á la edad de setenta y seis años, quiso visitar de nuevo las casas de la orden. Empezó por Kientzheim, donde saludó á las novicias con estas afectuosas palabras: "Ya sabéis, amadas hijas, pues os lo dije en mi última visita, que estoy dispuesta á ir hasta el fin del mundo en busca de un alma fiel y generosa. Por esta razón he venido á Kientzheim; ¿qué necesidad hay de ir más lejos para buscar lo que ciertamente hay entre vosotras?" Las hermanas la hallaron muy envejecida, pero su lenguaje les pareció cada vez más vivo y ardiente: "Pareceme, hijas mías, sentir entre vosotras un soplo que me arrebatara: he aquí que estoy entre vosotras para hablaros de Nuestro Señor."

Pronto hubo de interrumpir sus visitas la Madre Barat, por haber sido acometida de fiebre y otras enfermedades. En el otoño de 1855 recibió malas noticias de América, donde la fiebre amarilla hacía numerosas víctimas en las casas de la orden en la Luisiana; y la Madre Barat tuvo que sacar de Francia las hermanas necesarias para que aquellas casas pudiesen subsistir.

Por aquel tiempo producía mucha inquietud á la Madre Barat la situación de la casa de Chamberí en Saboya. Hemos visto al mencionar la persecución de las religiosas en Italia por los años de 1847 á 1848, que el pueblo y las autoridades locales de Chamberí habían logrado conservar á las hermanas del Sagrado Corazón á pesar de todos los decretos de expulsión de las cámaras piemontesas. El año de 1854 se renovó la persecución, y el gobierno mandó que todas las maestras y religiosas fueran sometidas á un examen oficial, y que las casas religiosas donde estas daban las clases, estuvieran bajo la inspección del Estado. La Madre Barat se preguntó á sí misma si podría tolerarse la ingerencia del Estado en el ejercicio del derecho de educar á la juventud, derecho que sólo pertenece á la Iglesia y á los padres de familia. Pero conoció la gravedad y las dificultades de esta cuestión con la claridad suficiente para no tratar de resolverla ella por sí sola. Así se dirigió en demanda de consejo á varios sacerdotes de experiencia, entre otros á Monseñor Parisi, obispo á la sazón de Arras, y miembro del consejo de enseñanza superior; el cual le contestó en un escrito en que resaltaban la

claridad de las pruebas y el vigor de los consejos. Después de haber ilustrado la cuestión en sí misma con relación á la religión y á la orden del Sagrado Corazón, dedujo aquel ilustre prelado que esta orden debía oponerse resueltamente á las disposiciones del gobierno piemontés. Á pesar de su afecto al pueblo de Saboya, la Madre Barat no tardó en decidirse á seguir este consejo: "Insisto en conservar nuestra independencia", escribía por entonces, "tanto más firmemente cuanto más cierta estoy de seguir así la sentencia de la parte del clero más devota de la Santa Sede." En vano dirigió el consejo municipal de Chamberí una exposición al rey Víctor Manuel II; en vano le hablaron en el mismo sentido las familias más influyentes del país; el rey mandó cerrar el pensionado en el otoño de 1856; sólo quedó encomendada á las hermanas, y cierto á sus expensas, la institución en favor de los sordomudos. Pero cuando en 1859 volvió Saboya á la dominación de Francia por la paz de Zurich, y Napoleón restituyó en el verano del siguiente año á las órdenes religiosas los derechos de que habían sido despojadas, el pensionado volvió también á ser entregado á las religiosas del Sagrado Corazón.

\* \* \*

El año de 1856 la Madre Barat tuvo muchos motivos de aficción, pues murieron dos de las religiosas, ya muy ancianas, la Madre Giraud y la Madre de Charbonnel. Al año siguiente perdió á su antigua y amada compañera, la Madre Maillucheu, alma

enteramente consagrada á Dios. La Madre Barat visitó las casas del Norte de Francia, y mandó que todas las superiores del Sur de esta nación se reunieran en La Ferrandière para que ella pudiera verlas otra vez á todas en torno suyo. Las palabras que en aquella ocasión les dirigió, estaban llenas de celo y amor. "Digamos, hermanas mías, más con las obras que con las palabras: El que no ame á Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema" (1 Cor. XVI, 22). La Madre Barat salió de La Ferrandière el 20 de septiembre de 1857. Fué esta la última salida de la Rev. superiora general.

\* \* \*

Hacia el fin de su vida eligió como lugar de su residencia la casa del Boulevard de los Inválidos en París (noviembre 1858). Aunque ya no podía viajar, y era reemplazada por la vicaria general que visitaba periódicamente las casas de la orden, continuó gobernándola por medio de una correspondencia tan frecuente, que el mismo cartero se compadecía de ella á vista del gran número de cartas que todos los días le llevaba.

Tenía la Madre Barat la costumbre de contestar inmediatamente en lo posible las cartas que recibía; así empleaba en escribir toda la mañana y á veces parte de la tarde. Escribía rápidamente con letra clara y de rasgos bien marcados. Á veces interrumpía su trabajo algunos minutos para descansar en la presencia del Santísimo Sacramento; pero ordinariamente se satisfacía con mirar al crucifijo que



tenía delante, pidiendo luz, consejo y auxilio á Nuestro Salvador. Los caracteres principales de estas cartas son el orden, la sencillez, el lenguaje mesurado, y ante todo la claridad y el profundo sentido.

Entre las nuevas fundaciones que corresponden á este último período de la vida de la Madre Barat, merece singular mención la casa de Perusa. En la época en que el Em<sup>o</sup> cardenal Pecci, que ahora rige gloriosamente á la Iglesia, fué nuncio en Bruselas, tuvo ocasión de conocer en sus visitas á Jette-Saint-Pierre á las religiosas del Sagrado Corazón. Elevado á la sede episcopal de Perusa, no tardó en querer fundar una casa de la orden en su diócesis. Todavía estaban pendientes las negociaciones entabladas para este intento, cuando el Papa Pío IX en su peregrinación á Loreto, visitó la ciudad de Perusa. El cardenal Pecci habló al Pontífice de su proyecto, y el Papa le otorgó su bendición y le dió quinientos escudos romanos "para las tazas y los platos", según dijo en tono festivo. Esta graciosa disposición de Pío IX fué como un mandato en los ojos de la superiora general. "El Representante de Jesucristo ha hablado," escribía á la Rev. Madre Lehón; "confío firmemente en que el divino Salvador no nos negará su auxilio en una empresa conducida por su Representante en la tierra." Inmediatamente se hicieron los preparativos para reunir, sacándolas de las casas de Roma, á las hermanas que habían de ir á la nueva fundación, las cuales fueron recibidas por el Papa el 17 de noviembre de 1857. Por desgracia la revolución no les dió tiempo para realizar de un modo duradero los deseos del

Papa y del prelado y hacer en Perusa todo el bien de que había necesidad.

Acercábase el día en que Francia había de enviar sus tropas del lado allá de los Alpes para aumentar el poder de los enemigos de la Iglesia y animarlos en sus sacrílegas empresas. Los males que de aquí se siguieron, son indescriptibles. La Madre Barat no tuvo que soportar esta extrema aflicción; pero tan pronto como empezó la guerra en Italia, ya no fué para nadie un misterio lo que había de suceder. Las condiciones de la paz de Villafranca dieron la señal de mayores persecuciones, que empezaron en Milán. Después de los jesuitas fueron las religiosas del Sagrado Corazón las primeras víctimas, y el pretexto de la persecución fué su adhesión á la casa imperial de Austria. Á pesar de los muchos trabajos que hubieron de padecer, todavía siguieron allí cerca de un año. El 18 de marzo de 1860 decretó Víctor Manuel la anexión de Rumania á Cerdeña; y ya antes, el 16 del mismo marzo, las religiosas habían sido invitadas á iluminar; pero no pudiendo ellas aplaudir una empresa sacrílega, que había despojado al Papa de sus dominios temporales, su negativa fué la señal del tumulto. El populacho desenfrenado se agolpó dando furiosos gritos junto á la indefensa casa y permaneció allí por espacio de tres horas, horas de angustia y temor para las religiosas. Ni la autoridad civil ni la militar tomaron medida alguna para contener el tumulto. Dos días después, el 18 de marzo, en que propiamente fué promulgado el real decreto, se repitió la escena de un modo más violento. La

puerta de la casa fué hecha pedazos; las ventanas y aun las contraventanas fueron rotas por una granizada de piedras, y el populacho furioso amenazó con poner fuego á la casa. Entonces se vió que lo que buscaban las autoridades al consentir el motín, era que las hermanas se fueran; no les quedaba otro recurso. Luego que la superiora ordenó completamente sus asuntos y puso en lugar seguro á todas sus hijas, salió ella misma de Milán el 13 de mayo de 1860. En la relación anual que se hace en la orden, se consigna este suceso añadiéndose la siguiente observación: "Esto sucedió el cumpleaños de nuestro Pontífice, por el cual hemos tenido la dicha de padecer." El Papa Pío IX alabó el valor de estas religiosas, y añadió: "No es extraño que las tengan por obscurantistas, pues se han negado á iluminar."

Habiendo sido incorporado por Víctor Manuel, juntamente con la Rumania, el ducado de Parma y el de Módena (18 de marzo de 1860) al reino de Cerdeña, las religiosas del Sagrado Corazón tuvieron que sentir las consecuencias de este suceso. Llamadas en 1855 á Parma por la piadosa duquesa viuda Luisa María Teresa de Borbón, vense ahora obligadas á abandonar por segunda vez aquel campo de operaciones.

Una cosa semejante era de esperar en Padua, por lo cual las religiosas que allí había, siguiendo el consejo de la superiora general y de algunos amigos prudentes, resolvieron convertir su casa en lazareto en favor de los soldados heridos y consagrarse á su asistencia. Y he aquí que aquella casa, de la que

solía decir la Madre Barat, que era una caña combatida por el vendaval, que se dobla pero que no se rompe, venció el empuje de las olas y colmada de bendiciones continúa obrando el bien de muchos.

Pero donde la Madre Barat tenía puestos los ojos constantemente en medio de la intranquilidad y confusión de aquellos tiempos, era en Roma, la capital del mundo cristiano, y en Roma en el vicario de Jesucristo. Siempre se repite en sus cartas la expresión de su íntimo deseo de ver de nuevo á Pío IX y manifestarle verbalmente la compasión que tenía de él. Sobre este punto escribía á la Madre Lehón: "... Mucho siento no poder realizar mi proyectado viaje á Roma; pero sobre todo me duele no poder visitar de nuevo á nuestro supremo Pastor. Antes de morir deseo recibir la última bendición de Pío IX. Con esta bendición puedo acercarme á Jesús y comparecer más tranquilamente en la presencia de mi eterno juez."

Con la criminal invasión de las tropas piemontesas en los Estados de la Iglesia comenzó también la guerra contra las religiosas del Sagrado Corazón. Es cosa sabida que la Santa Sede, gracias á las inicuas maquinaciones y ardides de sus enemigos, se vió abandonada; que éstos, con menosprecio de todo derecho, invadieron sin previa declaración de guerra los Estados de la Iglesia, y que las tropas piemontesas arrollaron al corto pero heroico ejército pontificio. El lugar donde se libró la batalla de Castelfidardo, está situado en una llanura al Norte de Loreto. Desde Monte Real y desde la casa de las hermanas se dominaba toda la comarca, y podían observarse los accidentes de



la triste pero gloriosa jornada del 18 de septiembre. De repente el jardín y las construcciones necesarias de la casa fueron ocupados por los fugitivos del ejército pontificio; bajo las mismas ventanas fueron emplazados los cañones para oponerse al ejército enemigo. Entonces las religiosas se refugiaron con sus educandas en su casa de San Elpidio. Pero Loreto capituló, y el enemigo no se avergonzó de poner al frente de las condiciones de la capitulación la expulsión de la orden del Sagrado Corazón. El obispo Magnani protestó, mas su protesta fué inútil. El 27 de septiembre recibieron las religiosas, que ya habían vuelto á su casa, la orden de salir de ella antes del 3 de octubre.

Tampoco se libró de la persecución la comunidad de San Elpidio. Los moradores de la comarca, agradecidos á las Madres, hicieron lo posible por conservar siquiera esta casa; pero todo fué en vano, y pocos meses después, á pesar de estar situada en un lugar solitario, tuvo que cerrarse. El día 2 de diciembre de 1860 llegó á Roma la superiora con las últimas religiosas.

En Perugia se sostuvo algún tiempo más la casa del Sagrado Corazón, gracias á la fiel y poderosa protección del cardenal Pecci, á pesar de las mil asechanzas de que fueron blanco las religiosas; pero en 1862 hubieron de ceder su puesto á instructoras laicas. Pío IX concedió una audiencia á todas aquellas hermanas, como á valerosos soldados que no capitulan hasta última hora, y les aplicó la sentencia del Salvador, diciéndoles: "Bienaventurados los que

padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mat. 5, 10); y añadió: "Vivimos en una época de soberbia, y lo que necesitamos, es humildad, mucha humildad. Y para ser humildes es preciso sumisión á la voluntad de Dios, paciencia y oración. Esta es la hora de las tinieblas; pero el Señor nos ayudará. Os confieso que el año de 1849 no estaba yo tan tranquilo como ahora; entonces me sentía indeciso, y por eso retrocedía; pero ahora veo con claridad, y sé lo que tengo que hacer; si ellos vienen á Roma, también sé lo que he de hacer."

Los tristes sucesos que se sucedían unos á otros en tan breve plazo, no sólo daban á la venerable superiora general motivo de graves aficciones, sino de innumerables trabajos, afanes y cuidados. Al mismo tiempo afligía incesantemente su ánimo la opresión que padecían el Sumo Pontífice y todo el orbe católico. Continuamente ofrecía con esta intención sus oraciones y buenas obras, y dirigía vivas exhortaciones á sus hijas para que por su parte hicieran lo mismo. Unía sus propias aficciones con las del Papa, y se tenía por dichosa en participar de las injurias y persecuciones que sufría la Iglesia.

Aun del otro lado del Océano vinieron sobre la superiora general innumerables cuidados. El 12 de abril de 1861 estalló en América la guerra civil, y durante los tres primeros años de ella fué muy grande la inquietud de la Madre Barat por las casas allí establecidas; las vías de comunicación habían sido destruidas; pasábase largo tiempo sin tener noticia de ellas,

y lo poco que sabía, más era para aumentar su inquietud que no para tranquilizarla. Varias de sus casas, como la de San Miguel, la de Natchitoches y de Grand Coteau, estaban constantemente en medio del fuego. Sin embargo, gracias al universal respeto y amor que se habían granjeado las religiosas, sus casas fueron respetadas y aun protegidas por ambas partes. La Madre Barat atribuye esta protección visible á la oración que sus hijas de Europa habían hecho incesantemente al divino Corazón en favor de las de América.

Ya había transcurrido largo tiempo desde que, según las constituciones de la orden, debió de haberse celebrado un consejo general. La causa principal de haberse dilatado su celebración fué la guerra de América. Esta dilación imponía á la anciana Madre un gran sacrificio, pues allá dentro en su corazón tenía la esperanza de poder dejar en aquella junta la pesada carga de superiora general. Por fin la asamblea fué convocada para el verano de 1864, é inaugurada el 17 de junio. Era tal la alegría de la Madre Barat, que parecía haberse rejuvenecido. Su espíritu penetraba todos los actos del consejo, en cuyas sesiones nunca dejó de asistir. Pero procuraba que no se la viera obrar, sino que en todo se viera á las Madres consejeras, para no turbar con una intervención visible la libertad personal de las demás. Después de importantes acuerdos acerca del método de educación y de enseñanza, y sobre la creación de externados etc., la superiora general creyó llegado el momento de rogar á la reunión

con las más vivas instancias, que la relevaran de su pesado cargo; y no queriendo privar á las consultoras de su libertad, encargó á una de las superiores, que manifestara sus deseos á la junta. Al oír la proposición, siguióse por lo pronto profundo silencio, pues las consultoras se sintieron sorprendidas y conmovidas; pero no tardó en manifestarse la opinión unánime de todas aquellas Madres, de denegar resueltamente la súplica de la Madre Barat. Entonces fué conducida la superiora general en medio de sus hijas. Todavía intentó ella convencerlas de la justicia de su petición; su edad y su progresiva decadencia hacían imposible llevar en lo sucesivo tan pesada carga. Por lo cual si el consejo insistía en no acceder á sus ruegos, se vertía en la necesidad de hacer uso de la facultad que le concedían las constituciones, de nombrar por lo menos una vicaria general que la ayudara en el cumplimiento de su cargo. Esta propuesta fué acogida con general aplauso. De este modo la fundadora seguiría siendo hasta su muerte la cabeza de la familia, y al mismo tiempo recibiría el auxilio de una religiosa elegida por ella misma, la cual pudiera ser enseñada y dirigida por la Madre Barat y formada para ser en su día la superiora general. Fué pues elegida por la Madre Barat como vicaria general la Madre Josefina Götz.

Así se terminó la octava asamblea de la orden del Sagrado Corazón, en la cual recibió su complemento la obra de la venerable fundadora. En aquel tiempo contaba la orden tres mil quinientos miembros. De las ciento y once casas que había fundado la Madre



Barat en los sesenta y dos años que hacía que gobernaba la orden, subsistían ochenta y seis en 1864<sup>1</sup>. Mediante la elección de una vicaria general el tiempo pasado se ligaba con el futuro; las que sucedieran á la venerable fundadora, no tendrían que hacer más que seguir el camino que ella les había trazado; y debe considerarse como una gracia especial del divino Corazón, que Dios prolongara la vida de la fundadora de la nueva orden hasta que ella hubiera dado la última mano aun á las cosas menos importantes relativas á su obra, y las hubiera conducido todas á feliz término.

La asamblea celebró su última sesión el 21 de julio de 1864. Sublime espectáculo fué el que ofrecía aquella sierva de Dios el último día en que celebró á su santa patrona en medio de todas las superiores, que á una señal suya habían venido de todos los puntos cardinales y de los más remotos países del Norte y del Sud de América. Pero el deber las apremiaba á volver cada una de ellas á su puesto. La despedida fué muy dolorosa. Todas presentían que aquella era la última vez que se congregaban en torno de su fundadora.

<sup>1</sup> La orden del Sagrado Corazón constaba en 1884 de 5000 religiosas distribuidas en 117 casas. Según las más recientes noticias cuenta ahora (en 1896) la orden del Sagrado Corazón 137 casas; de ellas pertenecen 48 á Francia y el resto á los demás países. Las religiosas son más de 6000. La orden habría de ser todavía más numerosa para poder satisfacer la demanda de nuevas fundaciones.



CAPÍTULO DUODÉCIMO.

DE COMO SE HABÍA LA REV. MADRE BARAT EN EL GOBIERNO DE LA CONGREGACIÓN.

NUNCA se manifiesta tan á las claras lo que una persona es, como cuando ocupa algún puesto elevado en que ha de dirigir á otras, y sobre todo cuando ha de mandar y gobernar; pues la posición elevada expone á la crítica y da ocasión á que se conozca mejor el carácter de quien la ocupa, y á que en el que manda y gobierna, se desarrollen pronto y libremente todas las cualidades buenas así como las menos buenas, de suerte que apenas puede darse prueba más decisiva de virtud sólida, que la que se da en el cargo de superior. No será pues inoportuno dirigir nuestras miradas á la manera de gobernar de la fundadora y superiora general de un instituto cuya prosperidad creció de un modo tan rápido y extraordinario.

Las palabras del Salvador: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", son aplicables al gobierno de las corporaciones religiosas. La mansedumbre se muestra en el amor y en la bondad; la humildad en la firmeza con que la superiora se considera representante de Dios para emprender, continuar y terminar sin consideración al provecho personal, sin reparar en alabanzas ni en censuras, en trabajos ni en molestias, aquello que conoce ser la voluntad de Dios.

Este principio fué enteramente y cada vez más la norma de la Madre Barat. "Cuanto más años tengo,"

Barat en los sesenta y dos años que hacía que gobernaba la orden, subsistían ochenta y seis en 1864<sup>1</sup>. Mediante la elección de una vicaria general el tiempo pasado se ligaba con el futuro; las que sucedieran á la venerable fundadora, no tendrían que hacer más que seguir el camino que ella les había trazado; y debe considerarse como una gracia especial del divino Corazón, que Dios prolongara la vida de la fundadora de la nueva orden hasta que ella hubiera dado la última mano aun á las cosas menos importantes relativas á su obra, y las hubiera conducido todas á feliz término.

La asamblea celebró su última sesión el 21 de julio de 1864. Sublime espectáculo fué el que ofrecía aquella sierva de Dios el último día en que celebró á su santa patrona en medio de todas las superiores, que á una señal suya habían venido de todos los puntos cardinales y de los más remotos países del Norte y del Sud de América. Pero el deber las apremiaba á volver cada una de ellas á su puesto. La despedida fué muy dolorosa. Todas presentían que aquella era la última vez que se congregaban en torno de su fundadora.

<sup>1</sup> La orden del Sagrado Corazón constaba en 1884 de 5000 religiosas distribuidas en 117 casas. Según las más recientes noticias cuenta ahora (en 1896) la orden del Sagrado Corazón 137 casas; de ellas pertenecen 48 á Francia y el resto á los demás países. Las religiosas son más de 6000. La orden habría de ser todavía más numerosa para poder satisfacer la demanda de nuevas fundaciones.



CAPÍTULO DUODÉCIMO.

DE COMO SE HABÍA LA REV. MADRE BARAT EN EL GOBIERNO DE LA CONGREGACIÓN.

NUNCA se manifiesta tan á las claras lo que una persona es, como cuando ocupa algún puesto elevado en que ha de dirigir á otras, y sobre todo cuando ha de mandar y gobernar; pues la posición elevada expone á la crítica y da ocasión á que se conozca mejor el carácter de quien la ocupa, y á que en el que manda y gobierna, se desarrollen pronto y libremente todas las cualidades buenas así como las menos buenas, de suerte que apenas puede darse prueba más decisiva de virtud sólida, que la que se da en el cargo de superior. No será pues inoportuno dirigir nuestras miradas á la manera de gobernar de la fundadora y superiora general de un instituto cuya prosperidad creció de un modo tan rápido y extraordinario.

Las palabras del Salvador: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", son aplicables al gobierno de las corporaciones religiosas. La mansedumbre se muestra en el amor y en la bondad; la humildad en la firmeza con que la superiora se considera representante de Dios para emprender, continuar y terminar sin consideración al provecho personal, sin reparar en alabanzas ni en censuras, en trabajos ni en molestias, aquello que conoce ser la voluntad de Dios.

Este principio fué enteramente y cada vez más la norma de la Madre Barat. "Cuanto más años tengo,"



escribía esta venerable Madre, “más me convenzo de que la mejor dirección es suave y severa al mismo tiempo. La bondad y suavidad no deben confundirse con la flaqueza. La firmeza es necesaria para tener en su punto respectivamente á cada uno de estos dos principios, la naturaleza y la gracia, entre los cuales ha de ponerse distinción, pero sin divorciarlos. De otra manera sería preciso unirlos después, lo cual no adelanta el trabajo.” —“En general la bondad debe predominar sobre la justicia rigurosa.” “Las religiosas del Sagrado Corazón deben determinarse á obrar por motivos nobles, por el convencimiento del deber, nunca por el temor. Nuestro divino Salvador prefiere que demos en exceso de bondad y condescendencia más bien que en el de rigor. ¿Qué habría sido de nosotras, ¡oh misericordioso Redentor nuestro! si nos hubierais tratado según el rigor de la justicia?” —“Verdad es que sin firmeza y fortaleza todas las cosas se salen de su lugar; disimular siempre las faltas de los demás es ocultar entre las cenizas el fuego que más tarde ha de producir inevitablemente el incendio.” Sabía por otra parte con quien se había, y por esta razón escribía: “Debemos habernos con las almas como se han los ángeles con los hombres: de un modo casi invisible, sin que ellas lo adviertan.”

Lo que llama con más frecuencia la atención en el gobierno de la Madre Barat, dirigido siempre según estos principios, es cierto soberano dominio sobre las circunstancias y las personas, exento de temor y angustia de cosas leves. Sabía que “los pensa-

mientos ruines son el sepulcro de las grandes obras”. Y así se conducía sobre todo en las cuestiones relativas á los bienes temporales. “Bueno es”, decía, “que á veces dirijamos alguna mirada á los bienes terrenos, pero luego debemos elevar nuestros deseos y todo nuestro corazón á allí donde sólo está nuestro verdadero tesoro, á Cristo en el cielo.” Cuando sospechaba que alguna superiora carecía de recursos, acudía ella en su auxilio de un modo inesperado. Parecía que cierto como instinto le mostraba donde había necesidad de ellos. “Creo”, escribía á la superiora de una casa recientemente fundada, “que por discreción y por no pedir os imponéis privaciones en lo que toca al sustento y padecéis frío. Esto es, amada Madre, contrariar del todo mis intenciones. Mejor quiero mandaros mil francos más, cuando llegue el caso, que no que suceda lo que me figuro. El que trabaja como vos trabajáis, debe procurar conservar las fuerzas.”

La Madre Barat conocía y practicaba el mandamiento del Salvador: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.” Habiéndose quejado una de las superiores de que el cuidado de los intereses le quitaba el sueño, ella le dijo algunos días después: “Quisiera que pasarais buenas noches y pagar algunas de vuestras deudas; así pudiera yo pagarlas todas”; y entregó á la religiosa, admirada de tan noble acto, 1400 francos dentro de un sobre.

Con esto no quería en manera alguna autorizar dispendios inútiles, antes por el contrario, procuraba

diligentemente que todo fuera conforme á la pobreza. “Sinceramente os digo”, escribía á una de las superiores, “que me parecéis excesivamente espléndida. Los locutorios no son tan sencillos como debieran ser. Dícenme que vuestras discípulas corren peligro á vuestro lado de aficionarse á las pompas y á la magnificencia y de no sentir en su día gusto en la casa modesta de sus padres.”—“Antes preferiría que esta humilde Sociedad, bendecida visiblemente por el Señor, dejara de existir, que no que se apartara del espíritu de la verdadera pobreza evangélica. Esto es una plaga en las Sociedades religiosas.” Además del espíritu de pobreza de la Madre Barat se echaba de ver en todo su consumada prudencia. “Nunca podría yo retrasar el pago del trabajo á los operarios. La razón es muy sencilla: nunca se debe empezar una obra superior á las propias fuerzas, si no se ha de obrar injusta é imprudentemente. Por esta razón serían las deudas la cruz más pesada que el Señor podría poner sobre mis hombros.”

Después de haber atendido á las necesidades temporales de las religiosas, fijábase en lo que es más importante, en promover el progreso espiritual de ellas. Con este fin creía ante todo que la mejor exhortación consiste en el buen ejemplo, y procuraba reflejar en su propia vida el espíritu de la Sociedad; por lo cual tenía en su corazón la sentencia de Santa Teresa de Jesús, que decía: “El buen pastor debe estar en las alturas para ver siempre á su rebaño y poderle defender en caso de necesidad. El pastor de almas encuentra esta altura en la ora-

ción.” Así refiere una de las Madres: “En la presencia del Santísimo Sacramento dispone nuestra superiora general las cosas de la comunidad. Muchas veces ocurre que después de la oración revoca súbitamente las órdenes que antes había dictado.” Esto mismo aconsejaba ella á las otras superiores. “¿Queréis saber”, les decía, “en qué consiste una buena superiora? En depender en todas sus obras de las inspiraciones del Espíritu Santo. Debemos procurar con todas nuestras fuerzas poner en nuestro corazón el espíritu de Jesucristo, de suerte que él sea dueño y Señor de nuestro corazón. Y debemos desasirnos de todo lo criado, como una sierva que se recoge en un rincón de la casa, y siempre está cerca de su señora para poder obedecerla aun á sus más ligeras insinuaciones.” En otra ocasión escribía: “Negaos á vos misma, amada Madre, para ser enteramente de Cristo; y yo os prometo que regiréis bien vuestra comunidad.” Y también: “Las religiosas que están bajo nuestra obediencia, debén ver á Cristo en nosotras, y nosotras debemos dirigir las como las dirigiría él mismo: así debemos vivir como Cristo y padecer como Cristo. *La superiora es quien lleva la cruz de la comunidad.*”

Sabía la Madre Barat que no hay cosa tan perjudicial en una comunidad naciente como el no conservar la fundadora y superiora el espíritu que ha recibido. De este mal luego se siguen funestas consecuencias, y por último una total ruina. Por lo cual mostraba inflexible rigor contra todo lo que no fuera mantener vivo el espíritu primitivo. En una visita que hizo á una de sus casas, las religiosas le mos-



traron un tapiz de altar en el cual habían trabajado muchas horas, que debían haber sido empleadas en cumplir importantes deberes. La superiora general, que lo sabía, tomó de aquí ocasión para ponderar con ardientes palabras la santa pobreza y las humildes obras del Salvador en Nazaret. Después mandó que le acercaran el tapiz, y dijo estas severas palabras: "Si queremos ser consecuentes, hermanas mías, será preciso, ó hacer pedazos el tapiz ó romper nuestras constituciones." Tomó entonces las tijeras y empezó la obra de destrucción diciendo: "¡Ojalá pudiera yo destruir así todo lo que puede apartarnos, aun en lo más leve, del espíritu de nuestra religión!" Otra vez mandó interrumpir la obra de un convento de magnífico estilo gótico y proseguirla según otro plano de estilo sencillo; con lo cual no ganó nada el arte, pero los dos órdenes que en la obra se advierten, son y serán durante largo tiempo monumento elocuente del espíritu de la fundadora.

A las demás superiores les recomendaba ante todo y sobre todo calma y sosiego, dejar administrar su oficio á cada una de las religiosas, huyendo de la tendencia peligrosa á querer una hacer todas las cosas por sí misma.

Lo que hace difícil el cargo de superiora, son las faltas en que, aun dada la buena voluntad de la comunidad, incurren sin embargo los individuos. En este punto la Madre Barat apuntaba ante todo con suma exactitud el hecho. "De cuentos no hago yo caso", decía. Obligaba á las acusadas á justificarse, y cuando lo conseguían, hacía que se desvaneciera

toda sospecha. Cuando no podían negar la falta, y de aquí habían de seguirse funestas consecuencias, no vacilaba en cumplir su obligación. Así escribe: "Es ciertamente grave falta, amada Madre, creer de ligero y sin pruebas suficientes las acusaciones que oímos; pero no lo es menor el no creer nada y el querer caminar á ciegas."

Cuanto mayor era su amor á alguna religiosa ó mayor la esperanza que tenía de su perfección, más severa se mostraba en juzgar sus faltas: "Si me llegara menos al alma vuestro aprovechamiento espiritual y no fuerais una de mis hijas más amadas, podría haber guardado silencio sobre esto, como he hecho otras veces." Entonces la Madre, tan benigna, bondadosa y magnánima otras veces, se tornaba severa, fuerte y expresiva. "No puedo consentir que haya en la comunidad ninguna religiosa á medias: los miembros de ella han de santificarse y salvar su alma, por que si no, mejor sería no hacer voto ninguno, pues al menos así no serían tan dignas de castigo."—"Sois desobediente, porque os falta humildad. En esto vais contra vuestros votos. ¿Qué habrá que hacer con vos? ¿Cómo y dónde emplearos? ¿Qué hemos de pensar, amada hija, de una religiosa que no quiere padecer cosa alguna, que huye siempre de la cruz?"—Como se quejara una superiora de la indocilidad de cierta hermana, díjole la Madre Barat: "Aprovechad la primera ocasión para enviármela: espero conocer las miras de Dios sobre esa alma. Pedid entre tanto por mí, que soy madre suya, para que no me deje llevar del enojo que

me causa semejante infidelidad. ¿Para qué ha jurado fidelidad al Señor? Nadie la ha obligado á jurarla.”

Daba á conocer la nobleza de su ánimo olvidando por completo las faltas de las religiosas, aunque hubieran excitado su indignación, tan pronto como procuraban sinceramente enmendarse. “Ya es cosa terminada, olvidada y sepultada en el Corazón de Jesús. Sólo él puede llenar el abismo de nuestra miseria. ¡Cuán bueno es, pues siempre nos perdona!”

Lo que más la enristecía y aun la sacaba de sí, era descubrir en alguna de sus hijas pusilanimidad y cobardía. Ésta parecía á su naturaleza magnánima, acostumbrada á toda suerte de sacrificios, cosa muy mezquina y casi como una rapiña contra la propiedad de Nuestro Señor. Así escribe á una superiora que de buen grado hubiera querido dejar el cargo: “Vuestras repetidas súplicas para ser relevada del cargo de superiora no me agradan. Esta no es verdadera humildad. En vez de tomar vuestra cruz para librar de su peso á otras menos dignas que vos de esta penitencia, rehusáis aceptar el trabajo y la responsabilidad que este cargo lleva consigo. ¿No ha de haber en la comunidad miembro alguno pronto á sacrificarse por los demás? Alegraos, pues, y cifrad en esto vuestra dicha: en que Dios os haya dado ocasión de mostrarle vuestro amor haciendo grandes sacrificios.”

Ocurriósele cierto día á una procuradora, que llegaría mejor á la perfección desempeñando el oficio de cocinera. Al punto se dirigió á la Madre Barat

y le manifestó su deseo. La Madre le respondió sonriéndose: “Mucho me agrada vuestra idea; si la cocinera entiende en las cosas de la procuradora, id vos á la cocina, que lo demás todo se arreglará.” Pero después añadió en tono grave: “Vos conocéis las necesidades de la comunidad y el perjuicio que de aquí se le seguiría; no comprendo pues cómo se os ha ocurrido tal cosa. En esa mal entendida perfección, que se aparta de los caminos ordinarios, hay mucho de ilusión, por no decir de otra cosa. Seguid pues tranquila y contenta en vuestro puesto.” Á otra religiosa escribía la Madre Barat estas palabras: “Poneos en manos de Dios sin restricción ni reserva ninguna: ya os manden á París ó ya á Constantinopla, todo lo debéis mirar, amada hija, con indiferencia, pues en todas partes hallaréis á vuestro Señor y Salvador, y en todas partes hay almas redimidas con su preciosísima sangre. La religiosa del Sagrado Corazón no debe tener más patria que el cielo y el mundo entero.”

Aunque expresaba con tanta viveza sus principios acerca del sacrificio religioso, y era tan celosa de la obediencia, nada hay más ajeno de su carácter de superiora que el mandar con la frialdad y sequedad del rigor. Dictaba sus órdenes después de madura deliberación en nombre de Dios, y con el corazón poseído de bondad y compasión. Cualquier género de oposición á sus mandatos tocaba en ella como en impenetrable escudo; pero cuando las religiosas mostraban buena voluntad y obedecían, mostrábase ella á su vez como amorosa madre. La tierna solicitud



con que exigía de sus hijas los sacrificios necesarios, no tenía rival. Con la misma previsión y solicitud procedía respecto de algunas casas de donde quitaba obreras hábiles para que fueran á donde había mayor necesidad de ellas. En las translaciones de religiosas infundía valor á las que habían de trasladarse, mostrándoles en esto las miras de la divina providencia y encareciéndoles la dicha de poder ofrecer á Dios algún nuevo sacrificio.

En cierta ocasión una Madre que iba á ser trasladada, le escribió una carta en que "no había ninguna palabra que no estuviese inspirada por el espíritu de Dios, pero en el conjunto dejaba ver cierto tinte de tristeza y turbación". Como la superiora conocía la magnanimidad de la hermana, dejó á su arbitrio la última resolución del caso, y le escribió diciendo: "Debo confesar que había tenido en cuenta vuestro espíritu de sacrificio y vuestra fiel adhesión á la comunidad. Sin duda, me decía yo á mí misma, se apresurará de buen grado á ayudarme en esta ocasión. Pero si el sacrificio fuera excesivamente duro y con él se turbara vuestra paz, no vacilaría en revocar la orden. En verdad sería difícil hallar quien os reemplazara, pero Dios me ayudaría en ello. Entre tanto, por si os decidís á partir, todo está preparado para hacer más llevadero vuestro destierro, como vos decís. ¡Oh, toda la tierra es para nosotras destierro! Cada vez conozco más y más que sólo el cielo es nuestra única patria."

No es pues de admirar que con esta manera de haberse de la Madre, las religiosas no sólo estuvieran

sometidas amorosa y confiadamente á su dirección, sino prontas á hacer los más difíciles sacrificios interiores, ni que "al oír tales palabras hubieran ido hasta el fin del mundo".—"Como un globo que pudiera yo lanzar de un polo al otro, así son ellas en mis manos", habría podido decir la Madre Barat de la mayor parte de sus hijas.

"He pensado cuál será la causa por que todas nuestras hermanas mueren tan tranquila y suavemente. Sin duda somos pobres religiosas dignas de compasión; pero por otra parte, reina en la orden tan aventajada obediencia, tal sumisión y espíritu de sacrificio, que muchas faltas son expiadas de este modo en la presencia de Dios. Yo misma me he sorprendido y admirado muchas veces al verlo. La palabra, el rasgo de una letra, todo lo dejan instantáneamente, y no una sola de ellas sino cinco, diez, sin preguntar siquiera el porqué."

Buena parte de la alegría que acompañaba á la obediencia, se debe atribuir en todo caso á la manera como la Madre acostumbraba á mandar, y también á su amor verdadero y decidido á todas sus hijas, de suerte que todas ellas, hasta las últimas y las más jóvenes, estaban convencidas de este amor.

Si quieres ser amado, ama.

Para mostrar el amor tierno, constante y pronto al sacrificio de la Madre Barat, sería preciso reunir todos los rasgos de su vida, especialmente los de sus últimos años, en los cuales se multiplicaron, sucediéndose sin cesar, sus buenas y magníficas obras.

Cada una de las religiosas tuvo más de una vez ocasión de conocer el amor que le profesaba la Madre Barat; su maternal solicitud se mostraba en su correspondencia, en sus conversaciones ordinarias, en todas las circunstancias y ocasiones. Nunca le era importuno ni molesto quien acudía á ella con verdadero motivo. Ninguna obra le parecía más urgente é importante que el cuidar de aquellas almas que se habían puesto bajo su dirección por amor de Dios. En cierta ocasión una novicia, á quien apenas conocía la superiora general, se hallaba detenida á la puerta de ésta, temiendo discretamente interrumpir su trabajo: "Entrad, amada hija," le dijo, "entrad: esta puerta está siempre abierta y también este corazón."

Al ver á alguna religiosa subir la escalera cargada con algún peso, le decía: "Ánimo, hermana; el ángel de la guarda está contando vuestros pasos." Unas veces, cuando alguna religiosa pasaba por delante de ella, le decía: "Hija mía, amemos al Señor; el amor todo lo hace agradable."—Otras veces decía: "Nuestro galardón es el cielo." Dondequiera que se hallaba, sabía infundir en las almas alegría y buen ánimo; frecuentemente con una simple mirada, con una sonrisa, ó haciendo la señal de la cruz en la frente de alguna religiosa con la que se encontraba, decía más de lo que pudiera haber dicho en la más vehemente exhortación.

El amor y la humildad se daban la mano en la Madre Barat. Á semejanza del apóstol deseaba ser la sierva de todos, acordándose de las palabras del

Salvador: "No he venido á ser servido, sino á servir." Una noche, al salir de la sala de trabajo de la comunidad, tomó la lámpara y alumbró á las religiosas que iban saliendo. Una después de otra quisieron tomar de sus manos la lámpara, pero ella se negaba á dársela, diciendo: "He leído de Santa Teresa, que nunca se entregaba al sueño sin haber hecho algún acto de caridad en favor de sus hermanas; este es el primero que hago yo hoy."

De la salud de sus hijas cuidaba con solicitud verdaderamente maternal. Había tocado por experiencia propia las consecuencias del celo indiscreto en las penitencias exteriores; y así se esforzaba á mortificarse interiormente, conservando las fuerzas. "Dios quiere que nos conservemos conforme á la razón. Por desgracia los santos de nuestro siglo no son como los de los siglos anteriores. Las vigorosas naturalezas de entonces podían sufrir muchas penitencias; pero nosotros hemos venido después, y por lo menos en lo que al cuerpo se refiere, somos lo contrario de nuestros antepasados. Mas como el autor de la gracia obra siempre de igual manera en las almas, debemos suplir por un lado lo que nos falta por otro, y ser doblemente humildes, mansas, resignadas y pacientes."

Mil ejemplos pueden referirse de cómo la Madre Barat asistía y cuidaba con sus propias manos á sus hijas las religiosas. Veíanla ir de celda en celda en las crudas noches del invierno para ver por sí misma si alguna de las más delicadas carecía de alguna cosa necesaria ó si tenía abrigo suficiente.



Á las hermanas á cuyo cargo estaba el mantenimiento y vestido de la comunidad, les hizo la siguiente advertencia general: "Cada una de nuestras hermanas ha de ser provista de lo necesario. Podrá libremente renunciar por mortificación á alguna cosa; pero es obligación de las superiores cuidar que á ninguna le falte nada." Cuando venía alguna religiosa de otra casa más pobre, cuidaba de la compostura de sus vestidos ó de si había necesidad de darle otros nuevos. No raras veces sucedió que la Madre, conmovida, no pudo menos de llorar al ver la ropa blanca tan usada y hecha girones; y no sólo lloraba movida de compasión sino también de alegría, viendo ante sus ojos la prueba de la pobreza de sus hijas.

Cuando alguna religiosa se ponía mala, la Madre no omitía medio alguno para que recobrase la salud. Hallábase gravemente enferma de los ojos una aspiranta. Al punto mandó la Madre Barat que fuera á París para que la viera un célebre oculista. Cuando el médico llegó, estaba la Madre en el refectorio, y sin reparar en sus ochenta y cuatro años se levantó para ir en busca de él. De pie, con la cabeza inclinada, observaba con la más viva atención el rostro del médico para leer en él el juicio de la enfermedad. Cuando dijo el doctor que no había peligro alguno, la madre extendió los brazos, tomó amorosamente con sus manos la cabeza de la joven, y exclamó: "¡O amada hija, no perderás la vista!" Proveía con especial amor á la elección de enfermera, y sabía disponer en este punto las cosas con extraordinario acierto. No había oficio que le pareciera

excesivamente humilde. Á una de sus hijas, que había perdido el uso de los miembros, le ponía los manjares en la boca con tanta ternura, como la que pudiera mostrar la más cariñosa de las madres en la asistencia de sus hijos. Estaba postrada en cama en la enfermería una novicia á causa de una ligera fiebre, y en aquel tiempo mismo la Madre Barat sentía agudos dolores en un pie; pero no obstante se presentó de repente en la enfermería al lado de la enferma. "¿Vos aquí, venerable Madre?" exclamó la novicia admirada. "Silencio, hija; no me descubráis", respondió la Madre Barat. "He querido ver por mí misma si estabais bien asistida, y he subido de rodillas la escalera."

Aun á las familias de sus hijas espirituales abrazaba en su amor tomando parte en sus alegrías y en sus penas. En varias cartas se echa de ver que había excogitado el medio de reconstituir con la dote de sus hijas la fortuna de algunas familias que habían venido á pobreza. Con el mayor gusto ayudaba á los miembros de las familias de las religiosas, educando á sus hijas en alguna casa de la orden. "Lo mismo habría hecho yo con mi familia", decía. En esto como en todo aumentaban el valor de la buena obra la ternura y amor con que la hacía. Cuando llegaba á su noticia que alguna religiosa había perdido á su padre ó á su madre, recordábale del modo más consolador, que en la tierra le quedaba una Madre y en el cielo un Padre; y procuraba que el alma de sus difuntos padres fuese encomendada á las oraciones de la comunidad.

Pero si las penas y dolores corporales de todo género eran objeto de la compasión de la Madre Barat, todavía se compadecía en mayor grado de las pruebas y penas interiores con que son visitadas sobre todo las almas perfectas. "Todo cuanto me decís del estado de vuestra alma, me llega muy al corazón", escribía á una de las más antiguas religiosas. "¿No es verdad que nuestro divino Señor y Maestro os trata como á esposa muy amada? Habéis esperado fiel y valerosamente en él, y por esto participáis ahora de toda la amargura del cáliz de su pasión. Verdaderamente os trata el Señor como á su hijo único. Por mi parte casi envidio vuestra felicidad. Esta es la suerte de las almas generosas en quienes reina el amor perfecto."<sup>1</sup>

No había miembro alguno de su numerosa familia religiosa á quien no amara sinceramente; pero si había algunas religiosas especialmente amadas de la Madre Barat, estas eran las hermanas legas, pues le representaban de un modo más vivo la humildad de su divino esposo. Siempre que podía, las ayudaba en sus oficios, así en la cocina como en el jardín. Cierta día se prestó á cuidar de las vacas mientras la hermana encargada de este oficio limpiaba el establo. Con visible agrado tomó la vara, atendió á los animales como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa. "Acá en la tierra", dijo una vez en la recreación, "las religiosas de coro somos las primeras; pero me temo que allá arriba haya otro orden, y

<sup>1</sup> Á la Madre Grosier, Turín, 2 de julio de 1832.

que algunas hermanas que cumplen con perfección sus humildes oficios en presencia de Jesucristo, estén en el cielo más altas que nosotras." Cuando esto oyó la sencilla y santa hermana Francisca, que era la cocinera, exclamó muy alegremente sorprendida: "¿Será posible, venerable Madre, que desde mi cocina pueda yo llegar á un lugar alto en el cielo?" —"Sí por cierto, Francisca; si queréis, podéis obtener en el cielo un lugar mejor que el que me corresponda á mí, que no hago casi nada, aunque en todo debo dar buen ejemplo." Otra vez había hablado la Madre á todas las religiosas de la casa acerca de la humildad. Cuando hubo terminado, despidió á las de coro y mandó que permanecieran las legas. "Quisiera, amadas hijas mías, pidiros un favor", les dijo, "y habéis de concedérmelo desde luego." Todas accedieron al punto. "Os ruego, pues, me permitáis que os bese los pies á todas; pero guardaos de decir nada de esto." "Entonces se arrodilló la Madre," según la relación de una de ellas, "y á medida que iban saliendo, fuéles besando los pies á todas. Ninguna pudo sustraerse á su empeño, aunque éramos muchas." —"La víspera de Navidad", dice otra hermana lega, "se hallaba enferma nuestra Madre y estaba esperando al sacerdote que había de llevarle la sagrada comunión. En el estado de fervoroso anhelo en que se hallaba, habló en voz alta con Nuestro Señor, y á mí me preguntó si se había terminado ya la misa y si vendría á hospedarse en su pecho el Salvador. Respondíle afirmativamente; y ella, poseída de humildad, me dijo: "Tomad agua bendita, hija mía, y bendecidme



haciendo la señal de la cruz en mi frente. Sobrecojime al pensar que yo, pobre hermana, había de bendecir á mi venerada y querida Madre; pero de nada me sirvió mi asombro y hube de obedecer. Jamás en toda mi vida me olvidaré de esto."

Su especial solicitud maternal se mostraba asimismo en el cuidado que tenía de la salud de las hermanas legas. No podía consentir que fuesen sobrecargadas de trabajo, y tenía ordenado que en la ancianidad no les faltase el cuidado y descanso á que se habían hecho acreedoras. Cierta día, hallándose enferma, supo que una hermana lega estaba á punto de morir: "Allá voy", fué su respuesta. Cuando la hermana Vernay reparó en ello, le dijo: "¡Pero si esa hermana es una lega, venerable Madre!" Á lo que replicó vivamente: "¿Una hermana lega? ¿Pues acaso no tiene alma como yo? ¿No es como yo esposa de Cristo? Entre los grandes y los pequeños no hago yo diferencia alguna." Y levantándose del lecho fué apresuradamente á donde estaba la hermana moribunda<sup>1</sup>.

Cuando algún miembro de la respectiva familia de las hermanas legas se veía en alguna necesidad ó en pobreza, luego era socorrido de la Madre Barat conforme á la prudencia y la caridad. "Todos son acreedores á nuestro amor," decía con frecuencia, "pero especialmente las familias de nuestras hermanas."

<sup>1</sup> Para formar juicio del caso, es de notar que la misma hermana Vernay era lega. Así aquella palabra suya: "Es una hermana lega", no es tan cruda como á primera vista parece, sino es sólo la expresión de una humildad tímida é indiscreta.

Este amor fué bien correspondido, pues sus hijas la amaban con afecto verdaderamente filial, no extinguido ni aun por la muerte. Más de treinta años han transcurrido desde su muerte, y todavía dura en todas sus hijas aquel respeto filial tan ardiente, agradecido y fiel como en los mejores días de su peregrinación.

\* \* \*

Este capítulo, relativo al modo de haberse la Madre Barat en el gobierno de la comunidad, no estaría completo si no refiriéramos la especial solicitud y cuidado fidelísimo que consagraba al noviciado como institución en donde se forman los miembros de la orden. En Roma, en París, en Montet, en Conflans, en Kientzheim, en La Ferrandière y en todas partes, su primera visita era á las novicias; y estos renuevos de la orden tenían siempre lugar en sus oraciones. "Me ha causado verdadero gozo," escribía á una maestra de novicias, "ver la lista de postulantas y novicias. . . . Quiera el Señor enviarnos almas generosas que amen su santísima cruz. Almas encogidas y pusilánimes que sólo buscan su propio provecho, no sirven para la orden, son estorbo á la obra de Dios."<sup>1</sup> La Madre Barat sólo quería en su orden almas verdaderamente llamadas por Dios, almas cuya resolución hubiera nacido de la vocación, esto es, de la voz de Dios, las cuales no se determinarán á abrazar la vida religiosa, como por desgracia ocurre con frecuencia, por indiscreto influjo exterior ó movidas de celo mal

<sup>1</sup> Á la Madre Eul. de Bouchaud, Roma, 7 de enero de 1840.

entendido, ó por algún motivo humano, ó por algún arrebató de piadoso entusiasmo, ó por algún sentimiento que pronto se pasa. Contra este influjo en la resolución de entrar en el convento, especialmente en los establecimientos destinados á la educación, previene enérgicamente á una superiora en las siguientes líneas: "Habláis demasiado de la santa vocación y por lo menos indirectamente procuráis ganar vocaciones. Esta es una falta que debéis con sumo cuidado prevenir."<sup>1</sup> No quería que las ventajas exteriores influyeran en el juicio acerca de la admisión de las religiosas á costa de otras conveniencias más importantes.

"Una sola vez en mi vida", pudo decir la superiora general, "he tenido el deseo excesivamente natural de admitir á cierta joven en la orden. Era joven de elevado nacimiento, muy rica é instruída, piadosa y de buena voluntad. Por estas circunstancias creí que podría hacer grandes cosas por el honor del divino Corazón. Pero seguramente no medité bastante el caso en la presencia de Dios, pues habiendo aquella joven empezado bien, después me causó mucha amargura y al fin se salió de la orden."<sup>2</sup>

Á cierta joven que la consultaba acerca de su vocación, le contestó la Madre Barat: "No debéis negaros á contraer el matrimonio á que se os invita, si el temor de causar daño con él á la salud de vuestra alma es vago y dudoso. Para oponer esa negativa

<sup>1</sup> Á la Madre de la Croix, Roma, 28 de marzo de 1842.

<sup>2</sup> Á la Madre Matilde Garabís, París, 2 de diciembre de 1855.

se requieren razones claras que hagan impresión en la conciencia. Temo, querida María, que con palabras indiscretas os hayan hecho concebir ideas falsas y temor exagerado del matrimonio. En este estado se puede salvar el ánima y santificarse. ¡Cuántos casados nos propone la Iglesia para que los honremos como á santos!"<sup>1</sup>

En caso de duda aconsejaba ordinariamente á las jóvenes, que hicieran ejercicios, y siempre que acudieran á la oración; y decía que era indispensable, antes de resolverse, en sintiendo uno la vocación, estar pronto á seguir la voluntad de Dios una vez conocida. Y queriendo que la voluntad de Dios fuese amada sobre todas las cosas, respetaba también la inclinación de las almas á abrazar otra orden religiosa. En un caso semejante escribió estas palabras á una de sus hijas que parecía carecer de esta santa indiferencia: "Rogad por vuestra hermana, pero no os afanéis demasiado por ella. Si Dios la llama á la orden de la Visitación, debe seguir el impulso de la gracia. . . . Tranquilizaos pues."<sup>2</sup> De un modo semejante se hubo respecto de otra de sus hermanas, cuya sobrina quería ser carmelita: "Pido á Jesús", le decía, "que vuestra sobrina sirva á Dios fielmente allí donde ha sido llamada."<sup>3</sup> Otro hermoso ejemplo de magnanimidad dió en un caso semejante en favor de una de las religiosas de su orden que, habiendo entrado

<sup>1</sup> 21 de junio de 1852.

<sup>2</sup> Á la Madre de Clausel, 3 de febrero de 1824.

<sup>3</sup> Á la Madre María de Tinsseau, 2 de octubre de 1864.



en una casa de Italia, declaró después que sentía no haber podido ser carmelita por habérselo impedido su pobreza. Al punto escribió la Madre Barat á la priora del convento en que aquella hermana deseaba entrar, ofreciéndose á dotarla, y tuvo la alegría de que viera cumplido su deseo.—Una vez fué á París cierta joven que había sido educanda en una de las casas de la orden, para consultar á la Madre Barat si debía entrar en el Sagrado Corazón ó en las Hijas de la caridad. La Madre Barat le respondió resueltamente diciendo: “Estoy interiormente convencida de que Dios os llama á las Hijas de la caridad.” La joven siguió el consejo de la Madre, cuyo acierto demostró el buen suceso.

Aunque la Madre Barat y sus hijas tenían por vocación trabajar directamente en provecho del prójimo más que otras órdenes religiosas, nunca olvidó la superiora general, que tan celosa era en la oración, su antigua inclinación á la vida contemplativa, ni el aprecio de ella dentro de la misma orden. “Grande error es”, escribía á la Madre Galitzín, “creer que nuestra Sociedad sólo puede admitir á las que sienten vocación á la vida activa de la orden. Si nos llega á faltar la vida contemplativa é interior, la vida exterior sólo será una sombra, un cuerpo sin alma: ¿qué podremos hacer entonces? En vez de excluir de la Sociedad á las que se sienten inclinadas á la vida contemplativa, debemos admitirlas con alegría, dedicándolas especialmente á la vida íntima de la Sociedad y á la adoración del Santísimo Sacramento.”

Claro es que la Madre Barat, siguiendo su noble naturaleza y los elevados impulsos de la gracia, fijaba su atención lo menos posible en los recursos y bienes materiales. Llamóle la atención una vez la procuradora, diciéndole que miraba muy poco á lo temporal en la admisión de las hermanas. Al oír esta observación la Madre Barat se levantó de su asiento poseída de celo, y dijo: “¿Cuándo ha sido la falta de recursos obstáculo en nuestra Sociedad?”—Cuando se presentaban algunas postulantas con verdadera vocación, pero pobres, mostrábase la Madre Barat especial amor. Á una de ellas, que no sabía como demostrar su gratitud, la interrumpió diciéndole: “Es cosa agradable recibir á otras como nosotras hemos sido recibidas. Yo misma entré en la Sociedad mediando las mismas circunstancias.” Á este desinterés con que la Madre Barat procedía, no negando á ninguna postulanta el ingreso en la Sociedad por falta de dote, atribuyó la misma Madre las bendiciones de Dios sobre la orden, convencida como estaba de que esta conducta es conforme á la voluntad de Dios. Así lo manifestó en una carta á la Madre Rozeville, superiora de Amiens, diciéndole: “Si esa joven tiene vocación, debéis admitirla aunque carezca de dote. El divino Maestro quiere que no miremos ni á la noble estirpe ni á los talentos extraordinarios. Debemos secundar las amorosas intenciones del Señor y admitir á las necesitadas con un corazón magnánimo. Bástenos convencernos de sus virtudes.”

La Madre Barat no dejó de reconocer los santos derechos de los padres y los deberes de los hijos

para con ellos, cuando estos deberes se oponían á que ingresasen en religión. Á cierta joven dijo, que su obligación era permanecer por lo pronto con su anciano padre, que más tarde ella la admitiría y le daría el santo hábito. Pero cuando los padres por egoísmo ó por no querer sacrificar sus afectos, se oponían á la vocación de sus hijas ó les hacían tomar otro estado, ella se disgustaba; y el tiempo confirmó más de una vez el temor que entonces manifestaba, á los funestos efectos que habían de seguirse de no ser acatada la voluntad de Dios. Pero mostraba viva compasión de aquellos padres que se separaban de sus hijos para ofrecerlos á Dios en el claustro.

Á la maestra de novicias le exigía gran solicitud en la oración y la meditación, pues sin esto sería incapaz de cumplir eficazmente su oficio. Tocante á las postulantas y novicias quería que se esforzaran á combatir generosamente los propios defectos y adquirir sólidas virtudes. Por el contrario, moderaba los ímpetus demasiado vivos á la devoción, y detenía á sus hijas en los caminos extraordinarios de la vida espiritual. Así se hubo, por ejemplo, con una joven campesina del Mediodía de Francia, que casi desde sus cinco ó seis años había vivido vida inocente y pasado por muchas pruebas interiores, y hasta había tenido trato y comunicación extraordinaria con el Salvador; la cual en 1844 pidió ser admitida como hermana lega en el Sagrado Corazón. Esta joven es ahora muy conocida por el nombre de María Lataste. Fué admitida, pues dió pruebas de

estar “animada de muy buena voluntad”; pero la Madre Barat advirtió á la maestra de novicias, “que la condujera por los caminos ordinarios de la obediencia y de la propia abnegación”. María Lataste siguió humildemente esta nueva dirección, en la cual halló, como ella misma refiere, “profunda paz interior”. Tres años después, el 10 de mayo de 1847, tuvo una muerte apacible y llena de alegría.

Como la Madre Barat quería que fuese la maestra de novicias para con ellas, así era ella á su vez respecto de las mismas; por efecto de su mucha bondad las compadecía en las contradicciones, penas y tentaciones que según la Escritura Sagrada se ofrecen “á todo el que quiere consagrarse al servicio de Dios” (Ecli. II, 1). Esta tierna é insinuante compasión iba unida con el amor generoso de la cruz, amor que quiere á toda costa ir en pos del Salvador. “Sea vuestro modelo”, escribía, “Jesús humillado, anonadado, crucificado.” Á cierta joven que acababa de entrar, parecióle en extremo dura la nueva vida, y se quiso salir. Con este fin se llegó á la Madre Barat, pero ésta la abrazó y le dijo: “¡Qué sería de nosotros, hija mía, si el Salvador hubiera rehusado llevar su cruz!” Estas breves palabras dieron ánimo y fortaleza á aquella joven para seguir su vocación.

Muy contenta se hallaba la Madre Barat entre sus novicias, y su conducta para con ellas se muestra en aquellas palabras que el príncipe de los apóstoles San Pedro pone en el corazón de los obispos y sacerdotes: “Apacientad la grey que os ha sido confiada, no con violencia sino según la voluntad de Dios...”



con amor, no como aquellos que dominan sobre la heredad del Señor, sino como los que de corazón han llegado á ser modelo del rebaño" (1 Petr. V, 2. 3). Durante la recreación se sentaba en un banco del jardín, y en torno suyo se sentaban las novicias, con las cuales conversaba tan alegre y jovialmente, que todas las hermanas se alegraban y preferían á cualquiera otra recreación el estarse allí con ella. No le agradaban los rostros tristes, ni los caracteres reservados. "La primera regla de la casa es que nadie se fastidie", decía frecuentemente, y acudía al ejemplo de Santa Teresa. Cierta día, visitando ésta uno de sus monasterios, advirtió que las hermanas, movidas de celo por el recogimiento y la mortificación, no se permitían chanzas inocentes ni dichos ingeniosos. La santa enteramente sorprendida dijo: "¿Qué sería, oh Dios mío, de nuestros monasterios si tales principios se difundieran en ellos? Pronto se agotaría en nuestros corazones aquella amable y alegre gracia que es del mismo Jesucristo. Harto trabajo es que seamos simples por naturaleza, para querer además serlo por gracia."

Á veces la Madre Barat hablaba á las novicias explicándoles las reglas y estatutos de la orden, los medios de alcanzar la perfección cristiana y evangélica, y el modo y forma de hacer oración mental. Sobre estos puntos citaba las palabras de la Sagrada Escritura, especialmente las epístolas de San Pablo. También usaba de parábolas y semejanzas, tomadas de la vida ordinaria. Su lenguaje era sencillo y vigoroso, y á veces llegaba á ser en estas exhortaciones

vehemente y arrebatado, pues ni en sí misma ni en sus hermanas podía consentir, como escribe la Madre Duchesne, "flaqueza ni sensibilidad mujeriles", por lo cual las obligaba cada vez más á vigilar sobre la propia conducta tocante á la abnegación de sí mismas, á la mortificación, á la humildad, para conseguir por último que la propia voluntad estuviera del todo sometida á la voluntad divina, y que Dios reinara verdaderamente en el alma.

Sólo cuando este bien se consigue, deben de consagrarse las religiosas al servicio del prójimo, y pueden ganarle para Dios, porque sólo entonces buscan única y exclusivamente el honor de Dios.

Recomendaba á las maestras de novicias, que ejercitaran á las hermanas jóvenes en los trabajos más humildes de la casa, y sobre todo, que les quebraran la propia voluntad. Las novicias debían querer para sí los vestidos deteriorados, imponerse privaciones y abrazar de buena voluntad las cruces, grandes ó pequeñas, que el Señor se dignara enviarles. Una vez, la víspera de Pentecostés del año 1827, en una plática que dirigió á las novicias, hablando de las almas entera y verdaderamente sometidas al Señor, dijo: "Estas almas corren hacia adelante, vuelan: la cruz ya no es cruz para ellas sino báculo en que se apoyan en todo el curso de su vida. . . . Las espinas ya no son tales espinas, sino corona que, como en otro tiempo Santa Catalina de Sena, así la reciben ahora dichas almas de las manos de su Señor; corona que ellas mismas oprimen contra sus sienes para gozarse en el dolor que les causa. . . . ¡O amadas her-

manas! Si tan bello es el espectáculo que ofrece una sola alma que recibe plenamente el influjo de la gracia de Cristo, ¿cuál no será la hermosura del que ofrece toda una comunidad, toda una orden religiosa que obedece con entera fidelidad á este divino impulso?"

En otro lugar hemos hecho mención de la Madre Desmarquest, la cual tuvo á su cargo por espacio de treinta años la formación de las novicias, y de la Madre Goetz, que le sucedió en este cargo en Conflans (1847). Ya conocemos cuán elevado concepto tenía de esta hermana la Madre Barat. Una religiosa de la orden, de quien había sido maestra en el noviciado la Madre Goetz, escribe de esta Madre las siguientes palabras: "Vivia de la oración de suerte que Dios se dejaba sentir en ella. . . . En torno suyo hacia surgir las virtudes y la dicha y la alegría. . . . su dirección llevaba impreso el sello de la prudencia, de la fortaleza y de la grandeza de ánimo. . . . En el noviciado de Conflans gozaban las novicias de aquel 'reposo en el orden', en que San Agustín cifra la paz celestial."

Gran paso fué en la ejecución del plan de la Madre Barat y en orden al porvenir de la Sociedad del Sagrado Corazón haber nombrado la superiora general á la Madre Goetz superiora del gran noviciado de Conflans. La misma Madre Barat ayudaba en esta obra cuando permanecía en Conflans, y cuando estaba ausente, por medio de cartas. Eso mismo dijo á las novicias cuando les mostró á la Madre Goetz como á su futura maestra: "La Madre

Goetz me dará cuenta de cada una de vosotras, y siempre que yo venga á Conflans, os veré y os hablaré." Á la Madre Goetz le escribía desde Roma estas palabras: "Contemos ante todo con su auxilio (el del divino Corazón). Cuanto menos ponemos nosotras de nuestro caudal, tanto más ayuda nuestro Señor, de suerte que á pesar de las numerosas faltas que cada cual comete, todas se adelantan en la virtud, pues allí obra Dios donde se trata del progreso del alma. Los cuerpos están en la mano del hombre; pero las almas se las ha reservado para sí nuestro Criador y Redentor, el cual quiere en verdad servirse de nosotras para la salvación del prójimo, pero siempre como de instrumentos: Dios solo es quien mueve los corazones; dejémosle pues obrar en ellos."

Jamás dejó de contar la Madre Barat en el noviciado con el auxilio y dirección de sacerdotes prudentes. Citaremos aquí al Padre Varín, al célebre predicador el Padre de Ravignán y al Padre Barelle, en quien reconocimos allá en Lyon al entusiasta adorador del divino Corazón.— El Padre Varín se presentó en el noviciado mostrando un afecto y solicitud verdaderamente paternos. "¡Qué bueno es Dios!" Así empezaba sus pláticas en forma de sencilla conversación, dirigiéndose á las novicias agrupadas en torno suyo. Su ardiente celo estaba mezclado de dulzura y bondad, como sucede en los ancianos que como él se hallan enteramente poseídos del amor de Dios. Hablando formalmente unas veces, y otras en broma, sus palabras, llenas de infantil candor, versaban siempre sobre el amor de Dios que



es nuestro padre y nuestro sumo bien, el bien más propiamente nuestro. "Una vez tuve el placer", decía en cierta ocasión á las novicias, "de contar de cuántas maneras es mío Jesucristo, y luego entendí que no hay cosa ninguna á la cual pueda llamar yo mía tan absolutamente como á nuestro divino Salvador."

Su sentencia favorita era: "¡Valor y confianza!" Servía á Dios con entusiasmo y alegría. "¡Necio de aquél", decía, "que durante la tempestad no cree que el cielo se tornará sereno!" Más necio es todavía el que en medio de la aflicción no se pone en manos de aquel que la envía.—También hablaba á "sus hijas" con frecuencia de la Madre de Dios. "Conocí á un anciano", les dijo una vez, "que todas las tardes reunía á sus hijos y nietos, y les hablaba de su madre, que hacía largo tiempo estaba en el cielo. Yo también soy un padre y vengo á mis hijas para hablarles de su madre. ¡Y de qué madre!"—Ya hemos referido cómo este anciano de ochenta años, quebrantado en la salud, visitó durante todo el tiempo que pudo, hasta en el mes de enero de 1850, el noviciado de Conflans. Postrado ya en el lecho de muerte, en abril de aquel mismo año, todavía se acordaba con invariable afecto de la orden del Sagrado Corazón. Cuando le administraron la Extremaunción, lloró de alegría. Sus restos mortales, sepultados primero en el cementerio de Mont Parnasse, fueron exhumados en noviembre de 1877 y trasladados á la bóveda de la orden del Sagrado Corazón en Conflans.

El Padre de Ravnán había dedicado ya una serie de pláticas familiares el año de 1839 á las religiosas

de París, empleando aquel lenguaje sencillo y ferviente de que sabía usar hablando con ellas, muy diferente del que empleaba en la antigua iglesia de Nuestra Señora, dirigiéndose á un auditorio apiñado, ansioso de oírle, pero desgraciadamente incrédulo en su mayoría y alejado de Dios, para probar la grandeza, la santidad y aún la existencia del mismo Dios. Así como las pláticas del Padre Varín trataban siempre de la alegría del alma en Dios y de la confianza en Dios, así las del Padre de Ravnán estaban penetradas del amor á la cruz y á la vida oculta de unión con Cristo. Quería que las hermanas se olvidasen de sí mismas y se acordasen de la salud de los pecadores. "¡O amadas hermanas!" les decía, "aquí, lejos del tumulto del mundo, apenas sospecháis lo que sucede fuera en medio de ese caos de fango y de tinieblas. En verdad, no podéis luchar con las almas como nosotros los sacerdotes, pero sí podéis padecer por ellas." El año de 1852 le hallamos de nuevo en el noviciado de Conflans. Habiendo padecido una grave enfermedad á fines de octubre, las hermanas hicieron por su salud una novena al Sagrado Corazón, y el día 1º de noviembre se vió repentinamente sano. El mismo día visitó á la Madre Goetz y le prometió cooperar fielmente con ella "en el espíritu y para el honor del Sagrado Corazón". En cierta ocasión le escribía estas palabras: "En el fin de mi vida, la cual han tornado inútil mis pecados, Dios me ha otorgado un consuelo que no me merezco, el de comunicar con el amado convento de Conflans y con su superiora." Sus pláticas eran siempre elevadas

y tranquilas aun en medio de su entusiasmo. Qué impresión causarían estas pláticas, que procedían de lo íntimo de su corazón, podremos colegirlo de las siguientes palabras, tan sencillas como conmovedoras, que pronunció pocos días antes de su muerte, cuando, consumido por la fiebre y el insomnio, respondió á uno de sus hermanos, que le había preguntado cómo había pasado la noche: "El tiempo no se me hace largo. Hago oración y pienso que el Salvador es infinitamente bueno, y que es infinitamente dichoso, y con estos pensamientos siento aliviarseme la pena que me causa el pensar que yo soy malo y desdichado en la tierra!" Murió el día 26 de febrero de 1858.

El interés y celo del Padre Barelle en promover el progreso espiritual del noviciado y de las hermanas en general eran tan ardientes, que este Padre se daba á sí mismo el nombre de "apóstol de la orden del Sagrado Corazón". Siguiendo los deseos de la Madre Barat dirigió muchas veces los ejercicios anuales en Conflans, y visitó con frecuencia las otras casas de la orden, especialmente las del Mediodía de Francia. Su incesante solicitud por ellas de tal modo la apreció la Madre Barat, que sin el saberlo pidió al general de la Compañía de Jesús permiso escrito para llamarle en todas las casas de la orden donde quiera que se hallara. Este permiso fué concedido.

El Padre Barelle representaba á las hermanas en el lenguaje y la intención de sus pláticas al tan humilde como ferviente Padre Varin. El espíritu de la dirección interior de este religioso, se echa de ver en las siguientes palabras que en cierta ocasión pro-

nunció: "Jesús, nuestro Padre celestial, quiere que sus hijos se formen según el modelo de su santísimo corazón. El corazón es como el metal: sólo se funde en la fragua del sufrimiento y del sacrificio, sólo con el amoroso fuego que todo lo consume. ¡Cuán hermosa y magnífica se parece esta segunda creación, cuando está en ella misma la forma divina del corazón de Cristo!"



#### CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO.

##### EL TRÁNSITO.

**PENSANDO** en la poca salud y en los achaques que casi constantemente padeció la venerable sierva de Dios, aun prescindiendo de las repetidas enfermedades que pusieron en peligro su vida, no pueden menos de causar admiración las arduas y continuadas obras que llevó á cabo como fundadora y superiora general por espacio de muchos años de una orden tan vasta como es la del Sagrado Corazón. Además del valor y extraordinaria actividad de la Madre Barat contribuyó á este resultado la protección especial de Dios, que la adornó de fortaleza celestial. Debe además considerarse como efecto de la bondadosa providencia de Dios, que la Madre Barat, á pesar de su flaqueza corporal, de tantos cuidados como pesaban sobre ella, y de tantas mortificaciones, trabajos, viajes y enfermedades, alcanzase una edad á la cual son pocas las personas que llegan aún en medio de comodidades y regalos, pues aunque el



y tranquilas aun en medio de su entusiasmo. Qué impresión causarían estas pláticas, que procedían de lo íntimo de su corazón, podremos colegirlo de las siguientes palabras, tan sencillas como conmovedoras, que pronunció pocos días antes de su muerte, cuando, consumido por la fiebre y el insomnio, respondió á uno de sus hermanos, que le había preguntado cómo había pasado la noche: "El tiempo no se me hace largo. Hago oración y pienso que el Salvador es infinitamente bueno, y que es infinitamente dichoso, y con estos pensamientos siento aliviárseme la pena que me causa el pensar que yo soy malo y desdichado en la tierra!" Murió el día 26 de febrero de 1858.

El interés y celo del Padre Barelle en promover el progreso espiritual del noviciado y de las hermanas en general eran tan ardientes, que este Padre se daba á sí mismo el nombre de "apóstol de la orden del Sagrado Corazón". Siguiendo los deseos de la Madre Barat dirigió muchas veces los ejercicios anuales en Conflans, y visitó con frecuencia las otras casas de la orden, especialmente las del Mediodía de Francia. Su incesante solicitud por ellas de tal modo la apreció la Madre Barat, que sin el saberlo pidió al general de la Compañía de Jesús permiso escrito para llamarle en todas las casas de la orden donde quiera que se hallara. Este permiso fué concedido.

El Padre Barelle representaba á las hermanas en el lenguaje y la intención de sus pláticas al tan humilde como ferviente Padre Varin. El espíritu de la dirección interior de este religioso, se echa de ver en las siguientes palabras que en cierta ocasión pro-

nunció: "Jesús, nuestro Padre celestial, quiere que sus hijos se formen según el modelo de su santísimo corazón. El corazón es como el metal: sólo se funde en la fragua del sufrimiento y del sacrificio, sólo con el amoroso fuego que todo lo consume. ¡Cuán hermosa y magnífica se parece esta segunda creación, cuando está en ella misma la forma divina del corazón de Cristo!"



#### CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO.

##### EL TRÁNSITO.

**P**ENSANDO en la poca salud y en los achaques que casi constantemente padeció la venerable sierva de Dios, aun prescindiendo de las repetidas enfermedades que pusieron en peligro su vida, no pueden menos de causar admiración las arduas y continuadas obras que llevó á cabo como fundadora y superiora general por espacio de muchos años de una orden tan vasta como es la del Sagrado Corazón. Además del valor y extraordinaria actividad de la Madre Barat contribuyó á este resultado la protección especial de Dios, que la adornó de fortaleza celestial. Debe además considerarse como efecto de la bondadosa providencia de Dios, que la Madre Barat, á pesar de su flaqueza corporal, de tantos cuidados como pesaban sobre ella, y de tantas mortificaciones, trabajos, viajes y enfermedades, alcanzase una edad á la cual son pocas las personas que llegan aún en medio de comodidades y regalos, pues aunque el

año 1829 hubo de temerse por su vida, le fué dado permanecer entre sus hijas y discípulas hasta el de 1865. Cuando acabó su misión en la tierra, invocó á su eterno esposo pidiéndole el eterno descanso y bienaventuranza.

Nuestro Señor le envió primero mensajeros, según la expresión del Breviario, que le anunciaran la proximidad del esposo. Los cuales llamaron á sus puertas uno después de otro suavemente, pero de un modo perceptible. Los miembros de la santa se negaron á obedecerla: sus pies apenas podían sostenerla; su voz cada vez se tornaba más débil; el sueño huyó de sus párpados; la necesidad de sustentarse era cada vez menos sensible, y el decaimiento de sus fuerzas cada vez mayor. Cuanto mejor conocía la Madre que ya no podía permanecer mucho tiempo con sus hijas, tanto mayor era el celo con que procuraba instruir á su vicaria general en su propio espíritu y en la manera de gobernar á la orden. Su humildad la indujo á repetir muchas veces en sus prolongadas pláticas, que había desempeñado mal el cargo de superiora general, y que no había correspondido á los designios de Dios.

Otro de los mensajeros de la eterna patria fué la muerte de una de sus asistentes generales, la Madre de Brou, que voló al eterno descanso el mismo día en que la Madre Barat cumplió 85 años, diciendo al morir: "¡O Jesús, mi Señor, mi Maestro, mi todo: ven y busca á tu esposa! ¡Condúcela á las eternas moradas!"

No parece sino que estas palabras de aquella madre en el trance de la muerte parecían dicta-

das por la Madre Barat y en su nombre. Por lo menos el espíritu de esta oración convenía más que nunca con el suyo. Hé aquí las palabras que ordinariamente pronunciaba: "Ahora tengo que disponer tal ó cual cosa; después quiero ir al Padre." Cada vez reinaba más y más en su corazón el anhelo por ir á Jesús, y al mismo tiempo crecía en ella el deseo de inflamar más y más en el amor de Cristo el corazón de sus hijas. "Decid á vuestras hermanas," repetía con frecuencia á una superiora, "que amen muy de corazón á Nuestro Señor y Salvador, á Nuestro Señor y á las almas, y que á estas las amen como Él las ha amado, es decir, hasta sufrir y ofrecerse por ellas en sacrificio." Así también en la felicitación por el año nuevo de 1865: "Cuando escribimos", decía, "solemos subrayar las palabras á que queremos dar mayor expresión. Pues, hijas mías, las que yo subrayo, son éstas: *Todo, absolutamente todo, por el Corazón de Jesús.*"

Al entrar la primavera concibieron de nuevo las hermanas alguna esperanza; pero la Madre Barat no participaba de ella, según se echa de ver en todas las cartas que escribió en los meses de marzo y abril.

Por entonces llegó de Amiens una triste noticia: la que "fué cuna de la orden del Sagrado Corazón", el primero y más antiguo monumento que daba testimonio de aquellos principios laboriosos y de aquellos sacrificios penosos que eran coronados con santa alegría, había sido destruído. Esta noticia causó en el corazón de la Madre Barat el dolor de un verdadero



sacrificio, y fué un nuevo golpe á los inocentes lazos que aun la encadenaban á la tierra.

Así se acercaba el mes de mayo. El día 9 de este mes se despidió, sin advertir que era la última despedida, de las niñas del pensionado. Á estas puras almas infantiles, para que Dios morara en ellas, había consagrado las mejores fuerzas de su vida; y todavía, á pesar del decaimiento en que estaba, quería procurarles nueva alegría. Después de haber repartido frutos y golosinas á la inocente turba y de haber hablado con ellas, les exigió que le prometieran que jamás ofenderían al divino Salvador. ¡Qué no habrían prometido aquellas niñas á su amada Madre! “Pues si vosotras, hijas mías,” les decía la Madre Barat, “cumplís vuestra palabra, nos volveremos á ver en compañía de Jesús y de María.” Después les dió la bendición y se despidió de ellas. El camino del cielo se hacía ya más corto después de esta despedida.

Acercábase la fiesta de la Ascensión. El 21 de mayo, domingo anterior á esta fiesta, que debe suscitar en todos los cristianos un vivo deseo del cielo, hizo la Madre Barat otra visita de despedida. Á la hora del recreo del medio día se presentó entre las hermanas del tercer año de probación, y les habló más claramente que á las niñas. “Me apresuro á venir á vosotras, porque ¡el jueves al cielo! Por esto deseaba yo que nos viéramos esta otra vez.” Las hermanas oyeron estas palabras, pero sólo les atribuyeron un sentido espiritual; nadie pensó en darles un sentido literal, y menos aun hallándose como se hallaba la Madre serena y en todo su juicio. Hablaba mucho de

los estragos y desolación que produce en el pueblo la enseñanza irreligiosa; y de aquí concluía que sus hijas, llamadas por su parte á enseñar, debían emprender toda obra oportuna con buena voluntad y espíritu de sacrificio para contribuir á extirpar este cáncer social.

Las hermanas legas aprovecharon la ocasión favorable para colocarse por donde había de pasar la Madre Barat y oír de sus labios algunas palabras amorosas. La superiora general les habló de las virtudes especialmente necesarias en su estado. “Sed siempre, amadas hijas, muy humildes,” les dijo, “pues si en la escala de la virtud falta el peldaño de la humildad, no es posible subir al cielo.” Y dando algunos pasos se volvió de nuevo á ellas y añadió: “Rogad por mí luego que me tome la muerte.” ¡Nueva despedida y nuevo paso hacia la despedida final! Por la tarde escribió la Madre Barat una carta de ocho páginas á la superiora de Riedenburgo, dando en ella magnífico testimonio de su libertad de espíritu y fortaleza de ánimo. Esta fué su despedida de las hermanas que estaban lejos de ella, esta su última carta. Después hizo de rodillas la oración de la tarde y salió del coro como la última de las hermanas.

Amaneció el día 22 de mayo. En este día se levantó la superiora general según costumbre á las cinco de la mañana, y poco después quedó profundamente engolfada en meditación. Estaba de rodillas, con el crucifijo en las manos, y como fuera de sí, de suerte que no oyó á la hermana enfermera que llamó repetidas veces. Durante la misa llamó la atención su gran recogimiento, mayor aun que de ordinario;

hasta las ocho y media duró en la acción de gracias, y después se retiró á su celda. Aquí repasó la correspondencia que entretanto había llegado, y habiendo salido al desayuno dijo á la enfermera que acababa de llegar: "Hoy no me encuentro del todo bien."— Inmediatamente después se llevó de repente las manos á la cabeza diciendo: "¡Mi cabeza, mi cabeza!" Parecía que iba á sobrevenirle una congoja, pero no consintió la enferma que la llevaran á acostarse, aunque por último tuvo que acceder á la instancia de las hermanas. Apresuróse á venir inmediatamente la Madre Goetz, que también se hallaba enferma; la cual se sorprendió ante el estado de la Madre Barat, pálida como un cadáver, inmóvil, con los ojos cerrados y las facciones desfiguradas. Todavía habló la enferma algunas palabras, pero de repente perdió el uso de la lengua. Los tres médicos que inmediatamente llegaron, dijeron que aquello era una apoplejía. Todo cuanto hicieron por alejar el peligro ó curar á la enferma, fué en vano. Ya no pudo volver á pronunciar palabra. El silencio de la muerte descendió sobre ella.

Hacia algún tiempo había dicho en presencia de varias de sus hijas: "Si Dios accede á mis ruegos, no hablaré palabra en el trance de la muerte: en este caso no podrán ser repetidas mis últimas palabras." Dios quiso acceder á las súplicas de su humilde sierva; la Sociedad del Sagrado Corazón había ya oído repetidas veces en los últimos tiempos del modo más conmovedor el testamento espiritual de su fundadora. Sin pérdida de tiempo fueron administrados á la enferma los santos sacramentos. Su confesor, el

P. Gamard, de la Compañía de Jesús, la confesó por señas, y á eso del medio día le administró el santo viático. Entretanto el rostro de la venerable Madre había recobrado su tranquilidad ordinaria.

En los días siguientes permaneció inmóvil y con los ojos cerrados. Pero cuando la vicaria general le pidió la bendición para toda la orden, levantó al punto la mano. La prontitud con que de este modo respondió á los deseos de la vicaria general, de tal modo conmovió á las hermanas que rodeaban su lecho, que no pudieron menos de derramar abundantes lágrimas. También tomó parte la moribunda en las oraciones que se decían; quiso besar el crucifijo, darse golpes de pecho ó hacer la señal de la cruz. Entretanto la Madre Goetz había pedido por telégrafo la bendición pontificia, que le fué transmitida al punto por medio de Monseñor Merode aquella misma noche, de suerte que la Madre Barat pudo recibir este consuelo la mañana del día 24. Como uno de los médicos le levantara un poco el párpado derecho y le rogara que oprimiera la mano de la vicaria general en señal de que aun conservaba el conocimiento, ella volvió el rostro hacia la Madre Goetz y le estrechó la mano con maternal afecto.

Acercábase el jueves, fiesta de la Ascensión del Señor, á la cual había aludido la enferma; su estado se empeoraba á cada momento, y el pulso era cada vez más débil. Hacia las nueve y media de la noche del jueves se presentaron señales de próxima muerte. El Padre Gamard le dió repetidas veces la absolución y dijo las oraciones de los moribundos. La respira-



ción de la enferma era cada vez más tenue. Próximamente serían las once de la noche cuando la Madre Barat entregó su alma en las manos de Dios. Era la última hora del día en que celebra la Iglesia la Ascensión del Señor, del cual había dicho el domingo anterior: "¡El jueves al cielo!"

La Madre Barat había muerto humilde y silenciosamente como había querido vivir; pero su vida no había sido estéril; no fué á presentarse con las manos vacías en presencia de su esposo y de su juez. En toda la tierra lloraban de rodillas á su madre numerosas hijas; mil trescientas sesenta y ocho religiosas del Sagrado Corazón, orden fundada por ella, la habían precedido y esperaban en el cielo, como piadosamente creemos, á su amada madre, para introducirla en las moradas donde ellas gozan de la alegría del Señor.

El cuerpo fué puesto sobre un túmulo, y no sólo las religiosas y las educandas sino multitud de extraños vinieron á ver á aquella Madre bienhechora y á honrarla por última vez; y allí permanecieron mostrando el respeto y el elevado concepto que tenían de ella. Para satisfacer los piadosos deseos de muchos fieles fué preciso que varias hermanas tocasen objetos piadosos á aquellos venerados restos mortales. Yacía la Rev. Madre vestida con el hábito de la orden, ceñida la cabeza con una corona de rosas blancas, y el crucifijo, el rosario y un ramo de azucenas en las manos. Sus facciones expresaban la misma paz y tranquilidad que de ordinario, un como reflejo de aquella paz bienaventurada en cuya posesión había entrado su alma.

El lunes siguiente, 29 de mayo, se celebró el oficio solemne de difuntos en la capilla privada del convento de París. Cuando después de la misa fué sacado el cadáver de la clausura y alejado de aquellos lugares, rompieron en sollozos las niñas á quienes la sierva de Dios había bendecido y exhortado pocos días antes, y extendieron los brazos hacia la caja, como si quisieran que se quedara con ellas su venerada Madre. El cortejo fúnebre, extraordinariamente numeroso, y en el cual se veían especialmente los pobres, que tan frecuentemente habían sido socorridos por la difunta, tomó el camino de Conflans; allí, en una bóveda, debajo de la capilla de la Dolorosa, descansan los restos de la venerable sierva de Dios.

Una losa de mármol sin adorno ninguno cubre el sepulcro. Debajo de los Corazones de Jesús y de María, escudos de la Sociedad, cercados de azucenas, se lee la siguiente inscripción compuesta por el Padre A. Angelini, S. J.:

Hic quiescit in pace Christi  
MAGDALENA LUDOVICA SOPHIA BARAT,  
Quae Societatem virginum a Corde D. N. Jesu constituit  
Et mira suavitate et prudentia rexit añ. LXII.  
Quo latius eam fundi et florere conspexit,  
Eo demissius se abjecit uni Deo omnia tribuens.  
Decessit VIII. Kal. Jun. festo die Christi ascendentis  
in coelum

Añ. MDCCCLXV annos nata LXXXV. m. V. d. XIII.

Ave et vale, bona mater,  
Vive in Deo, memor nostrum  
Quas divino Cordi genuisti.

“Aquí descansa en la paz de Cristo Magdalena Luisa Sofia Barat, fundadora de la Sociedad de Virgenes del Corazón de Jesús Nuestro Señor, á la cual por espacio de 62 años rigió con admirable suavidad y prudencia. Cuanto más vió extenderse y florecer su obra, más ella se humilló atribuyendo todo el honor á Dios solo. Murió el 25 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, año de 1865, á la edad de 85 años, 5 meses y 13 días. Adiós, cara y bendita Madre. Vive en Dios y acuérdate de nosotras á quienes has engendrado para el divino Corazón.”



CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.

LAS VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE BARAT. — CONCLUSIÓN.

ASÍ como quedó defraudada le esperanza de oír de boca de la Madre Barat á la hora de su muerte algunas palabras memorables, así también fué vana la de hallar abundantes escritos suyos, en que se descubrieran los misterios de la gracia, y especiales indicaciones acerca de su vida interior. Todo esto lo habfa destruído la Madre Barat á tiempo. Sólo se salvó una hoja, que contenía en forma de testamento, fechado en abril de 1863, varias comunicaciones prácticas dirigidas á las religiosas del consejo de la orden, y terminaba con la confesión de su humildad á vista de “su gobierno tan defectuoso y más miserable”.—“El Corazón de nuestro misericordioso Salvador me perdone.”

Aquella comunicación que había mediado entre su alma y el divino Salvador, sólo á ella importaba, y el revelarla, más habría servido para satisfacer una santa curiosidad, que para edificar á las demás. “Tienen las reglas, tienen mis consejos y sobre todo tienen á los padres y superiores espirituales”, diría la venerada difunta. Hubiera podido añadir que tenían también una cosa: los magníficos ejemplos de virtud que como la primera y la superiora de la orden había dado á todas sus hijas y sucesoras.

Este es pues el lugar de trazar en breves líneas el cuadro de su vida virtuosa, antes de separarnos del sepulcro de la Bienaventurada. También aquí se cumplen aquellas palabras: “*Defunctus adhuc loquitur.* Todavía habla el difunto”; y sus palabras son éstas: “*Todo, absolutamente todo, por el Corazón de Jesús.*”

Fijó siempre su ánimo en lo que dijo á las hermanas legas cuando se despidió de ellas, hablándoles del fundamento de la verdadera santidad, á saber, que en la escala de la virtud sin el peldaño de la humildad no se puede llegar al cielo. Jamás dejó de tener presente esta verdad fundamental de la vida cristiana, tanto más cuanto más especialmente necesaria era en ella una humildad profunda é inalterable en razón de su elevado cargo y de la responsabilidad que de él procedía. En cada una de sus palabras se echaba de ver cuán penetrada estaba del espíritu de la humildad. “San Juan”, decía la Madre Barat, “no cesaba de repetir en sus últimos tiempos estas palabras á sus discípulos: ‘Hijos míos, amaos los unos á los otros.’ Pues yo por mi parte no dejaré de repetir hasta mi



“Aquí descansa en la paz de Cristo Magdalena Luisa Sofia Barat, fundadora de la Sociedad de Virgenes del Corazón de Jesús Nuestro Señor, á la cual por espacio de 62 años rigió con admirable suavidad y prudencia. Cuanto más vió extenderse y florecer su obra, más ella se humilló atribuyendo todo el honor á Dios solo. Murió el 25 de mayo, fiesta de la Ascensión del Señor, año de 1865, á la edad de 85 años, 5 meses y 13 días. Adiós, cara y bendita Madre. Vive en Dios y acuérdate de nosotras á quienes has engendrado para el divino Corazón.”



CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO.

LAS VIRTUDES DE LA VENERABLE MADRE BARAT. — CONCLUSIÓN.

ASÍ como quedó defraudada le esperanza de oír de boca de la Madre Barat á la hora de su muerte algunas palabras memorables, así también fué vana la de hallar abundantes escritos suyos, en que se descubrieran los misterios de la gracia, y especiales indicaciones acerca de su vida interior. Todo esto lo había destruído la Madre Barat á tiempo. Sólo se salvó una hoja, que contenía en forma de testamento, fechado en abril de 1863, varias comunicaciones prácticas dirigidas á las religiosas del consejo de la orden, y terminaba con la confesión de su humildad á vista de “su gobierno tan defectuoso y más miserable”.—“El Corazón de nuestro misericordioso Salvador me perdone.”

Aquella comunicación que había mediado entre su alma y el divino Salvador, sólo á ella importaba, y el revelarla, más habría servido para satisfacer una santa curiosidad, que para edificar á las demás. “Tienen las reglas, tienen mis consejos y sobre todo tienen á los padres y superiores espirituales”, diría la venerada difunta. Hubiera podido añadir que tenían también una cosa: los magníficos ejemplos de virtud que como la primera y la superiora de la orden había dado á todas sus hijas y sucesoras.

Este es pues el lugar de trazar en breves líneas el cuadro de su vida virtuosa, antes de separarnos del sepulcro de la Bienaventurada. También aquí se cumplen aquellas palabras: “*Defunctus adhuc loquitur.* Todavía habla el difunto”; y sus palabras son éstas: “*Todo, absolutamente todo, por el Corazón de Jesús.*”

Fijó siempre su ánimo en lo que dijo á las hermanas legas cuando se despidió de ellas, hablándoles del fundamento de la verdadera santidad, á saber, que en la escala de la virtud sin el peldaño de la humildad no se puede llegar al cielo. Jamás dejó de tener presente esta verdad fundamental de la vida cristiana, tanto más cuanto más especialmente necesaria era en ella una humildad profunda é inalterable en razón de su elevado cargo y de la responsabilidad que de él procedía. En cada una de sus palabras se echaba de ver cuán penetrada estaba del espíritu de la humildad. “San Juan”, decía la Madre Barat, “no cesaba de repetir en sus últimos tiempos estas palabras á sus discípulos: ‘Hijos míos, amaos los unos á los otros.’ Pues yo por mi parte no dejaré de repetir hasta mi

muerte estas palabras á mis hijas: Humildad, humildad, siempre humildad. No conozco virtud mayor que ésta!" De este mismo espíritu de humildad, nacido del amor, estaba visiblemente animada cuando el día de jueves santo, para no citar otros ejemplos, les lavaba los pies á las novicias y las servía después la mesa.

Odiaba cordialmente la lisonja y las alabanzas, así las convencionales como las sinceras; y cuando no podía interrumpirlas valiéndose de alguna ocurrencia ingeniosa, procuraba con su silencio que la conversación tomara otro giro. Es costumbre frecuente en los conventos, que la superiora reciba ciertos días de sus hijas determinados obsequiosos testimonios. Como muchas veces no corresponden las fuerzas á la buena voluntad, y se cree poder reemplazar con honrosas exageraciones lo que falta en finura y elegancia ó agradable sencillez en la alabanza, y en suma se da con el incensario en el rostro de la persona á quien se quiere agradar, como dice un ingenioso varón, interviene ordinariamente en tales fantasmas de virtud el orgullo más que la humildad. Por otra parte hubiera sido privar de un rato de expansiva alegría á las educandas y súbditas suprimir esas atenciones ó no querer someterse con rostro sereno á tal tormento. Pero la Madre Barat no podía menos algunas veces de expresar en estas ocasiones, aunque en broma, sus más íntimos pensamientos. Una vez que le ofrecieron una poesía que le habían dedicado, dijo: "Si seguís así, vais á enemistarme con las musas."

Otra vez interrumpió el canto diciendo á las que no guardaban en él el orden y concierto debido: "Hijas

más, estáis cantando tanto, que no sabéis ya lo que decís." Otro día que estuvo oyendo todo el canto, les dijo sonriéndose: "Habéis acabado una música que no es según mi corazón, porque me ha impedido por espacio de diez minutos deciros mi más cordial saludo."

Pero más severa se mostraba cuando ocurría hacer mención de ella en las relaciones que anualmente se escribían de la orden, donde se le atribuía todo género de acciones generosas. Cuando estas relaciones eran leídas, ella interrumpía la lectura tocando vigorosamente la campanilla, y decía: "Yo os pido, buena hermana, que dejéis ese pasaje y todos los demás semejantes á él. No sabía yo que habían de tomarse el trabajo de registrar mis palabras. Si esto mismo se hace en adelante, guardaré silencio."

Tampoco quería que las religiosas escribieran la historia de la orden: "Dejemos virtudes", decía, "y no escritos."

Contra las tentaciones de vanidad tenía siempre un escudo. No pudiendo negar que por lo menos Dios se había servido de ella como de instrumento para fundar aquella orden en que tanta gloria se le daba, decía que la razón de eso era "porque las raíces de las mejores plantas deben estar entre estiércol, y porque los cimientos del edificio se ponen mejor sobre piedras no labradas, que no han de parecer á los ojos de los hombres".— "A mí me ha sucedido lo que á las niñas cuando escriben teniéndoseles la mano: no es maravilla que no escriban del todo mal; mil veces mejor escribiría el maestro si él solo guiara



la pluma. ¡Qué portentos habría ejecutado si hubieran estado enteramente en sus manos las más, torpes y duras!" Otra vez se comparó "con el mármol que en los caminos indica al viajero la dirección que debe seguir, sin moverse él mismo de su lugar". Una de sus más ingeniosas comparaciones se refiere á sus numerosas cartas, que eran de innegable provecho para el progreso de muchas almas, y que abundaban sin duda alguna en pensamientos hermosos y elevados. De estas cartas decía que eran "billetes de banco falsos, los cuales llevan escrita en sí mismos la sentencia de muerte". Pues así como el falsificador señala juntamente con las líneas que dan al billete la apariencia de legítimo, las palabras que amenazan con la muerte al que lo falsifica, así, decía ella, las cartas en que exhortaba á otras á la virtud, ó en que alababa á la misma virtud, contenían su propia sentencia de muerte, pues aconsejaba á los demás lo que ella no hacía. Aquí vemos—dicho sea de paso—que para ser humilde no es preciso perder el buen humor, ó como dice Santa Teresa: no es necesario que parezcamos más simples de lo que somos.

Lo que la Madre Barat no quería confesarse á sí misma, lo decían y repetían con frecuencia, no sólo las educandas y novicias sino cuantas personas la conocían. Una vez hablóle un prelado con sencilla franqueza del mucho bien que hacía por medio de su orden, y atribuía todo este bien especialmente á ella. La Madre Barat le interrumpió de tal manera que el prelado hubo de recoger velas, conociendo

que había herido la fibra más delicada de aquel humilde corazón. Una religiosa que poco después de esta escena entró en su habitación, la halló deshecha en amargo llanto.

Esta constante propensión de su alma en orden á la humildad fué poco á poco imprimiendo señales de sí en todo su ser, tanto que el arzobispo Monseñor Dupont decía de ella, que era "un vivo retrato de la humildad".

No hay en verdad cosa más fácil que hablar mucho de humildad y aun dejar de admitir exteriormente las alabanzas que nos dirigen, pues aun en esto puede haber orgullo refinado. La humildad no ha de ser un árbol estéril, sino debe conocerse por sus frutos.

Uno de los frutos de la humildad es el desasimiento de las cosas terrenas, el amor á la pobreza.

Una vez fué permitido á cierta princesa entrar en la celda de la Madre Barat: "¿Es esta la habitación de la superiora general del Sagrado Corazón?" exclamó admirada. La noble dama hubiera querido haber visto allí muebles elegantes, un hermoso salón con armarios etc., y lejos de esto sólo halló una habitación blanqueada, una mesa ordinaria con un pupitre portátil para escribir en él, y algunas sillas de paja, como las que puede haber en la casa de una familia muy pobre. En el muro pendían un crucifijo y una imagen de la Madre de Dios. Para atenuar los rigores del frío pusieron en cierto invierno cortinas y alfombras en la estancia; pero la Madre Barat tomó todo aquello y lo puso delante de la puerta y rogó á la procuradora que quitara de en medio

aquella superfluidad. También se echaba de ver su amor á la pobreza en la racional economía que practicaba. "Los bienes del convento son bienes de Dios", decía; "deben pues ser usados y distribuidos con discreción, no disipados". No sufría que calentaran su estancia sino en caso de necesidad; las velas de sus candeleros habían de ser enteramente consumidas. Cuando tenía que escribir, pedía papel y plumas, como la última de las novicias, á la hermana que proveía de esto. Todas estas son pequeñeces, pero que manifiestan los sentimientos del corazón y superan á la condición humana. Sin su consentimiento expreso no podía dársele ninguna prenda de vestir nueva; sus delicias eran usar de ropa desechada y remendada. Á los obsequios que le hacían las hermanas de cosas no necesarias ni de uso diario sino de cierta mundana comodidad, aunque no de lujo, se negaba severamente de ordinario. Una hermana le había bordado primorosamente un saco de viaje. Pero la Madre, lejos de darle las gracias por este obsequio, le dijo: "Conozco vuestro buen corazón, pero os amo demasiado para ocultaros cuánto siento que hayáis perdido un tiempo precioso en esta labor. Sea esta la primera y última labor que hagáis de este género; por lo menos yo no aceptaré otra."

"Al sabio", acostumbraba á decir, "con poco le basta; pues todavía necesita menos el santo."

"Pobres somos", solía decir, "y como pobres debemos vivir." Esta máxima la practicaba en su punto. Una vez que viajaba disfrazada y tenía que esperar en la estación para seguir otro camino, se sentó en

un banco destinado á los pobres; sacó sus provisiones, y sin cuidarse de las personas distinguidas que allí había, las cuales se burlaban de aquella anciana señora, remedió tranquilamente su necesidad. Su compañera de viaje declaró que no tuvo valor para seguir aquel ejemplo.

Nunca estaba ociosa, ni hurtaba el cuerpo á ningún trabajo de la casa como impropio de ella. Barría, zurcía y ayudaba en la cocina como la última de las hermanas. Hasta en la recreación común y mientras conversaba con las demás religiosas, tenía siempre en las manos los útiles para coser ó hacer media.

No es posible ser verdaderamente humilde y pobre en sentido cristiano y no amar á los pobres y gustar de conversar con ellos. En una superiora general, á quien los negocios de la orden obligaban á tratar con personas elevadas é influyentes, era más digno de admiración este amor á los pobres y á los pequeños. Siempre que los deberes de su cargo se lo permitían, prefería la sociedad de los pobres á cualquiera otra. Una vez, estando en oración, deseó hablarle una señora principal, pero ella se excusó entonces; poco después dejó la oración porque le dijeron que la buscaba una pobre niña, hija de un carbonero. La Madre fué á donde la niña estaba, le preguntó de la doctrina y la instruyó como si no tuviera otra cosa más importante que hacer. Otra vez se excusó, por hallarse cansada y sin fuerzas, de recibir á una princesa romana; pero acordándose de repente que había prometido visitar á unas pobres



mujeres en el lavadero del convento, se levantó y fué allá para no entristecer á aquellas buenas almas. Con su bondad, con su afabilidad y caritativos socorros, había llegado á gozar de gran popularidad en el mejor sentido de esta palabra.

Cuando en la primavera del año de 1844 edificaban las obras de fortificación de París, había un destacamento militar en el fuerte de Charenton, cerca de Conflans. La Madre Barat procuró que el capellán del convento instruyese á aquellos soldados en las verdades eternas; los cuales, venciendo los respetos humanos, tan poderosos en Francia, recibieron los santos sacramentos en la iglesia parroquial. Más tarde recibieron treinta de estos soldados con su capitán á la cabeza y en compañía de las educandas el sacramento de la confirmación, edificando con su silencio y compostura á cuantos estaban allí presentes. La Madre Barat les dió un buen desayuno y repartió entre ellos libros y rosarios. Aquellos valientes conservaron muy vivo el recuerdo de la Madre, mayormente porque consiguió en cierta ocasión el perdón de cierto soldado que en un momento de ira había dado golpes á su jefe. No es pues de extrañar que, hallándose la Madre en una aldea esperando que llegara el tren para continuar el viaje, los soldados que habían estado de guarnición en Charenton y que entonces residían en aquella aldea, la reconocieran y se agruparan en torno suyo, y le procuraran cómodo asiento con sus mochilas, mostrándole los libros y rosarios que ella les había dado, y escuchando atentos sus joviales y piadosas palabras, hasta que

llegó el tren y “la buena Madre de Conflans”, como ellos la llamaban, pudo continuar su viaje.

No faltaba quien acudiera á la Madre Barat en todo género de circunstancias á referirle sus penas y necesidades. Ante todo cuidaba ella maternalmente de los de casa, según la palabra del apóstol, de los criados y trabajadores, los cuales la querían con afecto filial.

En cierta ocasión, hallándose en Nantes visitando los conventos de la orden, vió desde su ventana á un pobre jornalero que á la hora del medio día, mientras los demás comían alegremente, se apartaba de ellos ocultándose detrás de un arbusto para tomar un misero pedazo de pan negro. La Madre Barat llamó inmediatamente á la portera del convento y le encargó que entregara á aquel trabajador un paquete cerrado. Abriólo éste y halló un panecillo, dentro del cual estaba la comida que le habían servido á la Madre Barat.

Acontecía con frecuencia en sus viajes, que suspendía repentinamente la oración y decía á su compañera: “Ahí viene un pobre; preparémonos á darle limosna.” Cuando entraba en la habitación de la superiora general la hermana de quien ella se servía en sus obras de caridad, le preguntaba al punto: “¿Qué es de nuestros amigos? ¿Habéis dado á tal pobre ó á tal otro lo que él ha pedido? Los pobres son la bendición del convento; es cosa que me consuela y tranquiliza el haberlos acogido siempre.” Como hubiera mandado una vez socorrer á una pobre familia, la hermana á quien había encomendado este

encargo, aguardó á hora avanzada de la tarde para dar cuenta á la Madre de haberlo cumplido y decirle que aquellos pobres se habían quedado muy contentos y agradecidos. "Mucho habéis tardado en darme tan buena noticia", le dijo la Madre en tono de suave reconvencción. "¿No sabéis que este es el medio mejor para que yo pase un día dichoso y una noche tranquila?" Á una portera que le preguntó qué haría, si fuera portera en su lugar, con tantos pobres como venían cada día á las puertas del convento, le respondió cogiéndole la cabeza entre las manos: "Yo, hija mía, arruinaría á nuestro instituto. Bien lo sabe Dios, y sin duda por esto no me ha criado para portera."

Un día que sacó de su armario toda la ropa blanca para darla á los pobres: "Ahora sí, venerable Madre," le dijo una hermana, "que estaréis contenta; los pobres á quienes socorréis, son más ricos que Vos. ¿Acaso sois superiora general para desprenderos de todo lo que es conveniente?" La Madre Barat respondió sonriéndose: "Perdonadme, amada hermana; la superiora general no tardaría en encontrar quien le diera limosna; pero mis pobres en su caso tendrían que esperar mucho más tiempo."

El dar limosna era cosa que verdaderamente le salía del corazón, pero quería que el que recibiera este don, se mostrara alegre. En esto se manifestaba su caridad del modo más espléndido. Por esta razón no se sustraía á las manifestaciones de gratitud, pues su noble corazón sentía que habiéndose ella de otra suerte los pobres podrían creerse humillados. Cierta

día dió dinero á un pobre para que se comprara unos zapatos. Muy contento el pobre volvió con ellos al convento y no quería salir de allí hasta que la Madre los hubiera visto. "Se alegrará mucho," decía, "de ver mi buen calzado." En efecto, la Madre miró detenidamente los zapatos y sus tres filas de tachuelas y se alegró mucho de verlos.

Se podría llenar un libro con sólo enumerar todos los rasgos de bondad y amor á los pobres y las numerosas obras de misericordia corporales de la venerable sierva de Dios. Verdaderamente magnánimo era su carácter, el cual se manifestaba por una parte en el ánimo generoso con que emprendía cosas grandes sin retroceder ante ningún obstáculo ni acobardarse nunca, y por otra, en el íntimo y generoso amor á los pobres. Cuando tomaba sobre sí el cuidado de socorrer á algún pobre, ya no le dejaba fácilmente volver á su miserable estado y crecía su interés á medida que era más apremiante la necesidad del prójimo. Aun se permitía en esto cierto lujo cuando tenía recursos abundantes. Pidió en cierta ocasión limosna un mendigo, y en su sinceridad y confianza llegó hasta decir que la quería para poder fumar. Admiróse con esto no poco la buena de la portera, "pues que sin fumar," decía, "bien se puede vivir". Pero la superiora no opinó así, y dió á la hermana algunos céntimos para que el pobre pudiera llenar su pipa. Otra vez supo casualmente que una familia pobre á quien ella había socorrido, estaba esperando la visita de unos parientes campesinos. La Madre Barat, sin que nadie lo supiera, envió á esta familia



una abundante comida, con que aquellos buenos campesinos pudieran regocijarse el día de fiesta.

Había cobrado especial afecto á un pobre cartero porque siempre la llamaba "hermana Barat" sin tener siquiera idea de su dignidad. Á él y á sus hijos les colmaba de beneficios, y habiendo logrado con su influjo que viviera cristianamente, cumpliendo los preceptos de Dios y de la Iglesia, mandó que el día que cumplió con la Iglesia, le prepararan á él y á su familia una modesta comida, que habría servido ella misma con mucho afecto á aquellos pobres.

Daba sin tasa. Su máxima era ésta: "Cuando ya no tengamos nada que dar, antes venderemos los vasos sagrados que dejar sin socorro á los necesitados."

Así como á los pobres, miraba también á los niños con especial interés. Sentía hambre y sed de conversar con los niños, pues los niños eran "el rocío de su corazón". En los pobres así como en los niños veía á Jesús, amigo de los pobres y de los niños, y consideraba como su más noble misión conservar y educar almas puras y lozanas: "Por el alma de una sola niña hubiera yo establecido gustosa nuestra orden."

Muéstrase además la verdadera humildad en cierta atención casi reverente á las criaturas de Dios, en las cuales resplandecen la omnipotencia, la bondad y la sabiduría divina. Todas ellas, así las que andan y las que vuelan, como las que carecen de propio movimiento, son del dominio de Dios, y deben servir y alabar al Señor y servirnos á nosotros dirigiéndose de esta suerte á su último fin. De aquí la vida íntima y

pura que viven algunas almas unidas en cierto modo con la naturaleza, tales como San Francisco de Asís, que llamaba al sol hermano y hermana á la luna, y hablaba del hermano lobo y de la hermana alondra. Así la Madre Barat miraba con solícito amor aun á las criaturas inferiores, á los animales, á los árboles, plantas y hierbas. En invierno daba de comer á los hambrientos pajarillos; en la primavera protegía sus nidos, y habiendo visto una vez á una hermana atormentar sin necesidad á un animal, dijole que no daba muestras de buen corazón, y que no perseveraría en la orden. "El justo se compadece aun de los animales", dice la Sagrada Escritura<sup>1</sup>. Conocido es el siguiente rasgo de la infancia de la Madre Barat. Un vecino de su padre solía llevarla consigo durante el otoño á la viña á cazar alondras. Mientras duraba la caza, la niña Sofía hacía oración pidiendo á Dios que el cazador errara los tiros, ó que ninguna alondra se pusiera á tiro, oración que por no ser del agrado del cazador procuraba ella hacerla en secreto. Ya se sabe, y se podría confirmar con otros casos, que los animales le mostraban gratitud como á su bienhechora. En ocasión de emprender un viaje, una banda de pájaros acudió piando en torno de su coche, dentro del cual entraban, y después de saludar á la Madre con sus cantos, huían alegremente. Estos hechos se repitieron muchas veces. Las personas que los presenciaron, se creían algunas veces transportadas á la época de los

<sup>1</sup> Prov. 12, 10.

antiguos patriarcas. "¿Por qué nos ha de admirar," dice el bienaventurado Beda, "que las criaturas por su parte estén sometidas á aquel que por la suya obedece fielmente al criador del mundo entero? Desde las alturas de su fe y de su unión con Dios los ojos de su espíritu contemplan en todas partes y en todas las criaturas el reflejo y las huellas de Aquel á quien ama sobre todas las cosas y en quien á todas ellas las ama."

La humildad verdadera se inclina al amor y benevolencia para con los demás en aquel mismo grado en que el alma jura santo odio y lucha incesantemente contra sí misma y contra la naturaleza corrompida.

"¡El yo! Oh, si yo pudiera, lo ahogaría al punto entre mis manos. En esta guerra no se da tregua: ó vencer ó morir."

Pero Dios ha ordenado las cosas á nuestro bien de tal manera, que tengamos que luchar dentro de nosotros mismos por su reino hasta el fin de la vida, pues toda lucha generosamente sostenida con el auxilio de su gracia es una manifestación del reino de Dios en nosotros. Este combate consiste ciertamente, en primer término, en rechazar las tentaciones de pecado grave ó leve. La mayor parte de los cristianos se limitan á mantenerse á la defensiva, pero los santos aspiran á más, pues combaten al enemigo en sus propios dominios, saliéndole al encuentro é inutilizando sus fuerzas. De aquí las mortificaciones de la carne, que no sólo sirven para satisfacer por los pecados sino también para dar vigor y aliento al hombre interior.

Desde muy temprano se mostró la inclinación de la Madre Barat á las asperezas corporales, en tal grado que fué necesario que viniera la obediencia á ponerles límites. Siempre procuró ocultar estos rigores á los ojos de las criaturas, y rara vez pudo alguno, fuera de su confesor, formar idea de su vida penitente. Un día se le escapó en presencia de una hermana la siguiente confesión: "Hubo un tiempo en que de tal suerte fuí tentada de impaciencia, que sólo hallé un medio contra ella: disciplinarme y golpearme cuanto podía. Así llegué á hacerme en cierto modo señora de mí misma."

En este punto tuvo siempre cuidado de no desaprovechar ninguna de las mil ocasiones de saludables sacrificios que ordinariamente se nos ofrecen en la vida. Así, cuando ayudaba á arrancar malezas de la tierra á la hermana jardinera, si por ventura llegaba donde había ortigas, las cogía con la mano sin cuidado alguno, de suerte que no tardaba en hinchársele el brazo y llenársele de ampollas hasta el codo. "Esto puede reemplazar hoy á la disciplina", decía muy serena á la admirada hermana. En Italia la vieron las hermanas una y otra vez dejar que las moscas y los mosquitos le picaran dolorosamente sin ella ahuyentarlos. Con frecuencia sucedía que cuando se lavaba las manos en la fuente la última de todas, se servía en último término del paño común para enjugárselas. "Luisa de Francia", decía sonriéndose, "se mortificaba de este modo. Me parece, y así lo confieso, que esto se me hace recio aunque no he nacido en Versalles."



Hé aquí su máxima: "El día en que no hayáis sufrido nada por Jesucristo, tenedlo, hermanas más, por perdido."

No hay para que recordar que la piadosa sierva de Dios aprovechaba con alegría las numerosas ocasiones de padecer y mortificarse que la amorosa providencia de Dios le ofrecía en enfermedades y dolencias corporales, en las dificultades que se le presentaban en el cumplimiento de su cargo, y en los obstáculos que se oponían á sus planes de extender el reino de Dios. Sabía muy bien que así como el ánimo generoso debe fundarse en la justicia, así ninguna mortificación voluntaria tiene mérito si no llevamos con paciencia las contrariedades que Dios nos envía.

La humildad, la pobreza, la mortificación, el desasimio de sí mismo son virtudes sin las cuales no puede concebirse la santidad; son el fundamento sobre el cual ha de elevarse el edificio de la virtud, que no debe ser levantado sobre la arena movediza de los caprichos ni sobre la tierra pantanosa de las ilusiones. No son aquellas cosas sin embargo la virtud y la santidad, sino solamente son medios de llegar á aquel alto grado de virtud que consiste en la unión del alma con Dios. Esas cosas nos desprenden del mundo, del tiempo, de nosotros mismos, para que podamos subir libremente á Dios; preparan la tierra de nuestro corazón para que en él echen raíces y prosperen las tres virtudes divinas: fe, esperanza y caridad.

No debiendo repetir aquí lo que en el curso de esta historia hemos dicho del espíritu de fe, de for-

taleza y de esperanza de la Madre Barat, daremos tan sólo una rápida mirada á su ardentísimo amor de Dios y á su unión íntima con él.

"El encendido amor de Dios", dice su ilustre biógrafo Baunard, "que devoraba el corazón de la Rev. Madre Barat, se manifestaba muchas veces en afectos repentinos." Un día muy caluroso del mes de junio dijo: "¡Ojalá hiciera calor en todas partes, amadas hijas! En medio de nosotras está el fuego vivo; dejemos obrar á nuestro divino Salvador y todo lo encenderá en su fuego." Con frecuencia repetía esta jaculatoria: "Oh Corazón de Jesús, mi luz, mi amor y mi vida: haz que sólo á ti te conozca, y que sólo viva de ti, en ti, por ti y para ti." Durante la noche solía decir muchas veces: "¡Jesús mío, mi amado Salvador! yo duermo, pero mi corazón vela." Habiéndosele preguntado si necesitaba de alguna cosa en ocasión en que se hallaba enferma, respondió: "Sólo una cosa necesito: que sea Jesús amado, y que yo también le ame." Una tarde entró de repente en la habitación destinada al trabajo, como impulsada por una fuerza interior, diciendo en voz alta: "Confundido sea el que no ame á Nuestro Señor Jesucristo."

La íntima unión con el divino Salvador había llegado á ser en ella habitual; este era el impulso irresistible y al mismo tiempo instintivo de su alma. Habiendo dado un día la señal para que se suspendiera la lectura en el refectorio, una vez terminado el acto, se quedó de repente tan profundamente recogida en su interior, que permaneció así más de una hora, sin que las hermanas se atrevieran á sa-

carla de aquel estado. Ni aun la campana, que poco después tocó á vísperas, bastó para despertar á la Madre, que seguía abismada en Dios.—Bien será advertir que padecía de espiritual sequedad y desconuelo; ella lo atribuía á su infidelidad y tibieza en el servicio de Dios.

El que á Dios ama, desea con verdadero anhelo emplear todos los instantes que le dejan libre los deberes de su estado, en conversar espiritualmente con su Amado. “El que sabe emplear con economía el tiempo, tiene á su disposición más horas de las que á primera vista se figura. Además del tiempo que dedico á mis quehaceres ordinarios, todavía tengo de seis á siete horas de oración; pues duermo poco y me aprovecho de la noche para pensar en nuestro divino Salvador.”—Refieren sus compañeras que siempre que en sus viajes se veía obligada á detenerse en el camino, acostumbraba á recogerse, y que cuando llegaba la hora de proseguir el viaje, la hallaban abismada en Dios.

Un hecho muy señalado, que prueba la vida íntima de fe de la Madre Barat, era que todos sus pensamientos y acciones se referían al misterio del año eclesiástico que se celebraba, de suerte que vivía la vida mística de la Iglesia juntamente con la misma Iglesia y grababa en sí el sello de esta misma vida. Así, por Navidad se hacía niña para asemejarse al Niño de Belén; en semana santa se deshacía en lágrimas por su Amado á semejanza de la Magdalena; y por Pascua se alegraba y regocijaba con el vencedor de la muerte y del sepulcro.

Principalmente todo su amor estaba, como en su centro y foco, en el Santísimo Sacramento del altar. Su lugar de refugio, su patria, su cielo era el tabernáculo. Muchas veces la halló la sacristana antes de las cinco de la mañana á la puerta de la capilla esperando de rodillas humildemente en el umbral del santuario á que llegase la hora de entrar. Después permanecía otras dos horas cerca del altar en oración y meditación. Renovaba su vida con Cristo en la sagrada Comunión, que recibía todos los días, después de haberse preparado siempre—excepto los últimos años de su vida—recibiendo el sacramento de la penitencia. Era tal la contrición con que se acusaba aun de las más leves faltas, que cualquiera habría creído al verla que había cometido grandes culpas. “Muchas veces”, refiere una hermana, “me confesé yo inmediatamente después que nuestra Madre, y vi el confesonario todo regado con sus lágrimas.”

Acudía con respeto verdaderamente filial á la Santísima Virgen y Madre de Dios. ¿Acaso podía ella separar el corazón de la Madre del corazón del Hijo? Todos los días rezaba el santo rosario, el *Memorare* y la *Salve*. Á menudo besaba los pies de una pequeña escultura de la Virgen, y por las noches hacía la cruz con las manos de esta imagen y se santiguaba con ellas para recibir la bendición de la Madre de Dios. También era muy devota de San José, de los ángeles y de todos los santos.

Es imposible amar verdaderamente á Dios y no sentir vivísimos deseos de que los demás también



le amen y estén poseídos de su amor. La flor que produce el amor de Dios, es el celo por las almas que al cristiano le abrasa y torna en apóstol. "Hay en la tierra", dice Monseñor Gay, "muchos corazones duros para con Dios lo mismo que el bronce: para fundir estos corazones tiene Dios altos hornos." Puede decirse que el corazón de la Madre Barat era un horno encendido. Fervorosa en la oración, ingeniosa en la práctica de la caridad, suspiraba por ganar almas para Dios. ¡Cuán de veras oraba á menudo por los príncipes y poderosos de la tierra para que no oprimieran á la Iglesia, por los pecadores endurecidos para que se convirtieran! ¡Con qué caridad oró por el abate Lamennais, y cuánto sintió su desdichado fin! La caridad mantuvo en su corazón hasta su más avanzada edad el entusiasmo por las misiones de América. "Á veces quieren impedirme que escriba; pero ¿cómo he de guardar silencio tratándose de las misiones extranjeras, de la primera inclinación de mi corazón?" ¡Con cuánto placer habría ella visitado, si hubiera podido, aquellas misiones, especialmente las irlandesas por ser éstas las más pobres!

Hemos visto ya repetidas veces en el curso de esta historia el celo apostólico de que estaban animadas así la Madre Barat como toda su religiosa familia. Así que aprovechaba cualquiera ocasión favorable para contribuir á la salud de algún alma, en orden á lo cual había recibido dones particulares de Dios. Una vez supo que su médico, persona por otra parte digna de aprecio, hacía largo tiempo que no cumplía

sus deberes de cristiano. La Madre Barat guardó silencio mucho tiempo sobre esto, si bien se aprovechaba de las ocasiones que de vez en cuando se presentaban, para mover el corazón de aquel hombre. Poco tiempo antes de morir la Madre Barat habló con él durante tres cuartos de hora, al cabo de las cuales el médico salió de la habitación diciendo con lágrimas en los ojos: "¡Qué mujer! ¡Qué mujer!" Poco tiempo después la superiora general supo con viva alegría que aquel doctor se había reconciliado con Dios, que había recibido los santos sacramentos. Un militar sobrino de la Madre Barat, que residía en Ajaccio, había perdido la fe y hasta se burlaba de los sacerdotes y de las cosas santas. Aunque gravemente enfermo y cercano á la muerte se negó desdenosamente á acoger las insinuaciones que le hicieron para que pensara en Dios y en su alma. Un piadoso sacerdote, que le visitaba y le había oído decir que respetaba como á una santa á su venerable tía, se dirigió por escrito á la Madre Barat, rogándole que escribiera á su infeliz sobrino. Escribióle ella en efecto. El enfermo no se cansaba de leer y releer la carta, y últimamente entró dentro de sí mismo y quedó absorto en profunda meditación. Cuando á la mañana siguiente el canónigo Spinosi fué, según su costumbre, á visitar al enfermo, éste le dijo ante todo: "Quiero confesarme." Recibió en efecto los últimos sacramentos con devoción edificante, y murió con resignación cristiana, muy agradecido á su tía.

No había obra alguna de misericordia espiritual á que no se sintiera vivamente inclinada la Madre

Barat; de buen grado habría penetrado en las más profundas cárceles "para salvar allí á los criminales", como ella misma escribía. Pero como esto no era posible, empleó su celo en socorrer á las benditas ánimas que padecen en la cárcel del purgatorio. La hermana conocida en Francia por María de la Providencia, y tenida en opinión de santa, fundadora de una orden en que todas las oraciones, obras y trabajos se aplican por esas benditas ánimas, halló siempre en varias circunstancias en la Madre Barat auxilio y consejo; á la cual buscaba aquella con mucho afecto, pues había pasado algunos años con las hermanas del Sagrado Corazón en calidad de educanda en el colegio de Lila. Es, empero, de creer que la Madre Barat tuviera comunicación con las ánimas del purgatorio. Una de las superioras la halló una vez sentada en su habitación con mucho recogimiento; de repente la Madre interrumpió á la superiora, que le dirigía varias preguntas, y le dijo: "Si queréis hacerme un favor, mandad decir algunas misas por la hermana N. N. que acaba de morir en Italia." Esto lo ha referido y consignado por escrito la misma Madre de Mandón, á quien se lo dijo la Madre Barat, añadiendo que había dado á entender que el alma de la hermana que acababa de morir en aquel momento, se le había aparecido y le había pedido oraciones. En la historia de la vida de la venerable fundadora se nota que estas cosas se repitieron con frecuencia.

Su puro y ardiente celo por el honor de Dios y por la santificación de su nombre, así como la nobleza

de su carácter, la tenían muy elevada sobre el espíritu de partido de que por desgracia á veces no se ven libres ni aún las órdenes religiosas. Á todas ellas las miraba como á miembros de una misma familia, á todas las amaba fraternalmente, y éstos quería que fuesen los sentimientos de sus hermanas. "Nosotras hacemos lo que podemos", dice en una de sus cartas, "y de esta suerte procuramos merecer la bendición de Dios; pero debemos también alegrarnos de ver que prosperan las obras de aquellos que trabajan con nosotros por el mismo Señor y Maestro." Lo cual practicaba con tanta exactitud, que cuando alguno se lamentó en su presencia de que cierta orden italiana hubiese tomado el nombre del Sagrado Corazón y hubiese adoptado sus estatutos, la Madre Barat respondió: "Si estas hermanas lo hacen mejor que nosotras, más gloria recibirá en ello el Sagrado Corazón."

Cuando el año 1840 fueron á Roma algunas religiosas francesas para dirigir una escuela fundada por la princesa Borghese, la Madre Barat las recibió en su convento de Santa Rufina, y las tuvo en él "hasta que aprendieran la lengua y las costumbres del país". Ambas comunidades vivieron muy cordialmente una parte del invierno en una misma casa.

En 1862 se dirigió á la Madre Barat una asociación de misiones para Oriente pidiendo auxilio en favor de una comunidad de religiosas orientales que se trataba de fundar en Siria. La Madre Barat dispuso que entre todos sus conventos se proveyera á todo lo necesario al establecimiento y al sustento de sesenta y cinco religiosas de Arabia, diciendo en



esta ocasión las hermosas frases siguientes: "Siempre he deseado fundar una casa de nuestras hermanas en los santos lugares, cuna de nuestra santa fe; Dios no ha accedido á mi deseo; pero estas buenas hermanas nos representarán allí ventajosamente." Á las carmelitas tuvo desde el principio mucha afición, pues, como ya sabemos, su primera inclinación fué á ser de esta religión. Con las hermanas de la Visitación y especialmente con las de Paray-le-Monial, se sentía íntimamente unida por la ardiente devoción al Sagrado Corazón de Jesús; á las Hijas de la caridad las admiraba, y sentía especial afecto á las "Hermanitas de los pobres", que reciben en sus casas á los ancianos desvalidos.

Involuntariamente se nos viene aquí á la memoria esta sentencia del gran San Vicente de Paúl: "El verdadero celo por la salud de las almas nos mueve: 1.º á alegrarnos cuando otros hacen alguna cosa grande por Dios y por el prójimo; 2.º á alabar y apreciar á los que se dedican con fruto á obras apostólicas; y 3.º á rogar á Dios con instancias por ellos para que los conserve y bendiga y haga prosperar más y más su trabajo."

El amor de la Madre Barat á nuestra santa Madre la Iglesia se mostraba claramente en el fiel y profundo respeto con que miraba al Papa, en su humilde sumisión á los obispos, y en su gratitud para con los sacerdotes con quienes comunicaba la Sociedad del Sagrado Corazón. Fuéle muy grato que Monseñor Bruillard, aquel mismo sacerdote que hacía largos años, cuando ella vivía con su hermano en París,

había sido confesor suyo, se retirara en los últimos años de su vida, obispo ya de Grenoble, al convento del Sagrado Corazón de Montfleury, donde murió en 1861. Entonces la Madre Barat escribió estas palabras: "Más de medio siglo de virtudes y trabajos han colmado la medida de los merecimientos de este santo obispo, y han asegurado la eterna recompensa á quien fué mi primer guía en el camino de la perfección. Hemos sido privadas de su presencia, pero en el cielo pedirá por nuestra orden, á quien tanto amaba."

He aquí en breves rasgos un pálido bosquejo de la historia externa y de la vida espiritual de la Rev. Madre Barat. Su vida interior imprimió su propio sello en el noble rostro de esta religiosa, y así es de lamentar que no se prestase á ser retratada. No hay pues retrato alguno fiel de esta Madre á excepción del que se sacó de su cadáver.

Su prolongada frente, la nariz ligeramente aguilena, la barba algo saliente daban á su rostro enérgica expresión, pero en todo su ser dominaba la benevolencia. Su estatura era mediana, con los años se encorvó algún tanto su cuerpo. Eran vivos y expresivos sus ojos; sus movimientos graciosos y sumamente rápidos; en empezando á hablar se animaba toda su persona, pero así las palabras como los movimientos eran siempre en ella concertados y mesurados: siempre se advertía que la gracia regulaba así interior como exteriormente todos sus actos.

\* \* \*

No hallamos otro modo más conveniente de terminar este sencillo bosquejo de vida tan virtuosa, ni de realzar su valor, que el de recordar que la suprema autoridad de la Iglesia ha ordenado que se hagan investigaciones acerca de ella. El 18 de julio de 1879 suscribió nuestro glorioso Pontífice reinante León XIII, el decreto de solemne introducción del proceso de beatificación de la Madre Barat con dispensa de las formalidades y prescripciones usuales, dando á la piadosa fundadora el título de "venerable sierva de Dios".

"Desde su niñez," se lee en este decreto, "menospreciando todas las cosas del mundo, se consagró enteramente al Señor, en cuyo amor se fué inflamando de día en día tanto que, abrasada del deseo de propagar la devoción al Corazón de Jesús, fundó una Sociedad de doncellas consagradas á Dios, que, tomando su nombre del mismo Corazón de Jesús, se consagrasen á la educación de las jóvenes y al culto del mismo Sagrado Corazón. Nadie ignora que este instituto, aprobado por la Santa Sede, ha cumplido del modo más excelente el fin que se había propuesto.

"Y como por el buen fruto se conoce el buen árbol, no es maravilla que la sierva de Dios haya adquirido tal fama de santidad cual merecieron sus muy señaladas virtudes."

No puede desearse mayor alabanza de tan elevado origen, hasta que no se conceda por tan sublime autoridad el poder y contento de honrar públicamente á la Venerable como Beata ó como Santa, viéndola elevada al honor de los altares, y de invocarla como

á modelo, patrona y protectora de la Sociedad del Sagrado Corazón. Que esté cercano este dichoso día es el íntimo deseo y el objeto de las fervientes súplicas de las almas que desean el mayor honor de Dios en la glorificación de sus santos.

Al cabo de veintiocho años transcurridos desde el día en que fueron sepultados los restos de la venerable Madre Barat, el día 2 de octubre de 1893 se procedió solemnemente á la exhumación del venerado cadáver, presidiendo la ceremonia el cardenal arzobispo de París, y asistiendo Monseñor Caprara, promotor de esta causa, que había llegado de Roma para el intento, acompañado del Rev. Padre Mattioli, procurador general de los barnabitas; asistieron asimismo, demás de la Rev. Madre general, de las asistentas y de otras muchas religiosas, los que fueron testigos de la inhumación de él, y los médicos designados para reconocerle. Y por todos hubo de reconocerse y declararse que el cuerpo de la fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón se hallaba íntegro y en el más perfecto estado de conservación. No despedía de sí mal olor, y los miembros estaban flexibles. Esta ceremonia tuvo efecto el lunes 2 de octubre de 1893, y al siguiente día se continuó el reconocimiento con idéntico resultado y no menos admiración y veneración. El 25 del mismo mes y año se le dió de nuevo sepultura hasta el día de la suspirada beatificación.



EPÍLOGO.

LA SOCIEDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DESPUÉS  
DE LA MUERTE DE SU VENERABLE  
FUNDADORA.

VAMOS á continuar en breves líneas la vida de la Madre Barat, la cual resultaría incompleta si no presentara á la venerable fundadora de la Sociedad del Sagrado Corazón viviendo en ella aun después de su muerte, invisiblemente por cierto, pero ejerciendo un influjo positivo en la dirección de este sagrado instituto. Sus dignas sucesoras durante el espacio de tiempo que ha transcurrido desde entonces, han tenido siempre presentes las máximas, los consejos, los ejemplos y virtudes de la Madre Barat, que son como una norma constante y luminosa que junto con su intercesión en el cielo sostiene é inspira la vida interior de este instituto y promueve felizmente su maravilloso progreso.

La religiosa que inmediatamente sucedió á la Venerable en el oficio de superiora general del instituto, fué la Madre Goetz, elegida por unanimidad de votos el día 8 de septiembre de 1865, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora.

Algunos días antes de esta elección, el 2 de septiembre, el Papa Pío IX le dirigió una carta escrita de su puño y letra, donde le ordenaba que se

pusiera en camino y compareciese ante su presencia. Cuando en efecto compareció, un día del mes de noviembre, puesta de rodillas ante el Vicario de Jesucristo, oyó de sus augustos labios estas palabras: "Madre general, es preciso que establezcáis en Roma vuestra residencia. En Roma conviene que, así como las demás casas generalicias, esté la casa matriz del Sagrado Corazón." Ante una orden tan terminante como ésta, la Madre Goetz no vaciló en inclinar la cabeza.

Pero ¿no era por ventura de temer que el gobierno francés tomase á mal una traslación que privaría á Francia del honor y aun de la influencia que le proporcionaba el hecho singular de poseer el centro y foco vivo de una congregación tan influyente como ésta, puesto que día por día se propagaba y extendía por todo el mundo? ¿Y de la casi segura oposición de aquel gobierno á los deseos de Pío IX, no eran asimismo de temer complicaciones y conflictos que dieran á la Santa Sede que sentir, y perturbase gravemente al sagrado instituto? No dejó de afectar este temor al Cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad; la Madre Goetz por su parte entendiendo la trascendencia, acaso funesta, de aquel paso, acudió á Dios en la oración; y finalmente el mismo Papa, haciéndose cargo del mayor conflicto que podía originarse de las circunstancias políticas de aquellos días, acabó por dejar sin efecto su mandato.

No perdió sin embargo el tiempo la Madre Goetz durante su estancia en Roma, antes fueron aquellos días muy preciosos y fecundos para la obra que se le había encomendado como superiora, porque en

Roma fué donde, recogida interiormente en retiro espiritual, sintió el toque providencial, como ella decía, con que entendió clara y distintamente cuál era su misión. "Esta misión", decía, "es muy terminante: Nuestro Señor me la ha mostrado claramente; la cumpliré hasta el fin... si vivo. No he de introducir novedad alguna, sino lo que me propongo hacer, es explicar, ratificar, inculcar lo que aun no ha sido comprendido y practicado con entera perfección."

Así se inauguraba en el Sagrado Corazón, con la Reverenda Madre Goetz, el segundo de los tres períodos que suele haber en los institutos religiosos: período de concepción y de nacimiento; período de organización perfecta; y período de consolidación y de expansión; los dos primeros limitados, el tercero indefinido. A la Madre Goetz le tocó providencialmente llenar cumplidamente el segundo, según hubo de anunciarlo un Padre de la Compañía de Jesús diciendo de ella que sería la Aquaviva del Sagrado Corazón.

Fué su primer cuidado el estudio detenido y profundo, no sólo de las constituciones y decretos dictados por los consejos generales de la Congregación, sino hasta de los más menudos avisos y de las indicaciones y notas de la fundadora, la cual había formulado decisiones, dejado instrucciones, señalado lagunas, expresado deseos é indicado acerca de algunos puntos principales el camino que convenía seguir. La Madre Barat había concebido la idea y reconocido la necesidad de una escuela especial preparatoria distinta del noviciado, en la que las futuras maestras recibieran una instrucción acomodada á las exigencias legítimas de

nuestro tiempo y á las condiciones sociales en que habrían de vivir sus futuras discípulas. No viene á ser otra cosa el escolasticado en la Compañía de Jesús.

Cuando la Madre Goetz fué elegida por superiora, ya el consejo general había ordenado (1864) que se estableciera esa escuela, pero estaba sin duda reservado á la primera sucesora de la venerable fundadora convertir en realidad esta excelente idea; y en efecto, por septiembre de 1866 viósele subir á la colina de Conflans llevando en su compañía á las siete ú ocho primeras hermanas que había elegido para ese fin, á las cuales puso en posesión de su nuevo oficio.

Por aquel mismo tiempo fué instituido un consejo de estudios con el encargo de ordenar los programas, de unificar los métodos, de elegir los autores y de redactar las oportunas reglas de pedagogía cristiana. En el principio la nueva institución se consagró tan solo á formar las futuras maestras de enseñanza primaria y elemental, pero después el mismo consejo general ordenó que se fundase una escuela superior á la que se dió el nombre de "Juvenato" y en la que se prepararan convenientemente las religiosas que hubieran de dar esta manera de enseñanza; la misma Madre Goetz fué encargada de disponer el plan de estudios que habría de seguirse el día en que recibiera la última mano y fuese coronado el edificio.

Fué también deseo de la fundadora que se reunieran en común retiro las superiores locales que en tiempo útil, determinado por la Madre general, fueren llamadas á reunirse bajo su presidencia y dirección para ocuparse en la meditación religiosa de sus deberes,



del bien de las almas y del de las residencias respectivas y aun del de toda la Sociedad. Á la Madre Goetz estuvo reservado cumplir este deseo, y el R. P. Olivaint, que luego tuvo la suerte de recibir la corona del martirio, fué el director de aquel retiro, el cual se realizó en agosto de 1869. Todos los días destinados á este santo ejercicio, las superiores congregadas en él oían además de la Madre Goetz palabras llenas de espíritu y santas doctrinas, proferidas con edificante humildad; comparábanla con la Santísima Virgen María sentada en medio de las santas mujeres del sagrado Evangelio.

Esa doctrina, idéntica con la de la venerable fundadora, estaba toda ella cifrada en la generosidad, grandeza de ánimo, fuerza de voluntad y sacrificio de todo nuestro ser en obsequio de Jesús todo sugerido por su amor. Levantémonos sobre la baja tierra; San Ignacio excita á sus hijos en sus Reglas, que son también las nuestras, á poseer un alma noble, elevada, magnánima, superior á las pequeñeces de la naturaleza. ¡Hay tantas cosas que nos mueven á ser generosas! Muévennos á serlo las necesidades de la Iglesia, las de nuestra amada sociedad, las de las niñas confiadas á nuestros cuidados y las de los pobres pecadores. ¡Ánimo pues, hermanas mías!

Bien será añadir que á los ojos de la Madre Goetz ni aun las más excelentes virtudes merecen este nombre cuando no se guarda en ellas una justa medida. Descaba que sus hijas fueren, como ella decía, "santas correctas". "La santa correcta", se lee en una de sus circulares, "es aquella que, ayudándose de la fe, de la razón, del

buen sentido, procede por la vía común, aunque de un modo no común, reformándose siempre á sí misma y esforzándose á reproducir en sí, en cuanto es posible, el tipo de la perfección, Cristo Jesús". En él deberán transformarse mediante aquel desasimiento de sí mismas que la superiora exige de ellas, y á lo cual da el nombre de impersonalidad. La abnegación tiene en efecto la virtud de hacer de seres impersonales, por elección y por amor, seres que se dan enteramente á Dios, poniéndose en sus manos, y en las de las superiores con firme propósito de obrar, de servir, de trabajar y de sufrir, todo con aquel perfecto desinterés que consiste en reconocer el alma gozosamente que Dios es su único Señor, y que ella pertenece en plena propiedad á Dios.

Paralelamente á esta obra interior de ordenación, de institución y dirección procedía en el gobierno de la Madre Goetz una obra exterior que consistía en el progreso sucesivo de la Sociedad y en la inspección ejercitada por ella. Aunque hartó padecida y sin perdonar el trabajo que le hacía sufrir en las casas que visitaba, el ser recibida honoríficamente en ellas, era muy puntual en esto. "Lo que á mí me fatiga," escribía, "no es el trabajo ni la misma responsabilidad, pues ahora conozco claramente la organización de nuestra Sociedad, sino este aparato y representación: aquí es donde está mi cruz." Excusado es decir, que ella aceptó esta cruz; nada menos que treinta y dos casas visitó el primer año de su oficio de superiora general. Después de haber estado en Roma y en una parte de Italia, visitó las casas de España, de

Bélgica y algunas de Francia. Después fueron visitadas de ella las del Este, en que se comprenden Alsacia, Austria y el Tirol. Inglaterra é Irlanda la recibieron en 1869. En España la encantaron los rasgos caballerescos de sus moradores; y de Inglaterra é Irlanda escribía diciendo, que “en todos los grandes católicos ingleses se mostraban una devoción de alma y un fuego sagrado que consuelan y regocijan”.

El año de 1865 fué establecida la Sociedad en Bois l'Evéque, cerca de Lieja (Bélgica), á orillas del Mosa, en Sevilla y en Filadelfia (Estados Unidos). En estos mismos Estados, Cincinnati fué favorecida con una casa en 1869; otra fué establecida en Elmhurst, y otra en Praga, capital de Bohemia, el año de 1872. La de Concepción en la América del Sur se fundó en 1865, y la de Valparaiso en 1870. La fundación de Pórtici tuvo lugar en tiempo de la Madre Lebon, el año de 1873. Hubo momentos en que la Madre general estuvo á punto de fundar en China, pero la lentitud con que fué preciso proceder en esta empresa, la hizo al fin fracasar. Por el mismo tiempo una colonia de religiosas del Sagrado Corazón se estableció en Nueva Orleans.

Á principios del año 1848 la Madre Goetz proveyó á la fundación de otro establecimiento en un arrabal de Viena, y lo puso bajo la dirección de la Reverenda Madre Mayer. Cerca de él fué descubierto, el año siguiente, el sepulcro del seráfico antecesor de la Sociedad, el Padre de Tournely, cuyo cuerpo fué trasladado á la nueva casa, y cuya biografía salió precisamente á luz por aquel entonces.

Otras fundaciones habian sido pedidas para Valdivieso, Curico y Chirán en Chile, para Landshut en Baviera, para Linz en Austria, para Colonia en Prusia, para Vitoria en España, y para Marino en los Estados romanos.

Vengamos ahora al buen combate que, mientras así se propagaba el sagrado instituto, tuvo éste que sostener en pro de la religión y del bien de las almas.

En los días más aciagos del segundo imperio napoleónico y en el momento en que se inauguraba en París la primera exposición universal, en la que, así como en las demás exposiciones que vinieron después, el lujo y la corrupción invadían á la sociedad como olas de cieno, el Papa Pío IX quiso que la Madre general del Sagrado Corazón promoviese una como liga de Señoras cristianas, que sin ser de esta familia religiosa pertenecían en cierto modo á ella. Á las cuales decía la Madre Goetz en la circular que hubo de dirigirles: “Muchas entre vosotras habéis deseo de tener la dicha de sus hermanos, ó de sus esposos, ó de sus hijos, que fueron á derramar su sangre por la causa de la Santa Sede; pues ahora podéis vosotras cumplir otra misión no menos sublime, una cruzada, contra el lujo desenfrenado que es la causa de la ruina de las familias y del desorden y la corrupción de las costumbres.”

Para que esta cruzada tuviera mayor influjo, la Madre general resolvió proveer á dichas Señoras del mejor escudo contra los peligros de que están cercadas en medio del mundo, ó sea de los ejercicios espirituales. Con este pensamiento tan feliz dispuso



que en el extenso recinto de la casa matriz del Boulevard de los Inválidos, frente por frente de la exposición de París, se levantase un edificio espacioso, en que fueran recibidas las Hijas de María y las demás que hiciesen los ejercicios, ya generales, ya privados, con algunos departamentos destinados á grandes pensionistas y con clases anejas para su externado de jóvenes. Esta obra trazada y comenzada por ella, se continuó después de su muerte.

No menos viva era entonces la lucha en punto á la doctrina. Uno de los mayores servicios de la Madre Goetz á la causa de la verdad fué haber procurado que, así en los noviciados como en las principales casas de la Sociedad, enseñasen la sana doctrina teólogos sólidamente formados, que no participasen en grado alguno de los errores del liberalismo y del jansenismo que á la sazón no dejaban de tener aun entre sacerdotes representantes ilustres, algunos de ellos, como Lamennais, dotados de extraordinario talento.

Quando en el concilio vaticano se agitó la cuestión magna acerca de la infalibilidad del Romano Pontífice, la Madre Goetz, que á la sazón estaba en Roma, edificó á los Padres que se dignaron visitarla, en razón de su fidelidad á las decisiones de la Iglesia, y de la solidez de sus convicciones. "Del amor á la Iglesia", escribió por aquel tiempo á sus hijas, "se puede decir lo que se dice del amor á la Santísima Virgen, á saber: que con él nos vienen todos los bienes, sabiduría, virtud, fortaleza y dicha." Y en 18 de julio, sobre la definición del magisterio infalible les

decía: "Bendigamos á nuestro Señor Jesucristo, porque nos ha dado el amor á la Iglesia santa y nos ha hecho obedientes á su cabeza visible. Sin esta definición caminábamos al abismo."

Dos grandes tribulaciones vinieron después sobre la Sociedad del Sagrado Corazón: una de ellas con la guerra franco-prusiana y la otra con la *Commune* de París.

En aquella guerra, cuando se anunció el sitio de esta ciudad, la Madre Goetz se vió obligada á salir de París para no quedarse incomunicada con toda la Sociedad: se refugió en Laval, donde esperaba residir poco tiempo. Mas cuando, firmado el armisticio y concertados los preliminares de la paz, se disponía á regresar á París, hé aquí que estalla la *Commune*, y que la buena de la Madre ve prolongarse su destierro.

Por aquellos días de luctuosos recuerdos, dos casas del Sagrado Corazón fueron sitiadas, vigiladas y registradas por dos bandidos de mala catadura, teniendo que estar noche y día alertas, defendidas únicamente por el pabellón americano, sin poder comunicar con sus hermanas de provincia, sin auxilios espirituales, sin tener nuevas de su Madre, y amenazadas constantemente de saqueo y de muerte é incendio. Á este suplicio hay que añadir, en los últimos días de aquella horrible tragedia, el ruido de los tiros de fusil y de cañón, el espectáculo de las llamas que subían ante sus ojos devorando grandiosos edificios, la prisión de los rehenes, la muerte de su Arzobispo y de su superior Monseñor Surat,

la del director de las Hijas de María, el R. P. Olivaint, los cuales cayeron heridos por las balas de los asesinos, drama horrible, aunque iluminado por las virtudes heroicas de aquellas víctimas inocentes del odio y ferocidad de los verdugos.

No se borrará jamás de la memoria de la Sociedad del Sagrado Corazón y sobre todo de la de las casas de París, el recuerdo de aquellos días críticos en los que se vieron en frente de furibundas patrullas inermes religiosas, privadas de todo auxilio humano; las cuales sin embargo libraron de la profanación al altar y al tabernáculo, gracias á su resistencia viril ejercitada con una tranquilidad y sangre fría que desconcertó á aquellas furias. Los mismos criados que había en las casas, hombres y mujeres, rivalizaron en el valor con que todos ellos desafiaban el peligro, pasando algunos por medio de los insurrectos recados peligrosos. Hubo una joven de quince años, alumna que había sido del orfelinato de las religiosas, que halló el modo de entrar y salir por todas las puertas para servir las en aquella situación angustiosa. Y de una Señora americana, protestante por más cierto, se refiere, que se ofreció espontáneamente á residir en la morada de las religiosas para ponerlas al amparo de su nación, en lo cual hizo que viniera la respectiva embajada. Esa buena señora logró penetrar, aunque á duras penas, en la prisión de Monseñor Surat para llevarle el socorro y el consuelo de sus hijas. Bien le pagó estos servicios Nuestro Señor, concediéndole la gracia de abrazar la fe católica.

Cuando la Madre Goetz volvió por fin á París, lo primero que se ofreció á su mente, fué la cuasi milagrosa protección con que Jesucristo había velado por sus esposas en medio de tantos desastres y peligros. Conflans por una parte se había visto entre dos fuegos, ó sea entre dos ejércitos, uno por fuera, que la sitiaba, y otro dentro sitiado, y convertido en un gran hospital. Orleáns, tomado á los franceses y recuperado por ellos, estuvo repleto de heridos; Montigny y Metz, Charleville, Amiens, Kientzheim, Besançon en medio de ruinas enrojecidas con sangre; La Ferrandière invadida por los comunistas de Lyon y obligada á diseminar sus novicias; y Marsella amenazada por la insurrección. Fuera de Francia, en las casas de Roma y del resto de Italia ardía el furor del nuevo gobierno por confiscar los bienes de las corporaciones religiosas y apoderarse de ellos; y en Chicago el Sagrado Corazón se vió poco después cercado de llamas, que convertían á casi toda aquella ciudad en cenizas. *Misericordia Domini quia non sumus consumpti*: tal era la exclamación que se leía en todas sus cartas. Y en una circular exclamaba también diciendo: "¡Bendito sea el Sagrado Corazón, que en esta pavorosa crisis ha preservado casi milagrosamente á nuestras casas! ¡Bendito asimismo sea por la más estrecha, vigorosa y suave unión que entre nosotras mismas ha sido hecha!"

Previendo la Madre Goetz las diferencias que hubieran podido surgir, después de los sucesos de la guerra, entre religiosas, ó de naciones diferentes, ó



de condición de ánimo diversa, recordándoles á todos las sabias y fraternales prescripciones de la Regla acerca de este punto, les decía (circular de octubre de 1872): "Lejos de mí el pensar que debemos habernos con indiferencia sobre las grandes cuestiones católicas. El progreso de la religión, los peligros ó el renacimiento de la fe, y sobre todo los destinos de la Iglesia Romana, á todo esto hemos de dar nuestra más devota adhesión: esta es nuestra política, la sola política que realmente nos importa."

Por efecto de los mismos sucesos, en pos de las tribulaciones pasadas vinieron las persecuciones, las expoliaciones y la expulsión. Con la pena que causó en la Madre Goetz el haber sido desprendida de Francia la Alsacia, su país natal, vino á juntarse la que le produjo haber perdido la Sociedad del Sagrado Corazón sus cinco casas de Metz, de Montigny, de Marienthal, de Posen y de Kientzheim.

El decreto de expulsión de las religiosas de estas casas lleva la fecha de 20 de mayo de 1876. Acusóselas oficialmente de "promover la divinización del Papa y de la misma Francia". El 9 de junio se notificó á las de Kientzheim la orden de salir de su casa. Contra ella protestó en masa todo el clero de Alsacia en un mensaje colectivo "á las nobles damas que durante el espacio de 30 años habían puesto en Alsacia el Sagrado Corazón como faro de virtud, de ciencia y de caridad".

En Montigny el día 12 de junio fué comunicado aunque tímidamente el decreto por el *Kreisdirector* en persona; las religiosas lo pusieron delante del

tabernáculo. "Honremos", dijeron, "á Nuestro Señor poniéndonos confiadamente en sus manos, sin pensar en nosotras mismas. Nunca veremos otra fiesta como la presente." En el momento de partir formóse una procesión de despedida en los jardines de la casa, y se encaminó á los santuarios yendo ante las imágenes veneradas. Fueron visitadas del *Maire* (alcalde) y sus tenientes; arrodilláronse y lloraron sobre los sepulcros del propio cementerio, adoraron á Nuestro Señor, y dejaron luego aquellos lugares.

No fué menor la entereza y serenidad de las religiosas de Metz, á quienes fué comunicado el fatal decreto el mismo día en que se celebraba la fiesta del Sagrado Corazón. Monseñor des Loges fué á consolar á sus hijas; las Señoras de Metz fueron también, y el clero por su parte no dejó de protestar contra la iniquidad é ingratitud de los autores de aquella proscripción. Ocho días antes, la procesión parroquial del *Corpus* quiso pasar alrededor de los muros de la casa y de los jardines del Sagrado Corazón para que recibieran la bendición del Dios de los perseguidos y de los mártires.

Escenas semejantes ocurrieron en Wilda, adonde había sido trasladada la casa de Posen. El arzobispo de Posen, Monseñor Ledochowski, decía todos los días al Señor: "¡Señor, conservadme á mis religiosas del Sagrado Corazón!" No faltaron almas generosas que ofrecieron su vida con esa misma intención; pero aquí también permitió Dios que se consumara la iniquidad. Hileras de carruajes trasladaron á las tiernas educandas, derretidas en llanto, al seno de sus familias.

Sucedió esto por el año de 1873. Los pobres socorridos por el convento elevaban al cielo la protesta de sus oraciones y hacían celebrar misas por sus bienhechoras. En vano se cubrieron de firmas pliegos enteros, pidiendo la conservación de la casa los amigos de ella. El día 5 de septiembre cesó el oficio; la escuela de niñas pobres fué cerrada el 9 del mismo mes; y el día 14 la superiora atravesó el umbral de aquella amada mansión, la cual fué desocupada el 1º de octubre inmediato, no sin dejar en el mayor desconsuelo á toda una comarca que había sido ilustrada y honrada por ella.

Dichosamente en el nuevo continente surgieron por aquel mismo tiempo nuevas casas, las cuales se hallaban todas sometidas á la inteligente y fecunda solicitud de la Madre Hardey, vicaria de América. Esta insigne superiora, llamada á París en diciembre de 1871 con el cargo de asistenta general, al punto respondió á este llamamiento en los términos siguientes: "En la obediencia, venerada Madre mía, está todo; y así, pues ordenáis que vaya, pronta estoy á partir. Tocante al sacrificio que se me pide que haga dejando este país, debo decir que en nuestra sociedad he contemplado siempre á mi patria; y cuanto á las obras que hago por aquí, Dios no necesita de nadie." En el mes de octubre de 1872 la Madre Hardey, después de haber consagrado un año entero á visitar sus casas, llegó á París.

Por aquel tiempo se manifestó con señales extraordinarias la santidad eminente de la Madre Barat. Inducido por ellas el Papa Pío IX, de santa memoria,

invitó á la superiora de la casa de la Trinidad del Monte á investigar y recoger los datos que hubieran de comprobarla, y la superiora general por su parte comenzó á escribir con este propósito á sus hijas con fecha del 12 de febrero de 1870. Poco después, en mayo del mismo año, hallándose esta Madre en Roma, Pío IX insistió en lo urgente que era introducir una causa que él quería ser el primero en promover. Monseñor Borghi fué elegido postulador oficial de ella, acompañado de un letrado encargado de defenderla. En 14 de julio la Madre Goetz anunció á sus hijas en una circular, que el arzobispo de París, Monseñor Guibert, iba á instituir un tribunal diocesano con tal intento, ordenándoles bajo santa obediencia, que presentara las cartas y demás escritos que tuviesen procedentes de la sierva de Dios. Así se llegó á formar una colección de cerca de catorce mil cartas, en que se contiene una correspondencia espiritual de incomparable valor. En 1872 se dió principio á la instrucción referente al heroísmo de sus virtudes; y ya las primeras deposiciones revelaron en la Madre Barat una de las almas que más han edificado al siglo XIX con su eminente santidad.

La vida admirable de esta fundadora, puesta de manifiesto en tantos y tan inconcusos testimonios, clamó entonces más y más por un historiador digno de referirla; y fué sin duda uno de los mayores aciertos de la Madre Goetz haber fijado los ojos para este intento en un sacerdote á la sazón desconocido, pero que con el tiempo había de ser una de las más puras glorias de la Francia católica contemporánea,



Monseñor *Baunard*, hoy rector de la universidad católica de Lila, y esclarecido autor de obras imperecederas, una de las cuales es *la Vida de la Venerable Barat*, continuada en el *Epilogo* que tengo ante los ojos, y del cual están tomadas las presentes páginas.

En esto, la vida temporal de la misma Madre Goetz caminaba rápidamente á su ocaso. Ya desde que fué elevada á la dignidad de superiora general, venía diciendo de sí que "era vieja y estaba gastada y no tenía aptitud para trabajar". Oíasele también decir: "Yo no estoy aquí para otra cosa sino para sufrir. Pues trabajemos y suframos, que ya vendrá el fin de todo é iremos al celestial paraíso."

Muchas de entre sus hijas se le habían adelantado en este camino, llegando antes que ella al suspirado término; es asimismo de notar el gran número de religiosas que murieron inmediatamente después de la Madre Barat. "¿Qué poder es el que ejerce allá arriba la Madre fundadora?" preguntaba su digna sucesora, "¿que así llama junto á sí á sus mejores hijas, cuando estando ella aquí abajo lloraba tanto á las que se le iban?" Dos de las antiguas columnas de este espiritual edificio cayeron en este tiempo por tierra: la Madre Desmarquest y la Madre Prevost. Fué singularmente admirable lo que presencié después la Madre general hallándose junto al lecho en que murió la Señora Albertina de Merode, pues la vió como transportada y transfigurada por la santa alegría que nace del amor; ejemplo que la hizo decir á las hermanas de la Probación: "Había oído yo decir

de la vida religiosa que, si es cosa dura vivir en ella, en cambio el morir es dulce». Pero en el Sagrado Corazón es más exacto decir, que en él es dulce el vivir y más dulce todavía el morir. Estas muertes, preciosas delante de Dios, son un don que este mismo Señor hace á nuestra Sociedad."

Ya hemos dicho que á la Madre Goetz se le iba acercando su fin. Uno de sus brazos fué tomado de parálisis, y terribles crisis neurálgicas, que le crispaban el semblante, causándole atroces sufrimientos, se repetían en ella con frecuencia, y la dejaban sin fuerzas, abatida y desfallecida. — "Yo me voy", decía, "y no puedo seguir gobernando; es preciso que venga otra en mi lugar." — Su última obra fué presidir, con la Madre Hardey, en la fundación de Pau. Llegóse luego (mayo de 1873) á Lourdes, que está cerca de Pau, adonde le mandaron ir como peregrina; mas no recobró la salud, que ella por otra parte ni pedía ni deseaba. El trabajo había acabado con la superiora.

Las vacaciones de ese mismo año las pasó en Conflans, donde la lectura de los primeros capítulos de *la Vida de la Madre Barat* le causaron una alegría y le infundieron una esperanza que la acompañaron hasta el sepulcro. De vuelta en París tuvo otro consuelo maternal visitando la casa de la calle de Varenne. En los últimos días del año, "el misterio del Nacimiento introdujo á su alma en el conocimiento del Verbo encarnado", como ella decía. Aquí vió llegada su hora. — "Me voy de aquí, pero entre tanto hagamos lo que tenemos que hacer."

Esta palabra fué la última que articularon sus labios. Después de pronunciadas, no se le oyeron más que sílabas. En los siguientes días desaparecieron las señales ciertas de conservar el conocimiento. Por último, el 4 de enero trocó su alma el suelo por el cielo, bendecida esta Madre por el Papa, visitada por Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, y llorada por sus hijas, habiendo sido después precioso objeto de admiración y gratitud.

Murió antes de cumplir cincuenta y siete años, ocho de los cuales los consagró al gobierno general de la Sociedad del Sagrado Corazón.

\* \* \*

Á la Madre Goetz sucedió en el oficio de superiora general la Madre Lehón, natural de Francia, aunque de origen belga. Había sido superiora en Roma y en Loreto, y fundado la casa de Perusa siendo allí Obispo el Cardenal Pecci; y cuando fué á suceder á dicha Madre, era asistente general y superiora local de la casa matriz, que con un valor que rayó en heroico, defendió contra los bandidos de la *Commune*. Designada por la Madre Goetz para vicaria general, fué luego promovida al generalato de la Sociedad. Cómo comprendía ella el cargo de Superiora, dáballo claramente á entender cuando, hablando consigo misma, se decía: "Tú estás dada en sacrificio, enagenada; eres sierva de todas. Más bien que mandar, debes orar; lejos de ti el imperio. Delante de los hombres seré superiora, pero ¡cuán inferior soy delante de Dios!"

Tenía de común con su antecesora abundancia de vida espiritual, tesoro que debe poseer todo el que como las superiores está llamado á comunicarla; y se distinguía de ella por la índole de su condición y de su carácter, cuyo rasgo más señalado era el vigor. En ella la autoridad estaba templada por la bondad que se revelaba en sus ojos, grandes y azules. Era viva y alegre; cuando refería algún caso ó historia, añadía reflexiones profundas, y solía valerse de términos que se grababan en la memoria. Su aspecto sobrecogía al que la miraba, viéndose en ella una cara de asceta y un cuerpo alto y tan delgado que casi se parecía á un puro espíritu.

Bajo esa envoltura física semitransparente, se encerraba un alma de fuego, cuyos naturales impetus hubo de esforzarse sin duda á regular con el auxilio de la gracia para realizar el tipo de la perfecta religiosa. La intensidad del amor que la unía con Jesucristo, se echa de ver en el propósito que había formado, resumiendo en él la vida espiritual, de vivir de amor con Jesús, de hablar como á Jesús, de hablar de Jesús y estar á los pies de Jesús. Todo lo que se hace por Jesús, es un germen que renace en la vida eterna. Á sus hijas les escribía pidiéndoles que fuesen copias de Jesús. — "Acordaos, hijas mías", les decía, "que en el cielo no hay sitio sino para las copias de Jesús."

Desde los primeros años de su generalato la Madre Lehón consagró su celo á nuevas y numerosas fundaciones. Una de ellas fué la de Buenos Aires, expresamente deseada y alentada por el Papa. Fun-



dáronse asimismo el externado de Dublín, la casa de Zaragoza, bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Pilar, y las de Bilbao y Madrid. En la América del Norte el externado de Chicago, y en la del Sur, la casa de Lima, bajo la protección de Santa Rosa. Antes de esto habíanse establecido las escuelas normales de Chillan y de Wandsworth. En Inglaterra, Brighton, llamado á ser un gran centro de propaganda católica. Francia sólo figura en este cuadro con una fundación, la de la casa de Mans, solicitada por el Obispo de aquella diócesis, Monseñor d'Outremont, y recomendada por la memoria que había dejado de sí en dicha ciudad la primera fundación de la Madre de Grammont d'Aster.

Al par que su expansión externa, cuyo foco era siempre Francia, procedía la acción interior de la Sociedad del Sagrado Corazón. El juvenato superior, cuya institución fué ordenada por la octava Congregación general en 1864, y para la cual había preparado programas y reglamentos la Madre Goetz, fué establecido en 1876 en la casa matriz, donde estuvo dieciocho años, al cabo de los cuales se trasladó á Conflans, donde existía el superior, al lado del noviciado y bajo la dirección de la misma superiora local. Desde 1876, el Noviciado ha crecido en proporciones desusadas, coincidiendo este notable progreso con la publicación de la *Vida de la Madre Barat*.

Otra vida quiso la superiora general que se escribiese, la de la Madre Duchesne, cuya memoria se conserva en el Sagrado Corazón con gran veneración.

Haciendo un ingenioso paralelo entre esas dos preciosas vidas y mirando á la semejanza de esta Sociedad con la Compañía de Jesús, no ha faltado quien diga que el Sagrado Corazón había tenido en la Madre Barat su Ignacio de Loyola, y en la Madre Duchesne su Francisco Javier. Dichosamente para la memoria de esta última y para consuelo de todos, la misma mano que escribió la vida de la primera, y con el mismo excelente espíritu y primor, escribió la de la segunda, por encargo de la Madre Lehón.

Ni se olvidó tampoco nuestra Sociedad del varón insigne á quien estaba y estará perpetuamente obligada con deuda de profunda gratitud: del Padre Varín. Gracias á la piadosa solicitud de este religioso instituto, los restos del que fué su fundador amantísimo y padre, fueron trasladados á Conflans y enterrados en la cripta monumental que allí hay debajo del santuario. Púsose sobre su sepulcro, ante las gradas del altar, un precioso epitafio, como memorial de sus virtudes y de la misión que desempeñó con relación á la Sociedad. En torno suyo están los sepulcros de las principales Madres difuntas; todos los días es visitado de sus hijas con oraciones y homenajes de veneración y para pedirle inspiración y consejo.

Por aquel tiempo (1878) sobrevino la muerte del Pontífice amado Pío IX, por la cual vistió de luto todo el orbe católico. La Madre Lehón en su circular de 10 de febrero expresaba en las siguientes palabras su dolor: "En Pío IX lloramos, no sólo la muerte de un Pontífice, sino la de un padre muy

amado. Tenía por suyo todo nuestro bien, gozándose en los aumentos de nuestra humilde Sociedad, sintiendo sus quebrantos, asociándose á sus esperanzas y dándonos abundantes pruebas de su amor."

Bien será añadir que el dignísimo sucesor de Pío IX, el Papa León XIII, desde el principio de su glorioso pontificado se declaró continuador de su santo antecesor en la paternal bondad con que se dignó abrazar á nuestro instituto. Cuando la Madre León se presentó á él (5 de noviembre) en audiencia por vez primera, habiendo evocado el recuerdo de la fundación de Perusa, el Padre Santo le "manifestó con efusión el alto concepto que tenía de una Sociedad en que el Corazón de Jesús es verdaderamente amado, adorado y servido, y donde la instrucción y la educación, gracias al espíritu de que están penetradas, establecen en las almas una base inmóvil de fe y de virtud". Dijo también, que el número de almas que esta Sociedad conduce á Dios, no se cuenta ya por millares, sino por millones. Y puso término á las expresiones de su bondad con estas festivas palabras: "Yo me llamo León, y vos León; combatiremos juntos, y esto será un vínculo más entre nosotros."

De esta audiencia sacó la Madre general una esperanza que no tardó en realizarse. El 18 de julio del siguiente año firmó el soberano Pontífice, previa relación hecha por la Sagrada Congregación de ritos, la introducción de la causa de beatificación de la fundadora. Con tan fausto motivo todos los Sagrados Corazones de ambos hemisferios, por encargo de la superiora general, entonaron un *Magnificat* de

acción de gracias á gloria de Aquel que "había mirado á la humildad de su sierva para hacer en ella grandes cosas", y en honor de aquella que de allí en adelante sería llamada *Venerable* y á la que algún día "todas las generaciones llamarán bienaventurada".

Con esto, el Sagrado Corazón, reconocido á tan gran favor, creyó que debía proseguir con nuevo ímpetu la obra de su propagación. Ya durante su destierro en Laval, la Madre Goetz había acogido con placer la idea de una fundación solicitada en Australia; y ahora, en 1880, volvió á pensar en ella, sin dejarla de la mano. La Madre Susana Boudreau, que había manifestado el deseo de esta fundación, partió de los Estados Unidos para hacerla, acompañada de otras religiosas; descendieron hasta llegar á un pueblecito llamado Timaru, donde apenas había ella llegado, falleció. En 1882, la Madre León dispuso que se fundara en Sydney; y en efecto, se estableció una gran institución en una ciudad que hoy cuenta 180.000 habitantes.

Puerto Rico, por su parte, recibió á su vez una colonia del Sagrado Corazón. Los Estados Unidos la reciben también en Boston, d'Omaha y Nueva York. En Italia, Florencia les abre un pequeño cenáculo, que luego se dilata trasladándose á otro lugar.

Pero con las alegres conquistas vino, como ordinariamente acaece, la cruz de Nuestro Señor. En 20 de marzo de 1880 se publicaron los decretos contra las congregaciones "no autorizadas", y aunque por lo pronto el golpe sólo hería á las comunidades de



varones, la Madre superiora, anticipándose á más obscuro porvenir, á fin de preparar un asilo á sus hijas, multiplicaba más y más las fundaciones en país extranjero.

Había crecido tanto esta bendecida religiosa familia, que cuando la Madre general celebró su jubileo de 50 años de profesión, el 25 de agosto de 1883, presentáronle por vía de obsequio la cifra de cinco mil religiosas del Sagrado Corazón, esparcidas por la haz de la tierra: mil más de las que había cuando murió la Madre Barat.

Bien había menester esta Sociedad de íntima unión y de virtudes excelsas para resistir el embate de la persecución que entonces como ahora tanto arreciaba. "La lucha, mis queridas hermanas," escribía la Superiora, "es lucha de muerte contra la religión; y la Iglesia necesita hoy más que nunca de santos y de santas. Una virtud vulgar no es bastante. Hay necesidad de almas heroicas, cuya virtud impida que prepondere el peso de la iniquidad que inunda á la tierra." Y á principios de enero de 1884, anunciando la undécima Congregación general, añadía: "Nuestra fuerza está en nuestra unión. Si estos vínculos llegarán á romperse, no sólo nos sería imposible oponer resistencia á nuestros enemigos, sino que habríamos de temer la disolución de nuestra Sociedad."

En 1883 penetró el instituto en Hungría por Buda-Pest, y en Méjico, por su capital del mismo nombre. Dos años después, Méjico pidió y obtuvo una casa en Guanajuato, y al año siguiente se puso otra en San Luis de Potosí. De los Estados Unidos mencionare-

mos las casas establecidas en Atlantic City, el vicariato de Nueva York, en Grosse Pointe, cerca del Estrecho, y una segunda casa en Omaha, en el Nebraska. Posteriormente se estableció una casa en San Francisco, y otra en Nueva Orleáns. Viniendo luego al sur, tenemos en Buenos Aires una segunda casa, y en Santiago un externado; en la Habana otra, y, por fin, en Melbourne (Australia) otra.

León XIII era el primero que daba impulso á este movimiento de expansión: *Duc in altum!* En la audiencia en que recibió el 8 de diciembre á la superiora general, esta Madre oyó de su boca las palabras siguientes: "Es preciso extender la obra de manera que su influjo no sólo sea recibido en sus educandas, sino que además llegue á todas las clases de la sociedad en que el espíritu cristiano va decayendo.... ¡Con que cinco mil religiosas! ¡Oh, qué buen escuadrón de amazonas para defender la causa de Jesucristo!" Hablóle después de la Madre Barat, "¡la cual se halla en el cielo y se alegrará tanto de ver á tan numerosas hijas suyas hacer tanto bien!"

Pero no pudieron hacerse las fundaciones que se pedían por aquella fecha (1883—1884), á excepción de las casas que llegaron á establecerse en Turín y en Madrid.

Y á todo esto la Madre general cumplía en 1886 los ochenta y cuatro años de su edad, y aunque aquejada de una grave enfermedad, conservó toda su actividad, y aun la ejercitó teniendo su consejo en la propia estancia donde se tomó la determinación de adquirir la humilde casa de la Madre Barat en Joigny,

como primer relicario que estaba destinado á ser de una santa. Cuando se puso buena, buscó el auxilio de que había menester nombrando una vicaria general, cargo para el cual fué elegida la Madre Sartorius.

Algunos años después la propia Madre Lehón llamó á la casa matriz á sesenta y tres superiores locales, reunidas para hacer los ejercicios de un retiro espiritual, en que les predicó el Reverendo Padre Maignon. Fué el tercero que hubo desde 1869.

En esta misma casa la muerte había hecho claros muy sensibles entre las religiosas. Ya en el año de 1876 pasó á mejor vida la Madre de Serrez, nieta del ilustre Vizconde de Bonald y sobrina del Cardenal de Lyon, asistente general de la Sociedad: un alma grande encerrada en un cuerpo frágil. Fué sucesivamente superiora y Madre vicaria en La Ferrandière, maestra general de estudios y superiora en la casa de los Retiros de Paris.

En 1885 se llevó Dios á la Madre Cahier, que fué primera secretaria y después asistente general. Esta Madre fué una de las que más parte tuvieron en las cosas de la Sociedad, y más íntima comunicación con la fundadora, de quien escribió una biografía, recogiendo al mismo tiempo para el proceso de su beatificación piezas y testimonios interesantes, en que se ofrecían á su ánimo recuerdos de cincuenta años. Otra alma privilegiada, la Reverenda Madre Hardey, dejó asimismo esta vida por la de la patria eterna el 17 de junio de 1886.

Á las fundaciones que según hemos dicho, se hicieron en lejanas tierras, deben añadirse, en Europa,

la casa belga de Ixelles, la antigua de Annonay, ofrecida al Corazón de Jesús como "su casa de recreo", la de Barcelona, en España, la de Carlisle, en las fronteras de Escocia, la de Avigliano, cerca de Turín; un externado en Burdeos, un noviciado y pensionado en Pressbaum, cerca de Viena, y en el corazón mismo de Londres la vasta casa de Hammer-smith, destinada antes para seminario por el Cardenal Manning.

Como era de temer, dado el triste semblante de las cosas públicas, en Francia especialmente, donde vienen reinando y gobernando las sectas anticristianas, la persecución contra las órdenes religiosas había de llegar y llegó. El gobierno francés, enemigo de la libertad de que gozaban estos sagrados institutos, suprimió el privilegio que les confería la carta de obediencia, y exigió en las maestras de clases un certificado oficial. Pero las religiosas del Sagrado Corazón no se amilanaron por esto: formadas en su juvenato, la instrucción y capacidad excedía con mucho del nivel ordinario; y á no haber sido por la triste necesidad de sugetarse en el estudio á programas oscuros é indigestos, y de sufrir en el examen preguntas indiscretas á veces y malsonantes, la obligación que se les imponía de probar auténticamente su competencia, habría servido únicamente para grangearles la singular estima que se debe al verdadero mérito.

Persiguióselas además con la ley llamada de acrecentamiento (*accroissement*) y de abono (*abonnement*) con que el radicalismo oficial atentó, aunque en vano,



contra su existencia. "No parece", escribía la Madre Lehón en una circular de 22 de diciembre de 1889, "sino que redoblando sus esfuerzos, el enemigo quiere darnos un golpe mortal con una ley que viene á ser la ruina de las comunidades. Pero este no era motivo para temer, sino para formar el propósito de ejercitar con mayor perfección la virtud de la pobreza y para excitar en nuestras almas aquel afecto que expresa la sagrada liturgia: "Justo es que siempre y en todas las cosas hagamos gracias á Dios." "No creáis", añadía algún tiempo después para tranquilizar á sus religiosas, quizás alarmadas por la palabra ruina, "no creáis, mis queridas hermanas, que estos peligros lleguen á darme cuidado alguno grave. ¡Oh, ciertamente no! Si nuestras reglas dejaran de ser guardadas, aun en un solo punto, si fuera entre nosotras tolerada alguna falta contra la caridad, cierto sufriría por eso mi corazón, y daría gemidos de dolor en la presencia de Dios; pero mientras continuemos siendo fieles á nuestras constituciones, nada tenemos que temer de cuanto nos venga de fuera. Aun disponemos de un medio muy bueno para convertir en bien esta contradicción, á saber: ante una ley que tira á llevarse lo que tenemos, hacernos más pobres en el espíritu y en la realidad; ante las columnias, procurar mayor humildad; y si critican nuestra enseñanza, trabajar para que sea más sólida. Así nuestros enemigos, sin ellos quererlo, contribuirán á nuestro bien, que es lo que quiere en favor nuestro el Corazón misericordioso de Jesús, á quien debemos dar gracias por este beneficio."

En aquella situación tan difícil fué convocado y se reunió en abril y mayo de 1890 el duodécimo Consejo general. En él se tomó la firme resolución de defender la Sociedad del Sagrado Corazón en derecho, á fin de cumplir su deber; defensa que daría aliento y abriría camino á las demás congregaciones de mujeres para librarse por medios legales y jurídicos de la ruina que á todas ellas amenazaba.

Pensando en sus ochenta y cuatro años de edad, la Madre Lehón creyó que era ya la hora de dimitir; pero todavía se la mantuvo en el oficio de superiora general, pues aunque ya le flaqueaba la vista, andaba por sí sola con firmeza, su cuerpo estaba derecho, su voz y su palabra claras, su juicio seguro y su voluntad vigorosa. Continuó, pues, trabajando, aunque asistida de su Consejo, el que procuraba descargarla en cosas menudas del peso del gobierno.

Habiendo llegado con el 25 de agosto de 1895 el día del sexagésimo aniversario de su profesión religiosa, la Madre Lehón prohibió que se celebrasen sus bodas de diamante; pero aquel día, en el martirologio que se compuso con esta idea, y que fué leído en presencia de dicha Madre, se declaró que su familia religiosa constaba de seis mil doscientas setenta y dos Hermanas, mil doscientas más que el año de 1883, cuando fueron las nupcias de oro, ¡sin contarse en aquella cifra á las que en los veinte años de este gobierno habían sido llamadas por su divino Esposo á las nupcias eternas!

Á esta brillante conquista del reino de los cielos por medio del trabajo y del sufrimiento, la misma

Madre animaba á sus hermanas. "¡Oh, mis queridas Madres y hermanas!" escribía en 27 de agosto del mismo año contestando á los votos que formaban por ella, "con gusto quisiera yo haceros á todas comprender el concepto que se llega á tener de la vida religiosa á los sesenta años de venirla profesando, y como quisiera una entonces no haber dejado pasar ni un solo segundo no empleado en gloria de Dios!"

Animábales además á santificarse poniéndoles delante los ejemplos de santidad que les había dado la fundadora. "Seamos santas", les escribía, "para que Dios nos bendiga y nos hagamos dignas del noble y magnánimo Corazón de Jesús. Así atraeremos nosotros también las bendiciones de nuestra Venerable Madre, y apresuraremos la llegada del día en que ha de verificarse su triunfo."

Camino de esto se iba. El proceso informativo de *fama sanctitatis* lo había ya signado el soberano Pontífice el día 9 de mayo de 1889; y el proceso apostólico se había inaugurado y se continuaba en París y en Roma. Era llegado el momento de efectuar la "elevación" del cuerpo de la sierva de Dios. El 2 de octubre de 1893 tuvo lugar la exhumación y traslación del féretro colocado sobre una mesa que se había puesto en medio de la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. Abierta la caja con religioso respeto ante el enviado de Roma Monseñor Caprara y el Cardenal Richard, que allí asistían con otros muchos prelados y con muchos sacerdotes, presentes asimismo las principales Madres de la Sociedad, se

ofrecieron ante los ojos de todos los asistentes los preciosos restos que había dejado la muerte: debajo de un hábito enmohecido por la humedad del suelo, un cuerpo en figura de momia, en un estado de conservación que no puede menos de causar admiración en quien considere que había estado por espacio de veintiocho años en aquel subterráneo. Los huesos estaban intactos, la piel adherida, pero seca y negruzca; la cabeza de una dimensión media y de una estructura fina; el rostro se le reconocía en las líneas generales, en la convexidad de la frente, en la figura como de arco de la nariz, y en el contorno de la barba; las manos pequeñas y delgadas, las cuales estrechaban un crucifijo de color gris-verde; el velo negro bien traído, y sin que hubiera huella de ninguna manera de embalsamamiento. Las que sobrevivían á la Madre, pudieron completar en su memoria los vestigios que en ella había respetado la muerte; y todos veían cernerse sobre ellos aquella alma dichosa vestida ahora de la inmortalidad. Lágrimas había en todos los ojos, y piadosas plegarias se elevaban al cielo de todos los corazones.

Á la Madre Lehón, que nada podía ya ver, la hicieron acercarse y tocar con la suya la mano de la primera Madre. "¡Con cuánto fervor", escribió después aquella en una circular, "prometí, al tomar en la mía aquella mano venerada, no helada ciertamente por el frío de la muerte, que redoblaríamos nuestros generosos esfuerzos para probar que somos sus verdaderas hijas!" Y como se advirtiese con sorpresa y dolor que no se le había dejado el anillo de pro-



fesión en el dedo de la Venerable, la Madre Sartorius le puso su propio anillo, el cual volvió á recobrar dos días después, como si con él recibiera la investidura de superiora general, cuyo oficio muy en breve se le había de encomendar.

Volviendo á la Madre Lehón, en aquella noche en que le había puesto su ceguera, su conversación era con las que ya estaban en la tierra de los vivientes; conversaba en efecto con la Madre Barat, á quien había sobrepujado en años de vida, y con la Madre Duchesne, á quien comenzaban á invocar como á santa. Ofrecíanse, también, ante sus ojos desde aquella celestial morada, la Madre de Rousier, heroica fundadora de las casas de la América del Sur, y la Madre Fournier de Mayrard, su asistente, que acababa de expirar en sus brazos. Quejábase de la especie de triste aislamiento en que la ida al cielo de sus contemporáneas la dejaba. Aunque como ciega iba siempre de la mano de otra religiosa, pues su intrépido valor burlaba algunas veces la vigilancia de sus hijas y la exponía á dar grandes caídas, una de éstas faltó poco para que fuera mortal. En cambio, de su alma puede decirse que corría por el camino de la perfección y del puro amor. “Ni un solo minuto”, escribía, “debo dejar que pase sin amor de Dios.” En todas sus acciones y en todas las circunstancias de su vida hacía á su amado Jesús esta pregunta: “¿Estáis contento, Jesús?” — “Ni una sola palabra”, decía también, “ni un solo acto que no tienda al servicio de Dios ó del prójimo: quiero hacerme buena, indulgente, benévola, en una palabra, Madre.”

Esta era, pues, su divisa: “Para con sus hijas, corazón de madre; para con Dios, corazón de hija; para consigo misma, corazón de juez.”

Pero la perfecta madurez á que había llegado su virtud, hacía temer el próximo término de su vida. Una de sus asistentas generales decía: “En esta lucha continua por la conservación de su vida, los enemigos con quienes tenemos que luchar, son su edad, su debilidad y su santidad.” En marzo de 1894 la Madre general estuvo en los ejercicios y oficios de la Semana Santa. El Miércoles santo, al dar, según es uso, el beso de paz á todas sus hijas de la Probación, “como hay aquí”, decía, “religiosas de todas partes, éste debe de ser el beso de unión dado á toda la Sociedad”. Al día siguiente fué como arrastrándose sobre sus rodillas á lavar, enjugar y besar los pies de sus hijas. — “Es la última vez”, dijo al terminar esta humilde acción, “tengo ya ochenta y ocho años, y no es más larga la vida. Si Dios es servido de disponer de la mía, daréle gracias por ello; y si su santa voluntad es que todavía me quede por aquí un poco de tiempo más, esa es también la mía. Él es el Señor.”

Pues este Señor de la vida y de la muerte quiso llamar á sí á esta esposa suya al romper el alba del día 28 de marzo de 1894. Su última palabra fué para expresar el deseo de recibir la Sagrada Comunión. Poco después de recibirla, á las tres de la mañana, sus ojos se iluminaron, su brazo derecho se extendió como para bendecir, y su alma tomó el vuelo hacia las mansiones eternas.

La Madre Lehón gobernó durante el espacio de veinte años. Propúsose conservar y consolidar interiormente la Sociedad y extenderla en lo posible por de fuera, para que á muchas partes llegase su influjo bienhechor; entrambos propósitos los vió cumplidos antes de morir. Energía, perseverancia, valor, paciencia, adornado de estas excelentes dotes, el gobierno de esta Madre participó en grado superior del reino de Jesucristo acá en la tierra. Bien mereció del instituto del Sagrado Corazón: espléndida debe de ser, pues, la corona incorruptible con que la habrá coronado su divino Esposo.

\* \* \*

Cuando al día siguiente de haber muerto la Madre Lehón, se pensó en elegir á la que había de sucederle en el oficio de superiora general, de todos los labios salía una sola voz pronunciando el nombre de la Madre Sartorius. Pero la salud de esta Madre estaba tan decaída, que parecía no podía soportar tan pesada carga; ella misma decía, cuando era interrogada á este propósito, que no podía responder de sí ni por sólo un cuarto de hora. Consultóse este caso, como de conciencia, con el Cardenal Richard, quien hubo de responder que, "aunque el instituto no tuviese á la Madre Sartorius sino dos años por superiora, debería elegirla en razón del mucho bien que procedería de su elección". El mismo Cardenal, en la mañana del 22 de julio de 1894, después de haber presidido en el escrutinio, anunció á la comunidad de París, reunida en la capilla para cantar

el *Te Deum* en acción de gracias, que el Señor, inclinando sus miradas de Padre hacia la Sociedad, acababa de darle por superiora general á la reverenda Madre Sartorius.

Qué impresión hubo de causar en esta Madre semejante elección, fácil es colegirlo de lo que decía ella á la sazón de sí misma, y de la especie de resistencia, como ella decía, acusándose humildemente de rebelión, que le impedía aceptar resignada el peso que le imponían, superior á sus fuerzas. Decía que eso era haber sido designada como víctima, y ya verían como "no podría resistir aquel peso y sería ave de paso". Dos meses corrieron antes de mirar ella cara á cara su grave encargo; pero al fin, en un retiro en que se recogió en la casa de Conflans, vino en declarar, "que se rendía y decía sí á Jesucristo sobre todo lo que quisiera de ella"; y lo decía también á la Iglesia, á la Sociedad y al prójimo para servirles, totalmente, sin necesidad de discurso alguno, y sin prorrumper en quejas ni gemidos; en suma, que decía absolutamente y siempre sí, "refiriéndose en todo esto al voto que tenía hecho, de entregarse plenamente á la voluntad de Dios en la vida y en la muerte". Véase ahora una biografía sumarisima de la nueva elegida.

Augusta de Sartorius nació en Aquisgrán (Aix-la-Chapelle) en marzo de 1830, y al ser elegida contaba sesenta y cuatro años de edad. Su padre era natural de Stiria, y su madre de Baden. No bien había cumplido catorce años, cuando en la misma estación de su ciudad natal recibió la bendición de



Monseñor Joaquín Pecci, Nuncio Apostólico á la sazón en Bélgica; bendición que durante todo el curso de su vida se conservó en ella como una gracia especial y un sagrado recuerdo. Seis años después, en una iglesia de Spira, Dios y su Santísima Madre hablaron á su corazón; y cuando en Aquisgrán se supo que iba á entrar de religiosa en el Sagrado Corazón de Blumenthal, un antiguo sacerdote de la iglesia parroquial á que ella pertenecía, anunció, "que en esta amable y discreta joven el Sagrado Corazón tendría algún día una abadesa de cuerpo entero". En 1885, siendo postulante, fué dado volver al lado de su padre y estar presente á la hora de su muerte y recibir su postrer suspiro. Aquel generoso cristiano se despidió de ella diciéndole: "Hija mía, mi mayor contento en esta hora postrera es haberte dado á nuestro Señor Jesucristo."

El tiempo de su noviciado lo pasó sucesivamente en Blumenthal y en Conflans, muy querida de la fundadora y de la Madre Goetz; nombráronla luego vicemaestra, y más tarde maestra general del pensionado en Blumenthal, cuya casa fué devorada ante sus ojos por un terrible incendio en 1862. Dos años después, cuando reedificada esta casa, fué esta Madre nombrada superiora de ella, las persecuciones oficiales del ministerio holandés le impusieron una tarea hartó penosa, exigiendo de las maestras de las clases una instrucción superior al nivel ordinario. Habiéndose suscitado en 1864 la guerra entre Prusia y Dinamarca, y después entre Austria y la misma Prusia, la Madre Sartorius convirtió su comunidad y su novi-

ciado en lugar de consuelo y de paz, donde indistintamente fueron objeto de los cuidados de la caridad que procede del Sagrado Corazón de Jesús, los de una y de otra nación. Gracias también á la compasiva solicitud de la propia Madre, Blumenthal en 1870 fué el asilo en que se refugiaron los prisioneros franceses, y el hospicio de los heridos también franceses, que en aquella tierra extranjera hallaron una nueva patria, y, en el corazón de la superiora general, una nueva familia.

Cuando esta Madre visitó á Marienthal en Alemania por el año de 1872, se encontró con el *Kulturkampf*, que la angustió sobre manera, hasta el punto de impedir su comunicación con la casa matriz: último remate de aquella persecución fué el decreto de mayo de 1873, en que se dispuso la expulsión de la Sociedad del Sagrado Corazón fuera del imperio alemán. Por cierto que, al leer en él los motivos de la proscripción, no pudo menos de sonreírse: "Acusábasele de complicidad con los jesuitas en la propaganda de la fe católica, en la obediencia á la Santa Sede y en la deificación del Papa y de Francia." He aquí las palabras que profirió la Madre Sartorius al entrar en la sala donde estaban reunidas sus hermanas: "¡Salud, comunidad expulsada! Pues es llegada nuestra hora, bien venida sea. Cuando nuestros obispos están presos, y perseguidos nuestros sacerdotes, afrenta fuera nuestra no seguir la suerte de nuestros jefes y modelos. Ahora, hermanas mías, vamos á la capilla para rogar por nuestros enemigos."

Lanzadas de Marienthal, refugiáronse en Blumenthal, desde donde dirigió la Madre General al gobierno que las había lanzado, una protesta razonada y vigorosa, que hubiera sacado los colores al rostro de los perseguidores, si la dureza y frialdad de los enemigos de la Iglesia conocieran alguna vez el rubor que causa en almas nobles y generosas el abuso de la fuerza empleada contra débiles mujeres, que no tienen otras armas sino su inocencia.

Destrozada enteramente su salud en Blumenthal, la Madre Sartorius tuvo que dejar aquella residencia no sin hacer un verdadero sacrificio. "¡Qué dicha, oh Jesús mío", decía, "tener un Blumenthal que ofreceros!" Enviáronla á Moulins para que allí se reparara su salud, y en realidad fué también para asistir y reemplazar á la Madre Elisa de Bouchaud, que no parece sino que la estaba esperando para morirse. En Bois-l'Évêque, su nuevo puesto, consagró su celo á la obra de los mineros, mediante la cual el Corazón de Jesús influye benignamente en las familias obreras, en sus hogares y en su trabajo. En 1884 se le dió encargo de representar y reemplazar en el Consejo general á la Madre vicaria de Jette, Madama Merillhou, que tenía en ella toda su confianza. Dejó, pues, á Bois-l'Évêque, como antes había dejado á Blumenthal, consolando á sus hijas con estas palabras: "¿Qué os importa que yo me vaya, si Jesús se queda con vosotras? Un cambio de superiora no es más que un cambio de custodia."

Por aquel tiempo hacía falta en la Luisiana una Madre vicaria, y como hubiera preguntado la su-

periora general á la Madre Sartorius si el estado de su quebrantada salud le permitiría aceptar este puesto, la humilde religiosa no vaciló en responder: "Madre mía, yo no le temo al frío, ni al calor, ni al mar ni á cosa alguna en obra en que está de por medio la voluntad de Dios, que se manifiesta en la vuestra. Cierto no conservo ni gozaré ya nunca sino muy escasa salud, pero me tendré por dichosa en consagrarlas á esta misión, si tal es vuestra voluntad."

Habiéndose embarcado en el Labrador por el mes de octubre de 1884, al fin llegó á verse con su vicaria de la Luisiana, cuya región recorrió durante el espacio de dos años con peligro algunas veces de su vida, ejercitando siempre la caridad por dondequiera que pasaba. Llamábanla la Madre amable. Cuando volvió á París, ocupó el puesto de asistenta general en lugar de la Madre Hardey, que acababa de morir en el ósculo del Señor. Nombrada después por la Madre Lehón vicaria general, partió á Roma con motivo del jubileo sacerdotal del Papa León XIII, para quien fué sobre manera consolador ver á aquella que siendo joven había recibido su bendición, y que ahora, en edad avanzada y como Superiora de un instituto religioso, estaba devotamente á sus pies.

Por su parte la Madre Lehón, ya casi nonagenaria, que prevenía su próxima muerte, escribió en el pliego reservado, como ordenan las reglas, el nombre de la Madre Augusta de Sartorius, como de quien había de estar, cuando ella muriese, al frente del gobierno hasta que fuera elegida otra superiora general.



Cuando se efectuó esta elección, según hemos referido, la Madre de Sartorius se dirigió á Roma pasando por las casas de Lyon, La Ferrandière, Chambéry, Turín, Florencia, y el día de todos los santos estuvo en la ciudad eterna. Dos veces fué recibida por el Papa: en la primera le dijo S. S. que Dios había querido que fuese elegida, y le anunció que en ella se juntarían en uno el espíritu de la fundadora y el de las dos últimas superiores; y en la segunda, que fué el 23 de noviembre, la bondad efusiva que le manifestó León XIII, y el ánimo esforzado que hubieron de infundirle sus palabras, acabaron con sus ansiedades y temores, á que sucedió aquella confianza sobrenatural con que pudo decir al Sumo Pontífice: "Sí, Santísimo Padre: con la gracia de Dios llevaré sobre mí este peso. Vuélvome, pues, de Roma confirmada y agradecida." Aquel mismo día, en efecto, partió de Roma.

Durante el corto espacio de su gobierno — diez meses solamente — el Sagrado Corazón fué instalado en Joigny, donde se meció la cuna de la primera Madre. En abril de 1895 se inauguró la fundación holandesa de Bennebroek, diócesis de Harlem, fundación deseada de León XIII. Y á la Madre Digby, asistente de la Madre Sartorius, dió el encargo de establecer la casa de Aberdeen, en Escocia.

En la breve noticia de esta superiora no se puede omitir la exposición en la iglesia de la casa matriz del Santísimo Sacramento del altar desde por la mañana hasta la tarde, con la adoración nocturna del jueves al primer viernes de cada mes.

Se ha dicho de la Madre Sartorius, expresando en dos palabras lo que puede llamarse el espíritu, que la misión especial de ella no fué tanto la de una gran obrera, que hubiera acometido muchas y grandes empresas, sino como la de un ejemplar y de una víctima.

Lo primero se revela en el voto heroico que hizo, y que cumplió, de no querer ni buscar en ninguna cosa sino lo que fuera más agradable á Dios y conducente á su servicio. De aquí su desprendimiento absoluto de todo lo temporal, su abnegación y generosidad: de aquí, también, su libertad y su dicha. "Todo es cielo para mí", decía á las hermanas de la Probación, "porque en todo veo y adoro la voluntad de Dios."

Siendo ya superiora, no tenía sobre sí á nadie que la dirigiera; poníase siempre delante de los ojos, como regla de dirección el "primitivo" espíritu de la Sociedad, que no cesaba ella de evocar. Este espíritu era siempre y en todas las cosas el tema de sus instrucciones, éste el pan que repartía entre las hermanas con su palabra y con su ejemplo. "Jesús en la sagrada Eucaristía", decía esta Madre, "se ha hecho pan para mantenimiento de nuestras almas; seamos nosotras pan para las almas á quienes debemos sustentar, y pan, como el mismo Jesucristo, de vida."

Cuanto á lo de ser víctima ofrecida á Dios "en unión con la víctima universal", como dicen las Constituciones, "ella misma se presentaba como tal, y como sierva asimismo del beneplácito divino, ante Aquel cuya cruz había ella abrazado en calidad de

esposa de su adorable Corazón. La cruz de ella era su propia enfermedad, la cual padecía de tal manera como quien se había impuesto á sí misma el deber de sufrirla alegremente. "Llevaré", decía en sus notas, "con ánimo alegre el estado de mi salud; me ocuparé en esto lo menos posible; amaré esta pequeña espina que Jesús se ha dignado darme de su corona, y asistiré humilde á la demolición de mi vida."

Esta demolición se venía consumando velozmente. Neuralgias violentas, vértigos, desmayos, síncope y desvanecimientos más y más frecuentes anunciaban que este edificio, ya minado del todo, iba á derrumbarse. Véase á la pobre Madre, cuando menos se pensaba, vacilar y caer en brazos de sus hermanas, como si la abandonara la vida; parecía, al decir de ella, que á cada uno de sus pasos se presentaba ante sus ojos un abismo. En tal estado, no obstante su ánimo esforzado, un soplo bastaba para derribarla del todo.

No ya un soplo sino una tempestad se levantó contra el Sagrado Corazón y contra todas las demás corporaciones religiosas bajo el nombre de ley de acrecentamiento (*d'accroissement*) dictada precisamente para asimilarse el Estado los bienes de las congregaciones. La Madre Sartorius resistió con vigor sobrehumano tan recio golpe, sosteniendo y esforzando al mismo tiempo el ánimo de sus hermanas. "Con nosotros", les decía, "está Jesús, que nos ha ayudado hasta ahora, y cierto no nos ha de desamparar: no seamos, pues, cobardes." Pero su fortaleza no pudo

impedir que el temerario golpe hiciera en ella una impresión físicamente funesta.

Estando en la visita de regla que venía haciendo en la casa de Conflans, el día 28 de abril, se le declaró una pleuresía acompañada de gran debilidad. Aquel mismo día había dado á su familia religiosa la máxima correspondiente, que habían de observar, que fué ésta: *Ecce ancilla Domini*. Esta santa palabra había sido siempre su divisa. Habiéndose agravado el mal, el día 5 de mayo pudo aun comulgar en su estancia, y ésta fué su última comunión. Algunas horas después la parálisis se apoderó de una parte considerable de su cuerpo, y no tardó en invadirlo todo, sobreviniendo la inmovilidad, la insensibilidad y el silencio. Recibió los últimos sacramentos, y el 8 de mayo consumó su sacrificio.

\* \* \*

Tres meses después de la muerte de la Madre Sartorius fué elegida por el voto unánime de las asistentes y vicarias la superiora que hoy rige y gobierna felizmente á la Sociedad del Sagrado Corazón. Grato sería sin duda al autor de estas líneas decir de esta digna sucesora de la Madre Barat y de las otras Madres generales ya mencionadas, las eximias dotes y virtudes que la adornan, y cuan admirablemente responde en su elevado ministerio con noble celo y consumada prudencia á todo lo que piden la conservación é incremento del instituto; pero no parece conforme al espíritu de él, ni á sus amadas prácticas y tradiciones, que se hable de las religiosas que viven.



No hemos logrado, pues, que sea descrito ante nuestros ojos el velo en que modestamente se oculta la noble figura de la actual superiora, ni podemos por consiguiente mostrarla á los lectores. Día llegará en que pueda ser revelada plenamente, y contemplada como noble dechado y ejemplar la que es copia fiel de la venerable fundadora. Resignémonos respetuosamente al más riguroso silencio.

Lo que no debemos omitir al dar término á estos apuntes, es la aprobación otorgada el día 17 de julio de 1898, al Proceso Apostólico en la causa de la beatificación de la primera Madre: nuevo testimonio de la benevolencia del Padre Santo León XIII con el Instituto del Sagrado Corazón, y nuevo paso que se da hacia la promulgación solemne y auténtica de la santidad de la sierva de Dios.

*Fin del Eptlogo.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N

DAD AUTÓNOMA DE TLAXCALA

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA